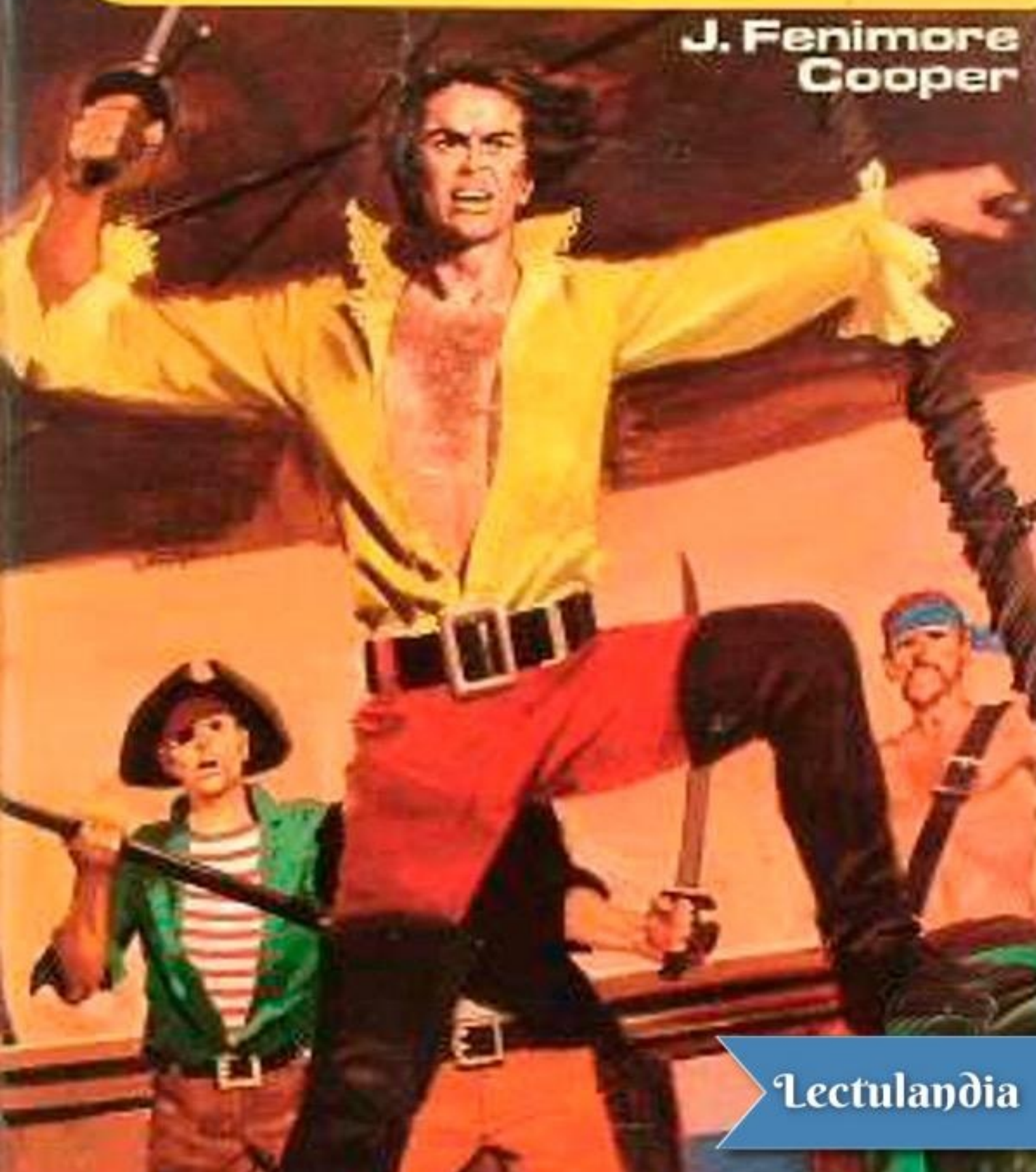




# EL CORSARIO ROJO

J. Fenimore  
Cooper



Lectulandia

El argumento de ésta novela se sitúa en 1759, cuando en Newport está anclado un barco negrero muy peculiar, que se mantiene apartado y presto a zarpar cuando sea necesario. En realidad, se muestra vigilante de la partida de otro barco, y a bordo del negrero se encuentra el filibustero más cínico de las costas norteamericanas, el Corsario Rojo. Que buscará reclutar a Wilder, el protagonista, e infiltrarlo en la oficialidad de su posible presa.

Con ritmo, adecuada tensión y un gran manejo de los personajes, esta novela de James Fenimore Cooper no sólo es un compendio de aventuras, sino una adecuada descripción de una época y un testimonio del surgimiento de una literatura nacional.

Lectulandia

James Fenimore Cooper

# El corsario rojo

ePub r1.2

Titivillus 21.01.15

Título original: *The red rover*  
James Fenimore Cooper, 1828

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A

W. B. SHUBRICK,

ESQUIRE DE LA MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS

*le dedico este esbozo imperfecto y rápidamente trazado de algunas escenas de nuestra profesión.*

*Mi querido Shubrick, cuento más con su benevolencia que con el éxito de la realización.*

*Tal como es, sin embargo, este libro le es ofrecido como una nueva prueba de la estima y de la amistad sincera del autor.*

## Prólogo

El autor ya creyó necesario, en otra ocasión, hacer notar que al describir estas escenas de la vida marítima, no ha tenido en cuenta muy rigurosamente el orden cronológico de los perfeccionamientos que se han introducido en el arte de navegar. Pero piensa que no se hallará en esta obra ningún anacronismo demasiado importante. No obstante si algún crítico marino de mirada penetrante descubre un cabo extraviado en una falsa polea, o un término alterado de forma tal que cambie la verdadera ortografía, se le recuerda que la caridad le obliga a no atribuirlo a la ignorancia, tratándose de un compañero. No hay que olvidar que existen proporcionalmente menos hombres de mar que hombres de tierra dedicados tanto a la parte mecánica como a la espiritual de la composición de un libro, lo que es suficiente para explicar las numerosas imperfecciones que obstaculizan la armonía perfecta de las diversas partes de la literatura. En su tiempo oportuno, sin duda, se hallará el remedio a este mal deplorable, y entonces el mundo podrá esperar ver más conjuntadas las diferentes ramas de la profesión. No existirá una verdadera edad de oro para la literatura hasta que los libros sean tan correctos en su tipografía como el diario de un barco, y el sentido tan preciso como un *watch-bill*.

En cuanto al artículo menos importante, del que el autor hubiera podido sacar mejor partido en esta obra, no ha tenido la intención de ser muy comunicativo a este respecto.

Si la forma en que el autor desarrolla los acontecimientos de su relato no ha hecho resaltar la verdad, es preciso que sea expuesto para que se le impute el haberlo desfigurado por su torpeza. Todas las clases de pruebas que existen pueden dividirse en tres tipos: las *pruebas positivas*, las *pruebas negativas* y las *pruebas circunstanciales*. La primera y la última son reconocidas generalmente como las más recomendables, puesto que la tercera no puede ser admitida nada más que en ausencia de las otras dos. En cuanto a la evidencia *positiva* de la verdad de lo que contiene esta obra, el libro mismo lo demuestra de una forma sorprendente. Espero también que no falten los detalles apropiados para darle el carácter deseable. Estos dos puntos preliminares una vez acordados, el autor deja a los que quieran criticar aún todo el placer de la *negativa*, deseándoles tanto éxito como se pueda en semejante cuestión.

## Capítulo primero

Gozando de las cuatro grandes ventajas de un puerto seguro y bien situado, de una dársena tranquila, de una bahía a la entrada y de una rada cómoda en la que el acceso es fácil, Newport parecía a los ojos de nuestros antepasados europeos destinado para refugiarse de las olas, y para alojar a muchos marinos robustos y experimentados. Aunque esta última predicción no ha sido totalmente desmentida por los acontecimientos, ¡qué poco ha respondido la realidad a la primera! Un gran rival ha surgido en la vecindad inmediata de este favorecido de la naturaleza, para frustrar todos los cálculos de la sagacidad comercial, y añadir una nueva prueba a todas las que atestiguan ya que la sagacidad humana no es nada más que locura.

Hay pocos pueblos de cierta importancia, en la superficie de nuestros vastos territorios, que hayan cambiado tan poco en medio siglo como Newport. Hasta que los grandes recursos del interior se desarrollaron, la bella isla y sobre la que esta ciudad está situada era elegida para retiro por los numerosos granjeros que llegaban del sur buscando un refugio contra las calores y las enfermedades de sus climas ardientes: era allí a donde iban en gran número para respirar el aire fortificante de las brisas del mar. Súbditos de un mismo gobierno, los habitantes de Carolina y de Jamaica se reunían amistosamente para comparar sus costumbres y sus constituciones respectivas, y para afirmarse recíprocamente en una ilusión común que sus descendientes en la tercera generación empiezan hoy a reconocer y a lamentar.

Estas relaciones han dejado, a la posteridad sencilla y sin experiencia de los puritanos, sus impresiones naturales con todas las consecuencias buenas o malas. Los habitantes del país ligados a estas relaciones, parte de ellas dulces y amables que distinguían tan extraordinariamente a los de las colonias inglesas del sur, llegaron a dejarse influir al mismo tiempo por esas ideas particulares sobre la distinción de las razas humanas, ideas que no forman un rasgo menos notable de su carácter. Rhode Island fue la primera de las provincias de Nueva Inglaterra en apartarse en sus costumbres y en sus opiniones de la sencillez de sus fundadores. Ella fue la que dio el primer golpe a esas formas rígidas y groseras que eran vistas antes como las compañeras necesarias de la verdadera religión, como una especie de seguridad exterior que garantizaba la salud del hombre interior, y fue ella también la que renunció primero, de forma sensible, a estos principios saludables que podrían disculpar a un extranjero todavía incluso más repugnante. Por una singular combinación de circunstancias y de disposiciones, que es sin embargo tan cierto como inexplicable, los negociantes de Newport se convirtieron al mismo tiempo en mercaderes de esclavos y *gentlemen*, y comenzaron la trata de esclavos precisamente en el momento en que sus costumbres se civilizaban.

Por lo demás cualquiera que fuera el estado moral de sus habitantes en 1759, la isla nunca había sido más agradable ni más alegre. Las cumbres más altas de sus montañas estaban aún coronadas de bosques tan viejos como el mundo; sus pequeños

valles estaban entonces cubiertos de verde vivo del norte, y sus casas de campo sin pretensión, pero limpias y cómodas, estaban sombreadas por bosquecillos y adornadas con ricos tapices de flores. La belleza y la fertilidad de estos lugares le valieron un nombre que probablemente era mucho más expresivo de lo que se creía en estos primeros tiempos. Los habitantes del país llamaban a sus posesiones el Jardín de América, y sus huéspedes venidos de las llanuras tranquilas del sur no se opusieron a confirmar un título tan brillante.

La fecha que acabamos de nombrar era la época de una crisis del más alto interés para las posesiones británicas en este continente. Una guerra de sangre y de venganza que había comenzado con derrotas y desastres había de terminar con la victoria. Francia se veía privada de la última de sus posesiones marítimas, mientras que la inmensa región que se extendía entre la bahía de Hudson y el territorio español se sometía al poder de Inglaterra. Los habitantes de las colonias habían contribuido mucho a los éxitos de la madre patria. Las pérdidas y los ultrajes que les habían hecho padecer los insolentes prejuicios de los mandos europeos empezaban a olvidarse con la embriaguez de los tiempos. Las faltas de Braddock, la indolencia de Loudon y la incapacidad de Abercrombie habían sido reparadas por el vigor de Amherst y por el genio de Wolfe.

La historia de esta memorable lucha es conocida por todo americano. Feliz al saber que su país ha triunfado, se contenta con dejar que el glorioso resultado tome su lugar en las páginas de la historia. Ve que el imperio de su patria se cimenta sobre unas bases vastas y naturales que no tienen necesidad del apoyo de plumas venales; y, felizmente tanto para la paz de su conciencia como para la dignidad de su carácter, siente que la prosperidad de la república no debe ser comprada al precio de la degradación de las naciones vecinas.

Nuestro objeto nos conduce al período de calma que precedió a la tempestad de la revolución. En los primeros días del mes de octubre de 1759, Newport, como todas las otras ciudades de América, había experimentado al mismo tiempo la alegría y la tristeza. Los habitantes lloraban la muerte de Wolfe y celebraban su victoria: Quebec, la llave del Canadá y el último lugar de importancia que ocupaba un pueblo que había sido levantado para ver como sus enemigos naturales habían cambiado de dueños. Esta fidelidad a la corona de Inglaterra que impuso tantos sacrificios hasta la extinción de este extraño principio, estaba entonces en su mayor ardor, y probablemente no se hubiera encontrado un solo colono que no asociase hasta cierto punto su propio honor a la gloria imaginaria del jefe de la casa de Brunswick.

El día en que comienza la acción de nuestra historia había sido especialmente destinado para manifestar la postura que tomaba la gente del pueblo y sus alrededores con respecto a los triunfos de los ejércitos reales. Había sido anunciado, al igual que mil días lo fueron después, por el sonido de las campanas y por salvas de artillería, y la población se esparció muy pronto por las calles de la ciudad, con la intención muy acentuada de divertirse, que ordinariamente hace tan insípido un placer concertado de



antemano. El orador del día había desplegado su elocuencia en una especie de discurso prosaico en honor de los héroes muertos.

Satisfechos por haber expresado así su fidelidad, los habitantes empezaron a dirigirse a sus casas. Los campesinos de los alrededores e incluso del continente vecino se dirigían hacia sus alejadas moradas con esta previsión económica que distingue aún a los habitantes del país incluso en el momento en que parecen dedicarse a los placeres con el máximo abandono. En una palabra, la hora de los excesos había terminado.

El ruido del martillo, del hacha y de la sierra se oía de nuevo en el pueblo. Las ventanas de más de una tienda estaban medio abiertas, como si el propietario hubiese hecho una especie de compromiso entre sus intereses y su conciencia; se podía ver a los dueños de las tres únicas posadas del pueblo sentados ante sus puertas, mirando a los campesinos que se marchaban. Algunos marineros ruidosos y desocupados, ligados a los barcos del puerto, y unos cuantos parroquianos de las tabernas, fueron sin embargo la única conquista que pudieron hacer todos sus gestos de amistad, todas sus preguntas sobre la salud de las esposas y de los hijos, e incluso las invitaciones directamente hechas algunas veces a los transeúntes de ir a beber y descansar.

Los viajeros, a lo largo de las diferentes rutas que conducían hacia el interior de la isla, se reunían en pequeños grupos, donde los resultados políticos del gran acontecimiento nacional que acababan de celebrar y la forma en que habían sido tratados por los diferentes individuos elegidos para desempeñar el primer papel en las ceremonias del día eran examinados libremente, aunque sin embargo con un gran respeto hacia la reputación otorgada a los personajes distinguidos más interesados en el asunto. En general se consideraba que el discurso, que bien podría llamarse histórico, era tan esmerado como edificante; y, en suma, aunque esta opinión encontró una contradicción moderada en casa de algunos clientes de un abogado opuesto al orador, se convenía en que jamás había salido de boca alguna un discurso más elocuente que el que aquel día se había pronunciado en presencia de ellos.

Quizá sea necesario decir algo del orador, con el fin de que un prodigio intelectual tan destacado ocupase su lugar en nuestra efímera enumeración de los grandes hombres de esta época. Él era el oráculo habitual del vecindario cuando se necesitaba que las ideas se concentrasen sobre algún gran acontecimiento, tal como el que acabamos de hablar. Su formación se consideraba con justicia, por comparación, como de las más completas y entendidas; su reputación era como la del calórico; se asegura, no sin razón, que había asombrado a más de un doctor europeo que había querido discutir con él de literatura antigua. Era un hombre que sabía sacar el mayor partido de sus dotes sobrenaturales. Tan sólo en una ocasión pudo haber disminuido una reputación adquirida de esta forma: fue al permitir que uno de sus mejores capataces se infundiese de su elocuencia, o, como decía su rival más intelectual pero menos dichoso, el otro hombre de leyes del pueblo, sufriendo que se le detenga el paso a uno de sus ensayos fugitivos. Pero incluso esta prueba, cualquiera que

podiesen ser los resultados al exterior, servía para confirmar su reputación en el país. Relucía entonces a los ojos de sus admiradores con todo el esplendor de la impresión, y era en vano que esta miserable raza de animaluchos que se alimentaban de la substancia del genio tratara de minar una reputación consagrada en la opinión de tanta parroquia. El folleto fue distribuido cuidadosamente en las provincias, comentado en las veladas, abiertamente alabado en los documentos públicos por alguna pluma homogénea, como se veía por la semejanza sorprendente del estilo; y, en fin, gracias al celo de un campesino más entusiasta o quizá más interesado que los otros, llevado a bordo del primer barco que largó velas para regresar a la querida patria, como se llamaba entonces afectuosamente a Inglaterra, en un sobre que iba dirigido nada menos que al rey de esa nación. El efecto que produjo en el espíritu rígido del alemán dogmático que ocupaba entonces el trono del Conquistador nunca fue conocido, aunque los que estaban en el secreto del envío esperasen en vano mucho tiempo la recompensa señalada que debía ser el precio de tan maravillosa producción de la inteligencia humana.

Dejando a este agraciado de la fortuna y de la naturaleza, vamos a pasar a un individuo muy diferente y que vive en otra parte del pueblo. El lugar a donde vamos a llevar al lector no es ni más ni menos que a la tienda de un sastre que no desdeñaba entrar en los más mínimos detalles de su profesión y de ser él mismo su único obrero. El humilde edificio se encontraba a poca distancia del mar, en un extremo del pueblo y en una situación tal que el propietario podía contemplar toda la belleza de la dársena interior, e incluso, por un pasaje abierto al agua entre las islas, la superficie tan apacible como un lago de la bahía de la entrada. Había un muelle pequeño y poco frecuentado ante su puerta, en tanto que un cierto aire de negligencia y la ausencia de todo ruido demostraban que este lugar no era la sede directa de la prosperidad comercial tan elogiada de Newport.

Por la tarde era como una mañana de primavera, pues la brisa rizaba la superficie de la dársena dando ese dulzor particular que caracteriza el otoño en América. El digno obrero trabajaba en su oficio, sentado sobre su banco cerca de una ventana abierta, y más satisfecho de él mismo que mucha gente a la que la fortuna ha situado entre cortinas de terciopelo y oro. En el exterior de la pequeña tienda, un campesino de gran estatura, de modales torpes, pero fuerte y bien formado, se balanceaba, con el hombro apoyado sobre una de las paredes de la tienda. Parecía como si esperase el vestido que el otro estaba haciendo, y que se propusiera adornar las gracias de su persona.

Para abreviar y quizá para satisfacer unos enormes deseos de hablar, a los que el que manejaba la aguja estaba muy dado, no pasaba mucho tiempo sin que uno no le dirigiera la palabra al otro. Como la conversación tenía relación directa con el principal protagonista de nuestra novela, nos permitiremos narrar las partes que nos parezcan más apropiadas para servir a la exposición de lo que seguirá. Diremos al lector que el que trabajaba era un viejo ya en el declive de la vida, y cuya apariencia

anunciaba que, bien sea porque la suerte le hubiera sido siempre adversa, o bien porque ella le hubiese privado de sus favores, no podía apartar la pobreza de su morada a no ser con la ayuda de mucho trabajo y de una extrema frugalidad.

—Sí —dice el infatigable sastre dando una especie de suspiro que igualmente se podría tomar por la prueba del exceso de su satisfacción moral, o de la fatiga física debida a sus penosos trabajos—, sí, raramente salen de la boca del hombre palabras más bellas que las que ese señor ha pronunciado hoy. Cuando hablaba de las llanuras del padre Abraham, del humo y de los muertos de la batalla, mi querido Pardon, me ha conmovido tan profundamente que, según creo, se me podría meter en la cabeza dejar la aguja, y marchar para buscar la gloria bajo las banderas del rey.

El joven cuyo nombre de pila había sido humildemente elegido por sus padrinos para expresar sus esperanzas en el porvenir, volvió la cabeza hacia el valiente sastre con una expresión de burla en la mirada con lo que demostraba que la naturaleza no le había negado el don de la broma, aunque esta cualidad fuese reprimida por la sujeción de costumbres muy particulares y por una no menor educación.

—Influido por un hombre ambicioso, vecino Homespun —dijo—, Su Majestad ha perdido a su más valiente general.

—Sí, sí —respondió el individuo que en su juventud y en su madurez estaba tan equivocado en la elección de una situación—, es una suerte bella y agradable para el que no tiene nada más que veinticinco años. Pero para mí, la mayor parte de mis días han transcurrido, y tengo que pasar los que me quedan aquí donde me ve. ¿Qué color tiene su vestido, Pardy? Es el color más bello que he visto este otoño.

—Mi madre lo ha hecho para dar un color sólido al tejido, y le digo, vecino Homespun, que con el tiempo, no habrá en toda la isla un muchacho mejor vestido que el hijo de mi madre. Pero puesto que no puede ser general, buen hombre, puede tener al menos el consuelo de saber que no se lucha sin usted. Todos están de acuerdo en que los franceses no resistirán mucho tiempo, y que obtendremos la paz sin enemigos.

—Tanto mejor, tanto mejor, muchacho. ¡El que haya visto como yo los horrores de la guerra, dará gracias a Dios! He visto muchas cosas, has de saber que el precio debe ligarse a las dulzuras físicas de la paz.

—¿No se haría raro, buen hombre, en la nueva situación que queréis tomar?

—¡Yo! He pasado por cinco largas y sangrientas guerras, y puedo decir que a Dios gracias he salido de ellas felizmente, ya que no he recibido ni un rasguño más grande que el que podría hacerme esta aguja. ¡Sí, son cinco largas, sangrientas, y puedo decirlo, gloriosas guerras a las que he sobrevivido sano y salvo!

—Debe haber viajado mucho y caminado desde muy joven, buen hombre, para ver todas esas cosas y no sufrir ningún daño.

—¡Sí, sí, por poco que sea he sido viajero, Pardy! He ido dos veces por tierra a Boston, y he cruzado una vez el gran estrecho de Long Island para bajar a la ciudad de York. Esta última empresa es muy peligrosa vista la distancia, y sobre todo porque

es preciso pasar por un lugar llamado Puerta del Infierno.

—Con frecuencia he oído hablar de ese lugar y puedo decirle también que conozco muy bien a un hombre que lo ha pasado dos veces, una para ir a York, y la otra de regreso a su casa.

—Con ellas habrá tenido bastante, estoy seguro. ¿Te ha hablado de la *Gran Marmita* que hierve y que zumba como si Belcebú atizara por debajo sus fuegos más violentos? ¿Te ha hablado del *Lomo de Jabalí* por encima del cual el agua se precipita con tanta violencia que parece que no cae, y que yo compararía, a las grandes cascadas del Oeste? Gracias a la prudente destreza de nuestros marinos y al extraño valor de nuestros pasajeros, tuvimos éxito, y sin embargo debo confesarlo, y poco me importan que se rían, es una dura prueba para el valor penetrar en ese terrible estrecho.

—¿Atravesó la Puerta del Infierno por tierra? —preguntó el campesino con atención.

—Ciertamente hubiera sido blasfemar y tentar a la Providencia de una manera impía si dijese otra cosa, cuando vimos que nuestro deber nos llamaba para tal sacrificio; pero el peligro pasó, como pasará, así lo espero, esta guerra sangrienta en la que nosotros dos hemos desempeñado nuestro papel, y entonces, espero humildemente, que Su Graciosa Majestad tenga a bien dirigir sus augustos pensamientos hacia los piratas que infectan la costa, y ordene a alguno de sus valientes capitanes que dé a esos granujas el mismo tratamiento que ellos quieren imponer a los demás. Será un maravilloso espectáculo para mis débiles ojos ver al famoso Corsario Rojo, tanto tiempo perseguido, llegando a este mismo puerto a remolque de un barco del rey.

—¿Acaso es un granuja furioso ése de quien habla?

—¡Él! Hay más de uno en ese barco de contrabando, son todos unos bandidos sedientos de sangre y rapiñas, hasta el último de los grumetes de la tripulación. ¡Es una verdadera tristeza, una verdadera desolación, Pardy, oír el relato de sus fechorías en los mares del rey!

—Mucho he oído hablar del Corsario —contestó el campesino—, pero nunca me han contado con detalle sus piraterías.

—¿Cómo vas a poder conocer, muchacho, tú que vives en el interior, lo que ocurre en el vasto océano, igual de bien que nosotros que vivimos en un puerto tan frecuentado por los marinos? Temo que regreses tarde a tu casa, Pardon —añadió dirigiendo la mirada a unas rayas trazadas sobre las tablas de su tienda, por medio de las cuales podía calcular la marcha del sol—; van a dar las cinco de la tarde, y tienes que andar dos veces ese número de millas antes de poder, *moralmente* hablando, alcanzar el punto más cercano de la granja de tu padre.

—El camino es fácil y la gente honrada —respondió el campesino al que no preocupaba que se hiciese medianoche, con tal de poder llevar el relato de algunos terribles robos sobre el mar a los oídos de quienes, como él sabía bien, le rodearían a

su vuelta para conocer las noticias del puerto—. ¿Y es en efecto tan temible y tan buscado como el pueblo dice?

—¡Buscado! Hay pocos marinos en el gran océano, tan valientes para la guerra como Josué el gran caudillo judío, que no prefiriesen mejor ver antes tierra que las velas de ese maldito pirata. Los hombres combaten por la gloria, Pardon, como puedo decir haberlo visto a través de tantas guerras, pero nadie quiere encontrar un enemigo que, de buenas a primeras, levante un estandarte sangriento, y que está preparado para hacer saltar por el aire a amigos y enemigos si se da cuenta que el brazo de Satán no es suficientemente largo para socorrerle.

—¿Si el granuja es tan furioso —dijo el muchacho dando a sus miembros vigorosos un aire de orgullo— por qué la isla y sus plantaciones no envían un barco para traerlo aquí, a fin de que se pudiese disfrutar del espectáculo de una horca beneficiosa? Que el tambor redoble con este fin en nuestro vecindario, y creo que uno por lo menos se presentará voluntario.

—¡He aquí los propósitos de un hombre que jamás ha visto una guerra! ¿De qué sirven los mayales y las horcas contra unos hombres que están vendidos al diablo? Se ha visto con frecuencia al Corsario por la noche o en el momento en que el sol acababa de ponerse, junto a los barcos de Su Majestad y encontrándose totalmente cercados los bandidos, había motivos para creer que les tenían ya encadenados; pero cuando amanecía, el pájaro había escapado de su nido, el diablo sabrá cómo.

—¿Y los malvados están tan sedientos de sangre que han sido llamados *Rojos*?

—Ese es el nombre de su jefe —respondió el sastre confiado en la importancia que le daba el conocimiento de una leyenda tan importante—, y tal es también el nombre que se le da a su barco; que ningún hombre que haya puesto el pie en él ha regresado para contar si había otro mejor o peor. ¡Dios mío, ni viajero ni marinero! El barco es como una balandra real, según se dice, por su forma y construcción. Pero ha escapado milagrosamente a más de una buena fragata, y una vez, uno lo dice muy bajo, pues nadie se atrevería a pronunciar muy alto tan escandaloso relato, permaneció durante una hora bajo el fuego de un barco de cincuenta cañones, y a la vista de todos pareció hundirse como la sonda hasta el fondo del mar; pero cuando aplaudían y felicitaban a sus vecinos por el feliz castigo que se había dado a los granujas, entró en el puerto un navío de las Indias Occidentales que había sido saqueado por el Corsario al día siguiente en que se pensó que ya habían terminado con ellos para siempre.

—¡Y bien!, es inaudito —respondió el campesino a quien el relato empezaba a causar una profunda impresión—. ¿Es un barco bien hecho, y de buen ver? ¿Y, se podría decir que es un barco viviente?

—Hay distintas opiniones: unos dicen que sí, otros que no. Pero yo sé de un hombre que ha viajado una semana en compañía de un marino que, arrastrado por una borrasca, ha pasado a una distancia de cien pies de ese barco. La mano del Señor se hizo notar en las olas, y el Corsario tuvo que cuidar de que su barco no sucumbiera.

El amigo de mi amigo vio perfectamente al barco y al capitán, sin correr el menor peligro. Decía que el pirata era un hombre que podía ser algo más grueso que la mitad del predicador de hoy, tenía el pelo del color del sol en una niebla, y unos ojos que nadie quisiera ver por segunda vez. Le vio tan bien como yo le veo a usted; pues el bandido se mantenía sobre la tilla de su barco, haciendo señas al honrado mercader, para que no avanzase por temor a que los dos navíos se dañasen al chocar.

—Era un intrépido marino este mercader, para osar aproximarse tanto a semejante malvado sin piedad.

—Yo le aseguro, Pardon, que lo hacía absolutamente contra su voluntad. ¡Pero la noche era tan oscura!

—¡Oscura! —interrumpió el otro—. ¿Entonces cómo pudo verle tan bien?

—Esto nadie sabría decirlo —respondió el sastre—; pero por lo que se ve, él ha visto bastante bien todo lo que le he dicho. Más aún, ha tomado buena nota del barco, con el propósito de reconocerlo si el azar o la Providencia le pone otra vez en su camino. Era un largo barco negro, hundido en el agua al igual que una serpiente en el césped, con un aire de maldad diabólica, y una dimensión muy grosera. Todo el mundo dice que parece navegar más rápido que las nubes, y que demuestra inquietarle poco el lado por donde sople el viento; también dicen que no es fácil escapar a su persecución ni al tratamiento que prepara. Después de todo lo que he oído decir, hay cierta relación con ese navío negrero que ancló la semana pasada en el puerto, Dios sabe por qué, en nuestra bahía.

Como el sastre parlanchín había necesariamente perdido muchos ratos preciosos en contar la historia que precede, se puso entonces a recuperarlos con gran actividad, ayudándose con rápidos movimientos de la mano sosteniendo la aguja y con gestos de la cabeza y de los hombros. Al mismo tiempo, el campesino, cuyo espíritu estaba muy lleno de lo que acababa de oír, dirigió los ojos hacia el barco que el otro le señalaba con el dedo, para hacerse una idea, y aprenderse todo lo que tenía relación con una historia tan interesante, a fin de poderla contar después con todos sus detalles. Fue necesario un momento de interrupción en la conversación, mientras que los dos interlocutores se ocupaban cada uno de lo suyo. Pero el silencio fue súbitamente roto por el sastre, que cortó el hilo con el que terminaba el traje de Pardon, lo dejó todo sobre el banco, levantó sus gafas, y dirigió su vista hacia el barco sobre el que los ojos de su compañero permanecían fijos.

—¿Sabe, Pardy —dijo—, qué raros pensamientos, qué crueles sospechas se me han ocurrido en relación con ese barco? Se cuenta que es un negrero llegado aquí para coger agua y madera; lleva ya una semana ahí, y que me muera si se ha llevado a él una sola tabla; en cuanto al agua, le digo que por cada gota de agua han transportado a bordo por lo menos diez de ron de Jamaica. Además, puede ver que ha anclado en un lugar en el que no hay ni un solo cañón de la batería que pudiese esperarle; mientras que si hubiese sido un sencillo barco mercante, se hubiera colocado naturalmente en un lugar donde, si algún corsario codicioso llegaba a rondar

alrededor del puerto, se hubiese encontrado en el más ardiente fuego.

—Es usted muy astuto, buen hombre —dijo el campesino embobado—. ¡Pues bien!, yo apenas hubiera sospechado eso.

—Es la práctica, la experiencia, Pardon, la que nos hace hombres. Debo saber cosas de las baterías, yo que he visto tantas guerras y que he servido durante una semana en ese fuerte, cuando el rumor se extendió de que los franceses enviaban una flota de Louisbourg para cruzar la costa. En esa ocasión tuve por misión hacer de centinela junto al cañón, y examiné veinte veces la pieza en todos los sentidos, a fin de ver en qué dirección el cañonazo partiría en caso que fuera necesario hacer fuego.

—¿Y quiénes son esos hombres? —preguntó Pardon con esa especie de boba curiosidad que había despertado las maravillas contadas por el sastre—. ¿Son esos marineros del barco negrero o de los ociosos de Newport?

—¡Ellos! —gritó el sastre mirando el pequeño grupo que le señalaba el campesino—; seguro que son recién llegados, y puede ser interesante examinarlos más de cerca en estos tiempos de turbación. ¡Eh! Nab, toma este vestido y dobla las costuras, holgazana, pues el vecino Hopkins tiene prisa, mientras que tu lengua parece la de un abogado en un tribunal de justicia. Ahorra codos muchacha; esto no es muselina sino una tela sobre la que se podría sostener una casa.

Descargándose así del resto de su trabajo en una criada de aspecto ceñudo que fue obligada a dejar de hablar con un vecino para obedecer sus órdenes, cojeando salió de su tienda al aire libre.

## Capítulo segundo

Los extranjeros eran tres, seguro que eran extranjeros, eso dice al oído de su compañero el infeliz Homespun, que conocía no solamente los nombres sino también la historia secreta de todos ellos, hombres y mujeres, que vivían en un radio de diez millas alrededor de su casa; eran extranjeros, e incluso tenían un aspecto misterioso y amenazador. Con el fin de que se pueda apreciar la verosimilitud de esta última conjetura, es necesario dar algunos detalles sobre el aspecto de esos individuos que tenían la mala suerte de no ser conocidos por el sastre charlatán de Newport.

Uno de ellos, el que tenía un aspecto más imponente, era un joven de veinticinco a veintisiete años. Pero seguro que esos años no habían transcurrido totalmente con días tranquilos y noches de descanso; bastaba mirar las señales morenas y profundas acumuladas en su cara una tras otra, de tal forma que daban un color oliva a una tez blanca, sin cambiar no obstante en nada la expresión de su vigorosa salud. Sus rasgos tenían más de nobleza y de fortaleza que de regularidad y simetría; su nariz era de proporciones exactas, pero poseía algo notable y atrevido, que, unido a las cejas adelantadas, daba a la parte superior de su rostro ese aire pronunciado de inteligencia que caracteriza actualmente a la mayor parte de las fisonomías americanas. Su boca ofrecía una expresión firme y varonil en tanto que se hablaba muy bajo de él con una sonrisa significativa en el preciso momento en que el curioso sastre se aproximaba despacio, dejó ver una hilera de dientes brillantes que daban un nuevo esplendor al color oscuro de la tez que les rodeaba. Sus cabellos negros como el azabache, formaban rizos espesos que caían en desorden. Sus ojos eran un poco más grandes de lo normal, y de expresión muy variable, aunque sin embargo más bien dulces que severos.

La estatura de este joven tenía esa grata dimensión que une de una forma tan especial el vigor y la acción. Parecía el resultado de una combinación perfecta, tanto en cuanto a las proposiciones que eran justas como en su gracia sorprendente. No obstante a que estas diferentes cualidades físicas se mostrasen aminoradas por un vestido de simple marino muy grosero, pero limpio y arreglado con bastante gusto, resultaban mucho más imponentes para intimidar las sospechas del sastre, y hacerle vacilar en dirigir la palabra al extranjero cuya vista parecía unida por una clase de encanto al presunto barco negrero de la bahía. No se atrevió a turbar una ilusión que parecía tan profunda, y abandonando al joven apoyado contra el borde del muelle donde se encontraba después de mucho tiempo sin notar en absoluto la presencia de ningún inoportuno, se apresuró a desviarse un poco para examinar a los otros dos personajes.

Uno de ellos era blanco, y el otro negro. Los dos habían pasado su edad juvenil, y su aspecto demostraba evidentemente que habían estado expuestos mucho tiempo al rigor de los climas y de infinitas tempestades. Sus vestidos, manchados de alquitrán y llevando más de una señal de los estragos del tiempo, anunciaban que pertenecían a la



clase de simples marineros.

El primero era de baja estatura, rechoncho pero vigoroso y, gracias a una feliz disposición de la naturaleza, desarrollada quizá por una larga costumbre, el lugar principal de su fuerza se encontraba en los hombros anchos y carnosos, y en unos brazos robustos y nervudos. Tenía una cabeza enorme, la frente pequeña y casi cubierta de cabellos, los ojos pequeños, muy vivos, a veces fieros, a menudo insignificantes; la nariz gruesa, corriente y con granos; la boca grande, lo que parecía indicar avidez, y el mentón ancho, varonil e incluso expresivo. Este individuo, tan singularmente constituido, estaba sentado sobre un tonel vacío, y con los brazos cruzados mirando hacia el barco negrero del que tan frecuentemente hemos hablado, dando de tarde en tarde al negro compañero suyo las señales que le sugerían sus observaciones y su gran experiencia.

El negro ocupaba un lugar más humilde y más de acuerdo a sus hábitos de sumisión. En la distribución muy particular de la fuerza animal, había una gran semejanza entre los dos, salvo que el último le aventajaba en cuanto a estatura e incluso en proporciones. Sus rasgos eran más distinguidos que los ordinarios; su aspecto dulce tomaba con facilidad una alegre expresión y algunas veces, era como la mirada de su compañero, de satisfacción; su cabeza empezaba a encanecer, su piel había perdido el color brillante de azabache que poseyera en su juventud; sus miembros, todos sus movimientos mostraban a un hombre cuyo cuerpo había sido endurecido por el trabajo sin descanso. Se encontraba sentado sobre un mojón poco elevado, y parecía ocupado atentamente en arrojar al aire pequeñas piedras, desarrollando su destreza al atraparlas con la misma mano que acababa de lanzarlas, cosa que demostraba a la vez la propensión natural de su espíritu a buscar la diversión en bagatelas, y la ausencia de esos sentimientos más elevados que son el fruto de la educación. Este juego, sin embargo, servía para hacer resaltar la fuerza física del negro; pues con el propósito de poder dedicarse sin obstáculos a esa pueril distracción, se había remangado las mangas de su chaqueta, y mostraba un brazo que hubiera podido servir de modelo para el de Hércules.

No había ciertamente en la persona de los dos marineros nada lo suficientemente imponente para intimidar a un hombre tan apremiado por la curiosidad como nuestro sastre. En vez de ir rápidamente, quiso mostrar al campesino cómo se debía actuar en un caso parecido, y darle una prueba sorprendente de esa sagacidad de la que estaba tan confiado. Después de hacerle con precaución una señal de inteligencia, se aproximó lentamente por detrás de puntillas, con el propósito de poder oír si uno de los dos marinos dejaba involuntariamente escapar un secreto. Su previsión no se vio seguida de ningún resultado importante; no tuvo para confirmar sus sospechas otra señal que la que podía deducir del simple sonido de sus voces. En cuanto a las palabras, aunque el infeliz creyó de seguro que implicaban traición, estaba obligado a reconocer que eran bastante secretas para escapar a su sagacidad. Dejaremos al lector que juzgue él mismo la justicia de sus conjeturas.

—He ahí una bonita dársena, Guinea —dijo el blanco mascando el tabaco en la boca y apartando los ojos del barco por primera vez después de algún tiempo— y es un lugar donde querría ver a su fragata cuando está indefensa a merced del viento. Puedo decir sin vanagloriarme que soy muy poco marino; y muy malo ya que no puedo adivinar cuál puede ser la filosofía del capitán para dejar su barco en la bahía exterior, cuando podría remolcarlo a este estanque en menos de media hora. De esa manera da un rudo trabajo a sus barcos, y es lo que llamo hacer mal tiempo siendo bueno.

El negro era apodado Escipión el Africano por una especie de refinamiento espiritual que era mucho más corriente en las provincias que en el este de los Estados de América, y que puebla en las clases más bajas de la sociedad de una multitud de representantes, al menos con nombre de filósofos, de poetas, y de héroes de Roma. A él le daba igual que el barco estuviese en la bahía de la entrada o en el puerto, y lo demostró respondiendo con un aire de indiferencia y sin interrumpir su infantil distracción:

—Crear que el agua ser profunda, supongo.

—Yo te digo, Guinea —dijo el otro en un tono seco y perentorio— que ese hombre no sabe nada. Si conociera algo del gobierno de un barco, ¿lo dejaría en una rada cuando podría amarrarlo, de popa y proa, en una dársena como ésta?

—¿A qué le llamas rada? —interrumpió el negro sorprendiendo con la avidez de la ignorancia la ocasión de señalar el ligero error que su adversario había cometido confundiendo la bahía exterior de Newport con el fondeadero más extenso que le separaba del puerto, y se inquietó un poco, como todas las personas de su clase, dudando de la oportunidad de la objeción—; ¡Yo no oír nunca llamar rada a un fondeadero con tierra alrededor!

—Escucha un poco, dueño de la Costa de Oro —refunfuñó el blanco inclinando la cabeza hacia el lado con aire amenazador, aunque despreció aun volver los ojos hacia su humilde adversario—, si no quieres tener el cuerpo magullado durante más de un mes, arroja, créeme, el garfio sobre tu espíritu, y ten cuidado con la forma en que dices las cosas. Dime tan sólo una cosa, si quieres: ¿un puerto no es un puerto, y el mar no es el mar?

Como eran dos preguntas que el sutil Escipión no podía contestar, se abstuvo prudentemente de discutir, contentándose con mover la cabeza con aire de complacencia, y riendo orgulloso del triunfo imaginario que había obtenido sobre su compañero el cual nunca había conocido ninguna preocupación, ni jamás había sido humillado por injurias mucho tiempo y muy pacientemente soportadas.

—Sí, sí —refunfuñó el blanco volviendo a tomar su primera actitud y cruzando de nuevo los brazos que había separado un poco para dar más fuerza a la amenaza que acababa de hacer—, ahora respira como una manada de cornejas hambrientas, como si pensaras que me has echado a pique por ello. Un negro es un animal sin razón: ¡el Señor lo ha hecho así; y un marinero experimentado que ha doblado dos

cabos y ha pasado todos los promontorios entre Fundy y Horn no tendrá derecho a utilizar su aliento, quizás en vano dando una lección a un ser de tu especie! Te diré Escipión, que el que ha fondeado en la bahía exterior de este puerto de mar no sabe nada de baraderos, ya que si supiera, fondearía en el extremo meridional de ese pequeño cabo de isla que ves, y tiraría de los cabos de su barco hasta allí, amarraría con buenos cables de cáñamo y garfios de hierro. Así que ahora, negrito, pon atención a mi razonamiento —y su tono suavizado demostraba que la pequeña escaramuza que había tenido lugar no había sido más duradera que una de esas borrascas repentinas que habían visto uno y otro muchas veces, y que generalmente pronto llegaba la calma—; sigue bien la analogía de lo que me place decirte. Ese ha venido a este baradero para alguna cosa o bien para nada, hubiera podido quedarse totalmente fuera, y yo no tendría nada que objetar; pero si ha venido para algo, podría haberse situado en un lugar más cómodo precisamente en donde yo te decía, muchacho, y no en el que se ha colocado, aunque lo que quiera llevarse no pese más que un puñado de plumas suaves para la almohada del capitán. Por el momento si tienes alguna cosa para echar por tierra la calidad de mi razonamiento, ¡pues bien!, estoy dispuesto a escucharte como hombre razonable que no ha olvidado los métodos de enseñar su filosofía.

—Viento no tener más que soplar de allí —respondió el otro extendiendo su brazo robusto hacia el noroeste—, y barco ganar mar rápidamente, rápidamente; ¿por qué querer ir tan lejos para tener viento a la entrada? ¡Ah!, responder a esto. Tú mucho sabio, maese Dick, pero nunca ver ir barco en dientes del viento, ni oír hablar eso.

—¡El negro tiene razón! —gritó el muchacho que, según parecía, había oído toda la discusión, en tanto que parecía ocupado en otra cosa—; el capitán del barco negrero se ha quedado en la bahía exterior, sabiendo que el viento viene casi siempre del oeste en esta época del año, y tú ves también que ha levantado sus tablas; aunque está bastante claro por la forma en que sus velas están aferradas, ya que tiene una numerosa tripulación. ¿Sabrías decirme, amigos míos, si tiene un ancla bajo la quilla, o si está sujeto por un simple cable?

—Es preciso que ese capitán haya perdido la cabeza para permanecer así arriado sin echar un ancla o por lo menos un anclote para evitar que se mueva su barco —respondió el blanco sin parecer creer que hubiera autoridad más grande que la suya para decidir sobre ese punto—. He visto ya que no sabe andar, pero nunca hubiera creído que un hombre que lo tiene todo en tan buen orden por arriba atase su barco por algún tiempo con un simple cable, para que se mueva en todos los sentidos, y que haga cabriolas como ese caballo atado a una larga cuerda que hemos encontrado en el camino cuando veníamos de Boston.

—Ellos anclar y poner todo en su sitio —dijo el negro cuyos ojos oscuros miraban al barco mientras que continuaba arrojando sus piedras al aire—; ¡ellos disponer todo para poder escapar rápido, rápido, cuando quieran! ¡A mí gustar ver a Dick galopar rápido como caballo atado a un árbol!

El negro muestra nuevamente su buen humor, y lo manifiesta moviendo la cabeza y riendo a carcajadas, como si su amo se sintiera lleno por completo de placer por lo que su grosera imaginación acababa de conjurar, y de nuevo también su compañero murmuró contra él algunas imprecaciones de las más enérgicas. El muchacho hasta entonces había tomado poca parte en las querellas y bromas de los dos adversarios; continuaba con los ojos fijos en el barco que en ese momento parecía inspirarle un interés extraordinario. Moviendo la cabeza, como si sus dudas llegaran a su fin, dijo cuando la ruidosa alegría del negro se apaciguó:

—Sí, Escipión, tienes razón, está sujeto tan sólo por el ancla y está preparado para poder largar velas al momento. En menos de diez minutos el barco podría estar fuera del alcance de los cañones, aunque tan sólo hubiera una brisa de viento.

—Parece un gran entendido en estas cosas —dijo detrás de él una voz desconocida.

El muchacho se volvió rápidamente, y se apercibió por primera vez de la presencia de los que se habían acercado. La sorpresa sin embargo, no fue sólo para él, pues el sastre charlatán había estado demasiado ocupado hasta entonces en espiar los más pequeños movimientos de los dos que discutían, para darse cuenta de que se acercaba un hombre que le era totalmente desconocido.

Este hombre tendría de treinta a cuarenta años, y su aspecto así como su ropa eran de tal naturaleza que excitaba la curiosidad a los que acechaba el infeliz Homespun. Su estatura, aunque delgada, mostraba gran fuerza, era algo más alto que lo normal. Su piel había tenido la blancura de una mujer; pero unas señales de rojo oscuro dibujadas en su rostro, y que hacían resaltar los contornos de una bella nariz aguileña, hacía que no pareciese afeminado. Sus cabellos eran rubios y caían en gruesos y bellos rizos alrededor de sus sienes. Su boca y su mentón eran de una belleza normal; pero quizá poseyera en la primera un síntoma equívoco, y en conjunto una expresión muy pronunciada de voluntad. Sus ojos eran azules, llenos sin ser salientes, y aunque generalmente dulces, se hubiera podido decir por un momento que tenían algo de salvajes. Su sombrero, alto de forma, se elevaba en cono, lo llevaba un poco de lado, para dar una ligera expresión de *fanfarronada* a su fisonomía. Una levita verde pálida, pantalones de piel de gamo, grandes botas y espuelas completaban su ridículo atavío. Llevaba en la mano un pequeño bastón que blandía en el aire cuando fue visto por primera vez, sin parecer inquietarse de ninguna manera por la sorpresa ocasionada con su repentina aparición.

—Digo, señor, que al parecer es usted un excelente juez en estas cosas —repitió después de resistir la mirada fría y severa del joven marinero, durante tanto tiempo como era compatible con la dosis de paciencia de la que estaba provisto—; ¡habla con un hombre que cree tener derecho a emitir una opinión!

—¿Encuentra extraordinario conocer una profesión que se ha ejercido durante toda la vida?

—¡Ejem, ejem!, encuentro bastante extraordinario oír dar el nombre pomposo de

*profesión* a un oficio que se podría llamar puramente mecánico. ¡Nuestros abogados, en los que se detienen las sonrisas particulares de las sabias universidades, no nos podrían decir más!

—¡Pues bien!, llámele oficio, ya que un marino no quiere tener nada en común con los eruditos de su clase —respondió el muchacho dándole la espalda con aire de enfado sin intentar ocultarlo.

—¡He aquí a un muchacho que tiene cabeza! —murmuró en tono rápido y con una sonrisa significativa—. Amigo, no nos enfademos por una palabra, por una nadería. Confieso mi completa ignorancia sobre todo lo que al mar se refiere, y tomaría voluntarioso algunas lecciones de un hombre tan versado como usted en la noble *profesión*. ¿Me parece que habla de la forma en que ese barco de allá está anclado y de la manera en que tiene colocadas las cosas, de pies a cabeza?

—De pies a cabeza —repitió el otro con calma.

—Veo lo alto del barco en donde todo me parece que está en orden; pero no me parece poder juzgar lo que hay debajo a esta distancia.

—Estaba pues en un error; pero excusará la ignorancia de un novato, ya que yo lo soy en la *profesión*. Yo no soy, como le he dicho, más que un indigno abogado al servicio de Su Majestad, enviado a estos parajes para una misión muy especial. Si no fuera un lamentable juego de palabras, podría añadir, yo no soy aún *juez*.

—Dudo que llegue pronto a conseguir ese puesto honorable —respondió el otro—, si los ministros de Su Majestad saben apreciar dignamente el mérito de la modestia; a menos, que no llegue a ser prematuramente...

El muchacho se mordió el labio, levantó la cabeza muy alto y se puso a pasear a lo largo del muelle, seguido de los dos marinos que le habían acompañado, y que mostraban la misma sangre fría.

El extranjero de levita verde siguió con la vista todos sus movimientos con calma, e incluso aparentemente con cierto placer, acariciando su bota con el bastón y pareciendo reflexionar como quien busca reanudar la conversación.

—¡Ahorcado! —dijo al fin entre dientes, como para terminar la frase que el otro había dejado a medio acabar—. ¡Es muy raro que este joven pícaro se atreva a predecirme tal cosa, a mí!

Y se disponía evidentemente a seguirles, cuando notó una mano que se posaba familiarmente en su brazo, y tuvo que detenerse: era la de nuestro amigo el sastre.

—He de decirles una palabra al oído —dijo éste haciendo un signo expresivo para indicar que tenía un secreto de importancia para comunicarle—, una sola palabra señor, puesto que estáis al servicio particular de Su Majestad. Vecino Pardon —añadió dirigiéndose al campesino de forma noble y protectora—, el día comienza a declinar, y temo que llegue tarde a su casa. ¡La muchacha le dará los vestidos, y el cielo le guíe! No diga nada de lo que ha visto y oído, que no ha recibido mis noticias para ese fin; pues no sería conveniente que dos hombres que han adquirido tanta experiencia en una disputa como ésta faltasen de discreción. ¡Adiós, muchacho;

saludos a su padre, ese valiente granjero, sin olvidar a su madre. Adiós, mi digno amigo, hasta la vista; que le vaya bien!

Homespun, habiendo despedido así a su compañero, esperó, hasta que el campesino embobado hubo abandonado el muelle antes de dirigir de nuevo los ojos hacia el extranjero de levita verde. Este había permanecido inmóvil en el mismo lugar, conservando una sangre fría imperturbable, hasta el momento en que el sastre le dirigió la palabra por segunda vez, el cual parecía haber tomado las dimensiones y haber medido de alguna manera el carácter con una sola de sus miradas rápidas.

—¿Decís, señor, que sois un servidor de Su Majestad? —preguntó Homespun decidido a asegurarse de los derechos que el extranjero podía tener a su confianza, antes de comprometerse diciéndole secretos por precipitación.

—Puedo decir más, señor: su confidente íntimo.

—¡Es con su confidente íntimo con quien tengo el honor de hablar!, es una dicha que me llega hasta lo más hondo de mi alma —respondió el artesano pasando la mano por sus cabellos e inclinándose casi hasta tocar la tierra—; una dicha realmente excesiva, un magnífico privilegio.

—Quienquiera que sea, amigo mío, en nombre de Su Majestad, le diré que sea bienvenido.

—Una condescendencia tan magnífica abriría todos los pliegues de mi corazón, incluso cuando no encerrase nada más que traición e infamias de toda clase. Soy feliz, muy honrado y no dudo de tan honorable persona, por tener ocasión de poner a prueba mi devoción al rey ante alguien que no dejará de contar mis débiles esfuerzos a los oídos de Su Majestad.

—Hable libremente —interrumpió el extranjero con aire de condescendencia de príncipe, aunque un hombre menos simple y menos preocupado de su grandeza que el sastre podría haberse dado cuenta que estos cumplidos demasiado prolongados y devotos empezaban a impacientarle—. Hable sin reserva, mi amigo; es lo que hacemos siempre de corazón. —Después golpeó su bota con el bastón, y dijo muy bajo para sí mismo girando ligeramente sobre sus talones con un aire de indiferencia: «si cree eso, es tan simple como su plancha de sastre».

—¡Qué bueno sois, señor!, ¡y es una gran prueba de caridad por parte de su noble persona el querer escucharme! ¿Veis ese gran barco que está allí, en la bahía exterior de este leal puerto de mar?

—Lo veo; y ése parece ser el objeto de la atención general entre los dignos habitantes del lugar.

—¡Pues bien, señor!, hacéis demasiado honor a la sagacidad de mis compatriotas, hace varios días que ese barco está allí donde lo veis, y no he oído decir allí abajo a nadie una palabra de sospecha, a no ser las mías.

—En realidad —dijo el extranjero mordiendo la punta de su bastón y fijando su mirada centelleante sobre los rasgos del bravo hombre que eran como una carta escrita por la importancia de su secreto— ¿y cuál puede ser la causa de sus

sospechas?

—Escuchad, señor, puedo equivocarme, y ¡que Dios me perdone en ese caso!, pero he aquí ni más ni menos, lo que se le ha ocurrido a este hombre. Ese barco y su tripulación se cree entre la buena gente de Newport como dedicado inocentemente y sin malicia a la trata de negros; y son recibidos maravillosamente, el barco en un buen baradero, y los otros en todas las tabernas y en casas de los comerciantes. No vayáis a creer que alguna vez chaleco o pantalón ha salido de mis manos para uno de esos de allá; no, no, porque como sabéis, tienen a un joven sastre llamado Tape, que posee todas las prácticas diciendo barbaridades de los que conocen mejor que él el oficio; no, recordad bien que yo no he hecho nada ni siquiera para el último grumete de la tripulación.

—Tiene suerte al no haberse mezclado con esos bribones —respondió el extranjero—; pero ha olvidado decirme el delito por el que yo debo acusarles ante Su Majestad.

—Voy, tan rápido como me sea posible al punto importante. Debéis saber, digno y respetable señor, que soy un hombre que ha sufrido mucho al servicio de Su Majestad. He pasado por cinco largas y sangrientas guerras, sin hablar de otras aventuras y otras pruebas, como las que conviene a un humilde sujeto soportar pacientemente y en silencio.

—Todos esos servicios llegarán a oídos del rey. Ahora, mi digno amigo, alivie su espíritu comunicándome francamente sus sospechas.

—Gracias, muy honorable señor; no olvidaré jamás vuestra bondad para mí; pero no se dirá que el apresuramiento en buscar el alivio del que habláis me haya turbado hasta el extremo de olvidarme la forma justa y conveniente de descargar la conciencia. Sabréis, respetable señor, que ayer, como estaba sentado, solo, a esta misma hora, en mi banco, reflexionando por mi parte... por la simple razón de que mi envidioso vecino había llevado todos los adelantos últimamente llegados, a su tienda; pues, señor, la cabeza trabaja cuando las manos están ociosas... Estaba pues sentado allí, como os he dicho brevemente, reflexionando, como un ser razonable, en las calamidades de la vida y en la gran experiencia que he adquirido en la guerra; pues es preciso que sepáis, valiente señor, que sin hablar de las cosas realizadas en el país de los Medos y de los Persas, y del motín a Portews en Edimburgo, he pasado por cinco largas y sangrientas...

—Hay, en efecto, en su aspecto algo de militar —interrumpió el extranjero que hacía esfuerzos evidentes para contener su impaciencia cada vez mayor—; pero como mi tiempo es precioso, desearía más particularmente saber por el momento lo que va a decirme sobre ese barco.

—Sí, señor, se posee un aspecto militar a fuerza de ver combates. Es así que, felizmente para los dos, voy a la parte de mi secreto referente a ese barco. Estaba sentado allí, pensando sobre la forma en que los marinos extranjeros habían sido embrujados por mi vecino con su voz empalagosa; pues, para que lo sepáis, ese Tape

habla, habla... ¡Un joven bribón que habría visto una sola guerra a lo más!... Reflexionaba pues en la forma en que me ha robado mis prácticas legales, hasta que... una idea arrastra siempre a otras, esa conclusión natural —como dice todas las semanas nuestro reverendo padre en sus sermones que son para partir el corazón— se presentó de repente a mi espíritu: ¿si esos marinos eran honrados y conscientes negreros, abandonarían a un pobre diablo que tiene una numerosa familia, para ir a tirar su oro legalmente ganado a la cabeza de un malvado charlatán? En seguida me di la respuesta a mí mismo; sí, señor, no vacilé en ello, y me dije que no. Entonces hice sin rodeos esta pregunta a mi inteligencia: ¿Si no son negreros, qué son? Pregunta que, el mismo rey convendría en su sagacidad real, era más fácil de hacer que de responder. A la que yo contesté: si el barco no es un simple negrero ni uno de los cruceros de Su Majestad, es tan claro como el día que éste no puede ser otro que el barco de ese infame pirata, el Corsario Rojo.

—¡El Corsario Rojo! —gritó el extranjero de levita verde estremeciéndose para demostrar su atención, que estaba perdiendo a causa de las divagaciones interminables del sastre, y se había excitado de repente—; sería en efecto un secreto que valdría muchísimo. ¿Pero qué le hace suponer eso?

—Una multitud de razones que os voy a detallar en su orden respectivo. En primer lugar, se trata de un barco armado; en segundo lugar, ése no es un crucero legítimo, de lo contrario se sabría y yo el primero, entiendo que es muy raro que no me recuerde algo a los barcos del rey; y en fin, lo que está bien demostrado puede ser mirado como substancialmente admitido. Tales son señor, lo que yo llamaría las premisas de mis inducciones, que os ruego sometáis a la atención real de Su Majestad.

El abogado de levita verde escuchó las conjeturas largamente deducidas de Homespun con mucha atención, a pesar de la forma oscura y confusa en que las exponía. Su vista aguda miraba alternativamente y con rapidez ya al barco, ya el rostro de su compañero; pero transcurrieron unos minutos antes de que juzgara aconsejable dar alguna respuesta. El aspecto alegre y de indiferencia que había tenido, y que mantuvo hasta entonces en el curso de la conversación, dio paso a otro abstracto y pensativo que demostraba que, por simple que pudiera parecer, estaba lejos de ser incapaz de maduras y profundas reflexiones. Sin embargo, su cara abandonó de golpe esta expresión de seriedad para tomar otra que ofrecía una singular mezcla de sinceridad y de ironía, y posando familiarmente la mano sobre el hombro del sastre que estaba muy atento, dijo:





—Acaba de cumplir con el deber de un leal y fiel servidor del rey, y sus observaciones son en efecto de gran importancia. Es bien conocido que gran cantidad de dinero está prometida a quien descubra a uno solo de los compañeros del Corsario, y que magníficas recompensas serán entregadas a aquel que ponga a todos esos

malvados en manos del verdugo; es incluso posible que el rey dé alguna muestra de su agradecimiento por el servicio prestado, un caso parecido a éste ha sido el de Phipps, que ha recibido el título de caballero...

—¡De caballero! —repitió el sastre en una especie de éxtasis.

—Sí, de caballero —repitió el extranjero con gran sangre fría—, de ilustre y honorable caballero ¿Cuál es el nombre que sus padrinos le dieron al bautizarle?

—Mi nombre, noble señor, es Héctor.

—¿Y la casa, el título distintivo de la familia?

—Se nos ha llamado siempre Homespun.

—¡Sir Héctor Homespun!, he aquí un nombre que resonará más que ningún otro; pero para asegurar esas recompensas, mi amigo, es necesaria mucha discreción. Admiro su perspicacia, y me rindo a sus argumentos invencibles; ha demostrado de una forma tan palpable la justicia de sus sospechas, que estoy tan seguro que ese barco es el del Corsario, que le veo pronto llevando las espuelas, y oírle llamar sir Héctor: esto son dos cosas fijas por igual en mi espíritu; pero es necesario que en esta ocasión obremos con prudencia. ¿Le he oído decir que no ha dicho a nadie el resultado de sus ingeniosas observaciones?

—A nadie. Incluso Tape está dispuesto a jurar que la gente de la tripulación son unos honrados negreros.

—Perfecto. Primero es necesario que estemos seguros de nuestras sospechas, y después pensaremos en la recompensa. Venga a buscarme esta noche, a las once, allá abajo; haremos las observaciones oportunas, y aclaradas las dudas, hablaremos por la mañana, y nuestras palabras resonarán desde la colonia de la bahía hasta las posesiones de Oglethorpe. Separémonos hasta entonces, ya que no es conveniente que nos vean más tiempo hablando. Acuérdesse bien de mis recomendaciones. Silencio, exactitud y favor del rey, ésa será nuestra contraseña.

—Adiós, honorable señor —dijo el sastre con una reverencia que llegó casi a tocar tierra, mientras que su compañero llevaba ligeramente su mano al sombrero.

—Adiós, sir Héctor —respondió el extranjero de levita verde con una débil sonrisa y haciendo un saludo con la mano. Subió entonces lentamente por el muelle, y desapareció por detrás de la casa de Homespun, dejando al jefe de esta vieja familia, como a muchos de sus antepasados y sin duda de sus descendientes, absorbido de tal forma en el pensamiento de su grandeza futura y tan ciego por su alegría, que aunque físicamente veía perfectamente, los ojos de su alma estaban completamente oscurecidos por los humos de la ambición.

## Capítulo tercero

Apenas el extranjero hubo abandonado al crédulo sastre, su rostro perdió la expresión fingida para tomar otra más tranquila y natural. A pesar de todo parecía que la reflexión no era para él ni una costumbre ni un placer, pues golpeando varias veces con el bastón en su bota, entró en la calle principal del pueblo con paso ligero y aire distraído. No obstante su aparente distracción no dejaba pasar a casi nadie sin haberle echado una mirada aunque fuese rápida, y, dado el empeño que ponía en examinarlo todo, era evidente que su espíritu no estaba menos activo que su cuerpo. Un extranjero en esta situación, llevando en su persona tantas pruebas de que venía de hacer un largo viaje, no cesó de atraer la atención de los previsores posaderos, de los que hemos tenido ocasión de hablar en nuestro primer capítulo. Sordo a las reiteradas cortesías de los que estaban más cerca, se dirigió, con singular extrañeza, a aquél en cuya casa se daban cita todos los ociosos del puerto.

Entrando en la sala de espera de este cabaret, pues así se le llamaba, aunque posiblemente en la madre patria sus pretensiones se verían limitadas al humilde nombre de taberna, encontró la habitación hospitalaria provista de los utensilios de costumbre. La llegada de un huésped que por su aspecto y su indumentaria parecía muy superior a los que habitualmente frecuentaban la casa causó una ligera inquietud; pero esta alteración cesó cuando el extranjero se sentó y dijo al posadero lo que quería. Él, atendiéndole, creyó que debía excusarse tanto por las cosas que había en la sala de espera, como por la manera en que un individuo situado al extremo de la larga y estrecha sala no sólo acaparaba la conversación sino que incluso parecía obligar a todos los que le rodeaban a escuchar sus relatos sobre alguna historia sorprendente.

—Es el contraamaestre del negrero que está en la bahía exterior, señor —dijo el digno alumno de Baco—, un hombre que ha pasado en el agua más de un día, y que ha visto cosas maravillosas, las suficientes para escribir un libro. Se le llama el viejo Boree, aunque su nombre legítimo es Jack Nightingale.

Una talla que excedía bastante de los seis pies, unos enormes bigotes cubrían casi por completo la mitad de su sombrío rostro, una cicatriz, huella indeleble de una profunda herida que había amenazado la división de éste en varias partes; los miembros eran proporcionados; pareciendo todo más raro aún por el traje del marino; una larga cadena de plata y un pequeño silbato del mismo metal servían para presentar al individuo en cuestión de forma muy especial. Sin parecer hacer el menor caso a la entrada de un hombre tan fuerte sobre el tipo de auditores ordinarios, aquel hijo del océano continuó su relato en estos términos y con una voz que parecía haberle sido concedida por la naturaleza como para contrastar con su armonioso nombre, e incluso sus acentos tenían tanta relación con los bramidos sordos de un toro que era necesario que el oído estuviese acostumbrado para comprender una jerga tan extraña.

—Y bien —dijo extendiendo su fuerte brazo y con el puño cerrado, el pulgar elevado solamente lo suficiente para indicar la brújula—, la costa de Guinea podía estar aquí, y el viento venía de ese lado, soplando a rachas. ¿Sabe usted lo que quiero decir?

Esta brusca pregunta iba dirigida al embobado aldeano que el lector ya conoce, y que, llevando bajo el brazo el arreglo que le acababa de entregar el sastre, se puso en camino para ir a escuchar la historia del contraamaestre, y aprenderse las historias con las que pensaba obsequiar a sus amigos en el pueblo. Una risa general se extendió por la sala a costa del honrado Pardon. Nightingale echó una mirada significativa a uno o dos de sus íntimos, y aprovechando la ocasión para refrescarse con un poco de ron y agua, continuó:

—Así pues, la tierra estaba aquí, y como decía antes, el viento venía de allí, del sudeste, y quizá del sur-sudeste, soplaba como si estuviera furioso, y agitaba las velas contra las cuerdas y las palanquetas, al igual que si la tela no costara más que *el Dios os bendiga* de un rico. No me gustaba el cariz del tiempo, en vista de que era demasiado inestable como para hacer tranquilamente la guardia. Me dirigí, pues, hacia popa para dar mi opinión por si se me hacía el honor de quererla conocer. No llevaba allí mucho tiempo cuando todo pasó tal como yo lo había previsto. «Señor Nightingale», dijo el capitán, —pues el capitán es un hombre que tiene la costumbre de no olvidar jamás el trato social cuando está en el puente o cuando habla a alguno de la tripulación—; «Señor Nightingale», dijo, «¿qué piensa usted de ese guiñapo de nubes, allí abajo al nordeste?», dijo. «A fe mía, capitán», dije yo resueltamente, «mi opinión es plegar los tres masteleros y cargar las velas. No debemos apresurarnos ya que Guinea estará mañana en el mismo sitio en que hoy está. Hay que evitar que el buque ande dando vueltas en medio de estas borrascas, tenemos la gran vela...».

—Debería haberla plegado igualmente —gritó una voz por detrás, cuyo sonido era también perentorio, aunque un poco menos grave, que la del elocuente contraamaestre.

—¿Quién es el ignorante que ha dicho eso? —preguntó furioso Nightingale como si toda su bilis se hubiera puesto en movimiento por una interrupción atrevida e inesperada.

—Un hombre que ha atravesado África desde Bon hasta el cabo de Buena Esperanza más de una vez —respondió Dick Fid caminando en dirección a su furioso adversario, y empleando sus anchos hombros para abrirse paso, a pesar de su pequeña talla, a través de la gente que rodeaba al contraamaestre—. Sí, camarada, y un hombre ignorante o no, que no aconsejaría a su capitán que se guardase de arriar tantas velas en el barco cuando parecía que el viento iba a soplar de popa.

Oyendo exponer en un tono tan decidido una opinión que todos los que estaban presentes encontraban muy audaz, se extendió por la sala un murmullo general. Furioso por las muestras no equívocas del favor popular, Nightingale no se quedó corto, y su réplica no fue de las más suaves. Entonces aquello resultó un concierto

ruidoso y unánime en el cual las voces chillonas y agudas de los asistentes representaban el alto, mientras que los dos oponentes, poniéndose a la cabeza de las aserciones con desaires e injurias, parecían ejecutar la parte correspondiente al bajo.

Durante aquel tiempo fue imposible discernir dónde estaba la discusión, tan grande era la confusión de lenguas; y algunos síntomas incluso parecían anunciar que Fid y el contramaestre estaban bastante dispuestos a llegar a una forma más eficaz de despachar el altercado. Fid se colocó frente a su gigantesco adversario y se preparó el que nunca había cedido. Gestos enérgicos se sucedían era la fuerza de cuatro brazos de atletas, anudados como garrote de roble, en los cuales, músculos y venas sobresalían de tal manera que amenazaban aniquilar a todo el que intentara resistírseles. Pero a medida que los murmullos generales se iban calmando, las voces de los dos cabecillas comenzaron a oírse; y como si no desearan otra cosa uno y otro que confiar el sentido de su defensa al vigor de sus pulmones, fueron abandonando gradualmente su actitud hostil, y empezaron a dar muestras de elocuencia.

—Es usted un marino famoso, compañero —dijo Nightingale volviendo a ocupar su sitio—, y si de palabras dependieran los hechos, no cabe la menor duda de que usted haría hablar a un barco. Pero yo, que he visto flotas compuestas de barcos de dos y tres puentes, y esto en todas las naciones, cubrirse tan tranquilas como gaviotas, con los masteleros cargados, sé, creo, cómo hay que ingeniárselas en semejante caso.

—Y yo digo que se debe hacer uso de las velas traseras —replicó Dick—. Emplee las velas de ésta y, si ese es su gusto, puede que no le resulte mal; pero nunca un buen marino recibiría un viento de tanta fuerza entre el palo mayor y los obenques delanteros, si esperara buen resultado de su proceder; pero las palabras son como el rayo, que hace mucho ruido en lo alto sin descender por la palanqueta, al menos por lo que yo he visto; así pues, tomemos por juez a alguien que haya estado en el mar y que conozca la maniobra.

—Si el más anciano almirante de la flota de Su Majestad estuviera aquí, no tardaría en decir quién tiene razón. Escuchad, cama-radas: si hay entre vosotros alguno que haya recibido una buena instrucción acerca del mar, que hable, a fin de que la verdad en este incidente no permanezca oculta.

—¡Pardiez!, aquí está ese hombre —gritó Fid y, extendiendo el brazo, cogió a Escipión por el cuello, y sin ceremonias le llevó en medio del círculo que se había formado alrededor de los dos antagonistas—. Es éste un hombre que ha hecho un viaje de más de un mes desde aquí hasta África; él nació allí. Veamos, negrito, ¿bajo qué velas te cubrirías en las costas de tu país natal, si temieras que se produjese un aguacero?

—Yo no cubrir en absoluto —dijo el negro—; hacer huir barco muy, muy velozmente, ante el viento.

—Sin duda; pero para estar preparado en caso de borrasca, ¿pondrías la gran vela, o la dejarías un poco fuera de la línea del viento bajo una vela de delante?

—Hasta grumete más pequeño saberlo —respondió Escipión refunfuñando, pues

este interrogatorio empezaba a molestarle—. ¿Si tú querer ir a la deriva, cómo poder bajo la gran vela? Responder a esto, señor Dick.

—Señores —dijo Nightingale mirando a su alrededor con mucha gravedad—, yo os pregunto, caballeros, ¿hemos de permitir que venga este negro a exponer su opinión ante las mismas barbas de un blanco?

Esta llamada a la ofendida dignidad de la asamblea causó efecto, y se levantó un murmullo general. Escipión, que en nada cambió de opinión y que la había defendido a su manera contra todo el que intentó combatírsele, no tuvo valor para resistir tan evidentes demostraciones como se le hacían de que estaba de más en la sala. Sin decir una sola palabra en su propia defensa, cruzó los brazos y salió de la taberna con la sumisión y suavidad de un ser que ha pasado mucho tiempo sumido en la humildad para poder ofrecer resistencia. Fid, que se encontraba ahora, inesperadamente, privado de su defensor, dio grandes voces para llamarle, y procuró hacerle volver; pero viendo que no lo conseguiría, llenó su boca de tabaco de mascar y siguió maldiciendo contra el africano.

El triunfo del contraamaestre fue entonces completo, y no se escatimaron en nada las felicitaciones.

—Señores —dijo con más aire de importancia que antes, dirigiéndose a tan singular auditorio que le rodeaba—, ustedes ven que la razón es como un barco que rompiendo el agua directamente con la boneta por ambos lados no se preocupa de más. Yo detesto, oídme bien, detesto hacerme valer, y no sé quién es ese camarada; pero lo que sí sé es que no encontrará entre Boston y las Indias occidentales un hombre que sepa mejor que yo cómo hacer navegar a un barco o cómo se ha de cubrir, siempre que yo...

Nightingale se quedó cortado como si de pronto hubiera perdido la palabra, y sus ojos se vieron atacados por una especie de encantamiento producido por la persistente mirada del extranjero, que entonces se había unido a la gente que le rodeaban.

—Quizá —dijo al fin el contraamaestre, olvidando la frase que había comenzado ante la visión inesperada de un hombre cuya mirada, fija sobre él, era tan imponente —, quizás este señor tenga algún conocimiento sobre el mar y podría decidir el punto en cuestión.

—Nosotros no estudiamos la táctica naval en las universidades —dijo el extranjero con tono desenvuelto—, pero diré que por lo poco que he oído, yo sería de la opinión de huir muy, muy velozmente, ante el viento.

Pronunció estas palabras con un énfasis que podía hacer dudar si lo que pretendía no era jugar con las palabras; tanto más cuanto que puso sobre la mesa lo que debía, y dejó también el campo libre a Nightingale. Este, después de una breve pausa, volvió a su relato; pero, por cansancio o bien por otra causa cualquiera, era fácil notar que su tono no era tan perentorio como antes, y que el narrador abreviaba. Cuando acabó, más o menos bien, su historia y su ponche, se dirigió a la playa, donde una barca le recogió para llevarle a bordo del barco, que durante todo este tiempo no había dejado

de ser objeto de atención tan particular del honrado Homespun.

Entretanto el extranjero había proseguido su camino por la calle principal del pueblo. Fid había logrado alcanzar al desconcertado negro y refunfuñando mientras caminaba, permitiéndose más de una observación poco cortés sobre los conocimientos y pretensiones del contraamaestre. Le alcanzó y pagó entonces su malhumor con el pobre Escipión, a quien dirigió las más grandes injurias por haberle abandonado en el momento en que estaban a punto de hacer fracasar a su adversario.

Divertido sin duda por las rarezas de estos dos seres tan singulares, o tal vez dejándose llevar de su humor caprichoso, el extranjero siguió sus pasos. Una vez alejados de la playa subieron una colina; y en este momento el abogado, por conservar el nombre que él mismo se había dado, estuvo a punto de perderlos de vista, y más porque en aquel lugar, la calle, o mejor dicho, la carretera, torcía, y ellos habían pasado incluso los suburbios del pueblo. Aceleró el paso y tuvo la satisfacción de ver a los dos amigos sentados junto a un seto unos minutos después de que creyera haberles perdido de vista. Estaban haciendo una ligera comida con las provisiones que tenían en un pequeño saco que el blanco había llevado bajo el brazo. El abogado se aproximó a ellos.

—Si ustedes sacan tanto, y con tanta facilidad, del saco, amigos míos, vuestro tercer compañero podría acostarse en ayunas.

—¿A usted quién le ha llamado? —gritó Dick, apartando la cabeza de su hueso con una expresión muy semejante a la de un gran dogo cuando se le molesta en un momento tan importante.

—Yo quisiera simplemente decirles que tenéis otro comensal —repuso cortésmente el extranjero.

—¿Quieres un trozo, compañero? —dijo Fid presentándole el saco con la generosidad de un marino, cuando pensó que era una forma indirecta de reclamar una parte del festín.

—Usted no me ha comprendido aún. En el muelle tienen a otro compañero.

—Sí, sí, él está allí lejos, observando ese pequeño faro, que está bastante mal situado, a menos que quiera mostrar la ruta a los atalayas de bueyes y a los mercaderes del interior; allí abajo, señor, donde usted ve ese montón de piedras que casi parecen zozobrar.

El extranjero miró en la dirección que le indicaban y vio al joven marino, al que había querido hablar, al pie de una vieja torre algo consumida por el tiempo, y que estaba a poca distancia del lugar en que él se encontraba. Entregando un puñado de calderilla a los dos marinos, les deseó un buen almuerzo y pasó al otro lado del seto, con la aparente intención de observar las ruinas.

Era una torre pequeña, circular, que se elevaba sobre gruesos pilares unidos por arcos, y había podido ser construida en principio para servir de plaza fuerte, aunque es mucho más probable que se tratara de un edificio de naturaleza más pacífica.

Acercándose, el extranjero de levita verde dio un ligero golpe con el bastón en su

bota, para atraer la atención del joven marino que parecía sumido en profundas meditaciones, y le abordó de la siguiente forma:

—Esta ruina no estaría mal —dijo con tono resuelto—, si estuviera cubierta de hiedra, y si estuviese situada junto a un bosque desde donde se la pudiera contemplar por una abertura hecha con ese fin; pero, perdóneme, a los hombres de su *profesión* les inquieta poco todo esto. ¿Qué les importan los bosques y tan augustas ruinas? ¡He ahí la torre! —mostrando los grandes mástiles del barco que estaba en la bahía exterior—, ¡ésa es la torre que usted debe contemplar, y las únicas ruinas que existen para usted, esto es un naufragio!

—Parece usted muy al corriente de nuestros gustos, señor —respondió fríamente el joven.

—Es puro instinto, pues ciertamente he tenido muy pocas ocasiones de instruirme con relaciones directas de algún miembro de ese cuerpo, y no me parece que deba ser mucho más afortunado en este momento. Seamos francos, amigo mío, y hablemos sin enfadarnos: ¿qué ve en este montón de piedras que pueda atraer durante tanto tiempo su atención en torno al noble y hermoso barco que considera tan atractivo?

—¿Es sorprendente que un marinero que no tiene empleo contemple un barco que encuentra de su gusto, quizá con la intención de pedir en él trabajo?

—Su comandante habría perdido la cabeza si rechazara tan fabulosa oferta; pero parece usted demasiado instruido para ocupar un *berth* secundario.

—¡*Berth*! —repitió el muchacho fijando de nuevo sus ojos con singular expresión en el extranjero.

—Sí, *berth*. ¿No es éste el término marineramente para su puesto o clase? Nosotros, los abogados, no conocemos mucho vuestro vocabulario; pero con respecto a esta palabra no creo correr el riesgo de equivocarme. ¿Tendré el placer de recibir su asentimiento?

El muchacho se sonrió; y como si esta ocurrencia hubiese roto el hielo, sus modales perdieron mucho de la sequedad anterior durante el resto de la conversación.

—Es tan evidente —respondió—, que usted ha estado en el mar, como lo es que yo he estado en la escuela. Puesto que uno y otro hemos tenido esa dicha, seamos generosos y dejemos de hablar en parábolas. Por ejemplo, ¿para qué cree que servirá esta torre antes de convertirse en ruinas?

—Para poder juzgar —respondió el extranjero de levita verde—, hay que examinarla más de cerca. Subamos.

Cuando dijo estas palabras, el abogado subió, en efecto, por una escalera medio destruida, y pasó por una trampa abierta. Su compañero se dispuso a seguirle; pero cuando vio que el otro le esperaba en lo alto de la escalera y con el cuidado de indicarle que faltaba un escalón, se lanzó junto a él y trepó con la agilidad y seguridad propias de su profesión.

—¡Aquí estamos! —gritó el extranjero examinando los muros que estaban hechos de piedras tan pequeñas e irregulares que parecían no sostener nada—; un buen suelo



de roble para tilla, diría, y el cielo por tejado, como nosotros decimos en nuestras universidades. Ahora hablemos de las cosas de este bajo mundo. ¡Ah!... ¡Ah!... He olvidado cómo me ha dicho que se llama.

—¡Wilder! Es un nombre que, según creo, no va con su carácter. Otros hijos del mar no han sido generalmente menos salvajes, aunque tiene el aspecto de ser a veces poco constante en sus gustos. Cuántas bellezas ha dejado suspirando entre cunas de hierbas y llorando su ingratitud, mientras que trabajaba, ésta es la palabra, creo, el vasto océano entre las saladas olas.

—Hay pocas personas que suspiren por mí —respondió Wilder con aire pensativo, aunque empezó a encontrar un poco largo el interrogatorio hecho con tanta libertad—. Continuemos, si le parece bien, nuestro reconocimiento de la torre. ¿Para qué cree que servirá?

—Veamos para qué sirve ahora y fácilmente descubriremos cuál era su uso en otros tiempos. En este momento, encierra dos corazones bastante ligeros y, si no me equivoco, dos cabezas no menos ligeras que no tienen el necesario aprovisionamiento de razón. En otro tiempo la torre tenía graneros de trigo, y, no me cabe la menor duda, algunos pequeños cuadrúpedos que tenían las patas tan ligeras como nosotros el corazón y la cabeza: en buen inglés, era un molino.

—Hay quienes piensan que era una fortaleza.

—¡Bah!, el lugar podría serlo en caso de necesidad —replicó el extranjero mientras echaba una rápida y muy peculiar ojeada a su alrededor: pero era un molino, sea cual fuere el deseo que se pueda tener en buscarle un origen más noble. La exposición al viento, los pilares para preservar el interior del edificio de las invasiones de la miseria, la forma de la construcción, todo ello lo prueba. Tic-tac, tic-tac; se hizo aquí mucho ruido en el pasado—. ¡Silencio!, se diría que a través de mis palabras se oye aún.

Aproximándose con paso ligero a una de las pequeñas aberturas que en otro tiempo fueran ventanas de la torre, asomó con cuidado la cabeza y no la retiró hasta pasado algún tiempo, hizo señas a Wilder para que guardase silencio. Este obedeció y no tardó mucho en comprender la causa de esta recomendación.

La voz suave de una mujer se dejó oír a poca distancia, y los sonidos se iban acercando, hasta que parecían salir del mismo pie de la torre. Wilder y el abogado escogieron cada uno un sitio más favorable para su proyecto, y como las dos personas que les preocupaban parecía que se quedarían cerca de las ruinas, permanecieron inmóviles en el mismo lugar, las observaron a placer sin ser vistos, y, hemos de decir para vergüenza de las dos personas tan importantes de nuestra historia, que escuchaban con más placer que atención.

## Capítulo cuarto

Las personas que se encontraban abajo eran cuatro, cuatro mujeres: una era una dama ya en el declinar de la vida, otra de edad ya madura, la tercera entraba en la edad en que puede ser presentada al mundo, en el sentido que se da a estas palabras en sociedad; la cuarta era una negra que podía haber visto veinticinco primaveras. Esta, en esta época y en este país, no podía pertenecer a otra posición que la de una humilde criada, aunque tal vez privilegiada.

—Y ahora, hija mía, que te he dado todas las recomendaciones que exigían las circunstancias y tu excelente corazón —decía la dama de más edad (éstas fueron las primeras palabras que percibieron con claridad los dos auditores)—, voy a pasar de este enojoso deber a otro más agradable. Harás ver a tu padre la amistad que siempre le he ofrecido y le recordarás que siguiendo su promesa deberá volver otra vez antes de que nos separemos para siempre.

Estas palabras fueron dirigidas, en el tono más afectuoso posible, a la más joven de las mujeres que parecía escucharlas con gran atención. Cuando la que hablaba calló, la joven levantó sus ojos llenos de lágrimas esforzándose porque éstas no salieran, y respondió con una voz que sonó en los oídos de los dos jóvenes auditores como los cantos de una sirena, tan dulce y armoniosa era su voz.

—Es inútil, querida tía, que me recuerdes una promesa de la que es imposible que yo me olvide. Si mi padre no vuelve conmigo en primavera no será por falta de solicitudes por mi parte.

—Nuestra criada Wyllys nos ayudará —respondió la tía sonriendo y mirando a la tercera mujer con una mezcla de dulzura y gravedad que caracterizaba el comportamiento ceremonioso que casi siempre se usa cuando un superior se dirige a un inferior—. Ella tiene derecho a tener algún poder sobre el general Grayson por su fidelidad y servicios.

—Tiene derecho a todo lo que al amor y al corazón pueda afectar —gritó la sobrina con un entusiasmo y una vivacidad que demostraba cuánto había querido aducir las formas de cortesía de su tía por el calor de sus ademanes afectuosos—. No será a ella a quien mi padre le niegue algo.

—¿Y tú estás segura de que mistress Wyllys estará de acuerdo con nosotras? —preguntó la tía, sin que las demostraciones tan expresivas de su sobrina le hicieran olvidar la idea que tenía acerca de lo más conveniente—. Con tan poderosa aliada nuestra liga será invencible.

—Estoy tan convencida, señora, de que la agradable temperatura de esta isla será beneficiosa a mi joven alumna, que prescindiendo de cualquier otra consideración, personalmente estoy dispuesta a hacer cuanto esté en mi mano para satisfacer sus mejores deseos.

Mistress Wyllys hablaba con dignidad, y quizás un poco con la reserva que reina necesariamente entre la rica y noble tía y el aya dependiente y asalariada de la

heredera de su hermano; sus ademanes estaban llenos de gracia, y su voz, como la de su pupila, dulce y muy femenina.

—Podemos, pues, considerar la victoria un hecho, como decía mi marido el contraalmirante. El almirante De Lacey, mi querida mistress Wyllys, adoptó oportunamente una máxima que dirigió siempre su conducta, y fue lo que le hizo conseguir la fama de que gozaba en la marina; esa máxima dice que «para triunfar hace falta desearlo».

Mistress Wyllys se volvió hacia su alumna en un tono que no tenía nada de violencia:

—Gertrudis, querida amiga, tú quisieras volver a esta isla encantadora, cerca de estas deliciosas brisas...

—Y sobre todo cerca de mi tía —exclamó Gertrudis—. Yo quisiera poder persuadir a mi padre para dejar sus posesiones de Carolina, y venir al norte para residir en él todo el año.

—No es tan fácil convencer a un rico propietario de que debe cambiar de residencia como imaginas, hija mía —respondió mistress De Lacey—. Cualquier deseo que tenga, ya sea para lo que sea, puedo llevarlo a cabo, pero nunca hablaría a mi hermano sobre eso. Además, creo que, si se hace un nuevo desplazamiento en nuestra familia, éste será para volver a *nuestra casa*. Hace más de un siglo, mistress Wyllys, que los Grayson se establecieron en las colonias. Mi bisabuelo, sir Everard, estaba disgustado con su segundo hijo, y este enfado hizo que mi abuelo se viniera a vivir a Carolina; pero como el asunto hace mucho tiempo que se ha calmado, pienso a menudo que mi hermano y yo podríamos volver al hogar de nuestros antepasados; lo que dependerá mucho del modo en que dispongamos de nuestro tesoro a este lado del Atlántico.

Acabadas estas observaciones, mistress De Lacey, que tenía un buen corazón, aunque quizá tuviera demasiado amor propio, echó una mirada a aquella que era el *tesoro* al cual acababa de hacer alusión. Gertrudis se había alejado, como solía hacer siempre que su tía contaba al aya algún recuerdo de familia, y notaba en la dulce influencia de la brisa del atardecer su rostro animado por colores que revelaban aún en aquel momento un poco de confusión. Cuando mistress De Lacey acabó de hablar, su sobrina se volvió rápidamente hacia sus compañeras, y señalando con el dedo un barco de hermosa apariencia que estaba anclado en el puerto, y cuyos mástiles se elevaban por encima de las casas del pueblo, habló dispuesta a cambiar de una u otra forma el tema de conversación:

—¡Ahí está la sombría prisión que va a ser nuestra residencia durante todo el mes próximo, querida mistress Wyllys!

—Espero que sea tu aversión por el mar la que te haga exagerar la dureza del trayecto —respondió dulcemente el aya—. El viaje de aquí a Carolina se hace normalmente en menos tiempo.

—Este terrible Puerto del Infierno, con sus bancos de arena y sus escollos por una

parte y por otra la corriente llamada Del Remolino —dijo Gertrudis, llevada de ese terror tan propio de las mujeres, que produce a veces una ingenuidad atrayente cuando aparece acompañada de juventud y belleza—. Sin este Puerto del Infierno, estas tempestades, estos escollos y estos remolinos de agua, yo no pensaría en otra cosa sino en el placer de volver a ver a mi padre.

—Si existieran realmente tantos peligros como te imaginas, el viaje no se haría todos los días, y más aún a cada hora, sin el menor accidente. ¿Usted, señora, habrá venido, sin duda, más de una vez por mar desde Carolina con el almirante De Lacey, verdad?

—Nunca —respondió la viuda con prontitud e incluso en un tono más bien seco—. El mar perjudicaba mi salud y siempre he viajado por tierra. ¡Pero nosotras, mujeres de marinos, somos las únicas de nuestro sexo que podemos vanagloriarnos de conocer verdaderamente tan noble profesión! ¿Qué hay o qué puede haber más hermoso —dijo la viuda con un gesto de entusiasmo naval—, que un soberbio barco rompiendo una ola furiosa, como le he oído decir mil veces al almirante, su espolón dividiendo el oleaje y su *tajanar* deslizándose a continuación como una sinuosa serpiente que se alarga sobre sus propios pliegues? Yo no sé, mi querida Wyllys, si me explico bien; pero para mí, que todos estos efectos me son tan familiares, esta encantadora descripción evoca todo lo más bello y sublime que pueda existir.

La ligera sonrisa que arrugó la frente del aya, habría podido reflejar la secreta meditación que se hacía: el difunto almirante debió tener un espíritu pícaro y bromista. En este instante un ligero ruido parecido al murmullo del viento, pero que en realidad no era otro que unas carcajadas reprimidas, salió de la parte superior de la torre. Las palabras «es encantador» iban a salir de los labios de la joven Gertrudis que sabía captar la belleza de los pequeños detalles; pero de pronto le faltó la voz y su actitud anunciaba una atención profundamente excitada.

—¿No habéis oído nada? —preguntó.

—Las ratas no han abandonado aún este viejo molino —respondió fríamente el aya.

—¡El molino!, querida mistress Wyllys; ¿persiste usted en considerar a estas pintorescas ruinas un molino?

—Sé lo poco de acuerdo que está este nombre con los encantos que encierra, sobre todo para ojos de dieciocho años, pero en conciencia, no puedo darle otro nombre.

—Las ruinas no son muy abundantes en este país, querida aya —respondió Gertrudis riendo—, y merecen nuestra veneración.

—Sean lo que tú quieras, hace mucho tiempo que están en este lugar y por lo que parece aún les queda para largo de estar aquí, lo que es mucho más de cuanto podemos decir acerca de nuestra prisión, como llamas a ese hermoso barco a bordo del cual hemos de embarcar... Pero, señora, si mis ojos no me mienten, veo que los mástiles se mueven lentamente y dejan atrás las chimeneas del pueblo.

—Tienes razón, Wyllys; los marineros dan la vuelta al barco para poder navegar, levarán las anclas cuando todo esté preparado para plegar las velas, a fin de partir mar adentro por la mañana. Es una maniobra que se hace frecuentemente y que el almirante me ha explicado tan claramente que me sería muy fácil dirigirla si ello correspondiera a mi sexo y posición.

—Esto debe recordarnos que nuestros equipajes no están aún terminados. Por mucho encanto que tenga este lugar, Gertrudis, hay que dejarlo, al menos por unos meses.

Los dos que estaban en la torre quedaron a la escucha tanto rato que podían oír hasta el más ligero roce de sus ropas, y entonces se pusieron uno frente a otro y se miraron en silencio, esforzándose cada uno por leer en los ojos del otro.

—¡Yo estoy dispuesto a defender ante el canciller! —dijo de pronto el abogado—, ¡que estas ruinas nunca han sido un molino!

—¡Ha cambiado pronto de opinión!

—La cuestión ha sido tratada por un poderoso abogado y he acabado reconociendo mi error.

—Y, sin embargo, hay ratas en la torre.

—¿Ratas de tierra o de agua? —preguntó el extranjero notando una mirada muy suspicaz en su compañero.

—De una y otra clase, me parece —respondió Wilder con tono seco—, al menos de las primeras.

El abogado sonrió, y no pareció ofenderse en absoluto por una alusión tan directa a su docta y honorable profesión.

—Vosotros, gentes de mar —dijo—, tenéis en los modales una franqueza tan leal y simpática, que no hay modo de enfadarse. Soy un entusiasta de vuestra noble profesión, aunque sólo conozco de ella los términos. ¡Qué hermoso espectáculo es, en efecto, el de un espléndido barco partiendo las olas con su *popa*, y arrojándose sobre su surco como un rápido corcel!

—O como una serpiente sinuosa que se alarga sobre sus propios pliegues.

Entonces, como si gozaran de un singular placer en evocar estas imágenes poéticas trazadas por la digna viuda del valiente almirante, empezaron a reír al mismo tiempo de una forma tan escandalosa que la vieja torre parecía moverse. El abogado fue el primero en recobrar la seriedad, pues el joven marinero se abandonaba sin reserva a su alegría.

—Pero éste es un terreno peligroso para otros aunque no para la viuda de un marino —dijo con tono serio en un momento en que se habían moderado sus risas—. La jovencita, que tiene tanta aversión a los molinos, ¡es una hermosa criatura! Parecía ser sobrina de la pretenciosa viuda.

El joven dejó de reír, como si de pronto sintiese la molestia de poner en ridículo a una pariente tan próxima de la bella visión que acababa de aparecer ante sus ojos. Cualquiera que fuesen sus pensamientos, se contentó con responder:

—Lo ha dicho ella misma.

—Y, dígame —replicó el abogado, acercándose a su compañero como si tuviera que revelarle algún secreto importante—, ¿no nota algo extraordinario, algo que había en el corazón, en la voz de la dama que llamaban Wyllys?

—¿Lo ha notado usted?

—Me parece oír las palabras de un oráculo, las voces puras de la verdad. ¡Qué voz tan dulce y persuasiva!

—Confieso que ha ejercido sobre mí cierta influencia, y hay algo que no sé explicar.

—¡Esto tiene encanto! —replicó el abogado paseándose a grandes pasos por la torre, y el más leve atisbo de ironía había desaparecido de su rostro, tomando un aspecto pensativo y soñador. Su compañero parecía poco dispuesto a interrumpir sus meditaciones; también él estaba entregado a tristes y ensoñadores pensamientos. Por fin el primero, salió de su actitud en el modo brusco que le era habitual. Se acercó a una ventana y llamando la atención de Wilder hacia el barco que estaba en la bahía, le preguntó sin más preámbulos—: ¿Tiene ese barco algún interés especial para usted?

—¿Valor especial?, es el barco que todo ojo de marino desea contemplar.

—¿Quiere probar ir a bordo?

—¿A estas horas? ¿Solo? No conozco al capitán ni a nadie de la tripulación.

—Tendrá tiempo, y además, un marino siempre está seguro de ser recibido con los brazos abiertos por sus hermanos.

—Estos negreros no quieren que se les moleste. Están armados y saben mantener a los extranjeros a respetable distancia.

—¿No hay en la francmasonería naval palabras claves por las que un hermano se da a conocer, palabras como «el espolón rompiendo la ola», o cualquiera otra de esas frases técnicas que acabamos de oír?

Wilder miró fijamente al que de tal modo le preguntaba y pareció reflexionar un buen rato antes de lograr una respuesta.

—¿Por qué todas estas preguntas? —preguntó al fin con rudeza.

—Porque me parece que si nunca un corazón pusilánime ha vencido a una mujer, tampoco la indecisión vencerá a la fortuna. Usted quiere un empleo, según me ha dicho, y si yo fuera almirante le nombraría mi primer capitán. En nuestros tribunales, cuando tenemos necesidad de un título, tenemos nuestro modo de conseguirlo. Pero quizás hablo demasiado libremente a una persona que me es desconocida. Recordará al menos que aunque se trate de la opinión de un abogado, se la doy gratuita.

—¿Y merece más confianza por esta generosidad extraordinaria?

—Júzguelo usted —dijo el abogado poniendo un pie en la escalera y empezando a bajar—. Estoy, literalmente, rompiendo las olas con mi popa —afirmó, descendiendo con cuidado, cuando no se veía más que su cabeza y parecía sentir un gran placer al pronunciar estas palabras con un énfasis particular—. Adiós, amigo mío; si no nos volvemos a ver, le recomiendo que no olvide nunca las ratas de la torre de Newport.

Diciendo estas palabras desapareció, y poco después estaba en tierra. Volviéndose luego con una serenidad imperturbable, golpeó con el pie la escalera, la derribó y quitó de esta forma el único medio de descender. Miró entonces a Wilder, que no podía adivinar su intención, le saludó familiarmente con la mano, le volvió a decir adiós y se alejó con paso rápido.

«¡Qué comportamiento más extraño!», se dijo Wilder, que se encontraba así prisionero en la torre. Tras asegurarse de que no podría saltar sin peligro de romperse una pierna, corrió a la ventana para reprochar a su compañero su perfidia, o mejor, para asegurarse si realmente le abandonaba de esa manera. El abogado ya no podía oír su voz, estaba muy lejos, y antes de que Wilder tuviera tiempo de decidir qué iba a hacer, él ya había atravesado los suburbios del pueblo y había desaparecido por detrás de las casas.

Durante todo este tiempo ocupado por los acontecimientos que hemos contado, Fid y el negro habían seguido haciendo honores a su saco de provisiones junto al seto donde los habíamos dejado. A medida que el apetito del primero se calmaba, su gusto por la didáctica le parecía mayor, y en el momento en que Wilder se encontraba abandonado en la torre, él estaba muy ocupado en dar al negro una conferencia sobre algo muy delicado: el modo de comportarse en sociedad.

—Mira, Guinea —dijo terminando—, para manejar bien una tripulación, hay que prepararlo todo y largarse en seguida a toda vela, como Nightingale, que es mejor estar en la taberna que en una borrasca; tú no tenías que haberte venido precisamente cuando podías apoyar mi argumento ante todos los que estaban en la taberna, pero no, me abandonaste, y ahora, ¿quién va a ser el cocinero que mate el puerco del vecino?, ¿y quién...?

—¡Señor! ¡Señor Fid! —gritó el negro—, ¡ser el amo Harry, con la cabeza sacada por la escotilla, allí, abajo en el faro; él gritar como si tener una bocina!

—Sí, sí, ¡habría que verle dirigir una maniobra! Tiene una voz que retumba como un cuerno, cuando tiene ganas de hacerse oír. Pero ¿por qué diablos pondrá en marcha las baterías de esa vieja torre desmantelada?

Como Dick y el negro se habían dirigido hacia la torre con toda la rapidez posible al oír a Wilder, no le habían escuchado. Aquél, con tono seco y enérgico de oficial de marina que está dando órdenes, les dijo que colocaran la escalera. Cuando se vio en libertad, preguntó en tono bastante expresivo si habían visto en qué dirección se había ido el extranjero de la levita verde.

—¿Quieres decir el individuo con botas, que, sin que nadie lo llamase, quería entrar en la conversación, allí abajo en el muelle, al otro lado de esa casa, en línea recta de la chimenea nordeste con el palo de mesana del barco que está en la bahía?

—Exactamente.

—Tomó viento oblicuo hasta doblar este hórreo, y luego viró de bordo y se puso a singlar hacia el sudeste, deteniéndose en alta mar, y, atando las bonetas, pues iba excesivamente encorvado.

—Seguidme —exclamó Wilder, lanzándose en la dirección indicada, sin detenerse más tiempo a escuchar las explicaciones técnicas del marinero.

Pero sus esfuerzos fueron vanos. Estuvieron buscando hasta el atardecer; preguntando a cuantos se encontraban si habían visto al extranjero de la levita verde. Algunos le habían visto, e incluso se habían fijado en su peculiar indumentaria y en su mirada severa y escudriñadora; pero su rastro había desaparecido del pueblo de un modo tan extraño, tan misterioso, como había entrado.



## Capítulo quinto

Las buenas gentes de Newport se retiraron temprano. Poseían la continencia y la regularidad, virtudes por las que se distinguen aún actualmente los habitantes de Nueva Inglaterra. A las diez de la noche no quedaba en el pueblo una sola casa que tuviese la puerta abierta, y es muy probable que una hora más tarde, el sueño hubiera cerrado los ojos que habían estado al acecho durante todo el día, no solamente para vigilar los intereses personales de cada uno, sino también para ocuparse caritativamente, en sus momentos de ocio, de los problemas del resto del vecindario.

El posadero del «Ancla Levada» (así es como se llamaba la posada en la que Fid y Nightingale estuvieron a punto de pelearse) cerraba escrupulosamente su puerta a las ocho, como expiación en la que se esforzaba a fin de reparar los pequeños pecados morales que se pudieran haber cometido en ella durante el día.

La noche del día en que comienza nuestra historia, el pueblo de Newport estaba, a las diez, tan tranquilo que parecía que no viviera nadie en él. No había ningún vigilante nocturno, por la sencilla razón de que no existían ladrones, ya que el vagabundeo no era conocido aún en las provincias. Cuando Wilder y sus dos compañeros se pusieron a esa hora a recorrer las calles desiertas, las encontraron sepultadas en el mismo silencio que podrían tener si jamás hombre alguno hubiera pasado por ellas. No se veía ni una luz, ni señal alguna que indicase que era un pueblo habitado. En vez de llamar a las puertas de las posadas para que les abrieran sus dormidos dueños, nuestros aventureros se dirigieron directamente a la orilla del mar; Wilder marchaba el primero, Fid le seguía después, y Escipión, según la costumbre, iba a la retaguardia con su habitual aspecto de humildad.

Cerca del agua, encontraron unos pequeños botes amarrados al muelle vecino. Wilder dio órdenes a sus compañeros, y fue al lugar en que debía embarcarse. Después de esperar algún tiempo, vio que dos barcas llegaban a la vez; una la conducía el negro y la otra Fid.

—¿A qué viene esto? —preguntó Wilder—; ¿no había suficiente con una? Ha habido una equivocación.

—No hubo error —respondió Fid, dejando suspendidos los remos y pasando la mano por sus cabellos, como si estuviera contento por lo que había hecho—; lo hice a sabiendas. Guinea está en la barca que ha alquilado; pero es un precio muy alto el que usted pagó, como le dije en su momento; y tengo por principio, ya que más vale tarde que nunca, dar una mirada a todas las embarcaciones. Si no le traigo el mejor velero de todos, puede decirme que no sé nada de barcos; y sin embargo el párroco le podría decir, si estuviera aquí, que mi padre era un constructor de barcos, sí, y jurarlo también, siempre que se le pagara bien por ello.

—Bribón —dijo Wilder con coraje—, me obligarás un día u otro a darte tu merecido. Dejad la barca en el lugar de donde la cogisteis, y amarradla como estaba.

—¡Darme mi merecido! —repitió Fid con voz firme—; eso sería echar por tierra

sus esperanzas, amo Harry. ¿Qué harían —preguntó— Escipión y usted si yo me fuera? Seguro que no serían gran cosa. ¿Y además ha pensado cuánto tiempo llevamos juntos?

—Sí; sin embargo es posible, incluso, romper una amistad de veinte años.

—Sin perjuicio de su respeto, amo Harry, creo que me castigáis por nada. Tenemos a Guinea que es tan sólo un negro, y que por consiguiente está lejos de ser un compañero adecuado para un blanco; sin embargo, llevo veinticuatro años viendo su rostro y ahora que estoy hecho a su color, me agrada tanto como cualquier otro; y cuando estamos en el mar, y la noche es oscura, no es fácil ver la diferencia. No, no, no estoy aún cansado de usted, amo Harry, y no será por tan poca cosa por lo que nos separemos.

—Entonces abandona tu costumbre de apropiarte sin razón de lo que pertenece a los demás.

—No abandono nada. ¿Pero se ha visto alguna vez que se deje la tilla en tanto que una plancha sujeta los baos? ¿Es necesario que abandone, como le he dicho, lo que por derecho es mío? Además, ¿quién es tan cruel como para llamar a la tripulación para ver el castigo que se le da a un viejo marino? Ha dado usted a un torpe pescador, un holgazán que jamás ha estado en un agua más profunda que aquélla en que su sedal puede tocar el fondo, le ha dado, creo, una hermosa moneda de plata y todo porque le presta un pequeño barquichuelo durante la noche, o quizá también algunas horas de la mañana. ¡Pues bien! ¿Qué hace Dick? Se dice para él —¡el diablo se puso a gritar muy alto, de babor a estribor, contra su oficial!—, así se dijo muy bajo para él. «Es demasiado»; y va a ver por todas partes si encuentra el resto del dinero en casa de algunos de los vecinos del pescador. El dinero puede comerse, y lo que es mejor, puede beberse; y no es preciso arrojarlo por la borda con las cenizas del cocinero. Apostaría, si pudiese saberse la verdad, que las madres de los propietarios de esta chalupa y de ese barquichuelo, son primas, y que la moneda se gastará en tabaco y en licores fuertes para toda la familia; después de todo no se hace daño a nadie de esta manera.

Wilder hizo una señal de impaciencia para ordenarle obedecer, y se paseó por la orilla para pasar el tiempo. Fid nunca discutía una orden clara y positiva, aunque se permitía frecuentemente gran lentitud para realizar las cosas que estaban menos expresas. No dudó pues en devolver la barca; pero su sumisión no se consiguió sin que refunfuñara. Cuando este acto de justicia se cumplió, Wilder subió a la barquichuela y viendo que sus compañeros estaban en sus puestos, les ordenó que remasen para llegar a la ensenada, recomendándoles que hicieran el menor ruido posible.

—Apoyaros en los remos —añadió—; dejad que la barca se dirija hacia ese barco.

Pasaron entonces ante el barco que había dejado el muelle para echar el ancla en este lugar, al que el joven marino llegó tan ocultamente y donde mistress Wyllys y la

atractiva Gertrudis debían embarcarse la mañana siguiente hacia la lejana provincia de Carolina. Mientras el barquichuelo se acercaba, Wilder examinó el navío a la débil luz de las estrellas con ojos de marino. Vergas, mástiles, tablones, cabuyería, nada escapó a su observación; y cuando el alejamiento confundió todas las partes y no se veía nada más que una masa oscura y sin forma, permaneció mucho tiempo con la cabeza inclinada y parecía hacer profundas reflexiones. Por esta vez Fid no le interrumpió; le veía absorto en los deberes de su profesión, y todo lo que era relativo a esos deberes era casi sagrado para él. Escipión estaba callado según su costumbre. Después de permanecer varios minutos en esta posición, Wilder levantó de repente la cabeza, y dijo bruscamente:

—¡Es un gran barco, y un barco que resistiría largo tiempo la persecución!

—Eso depende —respondió Fid apresuradamente—. Si tiene a favor el viento y suelta todas las velas, un crucero del rey apenas podría acercársele para arrojar las bombas sobre sus puentes; pero si carga las velas, le digo que le alcanzaría, y...

—Compañeros —dijo Wilder interrumpiéndole—, ya es hora de que os diga mis proyectos. Hace más de veinte años que estamos juntos en el mismo barco, podría decir que en la misma mesa. Yo no era nada más que un niño, Fid, cuando me llevaste en tus brazos al comandante de tu barco, y no solamente te debo la vida, sino que también encontré por tus desvelos el camino del progreso.

—¡Ah!, es cierto, amo Harry, que no ocupaba usted mucho sitio en esa época, y no necesitaba una litera muy grande.

—Te debo mucho, Fid, mucho en realidad por este acto generoso, y también, puedo decirlo, por tu firme sumisión a mi persona desde entonces.

—También es cierto, amo Harry, que he sido constante en mi conducta, porque esperaba no ser abandonado nunca, aunque muchas veces me ha jurado hacerlo. En tanto que para Guinea, venga el viento de donde venga, el tiempo siempre es bueno para él cerca de ti, sin embargo siempre, por la menor tontería se levanta entre nosotros una borrasca, por ejemplo ese pequeño asunto de la barca...

—No hablemos más —interrumpió Wilder con una visible emoción, producida a causa de los recuerdos, al mismo tiempo gratos y penosos, que los discursos de Fid acababan de despertar en su espíritu—. Sabes que sólo la muerte podría separarnos, a no ser que prefieras abandonarme por lo ocurrido. Es justo que sepas que estoy empeñado en una empresa desesperada que puede fácilmente acarrear mi ruina y la de los que me acompañan. Me da mucha pena separarme de vosotros, amigos míos, pues esta separación podría ser para siempre; pero al mismo tiempo debéis conocer en toda su extensión el peligro.

—¿Hay que hacer mucho camino por tierra? —preguntó precipitadamente Fid.

—No, el trabajo, cualquiera que sea, se realizará por completo en el mar.

—Entonces presénteme la lista de embarque de su barco, y muéstreme el lugar donde puedo hacer una marca, como un par de anclas cruzadas que sustituirán a tantas letras como hay en el nombre de Richard Fid.

—Pero quizá cuando sepas...

—¿Qué necesidad tengo de saber nada, amo Harry? ¿No he navegado frecuentemente con usted sin saber de dónde venía el viento, para que rehúse hoy a confiarle mi viejo esqueleto y permanecer fiel a mi deber? ¿Qué dices tú a esto, Guinea? ¿Quieres embarcarte o que permanezcamos en este pequeño cabo de tierra para ver lo que ocurre?

—Yo seguir amo todas partes —dijo el negro, siempre dispuesto a todo.

—Sí, sí, Guinea es como la chalupa de un barco, siempre siguiendo su estela, amo Harry, mientras yo voy a barlovento por el costado de su escobén, donde le abordo sin saber cómo. Sea como sea, estamos los dos dispuestos, como ve, a embarcarnos para esa expedición, sobre la que sabemos todo lo que hace falta. Así que díganos a quién nos tenemos que presentar para hacerlo, y doblemos la hoja.

—Recordad las advertencias que os he hecho —dijo Wilder, que veía que el afecto de los dos marinos era demasiado grande para que fuera necesario probarles por más tiempo, y sabía por experiencia que podía contar con toda seguridad con la fidelidad de ellos, a pesar de sus pequeñas e involuntarias debilidades—; y ahora remad en dirección a ese barco que está en la bahía exterior.

Fid y el negro obedecieron al momento, y la barca se deslizó rápidamente sobre el agua entre la pequeña isla y lo que podía ser llamado, por comparación, plena mar. Al acercarse al navío moderaron el ruido de sus remos, y terminaron por sacarlos del agua, Wilder prefería que la barquichuela avanzara con la marea hacia el barco al cual quería observar con detalle antes de aventurarse a embarcar en él.

—¿Este barco no tiene sus mallas de abordaje izadas con sus aparejos? —preguntó en voz muy baja para no llamar la atención, y con un acento que indicaba al mismo tiempo con el interés que esperaba la respuesta.

—Sí, ciertamente, si la vista no me engaña —respondió Fid—; tus negreros sienten ligeros remordimientos de conciencia, y no tienen tanto atrevimiento, si no es cuando dan caza a un joven negro en la costa del Congo. Ya que por el momento hay tanto peligro en que un barco francés venga a aventurarse a este lugar, esta noche, con esta brisa de tierra y este tiempo claro, como en que yo sea nombrado gran almirante de Inglaterra, cosa que es imposible, pues espero que el rey no sepa aún mis méritos.

—Ciertamente están vigilando y prestos a recibir calurosamente a los que quieran abordarles —respondió Wilder, que raramente prestaba mucha atención a las perífrasis con las que Fid creía embellecer sus discursos—. No sería fácil asaltar un barco preparado de tal manera, si su tripulación se porta como debe.

—Creo que buena parte de la tripulación duerme en este momento entre los cañones, y que la vigilancia se hace perfectamente, sin hablar de los que estarán vigilando en las serviolas y en popa. Una vez que me encontraba en lo alto del palo mayor, vi una vela al sureste que venía derecha hacia nosotros...

—¡Silencio! ¡Se siente ruido sobre la tilla!

—Sin duda, hay ruido; es el cocinero que parte un tronco, y el capitán que pide su *gorro de noche*.

La voz de Fid se vio sofocada por un grito terrible que salió del barco. Se hubiera dicho que era el rugido de un monstruo marino que había sacado de pronto la cabeza fuera del agua. El fino oído de nuestros aventureros comprobó rápidamente que de esa forma lo que hacían era llamar a la barca; sin tener tiempo de asegurarse de que se oía un ruido de remos a alguna distancia, Wilder se levantó y respondió.

—¿Quién diablos es? —gritó la misma voz—, no tenemos a nadie en la tripulación que hable de esa manera. ¿Por dónde está el que responde?

—Cerca de la serviola de babor, por aquí, a la sombra del barco.

—¿Y qué hacéis tan cerca de la proa del barco?

—Rompo el oleaje con mi popa —respondió Wilder después de un momento de indecisión.

—¿Quién es el loco que se arroja de tal forma hacia nosotros? —murmuró el que le preguntaba—. Dadme un trabuco, que voy a ver si le puedo dar la respuesta correspondiente a ese bribón.

—¡Alto! —dijo una voz tranquila, pero potente, que salía de la parte más alejada del barco—; está bien, dejadles aproximarse.

El hombre que estaba en la cubierta del barco les dijo que subieran a bordo, y la conversación cesó. Wilder entonces se dio cuenta que era a otra barca que estaba aún a cierta distancia, a la que habían llamado, y que se había precipitado al responder, pero viendo que era demasiado tarde para retirarse sin peligro, dijo a sus compañeros que era mejor obedecer.

—¡Corto las olas con la popa de mi barco! ¿No es la mejor respuesta que un hombre puede hacer cuando está apurado? —murmuró Fid hundiendo el remo en el agua—, y no es una cosa para escribir en el diario como algo extraordinario. Como sea, patrón Harry, si pretenden buscar pelea por ello, le aconsejo callarles, ya que podrá contar con fuertes compañeros.

Ninguna respuesta se dio a esta alentadora resolución, ya que la barquichuela estaba tan sólo a unos pies del barco. Wilder subió a él en medio de un profundo silencio que parecía tener algo de siniestro. La noche era oscura, aunque las estrellas emitían un resplandor suficiente para que la aguda vista de un marino pudiese distinguir los objetos. Cuando nuestro joven aventurero estuvo sobre el puente, echó una mirada rápida y escudriñadora a su alrededor, como si con esta primera ojeada pretendiera resolver las dudas que había tenido durante tanto tiempo.

Un ignorante de las cosas de marina se hubiera sorprendido por el orden y la simetría con que los mástiles se elevaban hacia el cielo, y los aparejos cruzaban y rodeaban en todos los sentidos sus trazos oscuros formando un laberinto que parecía inextricable; sin embargo este espectáculo no era nuevo para Wilder. Al igual que todos los marinos, no pudo impedir, es cierto, empezar por dirigir los ojos hacia lo alto; pero pronto los bajó para continuar un examen más importante para él en ese

momento. Con excepción de un hombre que, aunque estaba envuelto en un gran abrigo, parecía ser un oficial, no se encontró en la tilla con ningún otro ser vivo. A cada lado había cañones sombríos y amenazadores, colocados en el imponente orden de la arquitectura naval; pero por ninguna parte se veían vestigios de esa multitud de marineros y soldados que están generalmente sobre los puentes de un barco armado, y que son necesarios para el manejo de los cañones. Quizás estuvieran en sus literas, como lo avanzado de la hora hacía presumible; pero sin embargo era costumbre dejar parte de la tripulación para hacer la guardia y vigilar por la seguridad del barco. Se encontraba así inopinadamente cara a cara con un solo individuo, cuando nuestro aventurero comenzó a sentir la singularidad de su posición y la necesidad de dar una explicación.

—¿Le sorprende, señor —dijo él—, que haya elegido una hora tan avanzada para hacer mi visita?

—Ciertamente le esperaba antes —fue la respuesta lacónica que le dio.

—¡Cómo!, ¿me esperaba?

—Sí, le esperaba; ¿no le vi, a usted y a sus dos compañeros que están en la barca, y nos conocimos a medio día, en los muelles del pueblo, en lo alto de la vieja torre? ¿Qué podía anunciar toda esa curiosidad, sino la intención de venir a bordo?

—Es raro, debo confesarlo —dijo Wilder, a pesar de su desconcierto—. ¡Así que conoce mis intenciones!

—Escuche, compañero, —interrumpió el otro riendo, pero muy bajo y sin miedo—, ya que por el traje y por sus costumbres creo no equivocarme si le tomo por un marino, ¿piensa que he olvidado los anteojos en el mobiliario de este barco, o imagina que no sabemos manejarlos?

—Debe tener razones poderosas para examinar con tanta atención lo que hacen unos extranjeros que están en tierra firme.

—¡Ejem! Quizás esperemos nuestra carga del interior; pero supongo que no ha venido hasta aquí en la oscuridad para ver nuestra carga. ¿Quiere ver al capitán?

—¿No es el que estoy viendo?

—¿Dónde? —preguntó el otro haciendo un movimiento involuntario como dando a entender el temor mezclado con el respeto que le inspiraba su superior.

—En su persona.

—¿En mi persona? No, no, aún no ocupo ese honorable cargo en el barco, aunque puede llegar mi hora uno de estos hermosos días. Dígame, compañero, ¿ha pasado bajo la popa de este barco, cuando venía hacia nosotros?

—Seguramente.

—Es un barco en buen estado, al menos así me lo parece, se lo aseguro. ¿Está dispuesto para zapar, por lo que he oído, no?

—Sí, las velas están preparadas, y flota como un barco que está cargado.

—¿Cargado de qué? —preguntó bruscamente el otro.

—De cosas mencionadas en su diario, sin duda; pero usted no parece haber hecho

aún su carga. Si la tiene que coger en este puerto, pasarán algunos días antes de que pueda largar velas.

—¡Ejem! No creo que permanezcamos mucho tiempo en este puerto —respondió un poco secamente. Pero, como temía haber hablado demasiado, añadió rápidamente —: Nosotros, los negreros, no tenemos nada a bordo, a no ser grilletes y algunas barricas de arroz de reserva, y para completar el lastre llevamos cañones y balas para cargarlos.

—¿Es corriente que el armamento de los barcos dedicados a la trata de esclavos sea tan peculiar?

—Tal vez sí, tal vez no; hablando francamente; la ley no es muy respetada en la costa, y el brazo más fuerte es el que tiene generalmente la razón. Los armadores de este barco han creído necesario que no falten a bordo cañones ni municiones.

—Le habrán dado también gentes para manejarlos.

—La verdad es que no se ha pensado en ello.

Su voz se vio casi apagada por la que resonó desde la barquichuela de Wilder, y que se oyó de nuevo como si llamara a otra barca.

La respuesta fue rápida, corta, expresiva, pero dada en voz baja y con precaución. Esta interrupción repentina pareció embarazar al individuo con el que Wilder había tenido una equivocación tan disparatada, como la actitud que había de tomar en esta circunstancia. Había ya hecho un movimiento para llevar a su nuevo huésped al camarote del capitán, cuando el ruido de remos que cortaban el agua muy cerca del barco le indicó que era demasiado tarde. Hizo una señal a Wilder para que permaneciera donde estaba a fin de recibir a los que acababan de llegar.

Gracias a este abandono, Wilder quedó solo en posesión de la parte del barco donde se encontraba, lo que le permitió proseguir su examen y observar al mismo tiempo a los recién llegados.

Cinco o seis marineros muy fuertes salieron de la barca y subieron a bordo en profundo silencio. Una pequeña conversación en voz baja tuvo lugar entre ellos y su oficial, que parecía recibir una información y transmitir una orden. Cuando estos preliminares terminaron, bajaron una cuerda de un aparejo de la verga del palo mayor, y el cabo fue a caer a la barca llegada últimamente. A continuación la carga que había venido en ella se vio en el aire, poco más o menos a la misma distancia del agua que del mástil; bajó entonces con lentitud inclinada hacia dentro, hasta que fue colocada con seguridad en la cubierta del barco.

En el tiempo que duró esta operación, que no tenía nada de extraordinaria en sí misma, y que no era más que lo que se veía a diario en los grandes barcos en el puerto, Wilder había abierto tanto los ojos que parecía que se le iban a salir de sus órbitas. El bulto negro que había sido subido desde la barca parecía, cuando se diseñaba en el cielo, tener las formas de un cuerpo humano. Los marineros se agruparon alrededor después de pasar mucho miedo y de mantener largas conversaciones en voz baja; el cuerpo, o bulto, lo que fuera, fue transportado por los

marineros, que desaparecieron tras los mástiles, chalupas y cañones que cubrían la proa.

Este incidente era de tal naturaleza que excitaba la atención de Wilder; sin embargo sus miradas no estaban tan absorbidas por lo que ocurría, como para que no pudiera darse cuenta de una docena de objetos negros que parecían surgir de pronto detrás de las palanquetas. Podían ser bultos inertes que se balanceaban en el aire, pero tenían también un sorprendente parecido con cabezas humanas. La forma simultánea en que aparecían y desaparecían sirvió para confirmar sus sospechas; y a decir verdad, nuestro aventurero no dudó ni un instante que la curiosidad hubiera hecho salir a todas estas cabezas de sus escondrijos respectivos. Sin embargo no había tenido apenas tiempo para reflexionar acerca de todas estas circunstancias, cuando vino su primer compañero, que parecía estar nuevamente solo con él en cubierta.

—Ya sabe lo que supone sacar a los marineros de tierra cuando un barco está a punto de largar velas —dijo el oficial.

—Parece que tiene usted un método muy original para subirlos a bordo.

—¡Ah!, habla del bribón que está en la verga del palo mayor. Tiene usted buena vista, compañero, para distinguir las cosas a esa distancia; pero el bribón se había amotinado.

Después, como estaba contento por la explicación que acababa de dar, se puso a reír con aire de satisfacción como para felicitarse.

—Pero —añadió a continuación— lleva usted mucho tiempo a bordo, y el capitán le espera en su camarote. Sígame, seré su guía.

—Espere —dijo Wilder—; ¿no sería conveniente anunciar mi visita?

—Está ya informado. No sucede nada a bordo que no llegue a sus oídos antes de ser puesto en el diario.

Wilder no hizo ninguna objeción más, y se mostró presto a seguir a su guía. Este le condujo hasta el lugar que separaba el camarote principal del resto del barco, y señalándole con el dedo una puerta, le dijo en voz baja:

—Golpee dos veces; si le responde, pase.

Wilder siguió sus instrucciones. Golpeó una primera vez; sin embargo, o no le oyó, o no le quiso responder. Lo hizo de nuevo y le dijo que pasara. El joven marino abrió la puerta, preso de una multitud de sensaciones que encontrarán su explicación en la continuación de nuestra historia, y a la luz de una lámpara reconoció al extranjero de levita verde.



## Capítulo sexto

El camarote en que nuestro aventurero se encontraba entonces estaba de acuerdo con el carácter del que lo ocupaba. Por sus formas y por las dimensiones, no se diferenciaba en nada de los camarotes de los barcos ordinarios; pero los muelles ofrecían una singular mezcla de lujo y aderezos militares. La lámpara, colgada del techo, era de plata maciza. Enormes candelabros del mismo metal, y que habían debido pertenecer evidentemente a una iglesia, estaban colocados sobre una noble mesa, en cuya caoba brillaba aún el barniz de medio siglo, y cuyas garfas doradas y las patas cinceladas debieron tener un primer destino bien diferente del servicio ordinario de un barco. Un sofá cubierto de terciopelo, en frente un diván de seda azul, cuya forma, tejido y cojines demostraban la riqueza del poseedor de este camarote. Además de estos muebles que sorprendían a primera vista, se veían también espejos, vajillas de plata y tapicerías; pero no había una sola pieza del camarote que no tuviera en su forma o en su disposición alguna cosa de particular a la que no se le pudiese asignar un origen diferente.

En medio de esta mezcla de lujo y riqueza se veían siniestros instrumentos de lucha. El camarote encerraba cuatro de esos tétricos cañones cuyos pesos y número habían atraído primeramente la atención de Wilder. Aunque estuviesen colocados tan cerca de los objetos de lujo que acabamos de describir, no era difícil darse cuenta que estaban dispuestos de forma que pudieran ser utilizados en un instante, y que cinco minutos serían suficientes para dejar libre el lugar que ocupaban todas las cosas de lujo, y formar una batería terrible y bien protegida. Pistolas, sables, lanzas, hachas, en una palabra, todas las armas del marino, estaban puestas en orden alrededor de la habitación, para servir en alguna manera de decoración guerrera, y encontrarse al mismo tiempo al alcance de la mano en el momento preciso. Alrededor del mástil un montón de mosquetes; y gruesos maderos, hechos evidentemente para ser colocados como curvatonos a ambos lados de la puerta, demostraban que se podía en un momento establecer una barrera en este lugar.

En conjunto todo esto hacía ver que el camarote era considerado como la ciudadela del barco. Lo que confirmaba esta última suposición, era una escalera que comunicaba con los camarotes de los oficiales subalternos, y que abría un paso directo hasta el almacén.

Había una expresión secreta de satisfacción, moderada quizá por un ligero matiz de ironía, en la fisonomía del extranjero de levita verde —pues llevaba aún el traje con el que le hemos presentado por primera vez al lector— cuando se levantó al ver entrar a Wilder. Uno y otro permanecieron unos instantes sin hablar; el pretendido abogado fue el primero en romper al fin el silencio.

—¿A qué feliz circunstancia debe este barco el honor de su visita? —preguntó.

—Creo poder responder a la invitación de su capitán —contestó Wilder con una seguridad semejante a la que demostraba el otro.

—Pienso que sería mejor que me quitase la levita y me pusiese el uniforme de marino —respondió sonriendo—. Hay en nuestro oficio... en nuestra *profesión*, debería decir, ya que ésa es su expresión favorita, una cosa que nos revela, a pesar nuestro, unos a otros. Sí, señor Wilder —añadió con dignidad, haciendo señal a su huésped de imitar su ejemplo y tomar un asiento—, soy un marino como usted, y soy feliz al ser el comandante de este noble barco.

—Entonces debe convenir en que me he presentado con autorización suficiente.

—Lo confieso. Mi barco ha parecido atraer gratamente sus miradas, y debo apresurarme a decir por mi parte que su aspecto, sus maneras, todo me hace desear tener con usted una más amplia amistad. ¿Busca empleo?

—Debe avergonzarse permanecer ocioso en estos tiempos de agitación y actividad.

—Muy bien, sin duda habrá juzgado prudente tomar informes sobre la naturaleza de nuestras relaciones, antes de venir aquí a buscar trabajo, ¿no?

—Se dice en Newport que este navío es un barco negrero.

—¡Eso se dice en Newport! ¡Nunca se equivocan esas buenas lenguas de pueblo! Si la brujería jamás ha existido en la tierra, el primero de la banda maliciosa debió ser un posadero de pueblo, el segundo el médico, y el tercero el párroco. En cuanto a la cuarta posición, el sastre y el barbero pueden disputársela. ¡Roderick!

El capitán pronunció esta palabra, con la que acababa de interrumpirse con tan poca ceremonia, dando un suave golpe en un gong, que entre otras curiosidades estaba colgado de una de las vigas que estaba al alcance de su mano.

—¡Y bien! Roderick, ¿duermes?

Un muchacho vivo y ágil salió de uno de los dos pequeños camarotes situados a los lados del barco, y respondió a la llamada anunciando su presencia.

—¿Ha regresado el bote?

La respuesta fue afirmativa.

—¿Y ha tenido éxito?

—El general está en su camarote, señor, y podrá responderle de forma más satisfactoria que yo.

—¡Pues bien! Que el general me rinda cuentas del resultado de su misión.

El interés de Wilder estaba tan excitado que contenía incluso la respiración, por miedo a turbar la repentina ilusión en que su compañero había evidentemente caído. El muchacho bajó por la escalera, como una serpiente que se desliza en su agujero, o mejor como un zorro que sale de su madriguera, y entonces reinó un profundo silencio en el camarote. El comandante del barco apoyó la cabeza sobre su mano, y pareció olvidar totalmente que había un extranjero junto a él. El silencio habría durado mucho más tiempo, si no hubiera sido interrumpido por la llegada de un tercero. Un cuerpo tieso e inmóvil se levantó lentamente por la pequeña escalera, de igual forma que los espectros hacen su aparición en el teatro. Cuando la mitad del personaje se hizo visible, el cuerpo dejó de subir, y volvió la cabeza impassible hacia donde estaba el capitán.

—Espero órdenes —dijo una voz sorda que salía de unos labios que apenas se movían.

Wilder se estremeció ante esta aparición inaudita, y el que causaba su sorpresa tenía en efecto un aspecto muy peculiar. La cara era la de un hombre de cincuenta años; el tiempo le había endurecido pronto y alterado sus rasgos. Las mejillas eran totalmente rojas, con la excepción de uno de esos pequeños granos tan expresivos a cada lado, lo que hacía dar un curioso epíteto a ese tipo de rostros. El centro de su cabeza era calva; pero alrededor de cada oreja tenía cabellos grisáceos y reunidos en una sola trenza bien peinada y apretada. El cuello era largo, y un enorme cuello negro parecía alargarlo más aún; los hombros, los brazos y el busto enteramente mostraban a un hombre muy fuerte, y envuelto en una clase de pelliza de forma rara de bastante parecido con un dominó. El capitán, al oír la voz, levantó la cabeza gritando:

—¡Ah!, general, ya está en su puesto; ¿ha encontrado tierra? —Sí.

—¿Y el lugar? ¿Y el hombre?

—Ambas cosas.

—¿Y qué ha hecho?

—Cumplir las órdenes.

—Muy bien. Es usted un tesoro para hacer las cosas, general, y por ello le tengo presente en mi corazón. ¿Le ha ajustado las cuentas al bribón?

—Está amordazado.

—¡Excelente método para sofocar las advertencias! Todo es perfecto, general, merece como siempre mi felicitación.

—Entonces recompéñeme.

—¿De qué forma? Tiene ya el más alto rango a que puedo elevarle. A menos que le nombre caballero...

—¡Bah!, mis hombres no son mejor tratados que soldados de milicia. No tienen ropas.

—Las tendrán. Los guardias de Su Majestad no estarán ni la mitad de bien equipados que ellos. General, muy buenas noches.

El rostro descendió de la misma manera súbita, inesperada, casi se podría decir infernal, que había subido, dejando de nuevo a Wilder solo con el capitán del barco. Este de pronto se dio cuenta de que la rara entrevista había tenido lugar en presencia de un extraño, y que parecía exigir una explicación.

—Amigo mío —dijo con aire altanero, aunque bastante expresivo para demostrar que quería dar una explicación— mi amigo dirige lo que en un barco más regular se llamaría la marinería. Se habrá dado cuenta de que hay en torno a su persona olor a campamento...

—Más que de barco, debo confesarlo. ¿Es corriente que los barcos negreros tengan un arsenal tan bien surtido? Le veo armado hasta los dientes.

—Sin duda desearía conocerle mejor antes de firmar el contrato —respondió el capitán sonriendo. Abrió entonces una cajita que había sobre la mesa, y sacó un

pergamino que presentó a Wilder diciendo—: Puede ver que tenemos cartas de embarque, y que estamos debidamente autorizados para actuar como los barcos del rey, a fin de realizar lo mejor posible nuestros propios asuntos.

—Esto es la patente de corso de un bergantín.

—Es cierto, es cierto. Me he equivocado de papel. Creo que usted lo encontrará mejor que yo.

—Aquí hay una patente para el barco las *Siete Hermanas*; sin embargo lleva usted más de diez cañones; y los que hay en el camarote son nueve en vez de cuatro.

—¡Ah! ¡Es usted tan quisquilloso que parece el abogado y yo el marino aturdido! —dijo secamente el capitán arrojando el pergamino con indiferencia en medio de un montón de papeles parecidos. Después levantándose de su asiento se puso a recorrer con grandes pasos el camarote añadiendo—: No me importa decirle, señor Wilder, que nuestro oficio tiene sus peligros. Es lo que llaman ilegal; pero como no me gustan las disputas teológicas, no trataremos de esa cuestión. ¿Ha venido aquí con algún propósito determinado?

—Busco empleo.

—Sin duda lo habrá pensado bien, y habrá preguntado concienzudamente sobre lo que va a hacer. Para no perder tiempo con palabras, y para que exista entre nosotros la franqueza, tan conveniente entre dos honrados marinos, le hablaré sin rodeos. Un valiente y hábil hombre, de más edad, no por ello mejor que usted, ocupaba este camarote de babor hace menos de un mes. Pero el pobre diablo ha servido de comida a los peces.

—¿Se ahogó?

—¿Él? No. Murió en combate con un barco del rey.

—¡Contra un barco del rey!, ¿se cree autorizado por su carta de embarque a luchar contra los cruceros de Su Majestad?

—¿Tan sólo es rey Jorge II? Puede que el barco llevase el pabellón blanco, quizá fuese de Dinamarca. Pero como le decía, era un valiente muchacho, y he aquí su puesto vacío como el día que él lo abandonó para caer al mar. Era un hombre capacitado para sucederme en el mando, si algo me ocurría a mí. Creo que moriría más tranquilo si tuviera la certeza de que este barco iba a pasar a unas manos que supieran manejarlo adecuadamente.

—Sin duda los armadores del barco elegirían a un sucesor si tal desgracia ocurriese.

—Mis armadores son personas muy razonables —respondió con una sonrisa muy expresiva, mientras fijaba sobre su huésped una mirada centelleante que obligó a Wilder a bajar los ojos—; es raro que me importunen con órdenes o consejos.

—Son muy cómodos. Veo que no han olvidado los pabellones al equipar su barco. ¿Le permiten izar aquel que más le guste?

En el momento en que esta pregunta fue hecha, el capitán sacó un pabellón medio desplegado para que Wilder lo viese, y, extendiéndolo totalmente, respondió:

—Aquí tiene los lirios de Francia, como ve, emblema de un francés sin tacha. He aquí el holandés calculador, sencillo, substancial y barato. Aquí el burgués fantasioso de Hamburgo: no tiene nada más que una ciudad, y la ostenta en medio de estas torres. El de Turquía, nación que se cree heredera del cielo. Y éstos son los pequeños satélites que giran alrededor de la poderosa luna, los berberiscos de África. Yo tengo poco contacto con estos señores; ya que apenas hacen comercio que ofrezca algún beneficio. Y sin embargo —añadió mirando al diván de seda frente al que Wilder estaba sentado—, nos hemos encontrado algunas veces, y no hemos dejado de hacerles una visita. ¡Ah! ¡Este es el hombre que quiero, el suntuoso, el magnífico español!, este campo amarillo recuerda la riqueza de sus minas; ¡y esta corona!, parece de oro macizo, y dan ganas de cogerla. Mire ahora el portugués, más humilde, y que no obstante tiene un aire de opulencia. Frecuentemente me imagino que en realidad hay diamantes del Brasil en esta bagatela real. Ese crucifijo que puede ver piadosamente colgado, cerca de la puerta de mi salón, es una bella muestra.

Wilder volvió la cabeza para mirar de reojo el emblema precioso que estaba colocado muy cerca de la habitación que le había indicado. Después de satisfacer su curiosidad, iba de nuevo a examinar los pabellones, cuando sorprendió una de esas miradas penetrantes, pero furtivas, con las que su compañero trataba con frecuencia de leer en su rostro las reacciones que le producían las cosas que le mostraba. Tal vez el capitán quería ver el efecto que la exposición de riquezas había producido en el espíritu de su huésped. Cualquiera que fuese el motivo, Wilder sonrió; pues en ese momento se presentó por primera vez en su mente la idea de que todos estos ornamentos habían sido puestos en el camarote con tanto cuidado porque esperaba su visita, y con el propósito de causarle una buena impresión. El otro notó la sonrisa, y engañándose, creyó ver un estímulo para proseguir su extraño análisis de pabellones todavía con más jovialidad y vivacidad que antes.

—Estos monstruos de dos cabezas son pájaros de tierra, y es raro que se atrevan a volar sobre el Océano. Aquí, el bravo y valiente danés; allá, el sueco infatigable. Pasemos este montón de pequeñas bagatelas que se permiten tener sus armas como grandes imperios —añadió deslizando rápidamente la mano sobre una docena de pequeños pabellones—, ahí el voluptuoso napolitano. ¡Ah! Estas son las llaves del cielo. ¡Es un pabellón bajo el que se puede morir! Me encontré un día palmo a palmo, bajo ese pendón, con un poderoso corsario de Argel.

—¡Qué!, ¿fue bajo los pendones de la iglesia como le atacó?

—Sí, por pura devoción. Me imagino la sorpresa que se llevaría el moro, cuando vio que no nos pusimos a rezar. Apenas le habíamos disparado una o dos andanadas, cuando juró que Ala había decretado que se rindiera. Hubo algún cambio de mercancías entre nosotros, y entonces nos separamos. Le dejé fumando su pipa, con mar gruesa, su mastelero de proa derribado, el palo de mesana bajo el gran peto, y seis o siete agujeros en la quilla por los que entraba tanta agua que a los marineros no les daba tiempo de sacarla. En verdad era un buen camino para ir a reclamar la parte

de su herencia. Pues era el cielo quien lo había ordenado, y estaban contentos.

—¿Qué pabellones son los que han pasado? Son ricos y numerosos.

—Son los de Inglaterra. ¡Puede ver cómo respiran aristocracia y espíritu de partido! ¡Gracias a Dios!, hay aquí para todas las clases y para todas las condiciones. Aquí el lord gran-almirante, San Jorge, el campo rojo y azul, las banderolas de la India, e incluso el estandarte real.

—¿El estandarte real?

—¿Por qué no? ¿Un capitán no es el rey absoluto de su barco? Sí, éste es el estandarte de Su Majestad que, por cierto, ¡ha sido arbolado en presencia de un almirante!

—¡Esto requiere una explicación! —dijo el joven marino con esa especie de horror que un sacerdote manifestaría al enterarse de un sacrilegio—. ¡Arbolear el estandarte real en presencia del barco de un almirante! Sabemos lo difícil que es, e incluso peligroso, divertirse desplegando una simple banderola, en presencia de un barco del rey, y...

—Me gusta provocar a los bribones —interrumpió el otro con una sonrisa amarga—. ¡Siento placer al hacerlo! Para castigar, es necesario que tengan poder; lo han intentado pero sin éxito hasta el momento. ¿Conoce la forma de saldar una cuenta con la ley, echando todas las velas al viento? ¡No me importa decirlo otra vez!

—¿Y qué pabellón de todos estos suele utilizar más? —preguntó Wilder después de un minuto de profunda reflexión.

—Para navegar simplemente, soy tan caprichoso como una niña de quince años en la elección de sus cintas. Cambio con frecuencia lo menos doce veces al día. Si dos barcos mercantes que entraran en el puerto contando que acaban de encontrarse, uno un barco holandés, otro un danés, ambos tendrían razón. Cuando se trata de combatir, es otra cosa; y aunque a veces también me dejo llevar por el capricho, sin embargo hay un pendón al que tengo mucho afecto.

—¿Y es?...

El capitán dejó un momento la mano sobre el pabellón que había cogido y aún estaba plegado en el cajón y podría decirse que leía hasta lo más profundo del alma del joven marino. Entonces cogiendo el rollo fatal, lo desplegó de golpe, y mostró una superficie roja sin ninguna clase de adorno o marco, respondiendo con énfasis:

—¡Helo aquí!

—¡Es el color de un corsario!

—¡Sí, es *rojo*! Lo prefiero a los colores sombríos, con cabezas de muertos y otras tonterías apropiadas para asustar a los niños. No amenaza, tan sólo dice: «¡Este es el precio a que se me puede comprar!». Señor Wilder —añadió perdiendo la expresión irónica y alegre que su cara había conservado hasta entonces para adoptar un aire de dignidad—, entendámonos, ya es hora de que cada uno navegue bajo los colores que le son propios. No me importa decirle quién soy.

—Creo, en efecto, que es inútil —dijo Wilder—. Por estas señas palpables, no

puedo dudar que me encuentre en presencia del... del...

—Del Corsario Rojo —dijo el capitán notando que no se atrevía a pronunciar este terrible nombre— es cierto, y espero que esta entrevista será el comienzo de una amistad sólida y duradera. No puedo explicarme la causa; pero desde el instante en que le vi, un sentimiento tan vivo como indescriptible me arrastró hacia usted. He sentido quizás el vacío que mi situación ha formado alrededor de mí; quienquiera que sea, le recibo de corazón y con los brazos abiertos.

Aunque Wilder era consciente de que se encontraba a bordo del barco en el que acababa de aventurarse, esta confesión no dejó de apurarle. La reputación de este célebre filibustero, su audacia, sus actos de generosidad o de libertinaje, tan singularmente mezclados, los presentía sin duda en la memoria nuestro joven aventurero, y causaban esa especie de indecisión involuntaria a la que todos estamos más o menos sujetos cuando se presiente un incidente grave, por mucho que lo hayamos previsto.

—No se equivoca acerca de mis intenciones ni de mis suposiciones —respondió al fin—, pues confieso que era éste el barco que buscaba. Acepto su ofrecimiento, y desde este momento puede disponer de mí y ponerme en mi puesto, cualquiera que sea, ya que me cree el más indicado para ocuparlo con honor.

—Será el primero después de mí. Mañana temprano proclamaré el nombramiento en el puente, y a mi muerte, si no me equivoco en mi elección, usted será mi sucesor. Esta confianza le parecerá tal vez muy repentina; lo es en efecto, al menos en parte, debo convenir en ello; pero nuestras listas de reclutamiento no pueden pasearse, como las del rey, al redoble del tambor, por las calles de la capital; y además, no conocería el corazón humano, si la forma franca y abierta con que me fié de su fe no me bastase para asegurarme su afecto.

—¡No lo dude! —respondió Wilder con un movimiento súbito, pero lleno de entusiasmo.

El Corsario sonrió con calma diciendo:

—Los jóvenes de su edad generalmente tienen el corazón en la mano. Pero a pesar de esta aparente simpatía que parece manifestarse repentinamente entre nosotros, debo decirle, para que no se haga una idea débil de la prudencia de su jefe, que nosotros nos habíamos conocido ya. Sabía que tenía usted la intención de buscarme y de venir a ofrecerme sus servicios.

—¡Imposible! —dijo Wilder—, nunca nadie...

—No se puede estar seguro de que los secretos estén bien guardados — interrumpió el capitán— cuando se tiene un rostro tan comunicativo como el suyo. No hace aún veinticuatro horas que estaba en la ciudad de Boston.

—De acuerdo, pero...

—Pronto estará de acuerdo con el resto. Mostraba demasiada curiosidad, demasiado interés preguntando al imbécil que decía que le habíamos robado sus velas y provisiones. Sospeché sus propósitos, y su aspecto me agradó. Decidí estudiarle, y

aunque puse algunas reservas en mis diligencias, sin embargo le vi muy de cerca. Me agradó, Wilder, y espero que esa satisfacción sea mutua.

El nuevo pirata inclinó la cabeza ante ese cumplido de su jefe, y pareció muy complacido de poder responder. Como para alejar ese asunto y poner fin a la conversación, dijo precipitadamente:

—Ahora que todo está en orden, no quiero molestarle por más tiempo. Me voy a retirar, y volveré para desempeñar mis funciones mañana por la mañana.

—¡Retirarse! —repitió el Corsario deteniéndose de golpe en su marcha, y mirando fijamente al joven—. No es corriente que mis oficiales me abandonen a esta hora. Un marino debe amar a su barco, y debe siempre dormir a bordo, a menos que sea retenido a la fuerza en tierra.

—Entendámonos —dijo Wilder con furia—, si es para ser esclavo, y estar encerrado como uno de esos herrajes de su barco como me quiere, no hay nada de lo dicho entre nosotros.

—¡Ejem! Admiro su vivacidad, señor, mucho más que su prudencia. Encontraré en mí a un devoto amigo, que no ama las separaciones, por muy cortas que sean. ¿No se encuentra aquí contento? No le hablaré sobre estas observaciones viles y secundarias que hacen brillar unos ojos materiales; pero aquí tiene libros para cultivar el espíritu; usted tiene buen gusto, todo aquí respira elegancia; si se considera pobre, aquí está la fortuna.

—Todo esto no es nada sin libertad —respondió fríamente el joven aventurero.

—¿Y cuál es esa libertad que pide? Espero, muchacho, que no querrá traicionar tan pronto la confianza que le ha sido dada. Nuestra amistad data de bien poco tiempo, y tal vez me haya apresurado a hablarle sin rodeos.

—Es preciso que regrese a tierra —dijo Wilder con voz firme—, no fue nada más que para saber si se fiaba de mí y si no soy su prisionero.

—Hay en todo esto sentimientos generosos o profunda maldad —respondió el Corsario después de reflexionar bastante— prefiero creer en los primeros. Prométame que en tanto que esté en el pueblo de Newport no dirá a nadie qué barco es éste.

—Estoy dispuesto a jurarlo —interrumpió Wilder con prontitud.

—¡Sobre esta cruz —respondió el Corsario con una sonrisa irónica—, sobre esta cruz de diamantes! No, señor —dijo frunciendo fieramente el ceño, mientras arrojaba con desaire sobre la mesa ese precioso crucifijo—, los juramentos son hechos por hombres que respetan una ley que les obliga a cumplir sus promesas; tan sólo necesito la palabra franca y sincera de un hombre de honor.

—¡Pues bien!, con tanta sinceridad como franqueza le prometo que mientras esté en Newport no diré a nadie qué barco es éste, a menos que usted me ordene lo contrario. Mucho más...

—No, nada más. Es prudente ser avaro de palabras y no prodigarlas inútilmente. Puede suceder que le sea ventajoso, sin inconvenientes por mi parte, que no esté atado por una promesa. En una hora llegará a tierra; ese intervalo de tiempo es



necesario para que se dé cuenta de las condiciones de su promesa, y de notificarla. ¡Roderick! —añadió haciendo sonar de nuevo el gong—; él te cuidará, muchacho.

El mismo muchacho joven y activo que apareció a la primera llamada acudió del camarote de abajo y se presentó como la primera vez.

—Roderick —continuó el Corsario—, éste es mi futuro lugarteniente y por consiguiente tu oficial y mi amigo. ¿Quiere coger algo? Cualquier cosa que desee pídasela a Roderick.

—Gracias, no necesito nada.

—Entonces, tenga la bondad de seguirle abajo. Le llevará a la gran sala, y le dará nuestro código escrito. En una hora lo podrá leer, y entonces me reuniré con usted. Ilumina mejor la escalera, Roderick; aunque ya sé que sabes bajar muy bien *sin* escalera, Wilder, no tendría en este momento el placer de verte.

El Corsario sonrió con aire de suficiencia; pero Wilder no parecía recordar con la misma satisfacción la situación embarazosa en que había sido abandonado en la torre, y lejos de responder a esta sonrisa, su fisonomía apareció peculiarmente oscurecida en el momento en que se disponía a seguir a su guía, que estaba ya en la mitad de la escalera, con una luz en la mano. Al verlo el Corsario, dio un paso, y dijo rápidamente con tanta gracia como dignidad:

—Wilder, le doy mis excusas por la forma quizás un tanto brusca en que me separé de usted en la colina. Aunque le creo, no estaba sin embargo seguro de mi adquisición; comprenda sin pena cuán esencial era para un hombre en mi situación desembarazarse de mi acompañante en tal momento.

Wilder se volvió hacia él, y con un aspecto en el que todo rastro de placer había desaparecido, le hizo señas para que no dijese nada más.

—Era bastante desagradable sin duda encontrarse de tal forma encerrado; pero siento que lo que me dice es justo, yo hubiera hecho lo mismo en un caso parecido, si hubiera tenido el mismo estado de ánimos.

—Al infeliz que muele el trigo en esas ruinas deben irle bastante mal los negocios, puesto que todas las ratas abandonan su molino, —dijo alegremente el Corsario, mientras que su compañero bajaba la escalera. Esta vez, Wilder le devolvió la sonrisa franca y cordial, y cuando se alejó, dejó a su nuevo patrón solo en el camarote.

## Capítulo séptimo

El Corsario permaneció más de un minuto en actitud de triunfo. Era evidente que se felicitaba por su éxito; pero aunque su expresiva cara demostraba su satisfacción interna, ésta no tenía los rasgos de una alegría vulgar; se veía más bien el placer de haberse librado de una gran preocupación, como era el asegurarse los servicios de un joven valiente. Es probable que un atento observador hubiera podido descubrir una sombra de pesar en medio de su sonrisa de triunfo y de los brillantes destellos que despedían sus ojos. Pero estas sensaciones no fueron más que pasajeras, y pronto tomó el Corsario el aspecto libre y desenvuelto que solía tener de ordinario.

Después de dejar a Roderick el tiempo necesario para llevar a Wilder al lugar que le había sido asignado, y para ponerle en posesión de los reglamentos que concernían al barco, el capitán golpeó de nuevo el gong y llamó por tercera vez a su joven criado, quien hubo de aproximarse a su patrón y hablar tres veces antes de que el Corsario se diese cuenta de su presencia.

—Roderick —dijo finalmente— ¿estás ahí?

—Sí —respondió una voz baja que tenía cierta expresión de tristeza.

—Está bien. Quisiera hablar al general. Roderick, debes procurar descansar, buenas noches. Que el general sea llamado a consejo, y... buenas noches, Roderick.

Es inútil describir la manera en que el general hizo su segunda aparición. Fue totalmente la repetición de la primera, salvo que esta vez se mostró tal y como era: Su estatura alta y derecha; bien formado, y hubiera sido preciso que la naturaleza se hubiese mostrado madrastra por lo que a él se refiere ¡incluso desde el punto de vista de la gracia!, pero todos sus movimientos habían sido regulados con una simetría tan rigurosa, que no podía mover un miembro sin que todos los otros no hiciesen una demostración análoga, y se hubiera dicho que era una marioneta bien organizada. El personaje tieso y afectado, después de hacer un saludo militar a su superior, fue a coger una silla en la que, después de algunos instantes perdidos en preparativos, se sentó en silencio. El Corsario se dio cuenta de su presencia, ya que le devolvió su saludo inclinando la cabeza; pero no creyó necesario abandonar por ello sus meditaciones. Al fin sin embargo, se volvió bruscamente hacia donde estaba y le dijo:

—General, la campaña no ha terminado.

—¿Qué queda por hacer? La batalla está ganada y el enemigo prisionero.

—Sí, ha desempeñado bien su papel, pero a mí aún me queda mucho para cumplir con el mío. ¿Ha visto al joven que está abajo en el camarote?

—Sí.

—¿Y qué tal aspecto le encuentra?

—Aspecto de marino.

—Es decir que no le gusta.

—Amo la disciplina.

—Me engañaré mucho si no le encuentra usted de su gusto sobre cubierta. Pase lo

que pase, aún queda un deber que cumplir.

—Espero sus órdenes.

—Encontrará a dos marinos en una barquichuela que está cerca del barco. Uno es un blanco y el otro un negro. Traiga a esos dos hombres a bordo, a un camarote de proa, y procure emborracharles completamente.

—Es suficiente —respondió el que se llamaba general levantándose y dirigiéndose a grandes pasos hacia la puerta del camarote.

—¡Deténgase un momento! —gritó el Corsario—, ¿quién lo hará?

—Nightingale, es la mejor cabeza del barco a excepción de una.

—Ya ha ido muy lejos, le envié a tierra para ver si algún marinero desocupado quería trabajar con nosotros, y lo hallé en una taberna dando toda la libertad a su lengua. Además ha tenido una disputa con uno de esos hombres, y es probable que arrojaran pronto el vaso para liarse a golpes.

—Me ocuparé yo mismo de ello. *Mi gorro de dormir* me espera, pero me conformaré con usarlo algo más tarde de lo ordinario.

El Corsario pareció satisfecho por esta resolución, y lo manifestó con la cabeza por medio de una señal familiar. El soldado estaba a punto de marchar, cuando fue detenido de nuevo.

—Aún una palabra, general: ¿Su compañero está allí?

—¿Es necesario emborracharle también?

—De ningún modo. Que se le traiga aquí.

El general hizo una señal de asentimiento y abandonó el camarote. «Sería una debilidad, pensó el Corsario paseándose nuevamente a lo largo y ancho del camarote, fiarse sólo del aspecto de franqueza y entusiasmo del joven. Mucho me equivocaría si el valiente muchacho no tiene buenas razones para estar hastiado del mundo y para embarcarse en la primera empresa que le parece maravillosa. Pero sin embargo su menor traición sería fatal; aunque me será fiel, incluso, espero, hasta el exceso. Está muy unido a esos dos marineros. Quisiera conocer su vida. Pero todo eso llegará a su tiempo y en su lugar. Es preciso que se queden como rehenes, y que me respondan de su regreso y de su fidelidad. Si por casualidad me equivocara..., ¡pues bien!, estos son marineros, y se necesitan muchos hombres en la vida aventurera que llevamos».

Tales eran, en gran parte, los pensamientos a los que se abandonó el Corsario Rojo durante algunos minutos, cuando el general hubo salido. Sus labios se movieron; sonrisas de satisfacción y oscuras dudas se sucedían en su expresiva fisonomía, donde se realizaban los cambios súbitos y videntes que anuncian el esfuerzo de un espíritu interiormente activo. Mientras de tal manera se hallaba sumido en sus reflexiones, su paso se hacía más rápido, y de vez en cuando gesticulaba de una forma casi loca, cuando de repente se encontró, en el momento en que menos lo esperaba, en frente de algo que apareció a su vista como una ilusión.

Mientras estaba sumido en lo más profundo de sus meditaciones, dos fuertes marinos habían entrado en el camarote sin que él se diera cuenta, y después de poner

silenciosamente a un hombre en un asiento, habían salido sin decir una palabra: era frente a esa persona ante quien se encontraba el Corsario. Se miraron durante algún tiempo el uno al otro sin decir una sola palabra. La sorpresa y la indecisión dejaban al Corsario mudo, en tanto que el aturdimiento y el miedo parecían haber helado literalmente las facultades del otro. Al fin el primero, dejando ver en sus labios una sonrisa astuta y burlona, dijo:

—Sed bien venido, sir Héctor Homespun.

Los ojos del sastre como queriendo salirse de sus órbitas, pues era precisamente este pobre diablo el que había caído en las manos del Corsario, iban de derecha a izquierda, recorriendo con una mirada imprecisa la mezcla de elegancia y aparatos de guerra que encontraba por todas partes, y no dejando de examinarlos, después de cada una de estas ávidas miradas, para devorar el rostro que tenía frente a él.

—Yo le respeto —sir Héctor Homespun— sed bien venido.

—¡Que el Señor tenga piedad del desgraciado padre de siete niños pequeños! —dijo el sastre—. Poco beneficio obtendrá, valeroso pirata, con un laborioso y honrado artesano que se dedica a su trabajo desde que sale el sol hasta que se pone.

—Esas son expresiones indignas de la caballería, sir Héctor —interrumpió el Corsario, poniendo la mano sobre el pequeño bastón que había arrojado negligentemente sobre la mesa, y tocando suavemente el hombro del sastre como si fuera un brujo y con este toque hubiera de destruir el encanto que parecía poseer el sastre—, tenga valor honrado y leal personaje; la fortuna por fin le es favorable. Se quejaba, hace algunas horas, de que no había hecho ningún trabajo para este barco; ¡pues bien!, ahora está a punto de trabajar para toda la tripulación.

—¡Oh!, honorable y magnífico Corsario —respondió Homespun al que le empezaba a volver el habla— yo soy un hombre perdido, hundido hasta el cuello en la miseria. Mi vida ha sido una cadena de desgracias y tribulaciones. Cinco largas y sangrientas guerras...

—Basta; le he dicho que la fortuna comienza a sonreírle: las ropas son tan necesarias a la gente de nuestra situación como el párroco a la iglesia. No hará ni un solo traje sin que le sea bien pagado. ¡Mire! —añadió pulsando el resorte de un cajón secreto que se abrió y dejó ver un montón de monedas de oro—, tenemos los medios necesarios para pagar a los que nos sirven fielmente.

La vista de este montón de monedas de oro que sobrepasaba con creces no solamente todo el que había visto en su vida, sino incluso las ideas que su corta imaginación había podido concebir sobre tesoros inmensos, produjo sus efectos en los sentidos del buen hombre; después de saciar sus ojos con este espectáculo durante el tiempo que el capitán quiso dejarle gozar de él, se volvió hacia el dichoso poseedor de tanta riqueza, y preguntó con una voz que gradualmente se iba afirmando, a medida que la vista del cajón operaba en sus sentidos:

—¿Y qué debo hacer, eminente y poderoso marino, para participar de esas riquezas?

—Lo que hace todos los días en tierra: cortar, hilvanar y coser, Tal vez pueda poner en práctica de vez en cuando el talento que tiene para hacer trajes de fantasía o de disfraces.

—¡Ah!, ¡esas son invenciones pérfidas y diabólicas del enemigo para arrastrar a los hombres hacia el pecado y a las abominaciones mundanas! Pero, digno comandante, pienso en Desiré, mi mujer inconsolable; aunque vieja y enferma, sin embargo es la legítima compañera de mi corazón y la madre de una numerosa familia.

—A ella no le faltará nada. Hemos abierto aquí un asilo para los marinos en apuros. Satisfacemos las necesidades de sus familias por los medios que conocemos.

—¡Es un comportamiento justo y meritorio, honorable capitán!, y espero que Desiré y sus hijos no sean olvidados. De seguro que el artesano merecerá su salario, y si trabajo para usted, espero que la buena mujer y sus hijos noten los efectos de su liberalidad.

—Cuenta con mi palabra; se tendrá cuidado de ello.

—Quizá, justo gentilhomme, si se me adelantara alguna noticia sobre estos fondos inmensos que veo reunidos, el espíritu de mi pobre mujer se tranquilizaría, y sus búsquedas para saber lo que me ha ocurrido serían menos activas. Conozco perfectamente el carácter de Desiré; tengo poderosas razones para ello, y estoy convencido de que en tanto le dure el dolor, seguirá gritando en Newport. Ahora que el Señor ha tenido a bien concederme un descanso, no puede tener a mal que lo disfrute en paz.

Aunque el Corsario estuviera lejos de creer, al igual que su prisionero, que la lengua de Desiré pudiese turbar la armonía de su barco, tenía un día de indulgencia. Pulsando de nuevo el resorte, cogió un puñado de oro, y presentándoselo a Homespun, le dijo:

—¿Quiere comprometerse y prestar el juramento acostumbrado?; cuando así lo haga este dinero será suyo.

—¡El Señor me ayude y me libre de toda tentación! —murmuró el sastre embobado— heroico Corsario, temo terriblemente a la justicia. Si le llega la desgracia, ya sea por medio de un navío del rey, ya por medio de una gran tempestad que le arroje a tierra, podría correr el riesgo de estar *contaminado* demasiado íntimamente con su tripulación. Todos los pequeños servicios que yo haga forzado y con violencia, serían en ese caso pasados en silencio, es lo que deseo humildemente; y cuento mucho con su magnanimidad, honrado y honorable comandante, para estar seguro de que estos mismos servicios no serán olvidados en la repartición de sus justos y legítimos beneficios.

—¡Con que ésas tenemos!, ya me parece verle cortar con esmero el vestido para vestir ridículamente a uno de sus siete hijos —dijo el Corsario entre sus dientes, dándole la espalda; y golpeó el gong con una fuerza que estremeció todo el armazón del barco. Cuatro o cinco cabezas se asomaron al mismo tiempo por las distintas

puertas del camarote, y una voz se oyó para preguntar qué era lo que su jefe les mandaba.

—¡Que se lo lleven a su litera! —la orden fue cumplida con no menor rapidez que había sido expresada.

El pobre Homespun que, ya sea por temor, ya por política, parecía no estar en condiciones de hacer el menor movimiento, se vio levantado con gran prontitud de su silla y llevado hasta la puerta que comunicaba con la cubierta.

—¡Esperad! —gritó a los que lo llevaban, poco ceremoniosamente, en el momento en que se disponían a conducirlo al lugar que les había ordenado su capitán —, tengo que decir una palabra. Honrado y leal rebelde aunque no acepte entrar a su servicio, sin embargo no rehúso de forma impropia e irrespetuosa. Es una cruel tentación, y siento su picazón hasta la punta de los dedos; pero podríamos hacer un pacto por el que no nos perjudicáramos ninguno de los dos, y en el que la justicia no encontrara nada que decir. Quisiera, poderoso comodoro, llevar un nombre honrado a la tumba, y por otro lado no ser molestado en mi vida hasta el fin de mis días; pues después de salir sano y salvo y con honor por cinco largas y sangrientas guerras...

—¡Que se lo lleven! —fueron las palabras terribles y resonantes que le impidieron seguir hablando.

Homespun desapareció con la misma rapidez con que sonó un bastonazo, y el Corsario quedó solo de nuevo. Durante algún tiempo nada perturbó sus meditaciones. La calma profunda que únicamente con una disciplina firme y continua puede imperar, reinaba en el barco. Finalmente el Corsario oyó una mano que buscaba tanteando la llave de la puerta del camarote, y entonces el militar reapareció otra vez.

El general tenía en la forma de andar, en el aspecto, en toda su persona, algo que anunciaba que si la empresa que acababa de ejecutar había sido coronada por el éxito, no había sido sino a causa de sus méritos. El Corsario, se levantó precipitadamente en el momento que entró, le dijo que le informase.

—El blanco está tan borracho que no se puede tener en pie si no se apoya en el mástil; pero el negro está embrujado o tiene mucho aguante.

—Espero que no te hayas desanimado tan pronto.

—No los hemos dejado hasta hace un minuto. Y estoy que no me tengo en pie.

—¡Está bien!, ahora separémonos hasta mañana.

El general trata de ponerse derecho y se vuelve hacia la escalera de la que tanto hemos hablado ya. Entonces, haciendo un esfuerzo desesperado, trató de caminar hasta ella, con la cabeza alta y midiendo la distancia con los pies. El Corsario miró su reloj, y después de dar tiempo suficiente al general para que se retirara, tomó también el camino de la escalera y bajó a su torreón.

Las habitaciones de la parte inferior del barco, sin ofrecer la misma elegancia que el camarote del capitán, estaban arregladas con mucho orden y cuidado. Había algunos camarotes pequeños de los oficiales ayudantes, o, como se llaman en términos técnicos la *wardroom*. A cada lado estaban las habitaciones de lujo,

desconcertante nombre que se da a los dormitorios de los que tienen derecho a los honores de la tilla. Delante de la *wardroom* estaban los camarotes de los oficiales subalternos; a continuación, inmediatamente después, estaba situado el cuerpo mandado por el general, y que, por la forma en que se encontraba preparado, formaba una barrera entre los marineros más indisciplinados y sus superiores.

No había en esta distribución nada que se diferenciara mucho de lo que existe generalmente en los barcos de guerra de la misma potencia y volumen que el del Corsario; sin embargo Wilder se había dado cuenta de que el mamparo que separaba los camarotes de la parte del barco ocupada por el resto de la tripulación era mucho más sólida de lo normal, y que un pequeño obús estaba cerca, presto a ser utilizado, como diría un médico, *interiormente*, si la ocasión lo exigía. Las puertas eran de una resistencia extraordinaria, y los medios preparados para la barricada parecían más preparativos de batalla que simples precauciones tomadas para ponerse al abrigo de ligeros robos. Mosquetes, trabucos, pistolas, sables, lanzas estaban atadas a las carlingas o colocadas a lo largo de las puertas en tal cantidad que era evidente que no habían sido puestas allí simplemente para que se vieran. En una palabra, a los ojos de un marino, todo revelaba un estado de cosas en las que los jefes sienten que, para estar refugiados ante la violencia y la insubordinación de sus inferiores, era preciso que uniesen a la influencia de la autoridad los medios eficaces de hacerla respetar, y que por consiguiente no debían olvidar ninguna de las precauciones que podían compensar eficazmente la desigualdad en número.

En el principal camarote de abajo, el Corsario halló a su nuevo lugarteniente que parecía ocupado en estudiar los reglamentos del barco en el que acababa de embarcarse. Acercándose al rincón a donde el joven aventurero estaba sentado, le dijo con un tono de franqueza, e incluso, de amistad:



—Espero que nuestras leyes le parezcan suficientemente severas, Wilder.

—¡Bastante severas! Ciertamente no es la severidad lo que les falta —respondió el lugarteniente levantándose para saludar a su jefe—. Si siempre es fácil hacerlas respetar, indudablemente resultará lo mejor. Nunca he visto reglamentos tan rígidos, incluso en...



—¿Incluso dónde, muchacho? —preguntó el Corsario al ver a compañero titubeando.

—Iba a decir incluso en la marina real —respondió Wilder sonrojándose un poco—. No sé si es un defecto o una cosa buena haber servido a bordo de un barco del rey.

—Es una cosa buena; al menos así resulta ante mis ojos, hasta lo he hecho mi aprendizaje de la misma forma.

—¿En qué barco? —preguntó Wilder vivamente.

—En varios —respondió fríamente el Corsario—; pero a propósito de reglamentos rígidos: se dará cuenta rápidamente de que en un servicio en el que no hay tribunales en tierra para protegerlos ni cruceros amigos que pudieran oírnos para prestarnos mutuamente ayuda, es necesario que el comandante sea investido de gran parte del poder. ¿Encuentra mi autoridad suficientemente extendida?

—Sí, ilimitada —dijo Wilder con una sonrisa que podía pasar por irónica.

—Espero que no tenga ocasión de decir que ella se ejerce arbitrariamente —respondió el Corsario, sin notar, o tal vez, sin que pareciera darse cuenta de la expresión de la cara de su compañero—, pero la hora de retirarse le ha llegado y puede marcharse.

El joven dio las gracias inclinando ligeramente la cabeza, y ambos subieron al camarote del capitán. Este le expresó su pesar, por lo avanzado de la hora y el temor de delatar el incógnito de barco no le permitían enviarle a tierra de la forma que convenía a un oficial de su categoría.

—Pero —añadió—. La barquichuela en la que ha venido está aun allí, y los dos marineros que le han traído pueden llevarle al lugar en que ha embarcado. A propósito de esos dos hombres, ¿están comprendidos en nuestro convenio?

—No me han abandonado nunca desde mi infancia, y estoy seguro de que les costaría mucho separarse de mí.

—Es una singular atadura la que le une a dos seres tan raramente constituidos, cosa rara en un hombre que se diferencia totalmente de ellos por su educación y costumbres —respondió el Corsario fijando la mirada y tratando de penetrar en su compañero, pero bajándola en el momento en que temió que se pudiera notar el interés que para él tenía la respuesta.

—Es verdad —dijo Wilder con tranquilidad—; pero como todos somos marinos, la diferencia no es tan grande como podría pensarse a primera vista. Voy ahora a reunirme con ellos, y les diré que en el futuro servirán a sus órdenes.

El Corsario le siguió de lejos, sin ser visto, en la tilla, y tan tranquilo como si tan sólo saliera de su camarote para respirar el aire puro de la noche.

El tiempo no había cambiado; era agradable, pero oscuro; el mismo silencio de siempre reinaba en los puentes, y entre los oscuros objetos que se elevaban por todos lados y que Wilder reconocía por el lugar que ocupaban, no se veía nada más que una sola persona: era el mismo hombre que le había recibido a su llegada, y que se paseaba todavía sobre la tilla, envuelto, como antes, en un gran abrigo. El joven

aventurero dirigió la palabra a ese personaje, para anunciarle su intención de abandonar momentáneamente el barco. Le escuchó con respeto convenciéndole de que su nuevo gran cargo era ya conocido.

—Sabe, señor, que nadie, del rango que sea, puede abandonar el barco a estas horas sin un permiso del capitán —fue la respuesta cortés más firme que le había sido hecha en su vida.

—Lo supongo; pero tengo esa autorización y se la transmito. Regreso a tierra en mi barca.

Dándose cuenta el otro de que nada decía el que veía allí cerca y que sabía que era el comandante, esperó un momento para asegurarse de si lo que oía era cierto. Cuando vio que ninguna objeción le era hecha, ni dirigida ninguna otra señal, se limitó a mostrar el lugar donde estaba la barquichuela.

—¡Se han ido mis hombres! —gritó Wilder retrocediendo por la sorpresa en el momento en que iba a bajar del barco.

—¿Los bribones han huido?

—No, señor, no han huido, y no son unos bribones. Están en este barco, y es preciso que se vuelvan a encontrar.

El otro esperó aún para ver el efecto que producirían estas palabras, pronunciadas de forma imperiosa, al individuo que permanecía en la tilla, tras un mástil. Finalmente, como no oyera ninguna respuesta, tuvo que obedecer. Después de decir que iba a buscarlos, se dirigió hacia la proa del barco, dejando a Wilder solo, al menos, eso creía éste, en posesión de la tilla; pero pronto se desengañó. El Corsario avanzando libremente, le hizo notar el estado de su barco, para distraer los pensamientos de su nuevo lugarteniente, que, como le veía por la forma precipitada en que caminaba sobre el barco, empezó a hacer reflexiones agradables.

—Es un barco encantador, Wilder —dijo—, fácil de maniobrar y rápido en alta mar. Le llamo *El Delfín*, por la manera con que corta el agua, y quizá también, dirá, porque muestra tantos *colores* como ese pescado. Además es necesario darle un nombre.

—Es muy afortunado al tener semejante barco, señor. ¿Ha sido construido por orden suya?

—Hay pocos barcos de más de seiscientas toneladas, botados por estas colonias, que no hayan sido construidos para servir a mis fines —respondió el Corsario sonriendo—. Este barco ha sido construido en un principio para Su Majestad, y destinado, según creo, para regalarlo a los Argelinos, o tal vez para combatirlos; pero... sin embargo cambió de dueños, como ve, y su suerte ha sufrido algún cambio; cómo o por qué, es una pequeñez de la cual no nos preocuparemos ahora. Ha tocado puerto, y gracias a algunas mejoras que he mandado hacerle, está preparado magníficamente para corsario.

—¿Se atreve con frecuencia a introducirse en los puertos?

—Cuando tenga tiempo, mi diario secreto podrá interesarle —respondió el

Corsario eludiendo la pregunta—. Wilder, ¿le parece que el estado de este barco es como para que un marino pueda avergonzarse?

—Su belleza, el cuidado y el orden que se ve en todas sus partes me habían sorprendido desde que le eché la primera ojeada, y es lo que me hacía buscar quién podría ser su dueño.

—No le importó el que estuviese sujeto por una sola ancla —dijo el capitán sonriendo—. Pero nunca me arriesgo sin motivo. No me sería difícil, con una artillería como la que llevo a bordo, hacer callar a los cañones de simulacro de la fortaleza; pero si lo hago podríamos recibir un mal golpe, y de esta manera estoy preparado para salir al momento.

—Debe ser muy embarazoso sostener una guerra en la que no se puede nunca bajar el pabellón, cualquiera que sea la posición en que se encuentre, —dijo Wilder rápidamente como hombre que reflexiona consigo mismo, y que de alguna manera quiere expresar muy alto su opinión.

—El mar está siempre debajo de nosotros, —fue la respuesta lacónica del Corsario—. Pero le puedo decir que, por principio, pongo el mayor cuidado en mis palanquetas. Las cuido como al caballo que se destina para disputar el premio de la carrera; pues sucede frecuentemente que es preciso que nuestro valor se vea moderado por la prudencia.

—Y, ¿cómo se las arregla, cuando recibe daños en una tempestad o en un combate?

—¡Ejem!, nos las arreglamos con éxito, Wilder, y evitamos el agua bastante bien.

Se calló, y Wilder, dándose cuenta de que aún no era considerado de total confianza, guardó silencio. El oficial no tardó en regresar, seguido tan sólo del negro. Unas pocas palabras fueron suficientes para dar a entender el estado en que se encontraba Fid. Nuestro joven aventurero experimentó un sensible disgusto. La franqueza y la buena fe con que se volvió hacia el Corsario para rogarle que perdonase a su marinero por haberse olvidado de lo convenido, sin sospechar el complot del que Fid había sido la víctima, manifestaron lo contrariado que se encontraba.

—Conoce demasiado bien a los marineros, señor —le dijo—, para castigar a este pobre diablo por semejante olvido. Póngale en una verga o tras una cuerda, seguro que nunca habrá visto mejor marinero que Dick Fid; pero debo reconocer que del mismo modo que es tan buen compañero, también está siempre dispuesto a dar la cara a todo el mundo si tiene el vaso en la mano.

—Es una suerte que aún le quede un hombre para llevar la barca —respondió el capitán con indiferencia.

—Yo mismo la llevaré bien, y prefiero no separar a estos dos marineros. Si me lo permite, el negro dormirá esta noche a bordo del barco.

—Como quiera. Las literas vacías no faltan aquí después de la última escaramuza. Entonces Wilder ordenó a Escipión que regresara junto a su compañero, y que

tuviera cuidado de él hasta que Fid estuviese en situación de valerse por sí solo. El joven lugarteniente se despidió a continuación de sus nuevos amigos, y bajó a la barca. De una fuerte remada la puso lejos del barco, y entonces sus ojos se posaron con placer sobre los aparejos y cuerdas dispuestos en un orden perfecto.

## Capítulo octavo

El sol comenzaba a salir del seno de las aguas en que están situadas las islas azules de Massachusetts, cuando se empezó a ver a los habitantes de Newport abrir sus puertas y ventanas, y prepararse para los diferentes trabajos de la jornada, con la lozanía y actividad de la gente que sabiamente seguía la distribución natural del tiempo para disfrutar del descanso o dedicarse al placer. Se daban los buenos días unos a otros con jovialidad abriendo los ligeros cierres de sus tiendas, con las preguntas y respuestas de cortesía acostumbradas sobre la fiebre de una joven o el reumatismo de una anciana. El dueño de la taberna llamada *El Ancla Levada*, que tan afanado estaba en preservar su casa de la imputación de favorecer los escándalos nocturnos, era incluso uno de los primeros en abrir su puerta, para atraer a su casa a todo transeúnte que pudiera sentir la necesidad de ahuyentar la humedad de la noche anterior por medio de algún tónico fortificante.

Durante la primera media hora, el flujo de clientes se dirigía con fuerza hacia la bahía de su hospitalaria puerta, y no parecía abandonar la esperanza de verla continuar, incluso cuando normalmente esa marea comenzaba a amainar. Viendo por tanto que sus parroquianos le abandonaban uno tras otro para dedicarse a sus ocupaciones cotidianas, dejó el puesto que había tomado para servirles, y se puso a su puerta, con las manos en los bolsillos, como si hubiera encontrado un placer secreto en las voces alegres dadas por los nuevos habitantes que había en el pueblo. Un extranjero que no había entrado con los otros, y que por consiguiente no había tomado parte en las libaciones acostumbradas, estaba de pie a poca distancia, con una mano en el bolsillo de la chaqueta, y parecía principalmente ocupado en sus propias reflexiones. Este individuo atrajo la mirada perspicaz de nuestro posadero, que dedujo en seguida que un hombre que hubiera tenido recursos para los estímulos ordinarios de la mañana no podía tener una cara tan reflexiva a una hora en la que tan sólo habían empezado los trabajos de la jornada, y por consiguiente podía todavía ganar algo abriendo con él un camino directo de comunicación.

—Es éste un buen aire para ahuyentar las nieblas de la noche, señor —dijo respirando con fuerza el aire realmente delicioso y tonificante de una hermosa mañana de octubre—. Es este aire purificante el que ha dado la fama a nuestra isla. ¿Es usted quizás extranjero?

—Recién llegado, señor.

—Marino, por su indumentaria y buscando un barco, sería capaz de jurarlo —prosiguió el posadero sonriendo—. Vemos llegar a este lugar a muchos con los mismos proyectos; pero como Newport es un pueblo floreciente, no es difícil imaginar que no hay más que preguntar por un barco para encontrarlo. ¿Ha probado ya suerte en la capital de la provincia de la bahía?

—Fue anteayer cuando abandoné Boston.

—¡Cómo!, ¿los orgullosos habitantes de ese pueblo no han podido encontrarle un

barco? ¡Sí!, ellos hablan mucho, y no ocurre con frecuencia que escondan la candela en su chimenea... Hay aquí un hermoso bergantín que debe partir esta semana para cambiar los caballos por ron y azúcar; y éste es un barco que entró en el canal a lo más ayer por la tarde. Es un gran barco, y tiene camarotes dignos de un príncipe. Saldrá cuando cambie el viento, y me atrevería a decir que no es demasiado tarde por el momento para que un buen marino pueda pedir que se le dé trabajo en él.

Y más allá hay un negrero, al otro lado de la fortaleza, si quiere cambiar su dinero por un cargamento de ovejas.

—¿Y cree que el barco que está dentro del puerto largará velas en cuanto cambie el viento?

—Es totalmente seguro. Mi mujer es prima de la esposa del colector, y sé que los papeles los tiene en regla, y que tan sólo le retiene el viento. Es un barco muy conocido, *La Real Carolina*. Hace regularmente un viaje todos los años entre las colonias y Bristol, y toca puerto aquí en la ida, nos abastecen de ciertos artículos y se llevan madera y agua; regresando después a Inglaterra o a Carolina, según las circunstancias.

—Dígame, señor, ¿es un barco bien armado? —preguntó el extranjero que empezaba a perder su aspecto pensativo, a causa del interés manifiesto que tomaba por esta conversación.

—Sí, sí, sin que sea un *bulldog* que ladre para defender sus derechos, puede decir algo para el apoyo del honor de Su Majestad... Pero ¿quiere beber algo esta mañana, señor?

—Un trago de lo mejor que tenga. ¿Me aconseja que me dirija al comandante del barco que está en el canal del puerto del interior, para pedirle trabajo? ¿Cree que levará anclas tan pronto como usted me ha dicho?

—Con el primer viento que se levante. Conozco toda la historia de ese barco, desde el mismo día en que se puso la primera pieza para construir la quilla. La rica heredera, la bonita hija del general Grayson, tiene que ir a Carolina a bordo de él; ella y su criada, su aya; creo que ya la he nombrado, una tal mistress Wyllys. Esperan el momento un poco más arriba, en casa de mistress De Lacey, viuda del contralmirante que lleva ese nombre, y hermana del general, por consiguiente tía de la joven, según mi cálculo.

El extranjero, que había permanecido indiferente durante la última parte de la conversación, pareció entonces dispuesto a poner el grado de interés conveniente al sexo y a la condición de la persona que hacía de sujeto principal en la conversación. Después de escuchar con atención hasta la última sílaba que dijo el posadero, le preguntó algo bruscamente:

—¿Y dice que la casa que está cerca de aquí, en la pendiente de esa colina, es la morada de mistress De Lacey?

—Si yo he dicho eso, es que no sé nada. Por las palabras «aquí más arriba», quiero decir a una media milla de distancia. Es una morada adecuada a una dama de

su clase, y no una como las que hay por aquí alrededor. Se puede reconocer fácilmente por sus hermosas cortinas.

—Es muy probable —murmuró el extranjero que no parecía tan sorprendido como el posadero en su admiración, y que había vuelto a adoptar su actitud pensativa. En lugar de continuar este diálogo con la misma persona, desvió en seguida la conversación por otro sitio, y repitiendo a continuación que probablemente regresaría, se marchó cogiendo el camino de la casa de mistress De Lacey.

El lector sin duda ya se habrá imaginado que el extranjero que mantuvo esta conversación con el posadero no le es desconocido. En efecto, se trataba de Wilder; pero para realizar sus secretos proyectos, no quiso seguir hablando, y subiendo la colina por la pendiente sobre la que el pueblo estaba construido, caminó hacia los suburbios.

No era difícil distinguir la casa que buscaba entre una docena de otras viviendas poco parecidas, a sus «sombras», como el posadero, en el sentido particular que se le da en esta región a esa palabra; al igual que guardianes, unos olmos realmente majestuosos crecían en un pequeño patio frente a la puerta. Sin embargo, para asegurarse de que no se equivocaba, pasó de las suposiciones a la certidumbre haciendo algunas preguntas, y prosiguió su camino con aire pensativo. Salió de sus reflexiones por las voces de varias personas que conversaban y que evidentemente se estaban acercando. Había sobre todo una voz que le hizo dar un vuelco el corazón sin saber por qué, y que, de una manera inconcebible incluso para él, parecía poner en movimiento todos los resortes secretos de su ser. Aprovechando la conformación del terreno, saltó, sin ser visto, sobre un pequeño montículo y aproximándose a un ángulo formado por un muro bajo, se halló muy cerca de quienes hablaban.

Este muro rodeaba el jardín y los bosquecillos de una casa que reconoció como la de mistress De Lacey. Un pabellón campestre de verano, que unas semanas antes había estado casi sepultado por hojas y flores, construido a poca distancia del camino. Por su altura y posición, se veían desde él: al oeste el pueblo, el puerto y las islas de Massachusetts; al este, las islas de las Plantaciones de la Providencia, y al sur se veía una extensión sin límites del océano. Como ya había dejado atrás el follaje que le cubría, la vista podía penetrar sin dificultad en el interior, por entre los pilares rústicos que sostenían la pequeña cúpula. Wilder reconoció precisamente a las mismas personas que había oído el día anterior, cuando estaba con el Corsario en lo alto de las ruinas. La viuda del almirante y mistress Wyllys se encontraban más adelante, y hablaban como si fueran a ser oídas por alguien que, al igual que él, se encontrara en el camino; la vista aguda del joven marino pronto descubrió el rostro fresco y atrayente de Gertrudis, situada detrás de ellas. Su examen fue sin embargo interrumpido por una respuesta que dio el individuo al que no había visto todavía. Dirigió sus miradas hacia donde salía el sonido de la voz, vio entonces a un viejo vestido de verde, que, sentado sobre una piedra al borde del camino, parecía dar descanso a sus fatigados miembros, respondiendo a algunas preguntas que se le

hacían desde el pabellón de verano. Su voz y su modo de expresarse eran pruebas suficientes para demostrar que era un viejo marino.

—¡Señor!, señora —decía él con voz un poco temblorosa—, nosotros, viejos lobos de mar, no nos divertimos nunca mirando el almanaque para ver de qué lado soplará el viento, antes de echarnos a la mar. Nos basta con que la orden de embarque haya sido dada, y que el capitán tenga permiso para ausentarse de su esposa.

—¡Ah!, ¡eso es precisamente lo que decía mi querido almirante! —dijo mistress De Lacey a la que le agradaba mucho, evidentemente, conversar con este viejo—; así, pues, mi valiente amigo, piensa que cuando un barco está preparado, debe largar velas, aunque sea el viento...

—Ahí llega otro marino muy a tiempo para darnos su consejo —dijo Gertrudis con apresuramiento, como si hubiera querido distraer la atención de su tía para impedir poner fin de una forma dogmática a una discusión que acababa de tener lugar entre ella y mistress Wyllys—. Quizás —añadió—, pueda servirnos de juez.

—Tienes razón —dijo la institutriz—. ¿Qué piensa usted del tiempo que hace hoy, señor? ¿Cree que sea conveniente largar velas?

El joven marino desvió los ojos, muy a pesar suyo, pues los había tenido fijos hasta entonces exclusivamente en Gertrudis, para mirar a la que había hecho esta pregunta, y permanecieron sobre la dama tanto tiempo y con tanta atención que ella juzgó oportuno repetir la pregunta, creyendo que no había comprendido bien lo que le había dicho.

—Hay que confiar poco en el tiempo, señora —respondió al fin—. El que haya tardado mucho tiempo en descubrir esto, no puede decir que ha sacado mucho provecho de sus viajes por el mar.

Había algo tan dulce y tan amable en la voz de Wilder, que aunque fuese viril y sonora, sorprendió por igual a las tres damas.

Inclinando ligeramente la cabeza como queriendo dar a entender con ello que quería ser cortés, quizá por respeto hacia ella misma o por consideración hacia el que se dirigía, atendiendo a la extrema sencillez de su indumentaria, mistress De Lacey continuó la conversación.

—Estas señoras —dijo—, están a punto de embarcarse, en el barco que puede ver allá abajo, para Carolina, y discutimos para saber de qué lado es probable que sople el viento; pero para tal navío, creo que importa poco que el viento sea favorable o contrario.

—No pienso lo mismo, ya que de tal barco se puede esperar mucho, de cualquier lado que sople el viento.

—Tiene fama de ser un excelente velero. ¡Y qué fama! Estamos seguros de que se la merece, pues ha venido desde Inglaterra a las colonias en siete semanas, que han resultado cortísimas. Pero los marinos, según creo, tienen sus ideas preferidas y sus precauciones, al igual que nosotros, pobres habitantes de tierra firme.

Excúseme, pues, si pregunto también a este buen veterano su opinión sobre este



punto. ¿Qué piensa de ese barco, el conocido, ése cuyos mástiles de juanete están tan altos y cuyas gavias son tan notables?

Los labios de Wilder dejaron escapar una sonrisa que luchaba contra la seriedad de su fisonomía; pero guardó silencio. El viejo marinero se levantó y pareció examinar el barco como hombre que comprende perfectamente los términos técnicos de la viuda del contralmirante.

—El barco que está dentro del puerto —respondió después de terminar el reconocimiento—, ya que supongo que es al que la señora se refiere, es un barco al que los ojos de un marino gusta ver. Es un buen barco, y en el que se puede embarcar con toda seguridad, me atrevería a jurarlo. Y en cuanto a ser buen velero, es posible que no sea fascinador, sin embargo creo que navega bien, y si no es así es que ni conozco el mar ni a los que viven en ese elemento.

—¡Es una opinión muy diferente! —dijo mistress De Lacey—. Estoy por lo tanto encantada de que asegure que se puede embarcar sin temor; pues aunque los marinos prefieren un barco que sea buen velero, estas damas preferirán uno en el que ellas estén seguras de no correr ningún peligro. Supongo, señor —continuó dirigiéndose a Wilder—, que estará al menos de acuerdo en que ese barco ofrece la mayor seguridad.

—Eso es precisamente en lo que yo no estoy de acuerdo —respondió Wilder brevemente.

—¡Es sorprendente! Ese marino tiene experiencia, señor, y piensa de forma totalmente distinta.

—Puede, durante su vida, haber visto más cosas que yo, señora, pero dudo que a él le sea posible en este momento verlas bien. Desde aquí hasta ese barco la distancia es muy grande para que se puedan juzgar sus cualidades; yo estuve antes cerca de él.

—¿Así que usted cree realmente que hay peligro? —dijo Gertrudis, cuyo temor hizo desaparecer su timidez.

—Lo creo. Si tuviera madre o una hermana —respondió Wilder recalcando sobre esta última palabra—, no me atrevería a dejarla embarcar en ese barco. Por mi honor, señoras, creo que se corre más peligro en ese barco que a bordo de cualquier otro que abandonase o pudiese abandonar este otoño algún puerto de las colonias.

—Es muy extraño —dijo mistress Wyllys—. Eso no es lo que se nos ha dicho de ese navío. Se nos han exagerado sus ventajas como para pensar que vamos a estar allí cómodas y seguras. ¿Puedo preguntarle, señor, en qué motivos basa su opinión?

—Son muy claros... Los maderos de sus costados son muy delgados, y su gran bóveda muy gruesa para gobernarse bien. Tiene los costados derechos como una pared de iglesia, y sobresale bastante del agua. Además no lleva vela de proa, lo que hace que todo el empuje sea hecho en la parte de atrás, y sujetará demasiado al viento y le facheará totalmente. Llegará el día en que ese barco navegue con la popa hacia delante. Se puede ver también que los machos de sus mateleros los sujetan por detrás, y que ninguna de sus altas velas está desplegada. Además depende de sus muse-rolas

y ligaduras la seguridad de la parte más importante del barco, el bauprés.

—¡Es cierto! —gritó mistress De Lacey con cierto horror—, ¡es cierto! Se me habían escapado esos defectos; pero ahora que me lo dice se me han abierto los ojos. Es una gran negligencia. ¡Hay que contar con las muserolas y las ligaduras para la seguridad de un bauprés! En verdad, mistress Wyllys, no puedo consentir que mi sobrina se embarque a bordo de tal navío.

La mirada tranquila y penetrante de la institutriz estaba fija sobre los rasgos de Wilder mientras que él hablaba, y entonces la desvió hacia la viuda del contralmirante con la misma serenidad.

—El peligro es quizás un poco exagerado —le dijo—. Preguntemos a este otro marino lo que piensa sobre ello. Díganos, amigo, ¿cree que hemos de tener peligros tan serios confiándonos a ese barco, en esta época del año, para ir a Carolina?

—¡Señor!, señora —respondió el marino de cabellos grises sonriendo con aire de burla—, son defectos e inconvenientes de nueva invención, si es que son verdaderos inconvenientes y defectos. Nunca se había oído hablar de ninguna de esas cosas en mis tiempos y confieso que sería bastante estúpido para no comprender la mitad de lo que este joven acaba de decir.

—Supongo, abuelo, que hace tiempo que no ha navegado —dijo Wilder fríamente.

—Han pasado seis años desde la última vez —respondió el viejo marino—, y cincuenta desde la primera.

—Entonces ¿no ve los mismos motivos de temor? —preguntó otra vez mistress Wyllys.

—Con todo lo viejo y gastado que estoy, señora, si el capitán quisiera darme un puesto de trabajo a bordo, se lo agradecería como un gran favor.

Mistress Wyllys respondió como sigue, dirigiéndose a Wilder:

—¿Cómo puede explicar esta diferencia de opinión entre dos hombres que deben estar de acuerdo en este aspecto?

—Creo que se debe tener en cuenta los adelantos que se han producido en la construcción y gobierno de los barcos, y quizá también las diferentes ocupaciones que hemos desempeñado a bordo.

—Estas dos observaciones son justas. Sin embargo sería atrevido creer que los cambios que se han producido desde hace seis años en una profesión que es tan antigua, puedan ser tan considerables.

—Perdón, señora, es preciso una práctica constante para conocerlos. Me atrevo a decir, por ejemplo, que este digno veterano no conoce la forma en que un navío corta el oleaje con su popa cuando es impulsado por sus velas.

—¡Imposible! —gritó la viuda del contralmirante—; el marino más novato, el último de los marineros debe haber visto la belleza de tal espectáculo.

—¡Sin duda! ¡Sin duda! —respondió con tono de hombre ofendido el viejo marinero que, si había olvidado algo de su oficio, no estaba entonces en situación de

reconocerlo—; he visto a más de un barco hacer esa maniobra, y como la señora acaba de decir, es un bello espectáculo.

Wilder pareció confundido. Se mordió los labios como quien se sorprende por una ignorancia excesiva o por una astucia superior; sin embargo la confianza de mistress De Lacey en sus propias ideas le dispensó de hacer una réplica.

—Hubiera sido muy extraño —dijo ella—, que los cabellos de un hombre hubiesen encanecido en el mar sin que jamás hubiera contemplado tan extraordinario espectáculo. Pero sin embargo, buen veterano, no tiene disculpa por pasar tan ligeramente los defectos muy claros que este... este... este joven acaba de hacernos notar tan justamente.

—Yo no veo ningún defecto en ese barco, señora. Era así como mi difunto, digno y valiente comandante, aparejaba siempre su barco, y me atrevo a decir que jamás ha habido mejor marino o más honrado hombre que haya servido en las flotas de Su Majestad.

—¿Ha servido al rey? ¿Cuál era el nombre de su comandante?

—¿Cuál era su nombre? Nosotros, que le conocíamos bien, teníamos la costumbre de llamarle Buen Tiempo; pues a sus órdenes, teníamos siempre mar tranquilo y buen viento; pero en tierra se le llamaba el valiente y victorioso contralmirante De Lacey.

—¡Y mi hábil y respetable marido aparejaba sus barcos de esa forma! —dijo la viuda con voz temblorosa que demostraba la sorpresa de un orgullo satisfecho.

El viejo marino levantó sus miembros fatigados de la piedra sobre la que estaba sentado, y respondió inclinándose profundamente:

—Si tengo el honor de ver a la esposa de mi almirante, es una alegría para mis viejos ojos. He servido dieciséis años a bordo de su barco, y cinco años más en la misma escuadra. Me atrevo a decir que quizá la señora haya oído hablar del marinero encargado de las gavias, de Bob Bunt.

—¡Sin duda! ¡Sin duda! Le gustaba hablar de aquellos que le servían fielmente.

—Sí, ¡qué Dios le recompense, y vuelva su memoria gloriosa! Era un oficial lleno de bondad, y que no olvidaba nunca a un amigo, ¡era el amigo del marinero, el contralmirante De Lacey!

—Es un hombre agradecido —dijo mistress De Lacey—, y estoy segura de que está capacitado para juzgar un barco. ¿Está seguro, mi digno amigo, de que el difunto, mi respetable marido, aparejaba sus barcos de la misma manera que lo está el que es objeto de nuestra conversación?

—Debo estar seguro, señora, ya que sería capaz de poner la mano al fuego si no fuera así.

—¿Incluso las muserolas?

—Y las ligaduras, señora, si el almirante viviera aún y estuviese aquí, diría que ese barco está perfectamente equipado y no ofrece ningún peligro, como estoy dispuesto a jurar.

Mistress De Lacey se volvió hacia Wilder con dignidad, y le dijo como mujer que había tomado firmemente una decisión:

—Mi memoria me ha hecho cometer una ligera equivocación, lo cual no es sorprendente, cuando se piensa que el que me ha dado algunos conocimientos de su profesión no está aquí para continuar sus lecciones. Le estamos muy agradecidas por sus advertencias, señor, pero debemos creer que ha exagerado el peligro.

—Por mi honor, señora —respondió Wilder poniendo la mano en su corazón y hablando con emoción singular—, soy sincero en cuanto le digo, y le afirmo positivamente que estoy convencido de que se exponen al peligro más grande embarcando en ese barco.

—Creemos en su sinceridad, señor, tan sólo pensamos que está algo equivocado —respondió la viuda del contralmirante con una sonrisa de compasión en la que quería poner alguna condescendencia—. Le estamos muy agradecidas por sus buenas intenciones.

## Capítulo noveno

Wilder abandonó el campo de batalla como hombre vencido. El azar, o como estaba dispuesto a llamarlo, la caricia del viejo marinero, frustró el pequeño artificio al que había recurrido, y por el momento no le quedaba otra solución que esperar otra ocasión más propicia para llevar a cabo su objetivo.

El joven marinero, confiado en su esperanza, volvió al pueblo con paso lento y cierto enojo. Más de una vez detuvo y fijó los ojos durante varios minutos en los diferentes navíos que se encontraban en el puerto. Pero en estas frecuentes paradas no encontró indicio alguno que indicara que tenía especial interés por algunos de esos barcos. Quizá sus miradas se detuvieron más tiempo y con mayor atención en el barco mercante que venía del sur, que en los demás, aunque sus ojos de vez en cuando se paseaban con curiosidad e incluso con inquietud por todos los barcos que se encontraban en la bahía.

Se acercaba la hora del trabajo, y los sonidos que lo anunciaban se empezaban a oír por todas partes en el puerto. Los alegres cantos marineros se mezclaban en la calma de la mañana con sus peculiares y prolongadas entonaciones. El barco que estaba en el puerto interior fue uno de los primeros en donde la tripulación dio esta prueba de actividad y el aviso de su próxima partida. Con estos acontecimientos los ojos de Wilder parecieron salir totalmente de su abstracción y continuó sus observaciones con gran atención. Vio a los marineros hacer sus maniobras con una indolencia que suponía un verdadero contraste con la gran actividad que mostraban cuando la necesidad lo exigía. Poco después, la vela del pequeño mastelero se soltó de la verga a la que estaba amarrada y formó unos festones graciosos y desaliñados, lo que como Wilder sabía muy bien, era, en todos los barcos mercantes, la señal de partida. Unos minutos después, los ángulos inferiores de esta importante vela fueron estirados hacia los extremos de la palanqueta correspondiente, y se vio entonces a la pesada verga subir lentamente a lo largo del mástil, arrastrando con ello los pliegues de aquella vela hasta que quedó totalmente extendida semejando un gran y hermoso mantel de tela blanca como la nieve. Las ligeras corrientes de aire se dirigían hacia esta vasta superficie pero retrocedían enseguida, pues aunque la vela intentaba recibirlas con gran halago, ellas se detenían a modo de hacerle ver que aún no podían manifestar su poder. Los preparativos para la partida en este momento parecieron suspenderse, como si los marineros, tras haber invitado a la brisa, esperasen para ver si su invitación había sido aceptada.

Tal vez esto no fuera más que un acontecimiento normal para un hombre que había observado tan atentamente los preparativos de partida en un barco antes de hacerse a la mar, y volvió sus ojos hacia otro barco que estaba anclado en el muelle, con la intención de ver el efecto que producía en él una señal tan manifiesta. Pero ni el examen más detallado y atento podría descubrir indicio alguno de interés común entre ambos navíos. Mientras el primero llevaba a cabo los movimientos que

acabamos de decir, el otro permanecía anclado, sin dar la menor prueba de que había hombres en sus puentes que parecían desiertos e inertes. Estaba tranquilo, tan inmóvil que un hombre que no tuviera conocimiento alguno al respecto podría creer que había echado sus raíces en el mar, y que se trataba de excrecencia enorme y simétrica que las olas habían hecho salir de su seno con un laberinto de cuerdas y mástiles, o uno de esos monstruos fantásticos que se cree que habitan en el fondo del océano ennegrecido por las nieblas y tempestades de los siglos; pero para el experto ojo de Wilder aparecía como un espectáculo muy distinto. Distinguió claramente, a través de aquella tranquilidad y aparente quietud, los indicios de preparativos que sólo un marinero podía descubrir. El cable, en lugar de extenderse en forma descendente hacia el agua, era corto, o casi de arriba a bajo, como se dice en términos técnicos, no teniendo más que el largo necesario para resistir el impulso de una fuerte marea que moviese la profunda quilla del barco. Todos los barcos estaban en el mar, dispuestos y preparados del modo conveniente para hacer ver que podían emprender un viaje en tan poco tiempo como fuese necesario. Ni una vela, ni una verga, se encontraba fuera de su sitio para sufrir este examen y recibir las reparaciones de las cuales se preocupan los marineros cuando se sienten seguros en una buena bahía. En medio de cientos de cuerdas que se cruzaban en el azul del firmamento formando el fondo de este cuadro, no faltaba quien pudiera ser requerido para facilitar los medios de poner en marcha al navío en un minuto. En una palabra, aquel barco, que parecía no estar preparado para partir, estaba en la situación más adecuada para hacerse a la mar, o si las circunstancias lo exigían, para llevar a cabo un ataque, o hacer una magnífica defensa. Es cierto que sus redes de abordaje estaban izadas con sus aparejos como la vela, pero había un motivo para esta medida de extrema precaución en la guerra: Se exponía a los ataques de los ligeros cruceros franceses que, viniendo de las islas de las Indias occidentales, bordeaban tan a menudo la costa del continente, en la misma posición que el barco había adoptado ahora simulando diarias defensas en la bahía. De esta forma el navío, para un hombre que conocía todas sus artimañas, aparecía como una víctima o un gusano que hubiera caído en un letárgico reposo para engañar mejor a su víctima.

Wilder balanceó la cabeza de una forma que expresaba con gran claridad, que comprendía muy bien aquella tranquilidad, y continuó sus pasos hacia el pueblo con el mismo ritmo que lo hiciera antes. Caminó durante unos minutos sin darse cuenta de lo que hacía, y así habría continuado seguramente si no llega a ser por un ligero golpe que recibió en el hombro. Sorprendido, se volvió y vio que, gracias a la lentitud de su marcha, había sido alcanzado por el marino que había conocido en una sociedad a la que él, con tal de ser admitido en ella, habría dado cualquier cosa.

—Sus jóvenes piernas deberían haberle llevado mucho más adelante, mi patrón —dijo el viejo marino cuando consiguió atraer la atención de Wilder—; y sin embargo las mías, con lo viejas que son, me han ayudado a alcanzarle enseguida.

—Está juzgando, tal vez, por la ventaja extraordinaria que tiene la popa sobre las

olas a las cuales corta —respondió Wilder socarronamente—; nunca sabrá calcular lo que puede aventajar un navío cuando ha hecho vela de una forma tan considerable.

—Veo, hermano mío, que se ha ofendido porque he seguido sus pasos, aunque con ello sé que no he hecho más que obedecer su propio deseo. ¿Acaso esperaba que un viejo lobo de mar como yo, que ha pasado tanto tiempo a bordo de un barco almirante, confesara su ignorancia acerca de cualquier cosa, sea lo que fuere, que esté relacionada con el agua del mar? ¿Cómo diablos podía saber yo si, entre los millares de navíos que hay actualmente, existe alguno que bogue mejor con la popa hacia adelante? Se dice que un barco se construye sobre el modelo de un pescado; y si esto es cierto, no se trataría más que de hacer uno a manera de cangrejo o de ostra, para conseguir precisamente lo que usted decía.

—Muy bien, anciano, imagino que la viuda del almirante le habrá recompensado con un buen regalo, y que por consiguiente, puede usted exponer, durante algún tiempo y sin motivo de preocupación, de qué manera se construirán los barcos en el futuro. Y dígame, ¿tiene intención de seguir descendiendo por esta colina?

—Hasta llegar allí abajo.

—Me parece estupendo, amigo, pues mi intención es subir la colina. Así pues, como decimos en términos marinos para acabar una conversación, le deseo una buena guardia.

El viejo marino rió a su manera cuando vio al muchacho darse la vuelta bruscamente y empezar a subir la colina de la que acababa de descender.

Wilder intentó adoptar la actitud de un obrero sin empleo creyendo que con ello lograría convencerle; pero se entretuvo bastante tiempo, caminando de un lado para otro, y por tener ante su vista las vallas de la casa de mistress De Lacey, le fue imposible ver a alguno de sus habitantes. Había señales evidentes de una marcha próxima; pues los baúles y fardos partían hacia el pueblo, y los pocos criados que por pura casualidad pudo ver estaban muy ocupados. Pero parecía que los personajes principales se habían retirado a las habitaciones interiores y secretas, probablemente con el natural deseo de hablar confidencialmente y despedirse. Tras haber hecho su inspección, con tanta atención como inutilidad, iba a retirarse con despecho, cuando oyó voces de mujeres al otro lado de un muro de fuerte contextura, un poco elevado, en el que estaba apoyado. Su fino oído no tardó en reconocer la armoniosa voz de Gertrudis.

—Esto son ganas de atormentarnos sin razón suficiente, querida señora —dijo ella en el momento en que se ponía lo bastante cerca para ser oída con precisión—; no, no tiene más importancia cualquier cosa que haya podido decir un... individuo semejante.

—Reconozco la verdad de lo que dice, querida —respondió la voz melancólica de su aya—, y sin embargo, no puedo consentir que mantengas esa especie de sentimiento supersticioso al respecto. Gertrudis, ¿no te gustaría volver a ver a ese joven?

—¡A mí, señora! —exclamó su pupila alarmada—; ¿por qué razón usted y yo habríamos de desear volver a ver a un hombre que nos es totalmente desconocido, un hombre de tan baja condición; tal vez sea algo fuerte la expresión, pero al menos un hombre cuya compañía no parecía ciertamente que fuera muy conveniente...?

—A damas bien nacidas, quieres decir. ¿Y qué te hace pensar que ese joven esté realmente por debajo de nosotras? Confieso que no he oído ni visto nada que me haga creer que sea de baja condición o carezca de educación. Al contrario, su lenguaje y pronunciación anunciaban a un hombre bien nacido, y su aspecto no desmentía su lenguaje; tenía cierto aire de franqueza y sencillez que hablaban de su profesión. Pero tú no te fijas más que en los jóvenes de las mejores familias de las provincias, e incluso del reino, que se ponen a menudo al servicio de la marina.

—Es que ellos son oficiales, y este... este individuo llevaba el traje de un marino ordinario.

—Nada de eso. La tela era muy fina y el corte reflejaba un gusto exquisito. Yo he conocido almirantes que en sus momentos de ocio no vestían como tales. Los marinos, incluso los de alto rango, desean presentarse a veces con el hábito de su profesión sin marca alguna que indique su grado.

—¿Cree entonces que es un oficial... quizás al servicio del rey?

—Es posible, aunque el hecho de que carezca de barco en el puerto parece contrario a esta suposición; pero esto no es más que una circunstancia muy vaga que, sin embargo, ha excitado el inconcebible interés de que he dado pruebas. Gertrudis, querida amiga, el azar me hizo conocer mucho acerca de marinos en mi juventud, y raramente he visto a uno de esta edad y con este aspecto tan varonil y alegre, sin que haya experimentado cierta emoción... Pero te estoy cansando, hablemos de otra cosa.

—Nada de eso, mi querida mistress Wyllys —exclamó Gertrudis con vivacidad—. Puesto que usted cree que ese extranjero es un hombre de bien, no puede haber mal alguno, es decir, algún inconveniente, al menos así me lo parece, en hablar de él. ¿Cuál puede ser el peligro que quería hacernos creer al que nos exponíamos embarcando en un navío del que tenemos tan buenas referencias?

—Había en su tono y en sus modales una mezcla muy singular, casi me atrevería a decir que muy extraña, de ironía y de interés que es inexplicable. Mientras estuvimos con él, seguramente dijo muchas cosas sin sentido; pero parecía que no le inducía a ello ningún motivo grave. Gertrudis, tú no estás tan familiarizada como yo con los términos marinos e ignoras, tal vez, que tu buena tía, en medio de su admiración hacia una profesión, a la que tenía, sin duda alguna, el derecho de amar, hacía a veces...

—Lo sé, lo sé, al menos lo pienso a menudo —dijo Gertrudis—, pero esa excesiva presunción en un extranjero intentar simpatizar así, si es que era tal su intención, a expensas de una ligera debilidad, que aunque disculpable, no deja de ser debilidad.

—Sin duda —respondió mistress Wyllys con calma, teniendo, evidentemente, la



mente llena de ideas que no le permitían prestar gran atención a la sensibilidad de su joven compañera—; y sin embargo él no tenía el aspecto de esos talentos aventados que encuentran placer en llevar a cabo las locuras que se les ocurren a los demás. Recuerda, Gertrudis, que ayer, cuando estábamos en las ruinas, mistress De Lacey hizo algunas observaciones para expresar la admiración que le inspiraba un barco de velas.

—Sí, sí, me acuerdo —respondió Gertrudis con impaciencia.

—Uno de los términos que empleó era totalmente incorrecto, según sé por el conocimiento que tengo de la jerga marinera.

—Lo he adivinado por la expresión de sus ojos...

—Escúchame, querida. Seguramente no sea muy correcto y una dama cometa un ligero error al conocer un lenguaje tan peculiar, pero es muy singular que un marino haya cometido la misma falta al emplear precisamente los mismos términos: luego esto quiere decir que el joven había oído cuanto hablamos; y lo que no es menos sorprendente es que el viejo marino haya dado su aprobación, como si aquel modo de hablar hubiese sido correcto.

—Quizá —dijo Gertrudis bajando la voz— habían oído decir que mistress De Lacey tiene predilección por ese tipo de conversación; pero después de esto, yo estoy segura de que no puede usted mirar a ese extranjero como hombre de bien.

—No lo pensaría más, querida, si no fuese por este extraño sentimiento que no acierto a explicarme. Quisiera verlo una vez más.

Fue interrumpida por un ligero grito que dio su joven compañera y, un momento después, el extranjero que fuera centro de sus pensamientos saltó por encima del muro, aparentemente sólo para buscar su bastón que había caído a los pies de Gertrudis y había ocasionado su expresión de alarma. Tras haber pedido excusas por introducirse de semejante forma en la casa de mistress De Lacey, Wilder se dispuso a retirarse, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. En los primeros momentos que siguieron a su aparición, había en sus modales cierta dulzura y delicadeza que tenían, probablemente, como objetivo hacer ver a la más joven de las dos damas que poseía, y con todo derecho, el título que poco antes ella le había refutado. El rostro de mistress Wyllys estaba pálido y sus labios temblaban, aunque la firmeza de su voz daba buenas muestras de que no era a causa del miedo.

—Espere un momento, señor —le dijo vivamente—, a no ser que tenga motivos por los que deba marcharse. Hay algo realmente notorio en este encuentro, y me sentiría encantada si lo aprovechásemos.

Wilder permanecía frente a las dos damas, a las que había estado a punto de dejar. Cuando mistress Wyllys vio que sus deseos se habían cumplido de una forma tan inesperada, meditó un momento sobre el modo en que le dirigiría la palabra.

—Lo que me ha llevado a tomar esta decisión, señor —dijo algo embarazada—, es la opinión que recientemente usted ha manifestado acerca del navío que está dispuesto a levar anclas cuando el viento sea favorable.

—¿*La Real Carolina*? —dijo Wilder con aparente indiferencia.

—Sí, ése es su nombre, según tengo entendido.

—Espero, señora —dijo con precipitación—, que nada de lo que yo haya dicho le haga adoptar prevenciones con respecto a ese barco. Puedo garantizarle que ha sido construido con excelentes materiales, y no me cabe la menor duda de que el capitán sea un hombre muy hábil.

—Sin embargo, no ha dicho usted que guardaría un pasaje a bordo de ese barco con más seguridad que en ningún otro navío

—¿Quiere decirnos por qué piensa así?

—Si no recuerdo mal, les he explicado a ambas que he tenido el honor de verle hace una hora.

—Esta dama no es de aquí, señor —replicó gravemente mistress Wyllys—, y no será ella quien deba confiar a ese barco la seguridad de su persona. Esta joven y yo, con nuestros criados, seremos los únicos pasajeros.

—Así lo he comprendido —respondió Wilder, mirando con aire pensativo a Gertrudis, que escuchaba esta conversación con interés.

—Y por el momento no hay ningún peligro que temer, ¿puedo rogarle, que nos repita los motivos que le hacen creer que hay algún riesgo en embarcar en *La Real Carolina*?

Wilder buscó con gran impaciencia la mirada tranquila y atenta de la dulzura de los ojos, tan penetrantes, de mistress Wyllys.

—¿Quiere que repita, señora —dijo balbuciendo—, lo que ya dije a este respecto?

—Le dispenso de ello, señor; pero estoy persuadida de que tiene graves razones para hablar como lo hizo.

—Es muy difícil para un marino hablar de barcos si no es con términos técnicos, y con un lenguaje que tal vez sea ininteligible para una persona de su sexo y condición. ¿No ha estado nunca en el mar, señora?

—Muy a menudo, señor.

—En este caso, tal vez pueda esperar que me comprenda. Debe saber, señora, que una gran parte de la seguridad que ofrece un barco depende del punto más importante para poder mantener su lado derecho más alto, lo que los marineros llaman hacer llevar. Yo estoy bien seguro de que no tengo necesidad de decir a una dama dotada de tal inteligencia, que si *La Real Carolina* cae sobre su bao, habrá un gran peligro para cuantos se encuentren a bordo.

—No está nada claro; pero ¿no correría el mismo peligro a bordo de cualquier otro navío?

—Sin duda, si es que ese otro navío desaferra. Pero he seguido mi profesión durante muchos años, y no he visto que ocurriese este accidente más de una vez.

—Son tan buenos que nunca había salido nada mejor de la mano de un constructor —dijo una voz detrás de ellos.

Se volvieron los tres y vieron a poca distancia al viejo marinero del que ya he

hablado, montado sobre algo al otro lado del muro, en lo alto del cual estaba apoyado tranquilamente, dominando todo el interior del jardín.

—He estado al borde del agua —dijo—, para echar un vistazo al barco, siguiendo el deseo de mistress De Lacey, viuda del noble comandante y almirante. Los otros pueden pensar lo que quieran, pero estoy dispuesto a hacer el juramento de que *La Real Carolina* puede ofrecer un viaje tan seguro como cualquier otro navío que bogue bajo la bandera británica. Sí, y esto no es todo cuanto tengo que decir en su favor. Sus maderas son ligeras y bien unidas, no se inclina hacia el lado derecho más que los muros de esa iglesia.

El anciano se expresó enérgicamente y mostraba una honesta indignación y no dejó de hacer impresión en las damas, al mismo tiempo que una de ellas dirigía verdades un poco duras a Wilder.

—¿Ve, señor —dijo mistress Wyllys, tras haber oído lo que el joven marinero respondió—, cómo es posible que dos hombres que tienen los mismos conocimientos no estén de acuerdo en algo relativo a su profesión? ¿A cuál debo creer?

—A aquél al que su incomparable juicio le presente como más digno de su confianza. Le repito, con una sinceridad de la que pongo al cielo como testigo, que ni mi madre ni mi hermana se embarcarían, con mi consentimiento, en *La Real Carolina*.

Wilder pareció reflexionar con insistencia; sus labios se movieron como si fuera a hablar. Mistress Wyllys y Gertrudis esperaban con gran interés que él explicara sus opiniones; pero tras una larga pausa durante la cual él parecía dudar, cambió de actitud diciendo:

—Lamento no tener la facilidad de palabra suficiente para persuadirles. Toda la culpa la tiene esta incapacidad mía, pues de lo contrario se convencerían de que, vuelvo a repetirlo, el peligro es tan evidente para mis ojos como el sol en pleno mediodía.

—En este caso, señor, debemos quedarnos, ya que ésta sería la única solución —replicó mistress Wyllys, con cierta frialdad—. Le agradezco sus buenas y caritativas intenciones, pero usted no puede censurarnos por no querer seguir una opinión que está envuelta en tanto misterio y oscuridad. Aunque estemos en nuestra casa, usted nos perdonará si le dejamos; la hora determinada para nuestra marcha ha llegado.

Wilder se quedó en el lugar en que le habían dejado, hasta que les vio entrar en la casa, y creyó, incluso, distinguir cierta expresión de interés en una mirada tímida como aquélla que la que hasta hacía unos momentos estaba a su lado le dirigió, antes de que su ligera figura desapareciera a sus ojos. Apoyando una mano en el muro, saltó entonces hacia el otro lado. Cuando sus pies estuvieron en tierra, el ligero choque pareció sacarle de su estado de abstracción, y notó que estaba a unos seis pies del viejo marino que había venido dos veces a regocijarse con tan mal propósito entre él y el objetivo que con todo su corazón deseaba. Este no le dio tiempo de expresar su intención, pues él fue el primero en romper el silencio.

—Vamos, hermano —le dijo en tono amistoso y confidencial, golpeando ligeramente la espalda del hombre que quería hacerle ver que había descubierto el ardid del que había querido valerse—; vamos, hermano, ha recorrido usted bastantes costas de este lado del mar, ya es tiempo de virar de bordo. Yo he sido joven también en mis tiempos, y sé lo difícil que es enviar el diablo lejos de uno cuando se encuentra placer navegando en su compañía.

—¿Por qué ha decidido contradecirme? —preguntó bruscamente Wilder.

—Acaso querría usted que un hombre que ha pasado más de cincuenta años en el mar, calumniara la madera y el hierro de una manera tan escandalosa. La reputación de un navío es tan preciosa para un viejo lobo de mar como la de su mujer o su maestra.

—Escúcheme, amigo: Supongo que vive usted como los demás, o, ¿acaso no vive de comer y beber?

—Un poco de lo primero y algo más de lo segundo —respondió el viejo marinero con una sonrisa.

—Y como la mayor parte de los marinos, ¿gana lo uno y lo otro con trabajos dificultosos, con grandes peligros y exponiéndose al rigor del tiempo?

—¡Hu!, ganando dinero como caballos y gastando como burros, esto es lo que se dice de nosotros; tanto como lo que a la realidad corresponde.

—¡Y bien!, le voy a dar la ocasión de ganar con menos trabajo, y podrá gastar cuanto le convenga. ¿Quiere entrar a mi servicio por algunas horas con buena gratificación, y con garantías de seguir si me sirve con honradez?

El anciano alargó su mano para tomar una guinea que Wilder le presentaba por encima del hombro, la metió en el bolsillo con indiferencia, y preguntó con tono firme y decidido como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa:

—¿Qué tengo que hacer para ganar lo que me ha dicho?

—No es nada malo. No se trata de hacer ninguna cosa de la que está imaginando. ¿Sabe manejar una falsa corredera?

—Sí, sí, y jurar que algo es verdad en caso de necesidad. Le comprendo: Se trata de «darle la vuelta» a la verdad como una cuerda que se enrolla y quiere que yo me encargue de ello.

—Algo de eso es. Tendrá que retractarse con respecto a lo que dijo acerca de *La Real Carolina*, y como tiene bastante astucia para saber cómo ejercer influencia sobre mistress De Lacey, será conveniente que la aproveche para presentarles las cosas con más dificultades aún que yo lo he hecho. Y ahora, para que yo pueda valorar su talento, dígame si es cierto que no se ha embarcado nunca con el digno contralmirante.

—A fe de bueno y honrado cristiano, que ayer oí hablar por primera vez de ese valiente hombre. ¡Oh!, puede creer cuanto le digo.

—Le creo, sin tener que esforzarme para ello. Ahora escuche mi plan.

—Un instante, mi querido camarada. Las paredes oyen, según se dice, y nosotros

los marinos sabemos que las bombas pueden caer a bordo de un navío ¿Conoce en este pueblo una taberna que se llama «El Ancla Levada»?

—He estado allí algunas veces.

—Espero que no le moleste volver.

—¿No puede escuchar nada que no esté mojado en ron?

—Me ofende hablando así. Verá lo que es emplear un mensajero sobrio para hacer sus encargos cuando llegue el momento; pero si se nos ve caminar juntos por la calle principal, usted cobrará tan mala fama ante esas damas, como yo perdería reputación delante de ellas.

—Tal vez tenga razón. Apresúrese, pues, ya que ellas hablan de embarcarse enseguida. No hay un minuto que perder.

—No hay peligro de que se marchen tan pronto —dijo el anciano levantando una mano por encima de su cabeza para averiguar la dirección e intensidad del viento—; no hace aún bastante aire para refrescar las brillantes mejillas de aquella joven belleza, y sabemos con toda seguridad, que la señal no le será dada más que cuando la brisa del mar haya comenzado a hacerse sentir.

Wilder le dijo adiós con la mano y siguió con paso ligero el camino que acababa de serle indicado, reflexionando sobre la impresión que los encantos de la joven y hermosa Gertrudis había inspirado a un hombre tan viejo y grosero como su nuevo aliado. Su compañero le siguió un poco después con cierto aire de satisfacción y con algo de ironía en su mirada, después aceleró el paso, a fin de llegar al lugar de la cita en el tiempo acordado.

## Capítulo diez

Al acercarse a la taberna llamada «El Ancla Levada», Wilder vio síntomas de gran agitación en el centro del tranquilo pueblo. Más de la mitad de las mujeres y casi la cuarta parte de los hombres que permanecían a considerable distancia, estaban reunidos ante la puerta, oyendo a un orador del sexo femenino que declamaba con voz tan fuerte y severa, que los auditores curiosos y atentos que formaban parte del círculo más amplio no podían tener motivo alguno para acusarla de parcialidad. Nuestro aventurero vaciló, y no se determinó a avanzar hasta que vio a su viejo aliado que abriéndose paso con los codos se hacía camino entre la masa de cuerpos con perseverancia y energía. Animado al verle, el joven le siguió.

—A ustedes acudo, amigos. Todos y cada uno de ustedes, pueden atestiguar, si es preciso, que siempre he sido la paciente y trabajadora esposa del hombre que me ha abandonado, a mi edad, dejándome sola con tantos hijos que alimentar y educar. Por otra parte...

—Pero ¿qué prueba hay —exclamó el posadero de «El Ancla Levada», interrumpiéndola violentamente con no muy buenas intenciones—, de que tan buen hombre la haya abandonado? Ayer era día de fiesta, y su marido estaba un poco, lo que yo llamaría «alegre», y esta mañana ha dormido algo más de costumbre. Yo respondo de que dentro de muy poco veremos salir al honrado sastre de alguna granja, tan fresco y dispuesto a manejar sus tijeras como si no hubiera mojado la garganta más que con agua en las pasadas fiestas.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! —gritó la inconsolable esposa del buen hombre—. No tiene corazón, se atrevió a beber del modo que lo hizo en un día como el de ayer. ¡En una fiesta en honor de la gloria de Su Majestad! Era un hombre que no soñaba más que con su trabajo... ¡Después de estar acostumbrado durante tanto tiempo a contar con el producto de su trabajo, es una cruz muy pesada para una pobre mujer verse reducida de golpe a no poder contar más que consigo misma!

Viendo entonces al viejo marino que se había abierto paso entre la multitud y que ahora se encontraba a su lado, ella interrumpió el hilo de su discurso para exclamar:

—Aquí tenéis a un extranjero, un hombre que no ha hecho más que llegar al pueblo; dígame, amigo, ¿ha encontrado en el camino a un vagabundo fugitivo?

—He tenido mucho trabajo con traer mi viejo cuerpo a tierra firme —respondió el viejo con gran serenidad—, y no me entretuve en apuntar en mi libro de notas el nombre y aspecto de cuantas barcas he podido encontrar. Sin embargo, ahora que me lo dice, creo recordar que me tropecé a la llegada con un pobre diablo, casi al amanecer, a alguna distancia de aquí, en los matorrales que hay entre este pueblo y la barca que conduce a la isla.

—¡Era él! —exclamó un coro de voces: y al mismo tiempo cinco o seis de los que estaban oyendo salieron de entre las gentes con la buena intención de correr tras el delincuente y hacerle ajustar cuentas de las cuales se pensaba que el pobre hombre

era deudor.

—¿Tenía aspecto de loco? —preguntó Desiré sin prestar atención a la forma en que acababa de ser abandonada por cuantos un momento antes parecían oír con el mayor interés la narración de su desgracia—; ¿era un hombre con aspecto de vagabundo, de fugitivo y, el holgazán que usted ha encontrado, parecía un hombre que ha abandonado a su desgraciada esposa?

—No puedo decir que haya notado en él nada que expresara si la mujer que había dejado en su borrachera era más o menos desgraciada —respondió el marino con mucho discernimiento—; pero he visto lo suficiente como para saber que si en algún momento pensó dejar a su mujer, contando con que realmente tenga esposa, no había decidido abandonarla para siempre; pues tenía alrededor del codo palillos que sin duda le proporcionaban más placer que si hubiesen sido los brazos de una mujer.

—¡Qué! —exclamó Desiré con consternación—, ¿se ha atrevido a robarme? ¿Qué se ha llevado? ¿Será mi collar de perlas de oro?

—No me atrevería a jurar que no eran perlas de oro.

—¡El muy miserable! —gritó la marimacho enfurecida, respirando agitadamente como quien ha estado mucho rato bajo el agua, y haciéndose camino entre la multitud con gran energía, en seguida se puso a correr con gran velocidad para ir a revisar sus tesoros escondidos y comprobar lo que había oído acerca de sus posibles pérdidas.

—¡Bien, bien! —dijo el posadero interrumpiendo por segunda vez con mala intención—; nunca había oído decir que se sospeche que un buen hombre sea capaz de robar, aunque todo el vecindario le llame pollo remojado.

El viejo marinero miró al posadero cara a cara con aire bastante significativo.

—Si el pobre sastre no ha robado nunca más que a esa alborotadora —dijo—, no se podrán anotar en su cuenta muchos pecados de robo; pero es una vergüenza que semejante loca hable de esa manera a la entrada de una honesta taberna como si se tratara de un puerto, y por eso he enviado a la mujer tras sus perlas de oro, y así nos ha dejado a todos tranquilos como puede ver.

Joe Joram, soltando una gran carcajada, al verse sorprendido por la astucia del marino, que realmente había disgregado a la gente que se agolpaba poco antes ante la puerta y que ahora corría hacia la casa del sastre, le extendió la mano para felicitarle y exclamó:

—¡Bien venido, Bob Goudron! ¡Muy bien venido! ¿De qué nube has caído, viejo amigo? ¿Qué viento te ha empujado hasta este puerto? ¿A qué se debe que estés de nuevo en Newport?

—Son muchas preguntas para poder contestar a todas, amigo Joram, y se trata de algo demasiado grave como para que me ponga a decírtelo aquí a los cuatro vientos. Cuando estemos en uno de tus departamentos, con una buena botella y un hermoso filete de vaca, podrás hacerme las preguntas que quieras y te daré cuantas respuestas me permita mi apetito, como tú ya sabes.

Wilder, que se había acercado a la puerta de la taberna cuando la gente había

empezado a disgregarse, les vio avanzar a ambos hacia el interior de la casa, y entró él también en la sala destinada al público. Mientras que pensaba de qué forma empezaría a hablar con su nuevo aliado sin atraer la atención de los demás, el posadero vino a sacarle de su reflexión. Después de haber echado un vistazo a su alrededor por el establecimiento, sus miradas se fijaron en nuestro aventurero, y se aproximó a él en un modo mitad decidido, mitad inseguro.

—¿Qué le ha ocurrido, señor, cuando buscaba el barco? —le preguntó, reconociendo al extranjero con el que había conversado por la mañana—. Hay, desgraciadamente, más brazos libres que trabajos para emplearlos.

—Eso no es muy seguro —respondió Wilder—. Cuando me paseaba por la colina, he encontrado a un viejo marinero que...

—¡Ejem! —dijo el posadero interrumpiéndole y haciéndole señas para que le siguiera discretamente, aunque pronto—. Se encontrará más cómodo, señor, si hace su comida en otra habitación.

Wilder siguió a su guía, que salió de la habitación abierta al público por una puerta distinta de aquélla por la que había llevado al viejo marinero al interior de la casa, y le sorprendió el aspecto misterioso que el posadero adoptó en aquel momento. Después de haber atravesado un pasillo circular, éste hizo subir a Wilder, en absoluto silencio, por una escalera de caracol que conducía al piso más alto del edificio. Allí llamó con suavidad a una puerta.

—Entre —dijo una voz fuerte y grave que hizo estremecerse a nuestro aventurero.

Sin embargo, cuando penetraron en una pequeña habitación bastante estrecha, no vio a nadie, sólo al marinero que el posadero acababa de saludar como a un viejo conocido, y por el cual él había dado un nombre al que su traje reconocía todos los derechos, Bob Goudron. Mientras que Wilder miraba a su alrededor algo sorprendido por la situación en que se encontraba, el posadero se retiró, y él se quedó solo con su aliado. Este estaba ocupado en hacer honores a un buen filete de vaca colocado ante él, y que acompañaba de un licor al parecer, muy de su gusto, aunque, ciertamente, no hubo tiempo de prepararle el brebaje que había pedido. Sin dar tiempo a Wilder de hacer más reflexiones sobre la situación, el viejo marinero le hizo señas para que cogiera la única silla que había libre en la habitación, y continuó el ataque al solomillo con igual intensidad que antes, como si no hubiera sido interrumpido.

—¿Qué nombre debo dar a su honor?

—¿A mí? ¡Mi nombre!... Harris.

—Muy bien, señor Harris, yo no soy más que un pobre hombre; pero he tenido un barco a mi mando, en mis tiempos, por muy viejo y gastado que parezca, y pasaba mis noches sobre el puente con la mente elaborando nuevas ideas, aunque yo no esté tan lleno de filosofía como puedan estarlo un sacerdote que dirija una parroquia o un hombre de leyes, a los cuales se les paga para ello. Así pues, permítame decirle que es algo desconsolador no ser más que el habitante de una colina. Esto rebaja el valor y el coraje de un hombre, y contribuye a que haga lo que sus maestros quieran. Pero



todo esto, amigo Harris, está resultando pura charlatanería. Un hombre puede hablar hasta el punto de perder la cabeza, o echar a pelear a la tripulación de un navío. Puede, hablando, hacer un monte de un grano de arena, y una ballena de una platija. Bueno, pues aquí tenemos toda la larga costa de América, con sus ríos, sus riberas, y sus lagos, que contienen tantos tesoros como uno podría desear para enriquecerse, y sin embargo los servidores de Su Majestad que vienen a nosotros hablan de sus rodaballos, de sus lenguados y sus carpas, como si el Señor no hubiera hecho más que pescados, y el diablo hubiera dejado deslizarse las otras cosas entre sus dedos sin pedir permiso.

Wilder se volvió y permaneció sorprendido con los ojos fijos en el viejo, que entretanto continuaba comiendo como si no hubiera dicho nada que no fuera normal.

—Usted está más en contra de su patria que de parte de ella, amigo —dijo el joven marino en un tono algo severo.

—Yo no estoy de su parte, al menos en cuanto a lo de los pescados se refiere; pero creo que se puede hablar, sin ofender a nadie, de lo que el Señor ha creado. En cuanto al Gobierno, se trata de una cuerda torcida por la mano del hombre, y...

—¿Y qué? —preguntó Wilder viendo que el viejo vacilaba.

—¡Ejem! A fe mía que, creo que el hombre cederá su propia obra cuando no pueda encontrar nada mejor en que ocuparse.

Y considero que no hay mal alguno en decir esto, ¿no es así?

—Al contrario, y por esto precisamente procuraré atraer su atención sobre el asunto que nos ha reunido aquí. ¿No se habrá olvidado ya de las monedas que ha recibido?

El viejo marinero acabó con su solomillo, y cruzando los brazos miró fijamente a su compañero.

—Una vez que mi nombre ha sido inscrito en el papel de una tripulación —dijo con gran calma—, soy un hombre con el que se puede contar. ¿Se hará a la mar bajo la misma bandera, amigo Harris?

—Sería una infamia hacerlo de otra manera. Pero antes de hablar acerca de mis proyectos y deseos, me perdonará si tomo una pequeña precaución. Conviene que yo revise este gabinete para comprobar que efectivamente estamos solos.

—No encontrará otra cosa que las chucherías pertenecientes al género femenino del pobre Joe. Como la puerta no está cerrada con demasiada maña, puede mirar cuanto guste y tras el ver vendrá el creer, como suele decirse.

Wilder no parecía dispuesto a atender a esta autorización, pues abrió la puerta mientras su compañero seguía hablando; y no encontró, efectivamente, más que objetos de uso femenino, y volvió un tanto sorprendido.

—¿Estaba usted solo cuando entré? —le preguntó después de unos minutos de reflexión.

—El honrado Joram y usted.

—¿Nadie más?

—Nadie que yo haya visto —respondió el viejo marinero con un tono que anunciaba cierta inquietud—. Si piensa otra cosa, registraremos toda la habitación. Si mi mano descubre a alguien escuchando tras la puerta, lo pasará muy mal.

—¡Un momento!... Respóndame a una pregunta: ¿Quién pronunció la palabra: «Entre»?

Bob Goudron, que se había levantado aparentando cierto malestar, miró durante unos minutos a su alrededor, y sus pensamientos acabaron en una explosión de ruidosas carcajadas.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ya entiendo lo que quiere decir. No se puede tener la misma voz cuando uno tiene la boca llena que cuando la lengua está a sus anchas como un navío que ha salido del puerto después de veinticuatro horas.

—¿Ha sido, pues, usted quien había hablado?

—Naturalmente —respondió Bob radiante, como hombre que acaba de resolver un asunto en interés propio con entera satisfacción—; y ahora, amigo Harris, si quiere dar rienda suelta a sus ideas, me tiene dispuesto para escucharle.

Pero Wilder no se dio por satisfecho con la explicación que el viejo le había dado; sin embargo, se dispuso a llevar a cabo lo acordado.

—Después de verle y oírle, amigo, creo que no hay necesidad de que le diga que deseo con todas mis fuerzas que la joven con quien hemos hablado esta mañana y su compañera no se embarquen a bordo de *La Real Carolina*. Supongo que es necesario para nuestro común objetivo que usted sea informado del asunto; los motivos que me hacen desear que ellas permanezcan donde están no le podrían ser a usted de ninguna utilidad para lo que ha de hacer.

—Usted no tiene por qué decir a un viejo marinero como yo cómo debe pescar en el agua quien está más que acostumbrado a hacerlo —replicó Bob sonriendo con cierto aire picaresco y haciendo una señal de inteligencia a su compañero que no parecía muy encantado por esta familiaridad—; no he estado viviendo cincuenta años en el mar, para ahora confundirlo con el firmamento.

—¿Cree, acaso, que mis motivos no son un secreto para usted?

—No hace falta un catalejo para ver que mientras la gente vieja dice: «¡Parta usted!», los jóvenes prefieren quedarse donde están.

—Se equivoca. Es usted muy injusto con los jóvenes, yo vi ayer por primera vez a la persona de la que quiere hablar.

—En ese caso, ya sé lo que es esto. Los armadores de *La Real Carolina* no han sido atentos, como habrían debido ser, y usted satisface con ellos una pequeña deuda de agradecimiento.

—Sin duda será un medio de represalias muy de su gusto —dijo gravemente Wilder—; pero no está muy de acuerdo con el mío.

Y además, sepa que no conozco a ninguno de esos armadores.

—¡Oh!, ¡oh! Supongo entonces que pertenece usted al navío que está anclado en el puerto exterior, ¿me equivoco?; y sin sentir odio hacia sus enemigos, ama a sus

amigos. Es preciso que convenzamos a las dos damas de que han de sacar sus pasajes para embarcar a bordo del negrero.

—¡No quiera Dios!

—¿No quiera Dios? Sabe muy bien, amigo Harris, que creo que tiene la mente algo cerrada. Aunque no puedo estar de acuerdo con usted en lo que ha dicho con respecto a *La Real Carolina*, todo me hace pensar que tendremos la misma opinión en lo que al otro navío se refiere. Yo lo considero un barco sólidamente construido, bien proporcionado, y en el que un rey podría navegar con todas las comodidades apropiadas a su rango.

—No lo niego en absoluto, pero sin embargo, no me gusta.

—¡Y bien! Estoy sorprendido; y puesto que, en cuanto al objetivo presente, patrón Harris, tengo una o dos palabras que decirle respecto a ese barco. Ya sabe que soy un lobo de mar, y un hombre bastante entendido en materia de comercio. ¿No encuentra algo que no es precisamente distintivo de un honrado barco comerciante en la manera en que tiene echada el ancla más allá del fuerte, y en el aspecto de indolencia que en él reina, mientras cualquiera puede ver, además, que no ha sido construido para ir a pescar lenguados o para transportar ganado a las islas?

—Yo creo que es, como usted mismo dice, un barco sólido y bien construido; pero ¿en qué basa sus últimas suposiciones? ¿Usted lo mira quizá como un navío contrabandista?

—No sé con exactitud si semejante barco sería precisamente el más apropiado para hacer operaciones de contrabando, aunque su contrabando sea un precioso comercio, después de todo es contrabando. Tiene una hermosa batería que puede verse sin grandes dificultades a pesar de la distancia a que se encuentra.

—Me atrevería a decir que sus armadores no están cansados todavía de él, y que no les importará demasiado caer en manos de los franceses.

—Muy bien, de acuerdo, puede que me equivoque, pero todas las cosas no están como deberían estar a bordo de ese negrero cuando todos sus documentos están en regla y sus cartas de navegación no lo están menos. ¿Qué cree usted, honrado Joe?

Wilder se volvió con impaciencia y vio que el posadero había entrado en la habitación con paso tan rápido que apenas se había dado cuenta de ello; prestaba gran atención a su compañero con una intensidad que al lector no le será muy difícil comprender: El aspecto de sorpresa con que Joram miró al viejo marinero no tenía, en verdad, nada de afectado, pues la pregunta le fue repetida, y con términos aún más explícitos, con los que juzgó conveniente responder a ella.

—Le he preguntado, honrado Joe, si cree que el negrero que está en la bahía exterior de nuestro puerto hace un comercio legal o no.

—Siempre ha de sorprender de improviso a la gente, Bob, siempre ha de usar esa brusquedad que le es tan propia, para hacerles preguntas tan extrañas y obtener las opiniones más sorprendentes —respondió el posadero echando oblicuas miradas a su alrededor, como si hubiera querido asegurarse bien de la reacción de todos los

oyentes ante los que hablaba...; a veces frente a tales preguntas me siento desconcertado y con gran embarazo para poder coordinar mis ideas y responderle así sin comprometerme.

—Es realmente bastante desconsolador ver al honrado posadero de «El Ancla Levada» quedarse mudo —replicó el viejo con pasmosa tranquilidad—. Yo me atrevería a preguntarle, ¿sospecha que no todo marche bien en ese negrero? ¿No ve nada que pueda ocurrir a bordo del navío que está en el puerto exterior, digno y escrupuloso Joram? —repitió el patrón Bob sin parpadear ni mover un miembro, ni siquiera un solo músculo.

—¡Muy bien! Puesto que me pide con tanta insistencia que dé mi opinión, y para que tenga una respuesta que abarque en su totalidad lo que me pregunta, le diré que si hay algo de deshonesto e incluso ilegal en la conducta de...

—Es únicamente el viento, amigo Joram, lo que hace remover todo a bordo —dijo el viejo con sangre fría—. Procure darme una respuesta positiva. ¿Ha visto algo a bordo de ese negrero que no sea como debería ser?

—¡Pues bien!, no señor, nada, estoy plenamente convencido —respondió el posadero.

—¡Nada! En ese caso tiene usted la vista más atrofiada de lo que yo creía. ¿Pero de verdad no sospecha nada?

—¡El cielo me libre de las sospechas! El diablo plaga nuestro espíritu de dudas, pero hace falta ser muy débil y estar mal dispuesto para caer en ellas. Los oficiales y la gente que forma la tripulación de ese barco beben cuanto es necesario, son generosos como príncipes, no se olvidan nunca de pagar su consumición antes de salir de la casa, y por consiguiente me atrevo a afirmar que son gente honrada.

—Y yo digo que son piratas.

—¡Piratas! —repitió Joram con los ojos atacados por una desconfianza muy marcada en la fisonomía de Wilder que era todo oídos—. Pirata es palabra muy dura, patrón Bob, y jamás se debe permitir una imputación de ese tipo contra nadie, sea quien sea, sin tener buenas y suficientes pruebas que alegar para justificar si se trata de una difamación, o si tal asunto ha de ser llevado ante doce hombres conscientes y juramentados. Pero yo me imagino que usted sabe lo que se dice y ante quiénes está hablando.

—Lo sé, y ahora, puesto que su opinión en este asunto es que no hay absolutamente nada, podría muy bien...

—Hacer cuanto me ordene —exclamó Joram visiblemente encantado al ver que cambiaba el tema de la conversación.

—Vaya allá abajo a ver si sus parroquianos tienen ya la garganta seca —continuó el viejo marinero haciéndole señales al mismo tiempo que se retiraba por el camino que había venido, con el aspecto de un hombre que sabía sería obedecido. Una vez que el posadero se marchó y la puerta fue cerrada, se volvió hacia su compañero y le dijo—: Parece usted tan consternado por lo que acaba de oír como el incrédulo Joe.

—Sus sospechas son graves, anciano, y hará bien en buscar en qué apoyarlas antes de volver a repetirlas por segunda vez. ¿De qué pirata se ha oído hablar recientemente por esta costa?

—Está el Corsario Rojo, que es bastante conocido —respondió el viejo marinero bajando la voz, y acercando su boca al oído de aquél, echó un vistazo a su alrededor como si hubiera considerado que había que tomar precauciones excesivas incluso para pronunciar tan temible nombre.

—Pero se dice que está normalmente por el mar de las Caribes.

—Es un hombre que está en todas partes, en todas. El rey pagaría una buena suma de dinero al que pusiera a ese bribón en manos de la justicia.

—Eso es mucho más fácil de decir que de hacer —dijo Wilder con aire pensativo.

—Es posible; yo no soy más que un viejo armazón de huesos más propio para indicar el camino que para marchar delante, pero usted tiene un barco a punto de salir del astillero, todos sus aparejos son nuevos, y no hay una sola plancha suelta en su abordaje. ¿Por qué 110 hace su fortuna vendiendo a ese bribón al rey? De ello no resultara más que el dar al diablo un poco más pronto o un poco más tarde lo que se le debe.

Wilder vacilaba, y contrariado, se alejó de su compañero haciéndole ver que lo que acababa de oír no le gustaba en absoluto. Sin embargo sintió la necesidad de responderle.

—¿Y qué razones tiene usted —le preguntó— para creer que sus sospechas no son infundadas? Y en caso de que no lo sean, ¿que medios adoptaría para llevar a cabo tal proyecto, en ausencia de los cruceros del rey?

—Yo no me atrevería a jurar que son fundadas; pero si seguimos una falsa ruta, nos veremos obligados a virar de bordo cuando reconozcamos nuestra equivocación. En cuanto a los medios, confieso que es más fácil hablar de ello que llevarlo a la práctica.

—Vaya, vaya, todo esto no es más que pura charlatanería, una visión de su viejo cerebro —dijo Wilder fríamente—; y mientras menos se hable, mejor será. Sin embargo, durante todo este tiempo hemos olvidado nuestro negocio; estoy a punto de creer que busca cómo extraviarme alumbrando un falso faro, para verse libre del servicio que ya tiene medio pagado.

Había cierto aspecto de satisfacción en el rostro del viejo marino mientras Wilder hablaba de esa forma, y el joven se habría visto sorprendido si no se hubiese levantado, al empezar a hablar, para pasear por la pequeña habitación con grandes pasos y aire pensativo.

—¡Bien! ¡Bien! —replicó el viejo, tratando de fingir su manifiesta alegría con su aire habitual de egoísmo e ironía—, yo soy un viejo soñador y a menudo sueño que navego en el mar mientras me siento sujeto muy fuertemente en tierra firme. Creo que debo satisfacer pronto una cuenta con el diablo para que tome su parte de mi pobre armazón, y así yo quede como capitán de mi propio barco. Ahora, veamos las

órdenes de Su Honor.

Wilder volvió a sentarse, y se dispuso a dar a su aliado las instrucciones necesarias para que pudiese desmentir cuanto había dicho anteriormente en favor del navío dispuesto a largar velas.

## Capítulo once

A medida que avanzaba el día, las apariencias de una buena brisa de mar llegaban cada vez más fuertes, y conforme el viento aumentaba, se veía al barco mercante de Bristol anunciar cada vez más intensamente su intención de abandonar el puerto. Entretanto el barco no ofrecía aún a la brisa más que una vela solitaria a la que ya antes nos hemos referido en nuestro relato. Después de más de una hora de inexplicable demora, se difundió entre la gente un murmullo de que había ocurrido un accidente a consecuencia del cual un individuo muy importante había sido gravemente herido. Sin embargo tal rumor no fue más que momentáneo, y casi se había extinguido cuando se vio salir de una cañonera de proa de *La Real Carolina* unas grandes llamaradas que formaban ante ellas una densa capa de humo que se elevaba en el aire, y que fue seguida al momento de la explosión de una pieza de artillería. Nadie dudó que, cualquiera que fuese lo que hubiera ocurrido, no impediría que el barco se hiciese a la mar.

Wilder había observado con gran atención los movimientos que tuvieron lugar a bordo del navío, el retraso que se había producido en su partida, la impaciencia de los espectadores, y por último la señal que acababa de dar para emprender la marcha. Con la espalda apoyada en la parte derecha de un ancla que estaba abandonada como inservible en un muelle a poca distancia de aquél en que se encontraba la mayor parte de los espectadores, había permanecido una hora en la misma posición, con su mirada dirigida a derecha e izquierda. Se estremeció al oír el cañonazo; pero no fue a consecuencia de esta explosión, que produjo el mismo efecto en un centenar de personas, por lo que él echó una ojeada rapidísima a la vez que intensa e inquieta hacia todas las calles que le era posible vislumbrar desde el muelle en que se encontraba. Sin embargo, a medida que los minutos se sucedían con precisión unos a otros, recobró poco a poco su calma, y una sonrisa de satisfacción se señoreó en su rostro mientras que el sonido de varias voces llegó a sus oídos; y sin volverse, vio a un numeroso grupo a algunos pasos de él, y no necesitó más que un momento para distinguir entre la multitud a mistress Wyllys y Gertrudis vestidas de manera tal que no quedaba la menor duda de que estaban a punto de embarcarse. Wilder oyó varias voces que formulaban palabras de despedida muy afectivas y pronunciadas de todo corazón. Al fin el rumor de pasos de una persona al lado de él le hizo echar una mirada ligera y furtiva en esa dirección, y sus ojos se encontraron con mistress Wyllys. La dama temblaba; nuestro joven marino hizo otro tanto. Tratando de sobreponearse y dominándose a sí misma, mistress Wyllys le dijo con una sangre fría admirable:

—Ya ve, señor, que los peligros ordinarios no nos impiden llevar a cabo una resolución una vez que ésta está bien tomada.

—Deseo, señora, que no se arrepienta más tarde de su valor.

Mistress Wyllys se aproximó más al joven y le dijo en voz baja:

—Aún no es tarde. Déme la más mínima razón para justificar lo que nos ha dicho, y esperaremos la marcha de otro barco. ¿Tiene algún dato, algunos motivos que yo pueda hacer valer ante los padres de mi joven pupila?

—Ya los conoce.

—En ese caso, señor, me creo obligada, aunque a pesar mío, a creer que tiene algunas razones para ocultar sus motivos —respondió fríamente el aya contrariada e incluso dolida—. Deseo, por usted mismo, que no se trate de nada indeseable; y en cuanto a lo que a nosotras concierne, si sus intenciones son buenas, se lo agradezco, y en caso contrario, yo le perdono.

Se separaron con esa sensación que siente la gente que sabe que la confianza reina entre ellos. Wilder se apoyó de nuevo contra el abandonado ancla, adoptando una actitud malhumorada y mostrando una gravedad que podía pasar incluso, por austera.

Alguien le tocó ligeramente en el hombro; sorprendido por esta circunstancia, se volvió para ver quién era el que le trataba con tanta familiaridad, y vio que era un muchacho joven que parecía tener unos quince años. Su preocupación hizo que tuviera que echar una segunda ojeada para asegurarse de que veía aún al chico que estaba al servicio del Corsario y que había aparecido antes con el nombre de Roderick.

—¿Para qué me quieres? —le preguntó cuando se hubo recuperado un poco de la sorpresa que le había producido el encontrarse tan súbitamente interrumpido en sus reflexiones.

—Se me ha encargado que le dé estas órdenes —respondió el joven emisario.

—¡Ordenes! —repitió Wilder frunciendo ligeramente el ceño—. ¡Tendremos que respetar a la autoridad que envía sus mandatos con tal mensajero!

—Es una autoridad a la que siempre ha sido muy peligroso desobedecer —respondió el niño con tono grave.

—¡Sí, ciertamente! En ese caso voy a ver lo que contiene este mensaje por temor a caer en alguna fatal negligencia. ¿Tienes orden de esperar una respuesta?

Diciendo esto rompió el sello de la carta que acababa de serle entregada, y levantando los ojos para escuchar lo que le iba a responder el mensajero, vio que éste había desaparecido. Viendo que sería totalmente inútil perseguir a un corredor tan joven y veloz en medio de las maderas de construcción que cubrían el muelle y parte del río adyacente, desplegó la carta y leyó lo que sigue:

*«Un accidente acaba de poner en condiciones de no poder ejercer sus funciones al patrón del barco llamado La Real Carolina, que está listo para arriar velas; su consignatario no se atreve a confiar el mando al segundo oficial, y sin embargo es necesario que el navío parta. Sé que usted es considerado un buen entendido. Si tiene algunas muestras que constaten su buena conducta y sus conocimientos, aproveche esta ocasión y logre el puesto que definitivamente ocupará.»*



*Ha sido designado por algunas interesadas, y su designación se ha llevado a cabo con premeditación. Si esta carta le llega a tiempo, permanezca alerta y decidido. No muestre sorpresa, ante cualquier apoyo inesperado que pueda encontrar. Mis agentes son más numerosas de lo que cree. La razón de ello es bien sencilla; el oro es amarillo, aunque yo sea*

»Rejo».

La firma, el objetivo y el estilo de esta carta no dejaron en el ánimo de Wilder ninguna duda acerca de quién era su autor. Echando una mirada a su alrededor, saltó a una barca y antes de que los viajeros hubiesen llegado al navío, él ya había atravesado la mitad de la distancia que separaba al barco de tierra. Hizo jugar a los remos con unos brazos tan hábiles como vigorosos, y enseguida estuvo en el puente de *La Real Carolina*. Abriéndose camino a través del tropel de inútiles que encubren siempre la tilla de un barco dispuesto a partir, llegó de inmediato a la parte del navío en que el círculo de personas preocupadas e inquietas le aseguró que encontraría a los que tenían más interés en el gobierno del barco. Hasta entonces apenas había comprendido claramente cuál era la naturaleza de sutan repentina empresa; y no había reflexionado acerca de ella. Pero había avanzado demasiado para pensar en retroceder, incluso aunque hubiera estado dispuesto a hacerlo; y no podía, además, renunciar a su deseo sin correr el riesgo de levantar peligrosas sospechas.

No tardó más de un minuto en ordenar sus pensamientos, antes de preguntar:

—¿Puedo ver al armador de *La Real Carolina*?

—Nuestra casa es consignataria de este barco —respondió un individuo calmado, muy tranquilo, con cierto aire de malicia, que llevaba una indumentaria de negociante rico, pero al mismo tiempo ahorrador.

—He sabido que ustedes tienen necesidad de un oficial experimentado.

—Oficiales experimentados son precisamente los que desea un armador en un barco cuya carga es preciosa; y presumo que *La Real Carolina* no lleva una carga despreciable.

—Pero yo he sabido que necesitan uno para ocupar temporalmente el puesto de comandante.

—Si el comandante de *La Real Carolina* no estuviera en estado de ejercer sus funciones, ciertamente cuanto usted dice podría suceder. ¿Busca empleo?

—He venido a solicitar la plaza vacante.

—Habría sido más sagaz asegurándose primero de que efectivamente había una plaza vacante. Pero no puede solicitar el puesto de comandante de un navío como éste sin presentar testimonios suficientes de su actitud y conocimientos.

—Espero que estas muestras le parecerán satisfactorias y suficientes.

Y hablando de este modo Wilder le puso en la mano dos cartas no selladas.

Mientras el negociante leía estos certificados, pues tal era la naturaleza de las muestras que acababan de serle entregadas, ya sus ojos permanecían fijos en el papel,

ya su rayo visual pasaba por encima de sus anteojos para dirigirse al individuo con el que había hablado de manera tal que parecía evidente que quería asegurarse, con su propia observación personal, de la verdad de cuanto leía.

—¡Ejem! —dijo al fin—. En verdad son excelentes testimonios a favor suyo, joven, y viniendo, como vienen, de dos casas tan respetables y tan opulentas como Spriggs, Boggs y Tweed, y Hammer y Hacket, son realmente dignas de la mayor confianza.

—Pues si tanta atención les presta, espero que no me considerará presuntuoso por contar con su propia recomendación.

—¡Muy bien!, ¡totalmente razonable! Pero no esperará que dejemos más que de prisa una plaza libre para podérsela dar a usted, aunque yo tenga que reconocer que sus certificados son excelentes... tan buenos como una orden escrita por los mismos Spriggs, Boggs y Tweed. Pero no podemos expresamente, con esa intención, dejar vacante el puesto.

—Se me había asegurado que le ha ocurrido un grave accidente al patrón de este barco...

—Un accidente, sí; pero grave, no —dijo el sagaz negociante echando una mirada hacia los individuos que se encontraban cerca para poder oírle—. Le ha ocurrido, ciertamente, un accidente, pero no lo suficiente serio como para obligarle a abandonar su cargo. Sí, sí, señores, el buen navío *La Real Carolina* hará su viaje, confiado como de costumbre en los sentidos de un viejo marino, de un marinero experimentado, de Nicolás Nicholls.

—En ese caso, señor, le estoy haciendo perder unos momentos preciosos —dijo Wilder, hablándole en tono contrariado y haciendo un movimiento para retirarse.

—No tenga tanta prisa, joven, no tenga tanta prisa. No se acaba un negocio tan rápido como se deja caer una vela desde una verga. Es posible que se encuentre un útil empleo para usted, aunque no realice las funciones ni tenga la responsabilidad del patrón del navío ¿Cuánto cree que cobra el que tiene el título de capitán?

—El salario no forma parte de mis cálculos —exclamó Wilder con una turbación que habría podido traicionarle si el otro no hubiera estado tan ocupado en asegurar sus servicios del mejor modo posible, con una atención que raramente permitía ser distraída cuando se trataba de algún objetivo tan noble como el económico—. No pido más que el empleo —agregó Wilder.

—Y lo tendrá, y no se encontrará con las manos demasiado pilladas estando con nosotros.

—Un instante, ¿cómo podremos saber que usted es verdaderamente el individuo a que se refieren las cartas de envío, quiero decir, de recomendación?

—¿El hecho de ser yo quien las ha traído no es una prueba?

—Para echarle una mano al respecto, señor Ball —dijo una voz que salía de un pequeño grupo de individuos que seguían con un interés bastante notorio los progresos de esta negociación—, yo le puedo certificar, e incluso bajo juramento, la

identidad de este señor.

Wilder se volvió rápidamente, y no sin sorpresa, para ver quién era la persona de entre sus conocidos que el azar había puesto en su camino de una manera tan extraordinaria y quizá tan desafortunada, en una parte del país en el que creía saberse totalmente desconocido. Con gran asombro vio que el que acababa de hablar así era el posadero de «El Ancla Levada».

—¿Y está plenamente seguro de que el señor es el individuo del que hablan estas cartas?

Joram recibió los certificados con la misma admirable sangre fría que había mostrado desde que empezó esta escena.

—Todo esto es muy cierto, señor Ball —replicó el posadero quitándose los anteojos y devolviéndole los papeles.

El negociante llevó entonces a Wilder aparte, y después de algunas nuevas charlas preliminares, las condiciones del alistamiento del joven marino fueron por fin acordadas.

El verdadero patrón del barco debía quedar a bordo, tanto para garantía de seguridad como para conservar la reputación del navío; pero reconoció con total franqueza que el accidente que poco antes le había ocurrido era, nada menos, que una pierna fracturada, y que las operaciones de cirugía, que estaban ocupadas en curarle en este momento, le impedirían probablemente que abandonase su camarote antes de un mes, y durante todo ese tiempo sus funciones deberían ser desempeñadas por nuestro aventurero.

## Capítulo doce

Buena parte del día transcurrió mientras se desarrollaban las escenas que acabamos de relatar. Apareció una suave brisa, y se mantenía aunque sin ser fuerte. Cuando Wilder se vio desembarazado de los occisos que acababan de regresar a la playa y del consignatario atareado e importante, echó un vistazo a su alrededor con la intención de ponerse enseguida en posesión de la autoridad a bordo. Hizo venir al pilero, le comunicó sus intenciones y se retiró a una parte del puente desde donde pudo examinar a su gusto todas las partes del barco en el que había llegado a ser comandante en poco tiempo, y reflexionó sobre la situación tan extraordinaria y tan inesperada en la que se encontraba.

*La Real Carolina* tenía ciertos derechos para llamarse así. Era un barco de ese dichoso puerto que añadía a su utilidad lo agradable. La carta del Corsario decía que era considerado un buen velero, y su joven e inteligente comandante vio con gran satisfacción interior que no desmentía bajo ningún aspecto su reputación. Una tripulación fuerte, activa y experimentada, unas palanquetas bien proporcionadas, poco peso y volumen en el aparejo de las gavias, una estiba perfecta y fuertes velas ligeras que le ofrecían todas las ventajas que su experiencia podía sugerirle.

La tripulación bajo las órdenes del piloto estaba en ese momento reunida en el cabrestante y había empezado a virar el cable. Como para demostrar su influencia, nuestro aventurero elevó la voz por encima de las de los marineros, e hizo oír una de esas exclamaciones repentinas y enardecedoras con las que un oficial de marina está acostumbrado a animar a aquellos que están bajo sus ordenes. Su voz era firme, llena de ardor y autoridad. Los marineros se estremecieron como valerosos corceles esperando la señal, y cada, uno de ellos echó una mirada hacia atrás como si hubiesen querido juzgar el talento de su nuevo comandante. Wilder sonrió satisfecho del resultado que había obtenido, y se volvió para pasear por el castillo de popa, donde volvió a encontrar otra vez la mira tranquila, reflexiva, aunque ciertamente asombrada de *misstress Wyllys*.

—Después de su opinión acerca de este barco —le dijo ella con fría ironía—, no esperaba verle ocupando aquí un puesto que lleva consigo tanta responsabilidad.

—Usted probablemente sepa, señora —respondió el joven marino—, que el patrón de este barco ha sufrido un enojoso accidente.

—Lo sabía y he oído decir que se ha encontrado a otro oficial para ocupar por el momento su puesto. Pero si quiere reflexionar, creo que no encontrará nada de extraño en la sorpresa que me ha provocado el ver quién es ese oficial.

—Nuestras conversaciones, señora, quizá le hayan dado una idea poco favorable de mi talento en la profesión; pero le ruego que aleje de su mente toda intranquilidad a este respecto, pues...

—No dudo que tenga usted mucha experiencia en su profesión, ¿podremos gozar de su compañía durante la travesía, o nos abandonara cuando salgamos del puerto?

—Estoy encargado de dirigir el barco durante todo el viaje.

—¿Podemos, pues, esperar que el peligro que ha visto o que ha imaginado ver ha disminuido a sus ojos para que esté tan decidido a exponerse con nosotros?

—Usted no me hace justicia —respondió Wilder con ardor, echando, sin proponérselo, una mirada sobre Gertrudis que escuchaba con una atención grave y profunda—; no hay peligro al que no me exponga voluntariamente para proteger de todo riesgo, a usted y a esta joven señorita.

—Esta joven señorita debe ser sensible a semejante acto de caballerosidad —dijo mistress Wyllys. Abandonando entonces el tono molesto con el que había hablado hasta ese momento para tomar uno más natural y más de acuerdo con su fisonomía, generalmente dulce y pensativa, añadió—: Tiene un abogado poderoso, muchacho, con el deseo inexplicable que demuestro al poder creer en su franqueza, pero mi razón me obliga a condenar ese deseo. Como el barco debe necesitar de sus cuidados, no le retendré por más tiempo. No nos faltarán ocasiones para juzgar el deseo y los medios con que nos servirá.

El ancla había sido levada, y los marineros se ocupaban ya de desplegar las velas. Wilder trabajaba también en esta maniobra con una especie de agitación febril, y repitiendo las órdenes necesarias que daba el piloto, vigilaba él mismo la ejecución inmediata.

A medida que las velas van cayendo una tras otra de las vergas y se despliegan por un complicado mecanismo, el interés que un marino toma siempre por su barco le aparta de cualquier otro sentimiento. Todas las velas estaban ya extendidas, desde las de los masteleros hasta las más bajas; el barco tenía la proa dirigida hacia la salida del puerto y empezaba a moverse.

—¡Barlovento, señor! ¡Atención a barlovento! —gritó el piloto, con voz firme al marino que llevaba el timón—. Nada impide orzar. ¡Por nada del mundo vayáis en dirección del negrero! ¡Relingad un poco! ¡Relingad! ¡No retrocedáis lo más mínimo, o no pasaréis nunca de donde está el negrero! ¡Orzad! ¡Os digo orzad!

—¡El negrero! —murmuró nuestro aventurero apoyándose en una parte de su barco desde donde podía ver totalmente a ese navío tan importante y que le interesaba por una doble razón—; sí, ¡el negrero!, puede ser verdaderamente difícil conseguir el viento junto al negrero.

El barco había pasado entre la pequeña isla y el cabo y se puede decir que estaba fuera del puerto interior. El negrero tomó directamente su ruta, y toda la tripulación lo miraba con un profundo interés, para ver si sería posible pasarle por el lado del viento. Esta medida era deseable, porque un marino se vanagloria de observar el lado honorable de todos los navíos que encuentra, pero sobre todo porque, en la posición que se encontraba el negrero, era la única manera con la que se evitaría el virar antes de que *La Real Carolina* hubiera alcanzado un lugar más apto para esta maniobra.

Wilder se daba cuenta de que se aproximaba un momento muy crítico. Recordó que ignoraba por completo las intenciones del Corsario, y por Ja fuerza, no estando

en servicio, no le hubiera sido difícil atacar a su presa a vista de todos los habitantes del pueblo, y apoderarse de ella sin tener en cuenta sus débiles medios de defensa.

La naturaleza extraña y audaz de tal empresa estaba perfectamente de acuerdo con el carácter del pirata en cuestión, y todo parecía estar dispuesto para defender su capricho.

Con esta idea y considerando la perspectiva de poder terminar tan prontamente su nueva autoridad, caminó hacia el antepecho y trató de adivinar cuál era el plan de sus aliados secretos, según algunas de esas señales que son tan familiares a un marino. Sin embargo no pudo ver en el pretendido negrero ningún signo que anunciara la intención de salir, ni siquiera de cambiar de posición. Reinaba una quietud tan profunda, tan admirable, pero tan pérfida como la que se había notado durante toda esa mañana tan fértil en acontecimientos. Solamente se veía a un hombre entre sus cordajes, mástiles y vergas: era un marinero situado en el extremo de una de las vergas más bajas, y parecía ocupado en hacer una de esas reparaciones que son constantemente tan necesarias en un gran barco. Ese marinero estaba situado en su barco a sotavento, Wilder pensó en seguida que había sido colocado allí para lanzar un garfio a los aparejos de *La Real Carolina* por si era necesario poner en contacto a los dos barcos. Queriendo prevenir un encuentro tan peligroso, decidió al momento hacer fracasar ese proyecto. Llamando al piloto, le dijo que la tentativa de pasar cerca del negrero era de un resultado muy dudoso, y que lo más seguro sería bogar a sotavento.

—No tema, capitán, no tema —respondió el obstinado conductor del barco, tanto más celoso de su autoridad cuanto que ésta sería de corta duración, y que, como el usurpador de un trono, sospechaba del poder legítimo al que había despojado momentáneamente de sus derechos—; no tema, capitán, he navegado por estos parajes más veces que ha atravesado usted el océano, y conozco el nombre de cada roca que por aquí hay, tan bien como el pregonero del pueblo conoce las calles de Newport. ¡Orzad! ¡Os digo que orcéis! ¡Perseguid al viento!, nada impide orzar.

—Ve usted cómo las velas flamean ya, señor —dijo Wilder con voz firme—; si se choca con el negrero, ¿quién pagará las averías?

—Soy un asegurador general —respondió el piloto testarudo—; mi mujer remendará los agujeros que yo ocasione en sus velas con una aguja tan fina como un cabello, y con un dedal como el de un hada.

—Son unas palabras muy bonitas, señor; pero usted pierde ya la dirección del barco, y antes de que termine las fanfarronadas, enganchará en los herrajes del negrero, que le retendrán tan firmemente como los grilletes que lleva un criminal condenado... ¡A toda vela, compañero! ¡De acuerdo, señor!

—Sí, sí, ¡a toda vela! —repitió el piloto que, viendo que la dificultad de pasar del viento aumentaba a cada instante, empezaba a vacilar en su decisión—. ¡Pronto y a toda!, ya os lo he dicho, ¡pronto y a toda! No sé demasiado, capitán, si, según espero el viento nos apresura un poco, nos veremos obligados a pasar a sotavento; pero

estará de acuerdo que en ese caso tendremos que virar de bordo.

—¡Aleje el barco del negrero! —gritó Wilder que empezaba a abandonar el tono de advertencia para tomar el de comandante—; ¡aléjele, señor, mientras que pueda, o por el cielo!...

—Creo que es preciso —dijo el piloto—, ya que el viento nos obliga. ¡Vamos, compañero, cuidado con la popa del barco anclado! ¡Eh! ¡Orza! ¡Orza de nuevo! ¡Coge cada vez el viento más cerca! ¡Levad las velas pequeñas! El negrero tiene un calabrote arrojado precisamente en nuestra ruta. Si hay justicia en las plantaciones, llevaré a ese capitán ante los tribunales.

—¿Qué quiere decir ese bribón? —se preguntó Wilder saltando de prisa sobre un cañón para juzgar mejor el estado de las cosas.

Su lugarteniente le mostró el lado del otro navío que estaba a sotavento, y el joven marino no vio demasiado claramente un cable que fustigaba el agua. La verdad le vino a los ojos en seguida. El Corsario estaba amarrado secretamente por medio de un cable, con el propósito de estar más rápidamente preparado para apuntar sus cañones hacia la batería. Sí, tenía que defenderse, y aprovechaba entonces esta circunstancia para impedir que el barco mercante le pasara a sotavento. Este arreglo causó una gran sorpresa, acompañada de un número razonable de juramentos, entre los oficiales de la *La Real Carolina*, aunque ninguno de ellos tuviera la menor sospecha de la verdadera razón que había hecho colocar un remolque de esta manera y que hacía tender un cable tan torpemente en su ruta. El piloto fue el único de ellos que encontró en este incidente un motivo para alegrarse. Estaba, en efecto, colocado el navío en una posición que le hacía casi tan difícil el paso por un lado del negrero como por el otro, y encontró ahora una excusa para justificarse; si ocurría algún accidente durante la maniobra extremadamente crítica, no habría más remedio que dispensarle.

—Eso es tomarse una libertad muy grande a la entrada de un puerto —murmuró Wilder cuando sus ojos se convencieron del hecho que acabamos de contar—. Es preciso impulsar el navío al viento, piloto; la cosa no tiene remedio.

—Yo me lavo las manos, y pongo por testigo a todos los que están a bordo —respondió el piloto como hombre profundamente ofendido, aunque estuviese interiormente encantado de parecer forzado a la maniobra que había puesto tanta obstinación en querer realizar momentos antes—. Será preciso recurrir a las leyes si se nos daña una plancha o se nos rompe un cabo. ¡Orza! ¡Compañero orza lo más cerca del viento, e intenta una media bordada!



El marino que estaba en el timón obedeció a esta orden, y el barco, sintiendo un nuevo impulso del viento, volvió lentamente su proa hacia el lado de donde aquél soplaba; sus velas se agitaban con un ruido parecido al que produce una bandada de pájaros acuáticos cuando emprenden el vuelo; pero la fuerza del timón se hacía de



nuevo sentir, hizo pronto su abatimiento al igual que antes, derivando por el través sobre el pretendido negrero impulsado por el viento, que parecía haber perdido gran parte de su fuerza en el momento crítico en que le hubiera sido más necesaria.

Un marino comprenderá fácilmente la situación en que se encontraba *La Real Carolina* había sido impulsada tan adelante que iba precisamente dirigida hacia el través del negrero por sotavento, pero demasiado cerca de ese navío como para poder adelantarlo Jo más mínimo, sin un peligro inminente de chocar los dos barcos. El viento no era constante: unas veces soplabo por rachas, otras mostraba una calma absoluta. Cuando el barco sentía la influencia de la brisa, sus grandes mástiles se inclinaban con gracia como para decir adiós; pero cuando a sus velas no llegaba la presión momentánea del viento se balanceaba sin avanzar ni un solo paso. El efecto de cada cambio era, sin embargo aproximarle aún más a su peligroso vecino, y era evidente, incluso para el más joven marino que había a bordo, que un cambio repentino del viento podía hacer que pasara hacia adelante, tanto más cuanto que la marea había cambiado.

Como los oficiales subalternos de *La Real Carolina* no eran muy delicados en la elección de las expresiones, en sus comentarios sobre la torpeza que les había llevado a una situación tan desagradable y mortificante, el piloto trataba de ocultar su despecho por la multiplicidad de órdenes que daba al mismo tiempo, y por el ruido que hacía al darlas. De] ruido pasó pronto a la confusión y finalmente los hombres de la tripulación permanecieron con los brazos cruzados, no sabiendo cuál de las órdenes, a veces contradictorias, que recibían al mismo tiempo, debían obedecer. Por su parte Wilder también había cruzado los suyos y permanecía muy tranquilo, situado cerca de las dos damas que estaban en su borda. Mistress Wyllys, estudiando todas sus miradas con el propósito de poder juzgar, según su expresión, la naturaleza y alcance del riesgo que se corría, si podía haber algún peligro en el choque que parecía que iba a tener lugar inevitablemente entre los dos barcos navegando en un mar totalmente en calma, inmóvil y que a lo más tenía un movimiento casi imperceptible. El aspecto firme y resuelto que notó en la frente del joven marino excitó en ella una inquietud que no hubiera quizá demostrado en circunstancias que no ofrecieran en sí nada que pareciera muy peligroso.

—¿Tenemos que temer algo, señor? —le preguntó el aya tratando de ocultar a su joven compañera la naturaleza de su propia inquietud.

—Ya le dije, señora —respondió Wilder—, que *La Real Carolina* era un barco desgraciado.

Las dos damas vieron la sonrisa amarga con que Wilder dio esta respuesta como de mal augurio, y Gertrudis se apoyó en el brazo de su compañera como en el de una mujer de la que no había sabido en mucho tiempo.

—¿Por qué los marineros del negrero no salen para ayudarnos, para impedir que nos acerquemos más? —preguntó mistress Wyllys con inquietud.

—Hasta ahora no les hemos visto. Pero les veremos, supongo, y antes de que sea

demasiado tarde.

—Por su voz y su aspecto, muchacho, hay que creer que este encuentro será peligroso ¿no es así?

—Estén junto a mí —respondió Wilder con la voz casi ahogada por la forma en que apretaba los labios—. Pase lo que pase, estén lo más cerca de mí que les sea posible.

—¡Levad el palo de cangreja de alivio del lado del viento! —gritó el piloto—. ¡Poned la barca en el mar y haced virar el barco remolcándole! ¡Extraed el ancla de remolque! ¡Bordead el foque! ¡Asegurad la vela mayor!

Los marinos asombrados permanecían como estatuas, sin saber qué hacer, unos mandan a otros hacer esto o aquello, mientras que los demás daban al mismo tiempo órdenes contrarias. Finalmente alguien gritó con voz tranquila, pero firme y potente:

—¡Silencio en el barco!

Estas palabras fueron pronunciadas en ese tono que da a entender que el que habla conserva toda su sangre fría, y que no deja de inspirar a los subordinados parte de la confianza de quien manda. Todos miraron hacia el lugar del barco de donde salió esta voz, como si cada cerebro estuviera dispuesto a escuchar la menor orden que pudiera darse. Wilder estaba subido sobre la cabeza del cabrestante, desde donde podía observar todo lo que pasaba a su alrededor. Una ojeada viva e inteligente le hizo ver perfectamente la situación de su barco, sus ojos estaban fijos con inquietud en el negrero, como si hubiera querido penetrar la páfida tranquilidad que reinaba aún por todas partes en él, para saber hasta qué punto podrían resultar útiles los esfuerzos. Sin embargo se hubiera dicho que este último barco flotaba en el agua como un barco encantado; ni un solo marino se veía entre los abundantes aparejos, excepto el individuo del que ya se ha hablado y que seguía ocupado en el mismo trabajo, igual que si *La Real Carolina* hubiese estado a más de cien millas del lugar donde él se hallaba. Los labios de Wilder se apretaron; ya por amargura, ya por satisfacción; pues una sonrisa de origen muy equívoco se dibujó en su rostro, mientras daba una nueva orden con el mismo tono de autoridad.

—¡Recoja todas las velas!, ¡bracéelo todo para recular hacia proa y hacia popa!

—Sí —repitió el piloto— ¡braceadlo todo para recular!

—¿Hay alguna barca en el mar? —preguntó nuestro aventurero.

—¡Que se arroje a ella ese piloto!

—Es una orden injusta —gritó éste—, prohíbo que se obedezca cualquier otra voz que no sea la mía.

—¡Que se arroje en seguida! —repitió Wilder con firmeza.

En medio del tumulto y agitación que reinaba en tanto se braceaban las velas, la resistencia del piloto apenas se notó. Pronto fue llevado en brazos por dos lugartenientes, y doblados los miembros en diversas contorsiones mientras iba por el aire, fue arrojado a la barca con tan poca ceremonia como si hubiese sido un tronco de madera. La cuerda fue arrojada cerca de él, y el desconcertado guía se entregó con

la mayor indiferencia a sus propias reflexiones.

Durante ese tiempo la orden de Wilder había sido ejecutada. Las vastas telas que poco antes, se agitaban en el aire o se hinchaban hacia delante o hacia detrás, según que flamearan o se llenasen, como se dice en términos técnicos, estrechaban entonces contra sus mástiles respectivos y forzaban al barco a volver a tomar la ruta que había perdido. Esta maniobra exigía la mayor atención y la precisión más escrupulosa en las órdenes; pero el joven comandante encontró todas las miradas dispuestas a cumplir su tarea. Aquí una vela era desplegada; allá otra presentaba al viento una superficie más lisa; en otra parte una vela más ligera era extendida. La voz de Wilder no cesó de oírse, siempre tranquila, siempre con el mismo tono autoritario. El barco incluso, como si hubiera sido un ser con vida, parecía sentir que su destino estaba confiado a unas manos muy distintas y dotadas de mucha más inteligencia que antes. Obedecieron al nuevo impulso que se les comunicaba esta inmensa nube de velas y su enorme bosque de mástiles, de vergas y de aparejos que iban de un lado a otro; del estado de inercia, a que había estado condenado, el barco cedió pesadamente a la presión y comenzó a recular.

Durante el tiempo que fue necesario para sacar del peligro a *La Real Carolina*, la atención de Wilder se repartió entre su propio barco y el que estaba tan próximo, y cuya conducta era inexplicable. Ni un ruido salía de él, y reinaba un silencio parecido al de la muerte. No se veía ni un rostro inquieto ni unos ojos curiosos por ninguna de las numerosas aberturas por donde la tripulación de un barco armado podía echar una mirada al mar. El marino situado sobre la verga continuaba su trabajo como quien no piensa en nada más que en su propia existencia. Había sin embargo en el navío un movimiento lento, aunque casi imperceptible, que, como el de una ballena adormecida, parecía producido por una voluntad indiferente más que por los esfuerzos de la mano de los hombres.

Ni uno solo de estos cambios escapó al examen que hizo Wilder con tanta atención como inteligencia. Vio que, a medida que *La Real Carolina* se retiraba del negrero, le presentaba gradualmente el costado. Las bocas amenazadoras de sus cañones estaban siempre dirigidas hacia el barco mercante, y durante todo el tiempo que estuvieron cerca el uno del otro, no hubo ni un momento en el que el puente de éste no hubiera podido ser barrido por una descarga general de la artillería del primero. A cada una de las órdenes que daba, nuestro aventurero volvía los ojos hacia el navío vecino para ver si él permitía que se ejecutase; no se sintió seguro de que la dirección de *La Real Carolina* le pertenecía hasta que dejó de estar en esta peligrosa proximidad, y, que obedeciendo a la nueva disposición de sus velas, ella hubo hecho su abatimiento en un lugar donde él podía dirigir los movimientos a su gusto.

Al ver que la marea le era favorable, y que había poco viento para refluiría, hizo atar las velas en festones a sus vergas, y dio orden de arrojar el ancla.

## Capítulo trece

*La Real Carolina* estaba entonces anclada a una maroma de distancia del supuesto negrero. Al despedir al piloto, Wilder había cargado con una responsabilidad a la que un marino teme normalmente exponerse; ya que si algún accidente tenía lugar después de abandonar el puerto, se hubiera perdido el seguro del barco, y él incluso podría ser castigado. El éxito de su peligrosa maniobra había animado su fisonomía de tal forma que le daba una impresión de triunfo; y su paso, cuando avanzaba hacia mistress Wyllys y Gertrudis, era el de un hombre dichoso por el sentimiento íntimo de ser recibido en sus funciones con honor en unas circunstancias que exigían talento en la práctica de su profesión. Al menos así fue como la primera de estas dos damas interpretó su mirada animada y su aspecto de satisfacción, aunque la segunda quizás estuviese dispuesta a juzgar esos motivos con más indulgencia. Es posible que las dos ignorasen las ocultas razones que hacían que él se alegrase por haber tenido tan buen resultado.

Cualquiera que fuese. Wilder, tan pronto como vio que *La Real Carolina* se abatía sobre su ancla buscó la ocasión de reanudar una conversación que había sido hasta entonces tan vaga y tantas veces interrumpida. Mistress Wyllys había observado mucho tiempo el barco vecino con mirada atenta, y no dejó de mirarlo hasta que el joven marino estuvo cerca. Ella fue entonces la primera en hablar.

—Ese barco debe tener una tripulación extraordinaria, por no decir insensible —dijo— no sería muy difícil tomarlo por un barco fantasma.

—Es realmente un barco mercante cuyas proporciones son admirables y la dotación perfecta.

—¿Mis temores son infundados, o efectivamente hemos corrido el riesgo de ver a los barcos estrellarse?

—Ha habido ciertamente algunos motivos para temerlo; pero como puede ver estamos a salvo de ese riesgo.

—Hemos de dar las gracias a su talento. El modo en que nos ha sacado de ese peligro tiende a contradecir directamente todo lo que nos predijo sobre los riesgos a que nos íbamos a exponer.

—Sé perfectamente, señora, que mi comportamiento puede interpretarse desfavorablemente, pero...

—Usted no creyó que hubiera mucho mal en divertirse a costa de tres mujeres crédulas —dijo mistress Wyllys sonriendo—. ¡Pues bien!, hasta la presente ha estado jugando con esta distracción, esperemos que estará dispuesto a tener compasión de lo que se suele llamar debilidad natural del espíritu de las mujeres.

Cuando terminó de decir estas palabras miró a Gertrudis, con una expresión que parecía decir que sería cruel jugar más tiempo con los temores de una muchacha tan ingenua. Los ojos de Wilder siguieron a los de la institutriz, y cuando respondió, fue con un tono de sinceridad muy apto para convencer a cuantos pudieran escucharle.

—Le diré, señora, con la veracidad que un hombre de honor debe a su sexo, que persisto aún en creer todo lo que le dije.

—¡Qué!, ¡las ligaduras del bauprés y los masteleros!

—No, no —dijo el joven marino, sonriendo ligeramente, y sonrojándose mucho, eso quizá no sea todo. Sin embargo ni mi madre, ni mi mujer, ni mi hermana hubieran subido con mi consentimiento a bordo de *La Real Carolina*.

—Su mirada, su tono y su aspecto de buena fe están en extraña contradicción con sus palabras, muchacho; pues mientras que su exterior me invita a concederle mi confianza, sus palabras no tienen apenas razón para apoyarla. Quizás, yo debería estar avergonzada de semejante debilidad, y sin embargo, confesaré que la tranquilidad misteriosa que parece reinar a bordo de ese barco, todavía tan cerca de nosotros, ha hecho nacer en mí una especie de malestar inexplicable que puede tener relación con su asunto. ¿Es ciertamente un negrero?

—Realmente es un barco muy hermoso —dijo Gertrudis.

—Muy hermoso —dijo Wilder con tono grave.

—Hay sobre una de sus vergas un hombre que parece prestar a su trabajo mucha atención —prosiguió mistress Wyllys apoyando una mano en su mentón con aire pensativo—. Todo el tiempo que hemos estado en tan gran peligro de ver a los dos barcos chocar, no ha echado ni una sola vez su mirada sobre nosotros, incluso la ha distraído. Nadie le hace compañía, por lo que hemos podido juzgar.

—Quizá sus compañeros duermen —dijo Gertrudis.

—¡Duermen! Los marinos no duermen a tal hora y en un día como éste. Dígame, señor Wilder, ya que usted debe saberlo, que es un marino, ¿es comente que la tripulación de un navío duerma cuando se está cerca de otro barco con el que está a punto de chocar?

—No, ciertamente.

—Es lo que yo pienso; pues no soy totalmente una novata en lo que concierne a su arriesgada profesión, tan valiente, tan noble —continuó el aya apoyándose bastante en esta última palabra—. Pero si hubiéramos chocado con el negrero, ¿cree que su tripulación habría permanecido en su misma apatía?

—No lo creo, señora.

—He oído decir que se ha visto en la costa pabellones portadores de falsos colores, que algunos barcos han sido saqueados y sus tripulaciones y sus pasajeros maltratados. Se cree que el famoso Corsario ha sido el que los ha saqueado en la región del continente perteneciente a España, y que se ha visto no hace mucho en el mar de las Caribes un barco que se cree que es el crucero de dicho pirata.

Wilder no respondió. Parecía esperar lo que iba aún a decir. El aya reflexionó un instante, y añadió:

—Por lo demás, la profesión de negrero es tan despreciable en sí misma; y desgraciadamente tan sólo es probable que sea a eso a lo que se dedique ese barco... Quisiera conocer el motivo de sus singulares afirmaciones, señor Wilder.

—No puedo explicarlas mejor, señora, y si mi forma de decirlas no produce efecto, fracaso totalmente en mis intenciones, que por lo menos son sinceras.

—¿Ha disminuido el peligro por su presencia?

—Es menor, pero siempre existe.

Hasta entonces Gertrudis había escuchado esta conversación como si hubiera sido ajena a ella; pero en ese momento se volvió vivamente, y quizá con un ligero movimiento de impaciencia, hacia Wilder, y le preguntó ruborizándose, con una sonrisa que hubiera arrancado una confesión al hombre más endurecido:

—¿Le está prohibido dar más detalles?

El joven comandante vaciló. Vivos colores cubrieron sus mejillas morenas, y un rayo de placer verdadero brilló en sus ojos. Al fin pareció acordarse de repente de que le debía una respuesta.

—Estoy seguro —dijo— que confiando en la discreción de ustedes no corro ningún riesgo.

—No tenga la menor duda —respondió mistress Wyllys— pase lo que pase, no le traicionaremos nunca.

—¡Traicionarme! Por lo que a mí concierne, señora, tengo poco que temer. Si algo sospecha de mí como para pensar eso, está cometiendo conmigo una gran injusticia.

—Nosotros no sospechamos nada que pueda ser indigno de usted —dijo Gertrudis rápidamente—, pero... estamos bastante intranquilas por nosotras mismas.

—En ese caso les libraré de la inquietud, aunque sea a costa de... de mi vida, señora, pero no de mi honor.

—Gertrudis, ya podemos retirarnos a nuestro camarote —dijo mistress Wyllys fríamente y disgustada por la gran decepción mezclada al resentimiento que le inspiraba la idea de que el joven marino había querido divertirse a costa de ellas. La mirada que le dirigió Gertrudis parecía hacerle un reproche lleno de frialdad, el color que apareció en sus mejillas, y que añadía a la expresión de sus ojos, era aún más vivo que el de su aya, aunque demostrara quizá menos rencor.

Mientras que la tripulación se dedicaba a poner en orden los cordajes y en arreglar el puente, el joven comandante apoyó la cabeza sobre el espejo de popa y permaneció algunos minutos en una actitud de profunda reflexión. Salió de esta meditación a causa de un ruido parecido al de un remo ligero que se hunde en el agua y sale sucesivamente, creyendo ser importunado por alguna visita que viniera de tierra, levantó la cabeza y echó una mirada de disgusto por encima de la borda para ver quién se aproximaba así.

Una pequeña barca, como la que utilizaban generalmente los pescadores en las bahías y en las aguas bajas de América, estaba a menos de diez pies del barco, y en una posición que costaba trabajo verla. No iba en ella nada más que un hombre cuya espalda daba hacia Wilder, y que parecía ocuparse de la labor ordinaria de los propietarios de semejantes barquichuelas.

—¿Trata usted de pescar el pez-timón, amigo, para acercarse tanto al barco? —le preguntó Wilder: según se dice la bahía está llena de otros señores con escamas que irían mejor a sus trabajos.

—Siempre le pagan a uno bien cuando se coge el pescado cebado —respondió el pescador volviendo la cabeza y mostrando el ojo astuto y los rasgos maliciosos del viejo Bob, nombre que se daba al pérfido marino aliado de Wilder.

—Cómo se atreve a presentarse ante mí sobre cinco brazas de agua, después de la jugada indigna que usted me ha...

—¡Silencio!, noble capitán, ¡silencio! —dijo Bob levantando un dedo para calmar la cólera del joven marino—, no es necesario llamar a toda la tripulación al puente para que nos ayude a mantener nuestra corta conversación. ¿Por qué he caído bajo el viento de sus buenos favores, capitán?

—¿Cómo ha ocurrido, bribón? ¿No le he pagado para dar cuenta de tal cosa en este barco a las dos damas que en él se encuentran, que hubieran preferido, como usted mismo ha dicho, pasar la noche en un cementerio que poner un pie en la cubierta?

—Ha influido en parte el azar, capitán; pero no olvide usted la mitad de las condiciones, y yo no olvidaré la otra mitad.

—¿Cómo! ¿Qué parte de mi compromiso he olvidado?

—¿Qué parte? —repitió el supuesto pescador sacando del agua un sedal al que faltaba un objeto no menos importante, el anzuelo—. ¿Qué parte, capitán?, nada menos que la segunda guinea.

—Ella debía ser la recompensa al servicio prestado, y no servir de señal, al igual que la primera guinea, para que se encargara de ello.

—¡Ah!, usted me ayuda a encontrar las palabras que necesito. Me imaginé que eso no era tan fácil, como la primera vez que había sido recibido, y así dejé el asunto a medio hacer.

—¡A medio hacer, miserable! ¡Usted no ha empezado nunca lo que tan enérgicamente me juró que haría!

—Ahora, mi patrón, está usted tan desencaminado como si dirigiera el barco hacia el este para navegar hacia el polo. Yo he cumplido religiosamente la mitad de lo que prometí, y ha de reconocer que tan sólo se me ha pagado la mitad.

—Difícilmente podrá probarme incluso que me ha hecho la mitad.

—Consultemos el diario: yo me he comprometido a subir por la colina hasta la casa de la buena viuda del almirante, y a continuación a hacer en mis opiniones ciertos cambios de los que no es necesario que ahora hable.

—Y eso es lo que no ha hecho; sino por el contrario ha desbaratado mis planes al hablar en un sentido totalmente opuesto a lo que habíamos convenido.

—Es cierto.

—¿Es cierto, bribón? Si la justicia se cumple, se le dará cuenta con una cuerda: es el salario que merece.

—En justicia yo he cumplido más de la mitad de lo que debía hacer, cuando llegué a la presencia de la viuda crédula, y entonces decidí renunciar a la mitad de la recompensa que no me había sido pagada, y aceptar una gratificación por otra parte.

—¡Miserable! —gritó Wilder un poco cegado por el resentimiento; ni siquiera su edad le pondrá a salvo del castigo que merece—. ¡Eh!, ¡los de proa!, que se eche una chalupa al mar, y que se traiga a ese viejo infame a bordo del barco; no os acobardéis por sus gritos: tengo que saldar una cuenta con él, y no será posible sin un poco de ruido.

El lugarteniente a quien esta orden se dirigía y que respondió a la llamada saltó sobre el barandal para ver la barca a la que debía perseguir. En menos de un minuto estuvo en la chalupa con cuatro marineros, y a continuación dio la vuelta a la proa del barco para pasar al costado en que se hallaba la barca. Bob tan sólo dio dos o tres remadas, y envió su barquichuela a veinte o treinta brazas donde se detuvo riendo a carcajadas. Sin embargo, apenas vio la chalupa, se entregó seriamente al trabajo, puso en juego sus dos brazos vigorosos, y convenció pronto a sus espectadores de que no sería sin dificultad como se apoderarían de su persona.

Durante unos instantes no se supo demasiado bien hacia qué lugar el fugitivo se proponía ir, ya que engañaba completamente a los que le perseguían burlándose con cambios tan ligeros como hábiles; pero pronto, ya por que creyera que se estaban divirtiendo a su costa, ya sea que quizá temió agotar sus fuerzas de las que hacía uso con tanta destreza como vigor, siguió una línea totalmente recta dirigiéndose hacia donde estaba el Corsario.

La persecución fue entonces calurosa y seria, sin embargo la chalupa, aunque siempre a poca distancia de sus perseguidores empezó a ganar terreno a medida que vencía gradualmente la resistencia del agua; pero al cabo de algunos minutos la barca pasó rápidamente bajo la popa del otro navío, y poniéndose en línea recta entre ella y *La Real Carolina*, desapareció a la vista de todos. La chalupa que le perseguía no tardó en tomar la misma dirección. Pocos minutos después, se vio a la chalupa regresar del lado de *La Real Carolina*, moderada su marcha, lo que anunciaba que la persecución no había tenido éxito. Toda la tripulación se puso al mismo lado del navío, a fin de saber cómo había terminado esta aventura, y el ruido que había, incluso hizo salir a las dos damas de su camarote y las llevó a cubierta. El oficial saltó al puente sin decir una sola palabra, y corrió junto a su comandante.

—La barca era demasiado ligera para la chalupa, señor Nighthead, —dijo Wilder con voz tranquila al ver aproximarse al oficial.

—¡Demasiado ligera, señor! —¿Conoce usted al hombre que remaba?

—No muy bien, sé solamente que es un bribón.

—Debe merecer ese nombre, puesto que es de la familia del diablo. En primer lugar, aunque el bribón sea viejo y su cabeza esté cubierta de canas, hacía bogar su barca como si hubiera flotado en el aire. Después estuvimos detrás nada más que un minuto o dos a lo más, y sin embargo cuando llegamos al otro lado del negrero,



hombre y barca, todo, había desaparecido.

—¡Pues bien!, que el bribón se escape. Señor Earing, parece que hay una brisa que viene del mar; despleguemos de nuevo las velas de gavia a fin de estar preparados para recibirla. Me encantaría si pudiéramos ver el ocaso del sol en el mar.

Los dos lugartenientes y toda la tripulación se dedicaron apresuradamente a la tarea. Wilder, durante este tiempo, se dirigió hacia mistress Wyllys que había oído su corta conversación con el lugarteniente.

—Usted ve, señora, —le dijo, que nuestro viaje no comienza sin algunos presagios.

—Cuando me dice, con ese aire de singular sinceridad que posee algunas veces, joven inexplicable, —le respondió ella—, que cometemos una imprudencia confiándonos al océano en este barco, casi me inclino a dar fe a sus palabras; pero cuando recurre al argumento de la brujería para apoyar su advertencia, lo único que hace es que me confirma en la determinación de hacer este viaje.

—¡Todos al cabrestante! —gritó Wilder en un tono que parecía decir a sus compañeras: «Puesto que estáis decididas, la ocasión de mostrar vuestra decisión no os faltará.»— ¡Todos al cabrestante! Hay que tratar de aprovechar la brisa que empieza a sentirse, y llevar el barco mar adentro que aún es de día.

El sonido de los espeques se unió al canto de los marineros. Entonces comenzó el trabajo penoso de levar el pesado ancla del fondo del mar, y pocos minutos después se halló libre de los hierros que le sujetaban a tierra.

No tardó en llegar un buen viento del lado del mar cargado de la humedad salina de este elemento.

El ancla estaba en su sitio, el barco se puso en movimiento, desplegadas las altas velas, habían caído las más bajas, y la proa de *La Real Carolina* cubría de espumas las olas al cortarlas antes de que hubieran transcurrido diez minutos.

—Pase a sotavento del negrero —dijo Wilder al marino que estaba en el timón; y entonces el joven capitán fue a apoyarse sobre el brazal del viento como todos los que no tenían nada que hacer a bordo en ese momento, para observar el barco al que se aproximaban tan rápidamente. Ninguna figura humana, ningún ojo curioso se veía sobre su borda. El paso, como puede imaginarse, fue rápido y durante el poco tiempo en que las proas y las popas de los dos barcos se encontraron casi en línea paralela, Wilder pensó que se efectuaría sin que el supuesto negrero diera la más ligera señal de atención. Sin embargo se equivocó. Un hombre ágil y activo que llevaba el uniforme de marino se subió sobre el espejo de popa, y agitó al aire un gorro de marino, como para saludar. En el momento en que el viento hizo flotar la cabellera de este individuo, Wilder reconoció los ojos vivos y penetrantes y los rasgos del Corsario.

—¿Cree que el viento se mantendrá de ese lado, señor? —dijo éste hablando muy alto.

—Es demasiado vivo para ser constante.

—Un marino prudente se apresuraría a avanzar hacia el este mientras fuera necesario, pues me parece que huele un poco a las Indias Occidentales.

—¿Cree que volverá más al sur?

—Lo creo. Pero una bolina durante la noche sería suficiente.

*La Real Carolina* había pasado ya, y orzaba entonces frente a la proa del negrero para tomar su ruta. El marino que estaba en el espejo de popa de este último navío agitó nuevamente su gorro en señal de adiós, y desapareció.

—¿Es posible que tal hombre haga un tráfico de seres humanos? —dijo Gertrudis cuando los dos interlocutores cesaron de hablar.

Al no recibir respuesta se volvió con vivacidad para mirar a su compañera. La institutriz estaba sumida en una especie de abstracción, sus ojos fijos en el vacío. Gertrudis cogiéndola de la mano le repitió la pregunta, mistress Wyllys volvió en sí, y pasando la mano por su frente le respondió con indiferencia y con una sonrisa forzada:

—El encuentro con un navío o la vista de alguna maniobra naval, querida mía, siempre me trae antiguos recuerdos. Pero ciertamente ese individuo que he visto a bordo del negrero es un tipo muy raro.

—¡Para un mercader de esclavos!, ¡rarísimo! —dijo Gertrudis.

Mistress Wyllys apoyó un instante la cabeza en su mano, y se volvió a continuación para buscar a Wilder.

—Dígame, muchacho —le dijo—, ¿ese individuo es el comandante del negrero?

—Sí, señora.

—¿Le conoce usted?

—Nos hemos visto alguna vez.

—¿Y cuál es su nombre?

—El patrón de ese navío No sé otro.

—Gertrudis, permaneceremos en nuestro camarote. Cuando perdamos la tierra de vista, señor Wilder, tenga la bondad de hacérselo saber.

Wilder se lo prometió, y las damas abandonaron la cubierta. *La Real Carolina*, según parecía, pronto estaría en alta mar. Para proseguir y acelerar la marcha del navío, el joven capitán dio las órdenes oportunas. Por lo menos cien veces levantó los ojos atentamente hacia las velas de su barco, ordenando ya que las apretasen aún más contra la verga, ya que las extendieran a lo largo de su mástil.

El efecto de tantos cuidados unidos a tanto ingenio fue conseguir que *La Real Carolina* navegase por el océano con una rapidez que jamás había conseguido o, a lo más, que raramente alcanzó alguna otra vez. Poco tiempo pasó para que la tierra dejara de verse por los dos lados; y tan sólo se podía ver por detrás, desde donde se divisaban todavía las islas con un colorido azulado, y con un largo horizonte oscuro al norte y al oeste. Las dos damas fueron avisadas para que pudieran decir adiós a la tierra. Cuando el día iba a desaparecer, y en el momento en que las islas estaban a punto de ocultarse por las olas, Wilder subió a una de las vergas más elevadas,

llevando en las manos unos anteojos. Sus miradas se dirigieron durante mucho tiempo atentamente hacia la bahía que acababan de abandonar. Pero cuando descendió, tenía la mirada más tranquila y estaba más calmado. La sonrisa del éxito afloraba a sus labios, y dio sus órdenes con precisión, jovialidad y coraje. Fueron ejecutadas con prontitud. Los marineros más viejos, señalaban las olas que iban cortando, juraban que nunca habían visto a *La Real Carolina* navegar con tanta rapidez. Los lugartenientes observaron la corredera, e hicieron un signo de satisfacción cuando uno de ellos comunicó a otro la velocidad extraordinaria del barco. En una palabra el regocijo y la alegría reinaban a bordo, pues se pensaba que una travesía comenzada bajo tales auspicios llegaría a su fin pronto y felizmente.

## Capítulo catorce

Durante las primeras horas de la noche no hubo ningún nuevo acontecimiento. Wilder estaba reunido con las dos damas con ese aire de satisfacción y de alegría que todo oficial de marina está más o menos habituado a mostrar cuando ha desembarcado a su barco de los peligros que ocasiona la proximidad de la tierra. No hizo ninguna alusión a los riesgos de la travesía, sino que se esforzó, por el contrario en borrar de su mente todo recuerdo de lo que había ocurrido. Cualquiera que hubiera ignorado las conversaciones que habían tenido lugar entre ellos, hubiese creído ver en la pequeña compañía reunida para la cena a un grupo de viajeros satisfechos y confiados.

Sin embargo la institutriz oía las ocurrencias del joven marino con una sonrisa de indulgencia, y al mismo tiempo melancólica, como si el buen humor del muchacho, influido por una marca realmente náutica, hubiera desplazado hacia el pasado a su imaginación unas imágenes que le eran familiares, pero que propagaban la tristeza. Gertrudis saboreaba un placer más puro: pensaba en su hogar, cerca de un padre querido e indulgente; y a medida que el barco cedía a un nuevo impulso del viento, le parecía que una de esas largas millas que le habían separado tanto tiempo le hacía ser más querido aún. Una hora de conversación familiar en un barco hace a veces más por derretir el hielo exterior con que la gente envuelve los más dulces sentimientos de la naturaleza humana, que semanas enteras pasadas en medio de un ceremonial insignificante al que se está sometido en tierra firme.

Acababan de dar las ocho, y la voz ronca que llamaba a los que se habían dormido en el puente se dejaba oír para que los invitados se dieran cuenta de que ya era tarde.

—Es la hora de hacer mi ronda —dijo Wilder sonriendo, al notar que esos extraños sonidos habían hecho estremecer a Gertrudis—. Ahora es preciso que vaya a cumplir mi última obligación de la jornada. ¿Queréis venir a ver si la noche promete ser favorable? Una dama que tiene gusto y disposiciones para la marina no debe acostarse sin haber dado su opinión sobre el tiempo.

La institutriz aceptó el brazo que él le ofrecía, y subieron la escalera en silencio. Seguidos por Gertrudis, al llegar al puente, se pusieron al lado donde soplaba el viento sobre el castillo de popa.

La noche estaba cubierta de nieblas sin ser totalmente oscura. La luna llena acababa de salir con todo su resplandor, pero seguía su camino en el cielo tras una masa de oscuras nubes demasiado espesas para que sus rayos pudiesen atravesarlas. Entre éstas y aquéllas, un débil reflejo se abría paso a través de las nieblas menos densas y caía sobre las aguas a las que iluminaba como una bujía encendida a lo lejos.

Gertrudis se estremeció al llegar al puente y murmuró una expresión de extraño placer. Cuando su primer síntoma de entusiasmo se calmó, exclamó con tono de admiración:

—Un espectáculo así compensa un mes de encarcelamiento en un barco. Debe

encontrar vivos goces en tales escenas, señor Wilder, y deben serle muy familiares.

—Sin duda, sin duda; en ellas se encuentra extraordinario placer. Preferiría que el viento hubiese variado un punto o dos. No me gusta el cielo cubierto de nubes, ni esa brisa tan perezosa que viene del este.

—El barco avanza muy rápido —dijo mistress Wyllys con voz tranquila—, si continuamos con esta velocidad, parece que tendremos una travesía corta y feliz.

—Indudablemente —dijo Wilder como si no se diera cuenta de que en ese momento se hallaba con unas damas—; es muy probable, es cierto. Señor Earing, recoge demasiado aire esa vela. Pliegue las velas de los masteleros, y recoja las otras más próximas. Si se mantiene el viento del este desviándose hacia el sur, podemos procurar acodillarnos completamente en alta mar.

El lugarteniente respondió de la manera rápida y sumisa en que los marinos hablan a sus jefes, y después de examinar unos instantes las señales que daba el tiempo, mandó ejecutar en seguida la orden que acababa de recibir. Mientras que los marinos estaban en las vergas, ocupados en plegar las velas pequeñas, las dos damas se pusieron aparte para dejar al joven comandante que cumpliera libremente con su deber sin ser interrumpido.

Sus ojos seguían la dirección del viento que, sin ser un huracán, castigaba las velas con rachas fuertes y violentas. Después de un examen largo y atento, el joven marino se puso a caminar por el puente dando grandes pasos. De vez en cuando hacía una pausa corta y repentina, y fijaba también sus ojos hacia el lugar de donde venía el viento después de haber atravesado la inmensidad de los mares, como si temiera una tempestad, como si deseara que sus agudas miradas pudiesen penetrar en la oscuridad de la noche para sacarle de una penosa duda. Finalmente se detuvo en una de esas vueltas rápidas que hacía cada vez que llegaba a uno de los extremos de su corto paseo. Mistress Wyllys y Gertrudis estaban en ese momento cerca de él, y pudieron darse cuenta de que había en sus rasgos algo que anunciaba inquietud, mientras que sus ojos se fijaban súbitamente en un punto alejado del océano.

—¿En qué están fijos sus ojos con tanta atención? —le preguntó la institutriz.

Wilder levantó el brazo lentamente, y fue a señalar con el dedo algo, cuando volvió a bajarlo de golpe.

—Era una ilusión —dijo volviéndose rápidamente, y andando por el puente aún con más rapidez que antes.

—No vemos nada —dijo Gertrudis cuando Wilder se detuvo de nuevo cerca de ellas, y fijó también los ojos, al parecer, en el vacío.

—¡Miren! —respondió guiando sus miradas con el dedo— ¿no ven nada, allá?

—Nada.

—Miren en el mar; allá precisamente en el horizonte; el largo de ese rayo luminoso, cargado de vapores, en el que las olas se levantan como pequeñas montañas sobre la tierra. ¡Miren!, están bajando; mis ojos no se han equivocado: ¡cielos, es un barco!

—¡Una vela, eh! —gritó desde lo alto de un mástil una voz que retumbó a los oídos de nuestro aventurero como un graznido de un espíritu siniestro atravesando la inmensidad de los mares.

—¿Por dónde? —respondió él rápidamente.

—A sotavento, señor —contestó el marinero gritando con todas sus fuerzas—. Creo que es un barco, sin embargo hace una hora me parecía más una nube que un barco.

—Sí, tiene razón —murmuró Wilder—, y sin embargo es muy extraño que se halle un barco en estos parajes.

—¿Y por qué es extraño que lo veamos por aquí?

—¡Hum!, quisiera que estuviese aún más lejos: quisiera que ese barco estuviera en cualquier otra parte.

—¿Y por qué? ¿Tiene motivos para pensar que un enemigo nos aguarda en este lugar?

—No, pero no me agrada la situación. ¡Ojalá navegue hacia el norte!

—Debe ser algún barco del puerto de Nueva York que regresa de las islas de Su Majestad en el mar de las Caribes.

—No —dijo Wilder moviendo la cabeza—; ningún barco que saliese de Neversin hubiera podido avanzar tanto en alta mar con un viento como éste.

Wilder llamó al oficial de guardia, y habló con él durante algún tiempo. El marino que ocupaba el segundo puesto en el barco, valiente oficial, pero que no tenía un espíritu muy sutil, no vio nada notable en la presencia de una vela en el lugar donde el navío desconocido presentaba aún una imagen confusa y poco clara. No se atrevió a pronunciar que pudiera tratarse de algún barco mercante que hiciera un comercio lícito con las Carolinas.

—¿No es raro que se encuentre precisamente en este lugar? —preguntó Wilder después de examinar alternativamente con atención ese objeto casi imperceptible, con la ayuda de unos anteojos.

—Sería más ancho —respondió el lugarteniente que juzgaba las cosas al pie de la letra, y cuyos ojos no veían nada más que la situación náutica del barco desconocido—, y estaríamos mejor si estuviéramos a una docena de leguas más al este.

Wilder le interrumpió.

—Pero ¿no ve que está en donde ningún barco estaría ni podría estar si hubiera seguido precisamente la misma ruta que nosotros? Ningún barco que haya salido de un puerto al sur de Nueva York podría estar tan avanzado al norte por el viento que hace. Ningún barco que venga de la colonia de York corre ese riesgo si navega hacia el este, y no se encontraría en este lugar si se dirigiera hacia el sur.

El honrado lugarteniente comprendió en seguida este razonamiento. No tardó en reconocer la justicia de las observaciones de su comandante, y entonces el asombro comenzó a apoderarse de sus facultades.

—Es realmente algo sobrenatural ver allí ese barco —dijo moviendo la cabeza—,

sin embargo es un barco, nada es más cierto.

—No hay la menor duda, pero está extrañamente situado.

—Yo doblé el cabo de Buena Esperanza en el año 1746, y vi un barco que llevaba nuestra misma dirección. Sin embargo durante toda una hora creímos por el azimut que no bogó ni un solo grado a babor o a estribor; lo que, haciendo mal tiempo, estaba, por no decir demasiado, un poco fuera de lo que habría sido normal.

—Eso era muy raro —dijo Wilder como distraído.

—Hay marineros que dicen que *El Volatinero Holandés* navegaba a la altura de ese cabo, y que parecía algunas veces como si llevara el mismo rumbo de otro barco, y que navegaba tras él como barco que quiere abordarlo. Más de un crucero del rey, se dice, ha sacado a toda su tripulación de un tranquilo sueño cuando los vigías anunciaban que veían a un barco de dos puentes aproximarse en la noche, con las aspilleras abiertas y las baterías preparadas. Sin embargo este barco no puede ser como *El Holandés*, ya que a lo más es una balandra de guerra, si no es un crucero.

—No, no —dijo Wilder—, éste no puede ser *El Holandés*.

—Ese barco no tiene ni una luz y se confunde tanto con las nieblas que salen del mar que se podría dudar de que sea un barco. Además *El Holandés* se muestra siempre contra el viento, y ese navío que vemos está exactamente en nuestra dirección.

—No es *El Holandés* —repitió Wilder respirando hondamente como quien despierta de un profundo sueño—. ¡Ah!, ¡barras transversales de la gavia mayor!

El marinero que estaba situado en lo alto del mástil respondió a esta llamada en la forma acostumbrada, y la corta conversación que siguió se compuso de gritos más que de palabras.

—¿Hace mucho que vio esa vela? —preguntó Wilder.

—Acabo de subir aquí, señor; pero el que he sustituido me ha dicho que la había visto hace más de una hora.

—Señor Earing —dijo Wilder—, dispararemos al navío una descarga, y navegaremos hacia el este, mientras esté la tierra tan lejos de nosotros. Esta maniobra nos llevará hacia Hatteras. Los nuestros apenas se han ido a las literas; hágalos levantar en seguida, señor, antes de que estén adormilados, y pondremos proa hacia el otro lado.

El lugarteniente dio la voz bien conocida que llamaba al vigilante en el puente para ir a ayudar a sus compañeros. Ninguna demora hubo y nada se dijo a no ser las órdenes que Wilder creyó oportunas dar brevemente y con voz autoritaria. Ya no eran empujados contra el viento; el barco, obedeciendo al timón, empezó a apartar su proa de las olas y recibir el viento de través. Poco después los grandes mástiles comenzaron a inclinarse de nuevo hacia el oeste, y el barco yendo a favor del viento renovó sus esfuerzos y soportó el choque de las olas con tanta fuerza como antes.

Cuando todas las vergas y todas las velas estuvieron puestas en orden como exigía la nueva posición de] barco, Wilder se volvió con apresuramiento tratando de

ver al otro barco: perdió un minuto en asegurarse del lugar preciso en que debía encontrarlo, ya que en tal caos de agua y sin otro guía que el juicio, la vista podía fácilmente equivocarse consultando los objetos más próximos y más familiares de los que estaba rodeado.

—El barco ha desaparecido —dijo Earing con una voz en cuyo fono se manifestaba el coraje y la desconfianza de forma singular al mismo tiempo.

—Debería estar a este lado, pero confieso que no lo veo.

—Sí, sí señor; así es, se dice, que el crucero nocturno del cabo de Buena Esperanza aparecía y desaparecía. Hay gente que han visto ese barco rodeado de nieblas, en una hermosa noche tan estrellada como nunca se ha visto en las latitudes meridionales. Sin embargo ese barco no puede ser *El Holandés*; está muy lejos el cabo de Buena Esperanza de las costas septentrionales de América.

—¡Ahí esta! —gritó Wilder— ¡por el cielo!, ¡ha virado ya de bordo!

Ese hecho pareció producir una fuerte impresión a toda la tripulación.

—¡Realmente ese barco ha virado de bordo! —dijo Earing después de una larga pausa dedicada a las reflexiones, y con una voz de la que la desconfianza o un miedo supersticioso empezaba a apoderarse cada vez más—; he navegado mucho tiempo por el mar, pero nunca he visto un navío virar de esa manera contra un mar que bate su proa.

—Señor Earing —dijo Wilder—, desplegaremos todas las velas de *La Real Carolina* competiremos en velocidad con ese navío insolente. Sujete con las amuras los puños de la vela mayor y despliegue las de los masteleros.

El lugarteniente repitió las órdenes necesarias tan pronto como se las habían dado. Los marineros, que ya habían empezado a ver el navío desconocido y a hablar entre ellos de su situación y de sus maniobras, obedecieron con un apresuramiento que podía atribuirse a un deseo secreto, pero general, de alejarse. Las velas fueron a continuación y con rapidez desplegadas, y después cada uno cruzo los brazos y fijo los ojos atentamente sobre el objeto o mejor sobre la sombra que se veía a sotavento, para ver qué efecto produciría la maniobra que acaba de realizar.

*La Real Carolina* parecía, al igual que su tripulación, reconocer la necesidad de aumentar la velocidad. Desde que se sintió la presión de las grandes velas que acababan de ser desplegadas, se ladeó todavía más, y pareció inclinarse sobre el lecho de agua que se elevaba hacia el lado del viento hasta casi sus imbornales. Por otro lado, varios pies de sus planchas negras y de las grabadas en cobre pulido estaban al descubierto, aunque a veces bañadas por las olas verdeas y enfurecidas que pasaban un toda su longitud, y que estaban coronadas siempre con una cresta de espuma resplandeciente. Mientras luchaba así contra las olas, los choques eran cada vez más violentos, y cada encuentro con el agua, al salir, formaba una nube de vapores brillantes que volvía a caer sobre el puente, que era transportada a través de las olas como una niebla, muy lejos a sotavento.

Wilder siguió mucho tiempo los movimientos del navío con aspecto de agitación,



pero con toda la inteligencia de un buen marino. Una o dos veces, cuando le vio temblar después de un choque violento contra una ola, y parecía detenerse también súbitamente como si hubiera chocado contra una roca, sus labios se entreabrieron como para dar la orden de disminuir el número de velas; pero una mirada echada sobre el objeto, casi imperceptible, que veía siempre en el horizonte occidental le hizo volver a su primera determinación.

—Ese mástil de gavia está plegado como una vara —dijo con voz intranquila Earing que estaba al lado de su comandante.

—¿Que importa? Tenemos mástiles de recambio para sustituirlo.

—Siempre he visto a *La Real Carolina* hacer vías de agua cuando es hostigada al ir contra la marea.

—Tenemos bombas.

—Sin duda, señor; pero según mi humilde opinión es inútil querer ganar velocidad a un barco que gobierna el diablo, si no hace él mismo toda la maniobra.

Aunque las olas que *La Real Carolina* rompía continuamente retardasen considerablemente su marcha, pronto hizo una legua en medio del furioso elemento. Cada vez que se sumergía, su proa dividía una masa de agua que a cada momento era más considerable, y se precipitaba contra ella con más violencia: y en más de una de sus embestidas, el barco, al avanzar, se veía casi sumergido por alguna ola que le era difícil remontar o atravesar.

Los marinos vigilaban de cerca los menores movimientos de su barco; ni un solo hombre abandonó el puente durante horas enteras. El temor supersticioso que de tal forma se había apoderado del estrecho espíritu del primer lugarteniente no tardó en hacer sentir su influencia hasta en el último grumete de la tripulación. Incluso el accidente que había sucedido a su antiguo comandante, y la forma inesperada y misteriosa en que había llegado hasta ellos el joven oficial que se paseaba entonces sobre el castillo de popa con tanta calma y firmeza en unas circunstancias consideradas tan imponentes, contribuían a darles una rara impresión. La impune temeridad con que *La Real Carolina* llevaba todas sus velas en la situación en que se encontraba, les sorprendía más aún; y antes que Wilder hubiera podido resolver en su mente el problema de saber cuál era la velocidad de su barco, en comparación con la del barco que veía tan particularmente situado en el horizonte, incluso él era, para su tripulación objeto de sospechas.

## Capítulo quince

La superstición es una cualidad que parece morar en el océano. Entre la clase ordinaria de las gentes del mar, poco se ve que no pruebe más o menos su influencia.

Existe en la inmensidad de los mares una majestuosidad que tiende a tener abiertas las puertas de esa credulidad fácil que asedia más o menos el espíritu de todos los hombres, de forma que la reflexión ha fortificado su inteligencia. Con el firmamento sobre su cabeza, mientras que está errante por una extensión de mar que no parece tener límites, el marino menos instruido es tentado, a cada paso de su viaje, a buscar para aliviarse el espíritu, algún presagio favorable. El delfín que salta en el agua, la marsopa pasando velozmente cerca del barco, la enorme ballena levantando pesadamente parte de su masa negra, los trinos de los pájaros de mar son, según él, sus consecuencias felices o funestas. La confusión entre las cosas que tienen explicación y las que no la tienen pone gradualmente el espíritu del marino en un estado que hace que se entregue con placer a todo sentimiento exaltado, por la única razón de que toda cosa incomprendible para él parece, por eso mismo, sobrenatural.

Para la tripulación de *La Real Carolina* todos los acontecimientos del día del que hablamos en este momento tendían a dar el alerta a los sentimientos de la secreta superstición de estos marineros. Hemos dicho ya que el accidente ocurrido a su antiguo comandante y la forma en que un extraño sucedía a su autoridad habían influido para aumentar sus disposiciones a la desconfianza. La vela a sotavento parecía muy poco oportuna para la reputación de nuestro aventurero, que no había tenido aún suficientes ocasiones para asegurarse la confianza de su tripulación.

Tan sólo hemos tenido una ocasión de presentar al marino que desempeñaba las funciones de segundo lugarteniente en *La Real Carolina*. Se llamaba Nighthead.

Cuando el barco estuvo bajo la influencia de todas sus velas, y mientras que Wilder, en el deseo de perder de vista el barco tan cercano que le inquietaba, empleó todos los medios posibles para acelerar la marcha a través del oleaje, este marino ignorante y testarudo estaba en un rincón del barco, rodeado de algunos de los marineros más viejos y más experimentados, hablando con ellos de la rara aparición que se veía a sotavento, y de la extraña manera en que el desconocido comandante juzgaba oportuno que debían obrar para probar lo que su propio barco estaba en situación de soportar.

—He oído decir a los más viejos marineros que no están en este barco —dijo él— que se ha visto al diablo enviar uno de sus lugartenientes a bordo de un barco que se dedica a un comercio lícito para conducirlo a los escollos y bancos de arena, a fin de provocar su naufragio.

—Y sin embargo nuestro joven oficial tiene el barco en sus manos —dijo el más viejo de todos los marineros que había tenido los ojos fijos con atención en todo cuanto hizo Wilder—. Lo conduce de una manera extravagante, de acuerdo, pero no obstante aún no ha roto un solo hilo de filástica.

—Sí, y es en esto en lo que consiste toda la brujería del asunto; tiene buen aspecto, de acuerdo; pero no es uno de esos aspectos que gustan a un inglés; hay en él un aire de reflexión que me fastidia, ya que no me gusta demasiado la reflexión en el rostro de un hombre, en vista de que no es siempre fácil saber lo que encierra su alma. Además ese extraño se nombra patrón de este barco.

—¡Pero cómo ha manejado *La Real Carolina* esta mañana!, no he visto nunca a un navío salir bien de un apuro más limpiamente.

Nighthead se puso a reír hacia sus adentros, lo que pareció a sus auditores querer decir muchas cosas.

—Cuando un barco tiene cierta clase de capitán, no debe parecer extraño nada —dijo después de abandonar su significativa risa—. Por lo que a mí respecta, subí a este barco para ir de Bristol a Carolina y a Jamaica, haciendo escala en Newport a la ida y a la vuelta, y me atrevo a decir que no deseo ir a otra parte. En cuanto al hecho de desviar *La Real Carolina* de su mala posición con respecto al negrero, la maniobra ha sido perfecta, demasiado bien para ser un marino tan joven. Aunque la hubiera mandado yo mismo, no la hubiera podido hacer mucho mejor; ¿pero qué pensáis del viejo pescador en la barca, compañeros?, creo que hay pocos lobos de mar que hayan visto en su vida escapar a nadie de una persecución parecida.

—¡Ah!, ¡los de ese lado! —gritó Wilder con voz tranquila, pero imperativa.

Si una voz repentina se hubiese levantado del fondo del océano agitado, no hubiera podido parecer a los oídos de los marinos inquietos más alarmante que esta llamada inesperada. El joven comandante se encontró obligado a repetirla antes de que Nighthead, que según su rango debía naturalmente responderle, hubiera podido armarse de suficiente brío para hacerlo.

—Haga desplegar la vela del pequeño mastelero, señor —dijo Wilder cuando la respuesta acostumbrada le pareció al fin que había sido oída.

El lugarteniente y sus compañeros se miraron por un instante unos a otros con un aire de asombro estúpido, y movieron más de una vez la cabeza con una expresión melancólica antes de que uno de ellos, yendo hacia los aparejos, comenzase a subir para ejecutar la orden que acababa de ser dada.

Había algo realmente en la manera desesperada con que Wilder exponía continuamente al viento todas las velas, que hacía nacer la desconfianza, ya sea por sus intenciones, ya por su juicio, en el espíritu de las gentes supersticiosas de esos a los que el azar quería que mandase entonces. Mucho después, Earing y su compañero, el segundo lugarteniente, más ignorante y por consiguiente más testarudo, habían dicho que su joven comandante deseaba tan sinceramente como ellos escapar al barco semejante a un espectro que seguía tan extrañamente todos sus movimientos. Earing se aproximó a su oficial superior:

—¿Está usted convencido?, capitán Wilder —dijo, dándole el título que los derechos de nuestro aventurero exigían con toda justicia—; ¿realmente está usted convencido de que *La Real Carolina* pueda, por medios humanos, alejarse de ese otro

barco?

—Me temo lo contrario —respondió el joven marino, respirando con un esfuerzo tan prolongado que sus secretos pensamientos parecían luchar en su pecho por salir fuera.

—Y yo, señor, con toda la sumisión que debo a su educación más culta y al rango que usted ocupa en este barco, estoy convencido de lo contrario.

—Coja los anteojos, Earing, y dígame con qué velas navega ese barco y a qué distancia puede estar —dijo Wilder con aire pensativo.

El buen lugarteniente respondió como hombre cuya opinión es suficientemente autorizada:

—Ese barco está provisto de todos sus aparejos, y lleva tres velas de gavia llevando un rizo cogido, las velas bajas, la vela de foque y la del palo de cangreja de alivio.

—¿Y nada más?

—Podría jurarlo, si tuviera los medios de asegurarme, que ese barco es a todas luces parecido a los otros barcos.

—Y sin embargo, Earing, a pesar de todas esas velas desplegadas, no nos hemos alejado ni un pie.

—¡Señor!, señor —respondió el lugarteniente moviendo los hombros como quien está convencido de una locura de semejante tentativa—, ¡aunque raje y destroce la vela mayor por el viento, al hacer que este barco continúe navegando de esta forma, no cambiará la posición relativa de ese otro navío antes de que amanezca!

—¿Y la distancia? —preguntó Wilder—. No me ha dicho aún nada sobre la distancia.

—Me atrevería a decir que está a un par de leguas de nosotros a sotavento, poco más o menos.

—Es precisamente lo que yo había calculado. Seis millas no es una débil ventaja en una persecución sin tregua. Earing, haré volar *La Real Carolina* fuera del agua si es necesario, pero me alejare de ese otro barco.

—Estaría bien si *La Real Carolina* tuviera alas como un chorlito o una gaviota; pero tal como está construida, creo más probable que se sumerja en las aguas.

—Soporta bien las velas hasta el presente. ¿Sabe usted de lo que es capaz cuando se la persigue?

—La he visto navegar con cualquier tiempo que haya hecho, capitán Wilder, pero...

Su boca se cerró de pronto. Una enorme ola negra se levantó entre el barco y el horizonte de oriente, y avanzo, parecía que amenazaba sepultar todo lo que había delante de ella. Wilder incluso oyó el choque con una inquietud que apenas le permitía respirar, notando por el momento que había excedido los límites de la discreción al lanzar a su barco con tan poderoso impulso contra semejante masa de agua, la cual rompió cerca de la popa de *La Real Carolina*, e inundó el puente con un

diluvio de espuma.

El barco se detuvo, crujiendo en todas las juntas de su masa sólidamente unida, comparable a un corcel sobrecogido de espanto y cuando volvió a tomar su marcha, lo hizo con una moderación que parecía advertir de su indiscreción a los que dirigían sus movimientos.

Earing miro a su comandante en silencio, pues sabía perfectamente que nada de lo que pudiera decir contendría un argumento tan poderoso como esa mirada. Los marineros no se atrevieron a gritar su descontento, y se oyó salir entre ellos más de una voz profética para predecir las consecuencias que acontecerían por la locura de tales riesgos. Wilder hizo a los murmullos oídos sordos o insensibles. Firme en sus proyectos secretos, hubiera desafiado los mas grandes peligros para tener éxito. Pero un grito muy distinto, aunque ahogado, que salió de la popa del barco, le recordó los temores de otros individuos. Dando rápidamente la vuelta, se aproximó a Gertrudis todavía temblorosa y a mistress Wyllys, quienes, durante varias largas y penosas horas, sin atreverse a interrumpirle en sus obligaciones, habían seguido sus menores movimientos con el más vivo interés.

—El barco, ha soportado bien este choque, y tengo confianza en conseguir lo que me propongo —les dijo con voz alentadora y utilizando frases apropiadas para inspirarles una ciega seguridad.

—Señor Wilder —respondió el aya—, he visto muchas veces el elemento terrible en el que usted vive. Es: pues, inútil tratar de engañarme. Sé que apresura la marcha del barco más de lo ordinario. ¿Tiene motivos suficientes para justificar esa temeridad?

—Sí, señora, los tengo.

—¿Y deben, al igual que tantos otros de sus motivos, permanecer siempre ocultos en su corazón; y no podemos participar de su conocimiento, nosotras que debemos compartir por igual las consecuencias? ¿Este viento es suficientemente propicio para pasar los peligrosos escollos de Hatteras?

—Lo dudo.

—En ese caso, ¿por qué no regresar al lugar de donde hemos partido?

—¿Lo consentiría usted? —preguntó el joven marinero.

—Estoy dispuesta, señor Wilder, —dijo el aya con voz tranquila—, a abandonar este barco. No le pido explicación por todas sus misteriosas advertencias: llévenos con nuestros amigos de Newport, y no le haré ninguna pregunta más.

—Eso tal vez pueda hacerse —murmuró nuestro aventurero... Es posible: tan sólo serían necesarias a leonas horas bien empicadas con un viento como éste. ¡Señor Earing!

El lugarteniente estuvo al momento junto a él.

—Earing, creo que esta brisa viene muy del sur, y se remueve algo más que ese conjunto de nubes oscuras. Desvíe el barco un par de puntos, o incluso mas, y aligere los aparejos izando a sotavento.

El lugarteniente no tenía necesidad de ninguna explicación; su experiencia era suficiente para saber que el resultado de esta maniobra sería volver a tomar la ruta por la que habían venido, y que era en efecto renunciar al objetivo del viaje.

—Espero que un viejo marino como yo no le ofenderá, capitán si se atreve a darle su opinión sobre el tiempo. Cuando se trata de los intereses de bolsillo de mis armadores, no hago objeción por virar de bordo, pues no me gusta mucho que el viento me haga regresar en vez de ir. Pero orzando un poco a las olas por medio de un par de rizos, el barco navegará en alta mar, y todo lo que ganaríamos por ese lado sería una estupenda ganancia, mientras estamos a la altura de Hatteras. Además ¿quién puede decir que mañana o pasado no vamos a tener una buena racha de viento que venga de América, allá, al noreste?

—¡Desvíe un par de puntos, e ize a sotavento! —repitió Wilder vivamente.

Earing dio en seguida las órdenes oportunas, y fueron ejecutadas; sin embargo esto no se llevó a cabo sin oír a Nighthead y a los más viejos marines murmurar casi en alta voz, y de forma siniestra, contra los cambios repentinos y en apariencia sin ninguna razón que se operaban en la mente del capitán.

Wilder permaneció tan indiferente como antes a todos estos síntomas de descontento. El barco, como un pájaro que ha fatigado sus alas luchando con un huracán, y que dejando de resistir al viento coge un vuelo más fácil, navegaba rápido cortando las olas descendiendo con gracia en los huecos que éstas formaban, mientras que cedía al impulso del viento pues la maniobra que acababa de hacerse le favorecía. Pero el extranjero que estaba encargado de dirigir la ruta dio orden de que también se desplegaran alternativamente varias bonetas. Recibiendo así un nuevo impulso, *La Real Carolina* parecía volar sobre las olas.

Cuando estuvo extendida vela sobre vela, en el momento en que Wilder tuvo que reconocer que *La Real Carolina* no podía correr más, nuestro aventurero miró a su alrededor para ver lo que había logrado con esta prueba. El cambio de ruta del barco mercante de Bristol produjo otro parecido en el rumbo aparente del barco desconocido, que navegaba aun en el horizonte como una débil y casi desapercibida sombra. La infalible brújula decía todavía al vigilante marino que barco mantenía la misma posición relativa que cuando se le había visto por primera vez, y todos los esfuerzos de Wilder parecían que no podrían cambiarla una sola pulgada. Wilder, con los ojos cansados de tanto mirar, tuvo que confesarse a sí mismo que ese extraño navío se veía deslizarse sobre la inmensidad del océano, más como un cuerpo flotando en los aires, que como un barco conducido por los medios ordinarios utilizados por los marinos.

Mientras nuestro aventurero estaba ocupado en los sombríos pensamientos que tales impresiones hacían nacer en su mente, el cielo y el mar empezaron a presentar otro aspecto. El rayo de luz que se había visto tanto tiempo a lo largo del horizonte oriental, como si la cortina del firmamento hubiera sido entreabierta para dejar paso a los vientos, desapareció de pronto: pesadas masas de espesas nubes se reunieron en

ese lado, mientras que inmensos volúmenes de nieblas se acumulaban sobre las aguas y parecían confundirse los dos elementos. Por otro lado, una cortina negra cubría todo el occidente, y la vista se perdía en un largo cinturón de sombría luz.

## Capítulo dieciséis

Nuestro cauteloso aventurero no dejó de pensar en esos siniestros presagios que no acertaba a reconocer. Apenas se le hubo aparecido la atmósfera de nieblas que repentinamente rodeó la misteriosa imagen, tantas veces por él contemplada, cuando se oyeron poderosas y vivas voces del comandante.

—¡En pie! —gritó—, ¡en pie!, ¡cargad todas las velas!, ¡cargadlas todas! —añadió, sin dar tiempo apenas a sus primeras palabras de llegar a los oídos de sus subordinados—. ¡Que se cargue hasta el último trozo, desde proa hasta popa! ¡Todo el mundo a la carga de las gavias, señor Earing, que se carguen las gavias! ¡A la maniobra por todas partes!, ¡ánimo, amigos míos, al trabajo!

Era un lenguaje al que la tripulación de *La Real Carolina* estaba acostumbrada, y que fue muy bien recibido, ya que no había un solo marinero que se imaginara que el desconocido comandante se ocupara de la seguridad del barco. Las velas, que parecían ligeras nubes en medio de un cielo sombrío y amenazador, flotaron pronto al azar bajando de sus elevadas posiciones; y el barco se vio reducido al impulso de sus aparejos más seguros y pesados. El océano incluso parecía conocedor de que un cambio rápido y violento se aproximaba. El oleaje había dejado de romperse en brillantes y espumosas olas; se veían negras masas de agua que elevaban sus crestas amenazadoras en el horizonte oriental, despidiendo como brillantes chispas, o envueltas en una atmósfera transparente. La brisa que había sido tan fresca hasta ahora, y que incluso sopló con una potencia casi igual a la de un ligero torbellino, llegaba incierta y parecía encadenada por la fuerza más poderosa que se acumulaba en las playas del continente vecino. A cada instante el viento del este perdía intensidad y se hacía más débil, hasta que poco tiempo después, se oían las pesadas velas golpear contra los mástiles: una calma espantosa y siniestra siguió. En ese momento, una luz repentina surcaba el mar, iluminó la horrible oscuridad del océano, y un ruido parecido a un trueno retumbó a lo lejos sobre las aguas.

Los marineros se miraron unos a otros y quedaron asustados como si hubieran recibido del cielo una advertencia de lo que iba a suceder.

Entonces Wilder dio una o dos vueltas sobre la tilla, sin cesar de dirigir sus ojos de un extremo del cielo a otro, los paseaba ya sobre las aguas negras y adormecidas en las que navegaba el barco, ya sobre las velas; bien sobre la tripulación silenciosa y en profunda atención, bien sobre las sombras de las cuerdas que flotaban por encima de su cabeza, como pinceles que trazaban sus contornos fantásticos en las nubes espesas que aparecían allá arriba.

—Poned en cuadro las vergas de atrás —dijo una voz que se dejó oír por todos los que estaban en la tilla, aunque no fue pronunciada mucho más alta de lo normal. El crujido de la madera, mientras que las entenas avanzaban lentamente y con pesadez hacia la posición indicada, unido al carácter imponente de esta escena, resonaba en los oídos de los marineros como lúgubres pronósticos—. ¡Poned las



velas bajas en sus cargas! —añadió Wilder después de un corto intervalo de reflexión, y con esa peculiar tranquilidad tan apropiada para impresionar. Entonces dando otra ojeada al horizonte amenazador gritó:

—¡Aferradlas! Aferradlas, aferradlas las dos a la vez; vamos subid, arriba con las manos —continuó elevando cada vez más la voz—, ¡aferradlas! ¡Vamos, coraje, muchachos, coraje!

Los dóciles marineros se dejaban dirigir por la voz de su comandante. Al momento hubo unos veinte marineros en los aparejos agarrados a ellos como monos, y, un minuto después de anular el impulso de las vastas y enormes telas, se les vio atándolas una vez enrolladas con fuerza a sus entenas respectivas. Los marinos descendieron tan rápidamente como habían subido, y hubo de nuevo un espacio de sombrío silencio.

—Hace una noche terrible, capitán Wilder —dijo Earing otorgándose, en virtud de su categoría, el derecho de hablar el primero.

—Sí —continuó Nighthead con voz ronca que resonaba fuertemente—, sí, esto no es una bagatela que invita a una gente que no mencionaré para salir al mar en una noche como ésta.

—Señores —dijo Wilder haciendo hincapié en esta palabra con un énfasis especial y quizás irónico—, ¿qué queréis? No hay ni un soplo de aire, y el barco está desguarnecido de las velas a los masteleros.

Hubiera sido difícil a uno u a otro de los dos descontentos responder de una forma satisfactoria a esta pregunta; los dos eran víctimas de los temores sobrenaturales y supersticiosos que se veían poderosamente reforzados por el aspecto más real y más sensible de la noche.

—¡Mirad lo que se aproxima! —gritó Wilder. Entonces, volviéndose hacia la tripulación silenciosa y atenta, continuó con voz terrible y enérgica—: ¡Halad la verga de proa!, ¡halad, amigos míos, fuerte y firme!

Esfuerzos de nervios y músculos se realizaron para cumplir estas órdenes, con el objeto de estar preparados para recibir la tempestad que se aproximaba. En efecto, no había tiempo que perder, todos los brazos eran necesarios para llevar a cabo algún trabajo. La niebla transparente y de aspecto siniestro que en un cuarto de hora se había acumulado al noroeste se abatía ahora hacia ellos con la rapidez de un caballo que se lanza al ruedo. Entonces se oyó un ruido violento y terrible que retumbaba en el océano, cuya superficie, primeramente agitada, se rizó en seguida y acabó por cubrirse de una brillante espuma muy blanca. Poco después, la furia del viento se desencadenó contra la masa pesada e inerte del barco mercante. Al aproximarse la borrasca, Wilder aprovechó la débil ocasión que le ofrecían las variaciones del aire, para poner, lo antes que le fuera posible, el barco a favor del viento. Pero el perezoso barco no respondió ni a las voces de su impaciencia, ni a las necesidades del momento. Su proa abandonó lenta y pesadamente la dirección del norte, dejándole precisamente de forma que recibiría el primer choque en su costado descubierto.

Afortunadamente para todos los que habían arriesgado su vida en este barco sin defensa, no les estaba destinado recibir ni un solo rasguño por la violencia de la tempestad. Las velas trepidaron sobre sus voluminosas vergas, hinchándose y cayendo alternativamente durante un minuto, y entonces el huracán se arrojó sobre ellas con una impetuosidad terrible. *La Real Carolina* recibió valerosamente el choque; pareció ceder un instante a su violencia, hasta el punto que se la veía echada de costado sobre el furioso mar; después, como si sintiera el peligro que corría, volvió a levantar sus mástiles inclinados, esforzándose en abrirse paso a través de las aguas.

—¡El timón al viento!, ¡el timón al viento! —gritó Wilder en medio del estrépito de la tempestad. El viejo marino que se hallaba al timón obedeció a esta orden con decisión; pero en vano, tenía los ojos fijos en las velas de proa, para ver la forma en que el barco se prestaría a sus esfuerzos. Dos veces los grandes mástiles se inclinaron hacia el horizonte y dos veces se volvieron a levantar graciosamente en los aires; después cedieron al irresistible impulso del viento y el barco quedó tumbado en el agua—. ¡Cuidado!, —dijo Wilder agarrando por el brazo a Earing desesperado que se precipitaba por el extremo de la tilla—; es el momento de demostrar sangre fría: corra a buscar un hacha. —Tan pronto como lo pensó, dio esta orden; el lugarteniente obedeció, y se dirigió hacia el mástil de mesana para realizarlo con sus propias manos; el comandante iba detrás de él—. ¿Es necesario cortarlo? —preguntó con el brazo levantado y con voz firme y segura que redimía con mucho el momento de debilidad que poco antes había mostrado.

—¡Espere! ¿El barco obedece al timón?

—Ni lo más mínimo.

—Entonces corte —añadió Wilder con voz tranquila y sonora.

Un simple golpe fue suficiente para efectuar la operación. Estirado tanto como le era posible por el gran peso que mantenía, tan pronto como fueron cortados los rizos mantenidos por Earing, todas las otras velas cedieron a continuación, dejando al mástil soportar sólo su peso y el de los arcos de su aparejo. La madera crujió en seguida, y entonces los aparejos cayeron con estrépito como un árbol que se corta de raíz, y atravesaron la corta distancia que los separaba aún del mar.

—¿Se levanta? —preguntó rápidamente Wilder al marino que manejaba el timón.

—Es preciso un ligero movimiento, al menos, señor, pero esta nueva borrasca le pondrá nuevamente de costado.

—¿Es necesario cortar? —preguntó Earing desde el palo mayor sobre el que se había precipitado con el ardor del tigre al lanzarse sobre su presa.

—Corte —fue la respuesta.

Un crujido terrible e imponente sucedió pronto a esta orden, después de varios hachazos violentamente descargados sobre el mástil. Madero, cuerdas, velas, todo se sumergió en el mar; y el barco se levantó y, al mismo tiempo, se puso a navegar lentamente en la dirección del viento.

—¡Se levanta!, ¡se levanta! —gritaron veinte voces hasta entonces mudas, suspensas entre la vida y la muerte.

—Desembarazadle; que nadie moleste sus movimientos —añadió la voz siempre tranquila e imponente del joven capitán—. Estad preparados para plegar el gran mastelero; dejadle colgar un momento para sacar el barco de este apuro. ¡Cortad!, ¡cortad!, ¡coraje, amigos míos! ¡Cuchillos, hachas, cortad con cualquier cosa!, ¡cortadlo todo!

Como los marinos trabajaban entonces con el ánimo que da una esperanza que renace, las cuerdas que sujetaban todavía el barco, con las berlingas caídas, fueron cortadas en un momento y *La Real Carolina* parecía brotar de la espuma que cubría el mar, como un pájaro cuyas ligeras plumas rozaran la superficie del agua. El viento zumbaba con una fuerza que asemejaba al ruido lejano del trueno y que parecía levantar el barco. Como sabio y prudente marinero, dejaba que se agitaran los rizos de la única vela que quedaba cuando la borrasca se aproximaba: la vela de juanete desplegada, pero baja, estaba hinchada como para llevarse con ella al único mástil que aún estaba de pie. Wilder vio al momento la necesidad de deshacerse de esta vela y la imposibilidad total de sujetarla.

—Earing —dijo Wilder repentinamente— manténgase aquí, y si alguna desgracia me ocurre, trate de llevar el barco a algún puerto tan lejano hacia el norte como los cabos de Virginia por lo menos. No trate de ir de ninguna manera a Hatteras en el estado presente del...

—¿Qué es lo que quiere hacer, capitán Wilder? —interrumpió el lugarteniente apoyando con fuerza la mano sobre el hombro de su comandante que había tirado ya su gorro de marino sobre la cubierta y se preparaba para quitarse la ropa.

—Voy a subir para cortar esa vela de juanete, a fin de que no perdamos el mástil y puede que tampoco el barco.

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente. ¿Pero es que tiene que ser otro el que haya de hacer lo que corresponde a Eduardo Earing? La misión de usted es la de llevar el barco a los cabos de Virginia; la mía en este momento es cortar esa vela. Si me sucede algo, ¡pues bien!, haga mención de ello en el diario, con una o dos palabras sobre la forma en que he cumplido con mi obligación. Ese es el epitafio mejor y más adecuado para un marino.

Wilder no opuso ninguna resistencia, sino que volvió a tomar su actitud de vigilancia y reflexión, con la tranquilidad de un hombre acostumbrado, después de mucho tiempo, a no regatear nunca con su deber por lo que no se asombró de que alguien hiciera otro tanto igual que él.

Mientras tanto Earing se puso rápidamente a ejecutar lo que acababa de prometer. Dirigiéndose hacia el centro del barco, se provió de un hacha, y entonces, sin decir nada a ninguno de los marineros que permanecían callados y atentos, se dirigió hacia los aparejos de mesana del que cada ramal, cada filástica estaban tan tensos por el huracán, que parecía estar a punto de romperse. Los ojos inteligentes de aquellos que

le observaban comprendieron su intención, y precisamente con ese orgullo de profesión que les había impulsado a tan peligrosa empresa, cuatro o cinco de los más viejos marinos se fueron a los flechastes para subir con él a un cielo lleno de tempestades.

—¡Bajad de esos aparejos! —les gritó Wilder, valiéndose de una bocina—; ¡bajad todos, excepto el lugarteniente!, ¡bajad! —Sus palabras llegaron a los oídos de los compañeros de Earing pero no produjeron ningún efecto. Estaban demasiado ocupados con lo que trataban de hacer como para obedecer la voz que les llamaba. En menos de un minuto, estuvieron todos esparcidos por las vergas, preparados para maniobrar a la primera señal de su oficial. El lugarteniente miró a su alrededor y viendo el tiempo relativamente favorable, dio un tirón de la gruesa cuerda que sujetaba a la verga inferior, una de las puntas de la vela hinchada y presta a romperse. El efecto se produjo poco después. La lona rompió todas sus ligaduras con estrépito, y se la vio un momento flotar en el aire por delante del barco, como si hubiera estado sostenida por las alas de un águila. El barco se vio levantado por una gran ola, y cayó pesadamente tras ella, hundido, a la vez, por su propio peso y por la violencia del huracán. En ese crítico momento, en tanto que los marinos encaramados en los aparejos miraban hacia el lado en que la vela acababa de desaparecer, unos rizos de los aparejos inferiores se rompieron con un ruido que retumbó hasta en los oídos de Wilder.

—¡Bajad! —gritó, con una voz terrible a través de la bocina—, ¡bajad por los estays!, ¡bajad!, ¡os va a costar la vida!, ¡bajad!

Tan sólo uno de ellos obedeció, y se dejó deslizar hasta la tilla con la rapidez del viento; pero las cuerdas se rompieron unas tras otras, y pronto todo crujió con estrépito. Durante unos instantes el mástil erguido se tambaleó y pareció inclinarse alternativamente hacia todos los puntos del horizonte; después cediendo al movimiento del casco del barco, todo cayó en el mar con un ruido horrible. Cuerdas, vergas, estays, todo se rompió como un hilo, dejando el casco desnudo y despojado del navío, elevándose de proa y desafiando a la tempestad como si nada se hubiera opuesto nunca a su marcha. Un silencio muy expresivo siguió al desastre. Parecía que los elementos incluso se habían detenido, satisfechos de su obra. Un reposo provisional parecía haber encadenado el furor de la tempestad. Wilder miró por la borda del barco y vio claramente a las desgraciadas víctimas todavía ligadas a su frágil soporte. Y pudo ver incluso a Earing agitando los brazos en señal de adiós, con el valor de un hombre que no solamente se daba cuenta de cuán desesperada era su situación, sino que también sabía soportar su suerte con resignación; después, todos estos restos de mástiles, aparejos con todo lo que tienen atados a ellos, desaparecieron en medio de la niebla terrible y sobrenatural que se extendía por todas partes desde el mar hasta las nubes.

—¡Preparad rápidamente una chalupa!, ¡al mar! —gritó Wilder sin detenerse a examinar la posibilidad de que se salvaran nadando, o que se les pudiera presentar la

menor ayuda en medio de una tormenta como aquélla.

Pero los marinos confusos y estupefactos no le entendían; ninguno se movió ni dio la menor señal de obediencia. Daban vueltas alrededor de ellos fuera de sí, cada uno intentaba ver en el rostro triste de su compañero, lo que pensaba de la gravedad del peligro; pero ni una sola boca se abrió para hacer la menor observación.

—¡Es demasiado tarde!, ¡es demasiado tarde! —se dijo Wilder desesperado—; ningún esfuerzo, ningún poder humano puede salvarles.

## Capítulo diecisiete

La violencia de la tempestad estaba en su apogeo cuando Earing y sus infortunados compañeros se precipitaron con el mástil en el mar. Aunque el viento continuó soplando durante mucho tiempo después de ese fatal acontecimiento, su fuerza era cada vez menor. A medida que el huracán decaía, las olas empezaban a elevarse y el barco a resentirse en proporción a éstas. Wilder vigiló con inquietud durante dos horas, en el transcurso de las cuales le fueron necesarios todos sus conocimientos marítimos para impedir que lo que quedaba del barco no se convirtiese en presa de un mar tan ávido. Sin embargo con su gran habilidad, consiguió cumplir la tarea que se le había impuesto, y precisamente cuando se empezaban a distinguir por el este los primeros claros del día, los vientos y las olas se apaciguaron a un tiempo. Durante este período de penosa inquietud, nuestro aventurero no recibió la menor ayuda de ningún miembro de la tripulación, excepto de dos marinos con experiencia que puso al timón.

El día amaneció con un aspecto muy diferente al que había señalado el espantoso horror de la noche. Los vientos parecían haber agotado su furor. Tan sólo se notaba una brisa incierta, y antes de que saliera el sol, la agitación del mar se había cambiado en una gran bonanza. El mar se abatía tan rápidamente como la fuerza que le agitaba desaparecía, y cuando los rayos dorados del astro cayeron centelleantes sobre la superficie del mar, hicieron aparecer tranquila y lisa a la azul llanura.

Era todavía temprano, y la serenidad del cielo y del océano prometía un día que permitiría hallar la forma de someter al barco bajo las órdenes de la tripulación.

—Preparad las bombas —dijo Wilder viendo que salían continuamente los marineros de las distintas situaciones en que habían ocultado sus inquietudes durante las últimas horas de la noche—. ¿Me oye usted, señor? —añadió con voz severa dándose cuenta de que nadie se movía para obedecer su orden—. Sondee la profundidad del agua, y que no quede lo más mínimo de ella en el barco.

Nighthead obedeció lentamente la primera parte de esta orden, y en poco tiempo todo estuvo preparado para comenzar el trabajo necesario, e incluso, por lo que parecía, urgente: «hacer trabajar las bombas». Pero ninguno de los hombres se prestó para tan penosa maniobra. La penetrante mirada de Wilder, que se había puesto en guardia, no tardó en darse cuenta de esta resistencia; repitió la orden en un tono mucho más severo, llamando por su nombre a dos marineros para dar ejemplo de obediencia. Estos vacilaron, teniendo de esta forma Nighthead tiempo para comprobar, por su voz, las sediciosas intenciones que les embargaba.

—¿Qué necesidad hay de manejar las bombas en un barco como éste? —dijo con una sonrisa grosera, pero en la que un secreto terror luchaba de forma extraña con una malevolencia acentuada—. Después de todo lo que hemos visto esta noche, ninguno de nosotros se extrañaría si viéramos al barco lanzar el agua del mar como la ballena cuando respira.

—¿Qué quieren decir con semejante vacilación y con ese lenguaje? —dijo Wilder aproximándose a Nighthead con un paso firme y mirada demasiado orgullosa para dejarse abatir por las señales de insubordinación tan evidentes—. ¿Es usted, señor, usted que debería ser el primero en actuar en un caso como éste, quien se atreve a dar ejemplo de desobediencia?

El lugarteniente retrocedió un paso, sus labios se entreabrieron; pero no articuló ninguna respuesta inteligible. Wilder le repitió de nuevo con voz tranquila y severa que se pusiera él mismo a la bomba. Nighthead recobró entonces la voz para pronunciar una clara negativa; pero al instante rodó a los pies de su comandante indignado, alcanzado por un golpe que no tuvo ni destreza ni tiempo de detener.

A este acto decisivo sucedió un momento de profundo silencio y de incertidumbre entre los marineros; después, dando todos unas voces terribles, como para constituirse en estado de motín, se arrojaron contra nuestro aventurero solo y sin defensa. En el momento en que una docena de brazos acababan de apresar fuertemente a Wilder, un grito agudo se oyó en medio de cubierta, y detuvo un instante el furor de éstos: era Gertrudis cuya voz conmovedora tuvo suficiente influencia para detener los bárbaros proyectos de una reunión de seres tan rudos y tan groseros como aquéllos cuyas pasiones se habían despertado de forma tan terrible. Aflojaron a Wilder, y todos miraron, llevados de un impulso repentino, hacia el lugar de donde había salido la voz.

Durante las horas más críticas de la noche que acababa de transcurrir, la existencia de las pasajeras que estaban en los camarotes había sido olvidada por aquéllos a los que el deber retenía en cubierta. Mistress Wyllys y su discípula permanecieron, pues, durante ese tiempo en completa ignorancia de los desastres que habían tenido lugar. Subieron y estaban en cubierta, y no se habían recobrado aún del miedo en que les sumió el espectáculo de desolación que acababan de ver, cuando la rebelión meditada después de algún tiempo estalló contra Wilder.

—¿Qué significa este espantoso cambio? —preguntó mistress Wyllys con un gran temblor de labios, cuyo rostro, a pesar del poder extraordinario que ejercía sobre sus sentidos, estaba cubierto de una palidez mortal.

La mirada de Wilder era brillante, y su frente tan sombría como la tempestad a la que habían escapado tan felizmente, cuando respondió, haciendo a los amotinados un gesto amenazador:

—¿Qué significa esto, señora?, es una sedición, una vil, una cobarde sedición.

—¡Una sedición! ¿Ha sido una sedición la que ha despojado a este barco de sus mástiles, y le ha dejado desnudo y sin defensa en el mar?

—Escuche, señora —interrumpió bruscamente el lugarteniente—, les puedo hablar francamente a ustedes, ya que sé quiénes son, y por qué motivos han embarcado en *La Real Carolina*.

Nighthead explicó en dos palabras a mistress Wyllys la situación desesperada del barco, y la absoluta imposibilidad de que permaneciera mucho tiempo a flote, puesto

que reiteradas experiencias le habían convencido de que la bodega estaba ya medio llena de agua.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó la institutriz dirigiendo una mirada de angustia a la pálida y atenta Gertrudis—. ¿No hay ningún barco a la vista para salvarnos del naufragio?, ¿o es preciso perecer sin ayuda?

—¡Dios nos libre de encontrarnos con barcos desconocidos! —gritó el obstinado Nighthead—. Creemos que entre nosotros y la tierra debe haber unas cuarenta leguas hacia el noroeste. Agua y víveres hay en abundancia, y doce brazos vigorosos pueden llevar rápidamente una chalupa hasta el continente americano.

—¿Se propone abandonar el barco?

—Sí, el interés de los armadores es caro a todo buen marino, pero la vida es más preciosa que el oro.

—¡Hágase la voluntad del cielo!, pero no pensará hacer ningún acto de violencia contra el señor que, estoy segura, ha gobernado el barco en unas circunstancias tan críticas con una prudencia muy por encima de su edad, ¿no es cierto?

Nighthead murmuró algunas palabras en voz muy baja, y se retiró entonces para hablar con los marinos, que al parecer estaban dispuestos a secundarle en todas las cosas, por muy falsas e injustas que fuesen. En los breves instantes de incertidumbre que siguieron, Wilder guardó silencio, siempre tranquilo y dueño de sí, dejando escapar de sus labios una expresión de menosprecio, y conservando más la actitud de un hombre que tiene el poder de decidir la suerte de sus semejantes, que el de uno sobre el que pudiera influir alguien ajeno a él mismo.

Cuando los marineros estuvieron de acuerdo con lo que iban a hacer, el lugarteniente vino a decir el resultado de la deliberación. Sin embargo las palabras no eran necesarias para dar a conocer una parte esencial de la decisión, pues algunos marineros se ocuparon al momento de botar la lancha de popa, mientras que los demás trabajaban llevando a ella las provisiones necesarias.

—Todos los cristianos que están a bordo del barco encontrarán lugar en esa lancha —dijo Nighthead—, y en cuanto a los que gusten de la confianza de ciertas personas, ¡rediez!, pues que recurran a su ayuda en vez de importunarnos.

—¿Debo, pues, pensar por eso —dijo Wilder con tranquilidad—, que tiene usted intención de abandonar el barco y no cumplir con su obligación?

El lugarteniente medio intimidado, pero siempre lleno de resentimiento, le dirigió una mirada en la que se veía que su temor le disputaba al orgullo el triunfo; al fin respondió:

—Usted que sabe hacer navegar a un barco sin la ayuda de la tripulación, no necesitará barco. Por lo demás, no podrá contar a sus amigos, cualesquiera que sean, que le dejamos sin medios para llegar a tierra, si es que en realidad, es de la tierra de donde es usted habitante; ahí le queda la chalupa.

—¡La chalupa!... pero usted sabe que sin mástil ni todos los esfuerzos reunidos podrían levantarla de la tilla.



—Los que han arrancado los mástiles de *La Real Carolina* podrán sustituirlos, —dijo un marinero haciendo gestos—. No pasará una hora desde que nos vayamos, cuando una mano invisible dirigirá sus palanquetas, y no le faltarán entonces compañeros de viaje.

Wilder pareció desdeñar la respuesta. Empezó a pasearse con pasos lentos sobre cubierta, pensativo es cierto, pero muy tranquilo y con sangre fría. Durante este tiempo, como todos los marinos ardían en el mismo deseo de abandonar más tarde el barco, hicieron los preparativos con una actividad increíble. Las dos mujeres sorprendidas y alarmadas apenas habían tenido tiempo de enfocar bien la extraordinaria situación en que se encontraban, cuando vieron llevarse en la barca al patrón que había sido tan desgraciadamente herido; poco después se les llamó para que fuesen a ocupar un sitio junto a él.

El momento crítico había llegado, y ellas empezaron a notar la necesidad de tomar una decisión. Las advertencias, no las temían demasiado, serían inútiles; las miradas de odio y de malevolencia que se lanzaban de vez en cuando contra Wilder mostraban cuán peligroso había sido excitar unos espíritus tan obstinados y tan ignorantes a nuevos actos de violencia. La institutriz tuvo la ocurrencia de dirigirse al herido; pero el aire de inquietud desesperado con que había mirado a su alrededor al verse llevado por cubierta, y la expresión de sufrimientos físicos y morales que se veía en su rostro en el momento que lo ocultó con las mantas en que iba envuelto, hacían ver claramente la poca ayuda que se podía esperar de él en su situación actual.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó ella al fin con el propósito, en apariencia insensible, de su solicitud.

—Quisiera saberlo, —respondió en seguida dirigiendo una mirada penetrante y rápida a todas partes—. No es inverosímil que alcancen la playa; veinticuatro horas de calma es suficiente para ello.

—¿Si no?

—Una racha de viento del noroeste o de cualquier otro punto de la tierra provocaría su ruina.

—¿Y el barco?

—Si es abandonado, se hundirá.

—Entonces es preciso que yo hable a esos corazones de piedra. No sé de dónde procede el interés tan poderoso que usted me inspira, inexplicable joven, pero prefiero arriesgarme a todo con tal de verle libre de semejante peligro.

—Deténgase, mi querida señora —dijo Wilder reteniéndola con respeto por la mano—, no puede abandonar el barco.

—Eso es lo que aún no sabemos; se pueden someter los caracteres más obstinados. Es posible que tenga éxito.

—Hay un carácter para someter, una razón para convencer, unos prejuicios para superar, sobre los que no tiene usted poder alguno.

—¿Los prejuicios de quién?

—Los míos.

—¿Qué quiere decir, señor? Piense que eso sería debilidad, que el resentimiento contra tales seres le arrojaría a un acto de locura.

—¿Parezco un loco? —preguntó Wilder—. El sentimiento que me dirige puede ser falso, pero tal como es, es inherente a mis costumbres, a mis opiniones, y puedo decirlo, a mis principios. El honor me prohíbe abandonar el barco que mando, en tanto quede una madera a flote.

—¿Y qué utilidad puede tener un brazo aislado en unas circunstancias tan críticas?

—Ninguna —respondió él con una sonrisa melancólica—. Debo morir, para que otros, cuando estén en mi lugar, cumplan con su deber.

Mistress Wyllys y Gertrudis permanecieron inmóviles. Ambas examinaron sus ojos centelleantes y la tranquilidad que había en el resto de su fisonomía; pero había un sentimiento de terror que inspiraba gran interés. Mistress Wyllys leía en la expresión de sus rasgos un carácter de resolución inquebrantable, mientras que Gertrudis, temblorosa tan sólo por la idea de la horrible suerte que les esperaba, sentía en su joven corazón un entusiasmo generoso que le encadenaba, casi a pesar suyo, a admirar tan heroico sacrificio. Sin embargo la institutriz vio menos motivos de temor en la determinación de Wilder. Si hasta entonces sintió repugnancia por confiarse, así como su alumna, a una banda de hombres tales como aquellos que poseían en ese momento toda la autoridad, esta repugnancia aumentó por los mandatos rudos y ruidosos que se les hacía para que se apresuraran y fuesen a ocupar un lugar entre ellos.

—¿Existe alguna esperanza, muchacho, para los que permanezcan en estos despojos?

—Muy pocas.

—¿Y en la chalupa?

Transcurrió más de un minuto antes de que Wilder respondiera. Volvió nuevamente los ojos hacia el vasto y brillante horizonte, y parecía estudiar el cielo en la dirección del continente lejano, con mucho cuidado. Ninguna señal que pudiese presagiar el tiempo escapaba a su vigilancia, mientras que las emociones variadas que experimentaba al mirar, se reflejaban en su rostro.

—¡Por mi honor, señora, por ese honor que me obliga no solamente a darle consejo sino también a proteger su sexo, desconfío del tiempo! Creo que hay tantas posibilidades de que seamos vistos por algún barco, como probabilidades de que los que se arriesgan en la lancha, alcancen tierra.

—Permanezcamos pues aquí, —dijo Gertrudis, a la que, por primera vez después de estar de nuevo en cubierta, reapareció la sangre en sus pálidas mejillas, hasta tal extremo que se cubrieron de un vivo rubor—. No puedo soportar a esos miserables que serían nuestros compañeros en aquella barca.

—¡Bajad!, ¡bajad! —gritó Nighthead con voz impaciente—. Cada minuto del día

es una semana, cada momento de calma es un año de vida para todos nosotros. ¡Bajad!, bajad, o les dejaremos.

Mistress Wyllys no respondió nada, pero en ella se veía el reflejo de una total y penosa indecisión. Entonces oyó resonar sobre el agua el ruido de los remos, y poco después vio la lancha deslizarse por la superficie líquida impulsada por los brazos vigorosos de sus remeros.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó el aya que observaba con continua atención el menor cambio de la fisonomía del que suponía entonces su único apoyo.

Los temores que oscurecían la frente de Wilder se disiparon, y la sonrisa que brilló en su rostro asemejaba a los rayos del sol cuando horada las más espesas nubes del torbellino que le oculta a los ojos.

—Hay —dijo con seguridad—; nuestra situación está bastante lejos de ser desesperada.

—Señor Wilder, no quiero importunarle pidiéndole explicaciones que ahora podrían ser inútiles. Pero no se niegue a comunicarme sus motivos de esperanza.

Wilder se apresuró a satisfacer una curiosidad que parecía tan penosa como natural.

—Los sublevados han dejado la más grande y más segura de las chalupas que posee *La Real Carolina*.

Fue en esa pequeña barca donde Wilder propuso reunir los objetos útiles que pudiesen recoger con apresuramiento en el barco abandonado. Entraría a continuación con sus compañeras para esperar el momento crítico en que el barco se hundiera bajo ellos.

—¿Llama a esto esperanza? —gritó mistress Wyllys cuando esta corta explicación hubo terminado—. He oído decir que el remolino que hacen los barcos al hundirse se traga todas las cosas de menor tamaño que flotan junto a él.

—Eso ocurre algunas veces. Por nada en el mundo quisiera engañarles, y les diré ahora que las probabilidades que tenemos de salvarnos son, al menos, iguales a las que nos exponemos de ser tragados con el barco.

—¡Es terrible —dijo el aya—; pero que se cumpla la voluntad de Dios!, ¿sabrá la destreza suplir a la fuerza?, ¿y no habrá algún medio de lanzar la chalupa al mar antes del momento fatal?

Wilder hizo un signo con la cabeza que no daba lugar a equivocación.

Les mostró entonces los objetos ligeros que podían necesitar si tenían la suerte de escapar del naufragio, y les aconsejó que los llevarsen sin pérdida de tiempo a la chalupa. En tanto que las tres mujeres estaban ocupadas de esta manera, bajó a la bodega, para ver el avance del agua y calcular el tiempo que transcurriría antes de que el barco se hundiera totalmente.

Reconoció que la situación era todavía más alarmante de lo que él había creído. Desprovisto de los mástiles, el barco había maniobrado tan pesadamente que se habían abierto varias juntas por las que entraba el agua, y como las obras vivas,

empezaban a hundirse bajo el nivel del océano, el crecimiento del agua aumentaba con increíble rapidez. Subió con el corazón oprimido, sobre cubierta y se ocupó a continuación de las disposiciones que eran necesarias para garantizar a sus compañeras la más ligera probabilidad de salvación.

Mientras que éstas olvidaban por un instante sus temores para dedicarse a un trabajo ligero pero a la vez útil, Wilder preparó los dos mástiles de la chalupa, y ordenó convenientemente las velas, así como los otros aparejos que podían ser necesarios en caso de tener éxito.

En medio de estos preparativos, un par de horas transcurrieron tan rápidamente, que los minutos habían parecido sólo segundos. Al término de ese tiempo, había acabado su trabajo. Cortó los cabos que servían para asegurar la chalupa cuando el barco estaba en movimiento, dejándole en el mismo lugar, pero de forma que no quedase cogida por ningún lado al casco del barco, que entonces estaba hundido de tal manera que se podía pensar en todo momento que no se hundiría bajo ellos.

Una vez tomada esta medida de precaución, invitó a sus compañeras a subir a la chalupa, por temor a que la crisis sobreviniera antes de lo que suponía, pues sabía que un barco que se hunde es como una pared que se va a caer, siempre dispuesta a ceder al menor impulso que se le dé.

Había puesto las velas de forma que pudiera izarlas en un instante. Examinó con cuidado si algún cabo que no hubiera visto sujetaba aún la chalupa a los restos del barco que podría arrastrarles, y comprobó que maderas, agua, una brújula y los instrumentos que eran necesarios para saber la situación de un barco estaban colocados con cuidado en sus lugares respectivos, y todos prestos para utilizarlos. Cuando todo estuvo así preparado, se puso en la popa de la chalupa, y trató, teniendo en cuenta su fisonomía, de inspirar a sus compañeras, menos atrevidas, parte de su entereza.

Durante dos horas de incertidumbre terrible, la conversación entre los atentos pasajeros, aunque en un tono de confianza y a veces de ternura, se veía interrumpida por largos intervalos de silencio y reflexión. Todos se abstenían de hacer la menor alusión al peligro que les amenazaba, para evitar que los demás se alarmasen; pero nadie podía ignorar el peligro inminente que corrían en este inerte deseo de amor a la vida que era común a todos.

Así pasaron los minutos, las horas, y todo el día, hasta que se vio como la oscuridad se deslizaba lentamente a lo largo del vasto abismo, estrechándose poco a poco el horizonte del lado este, hasta que la visión quedó limitada a un círculo estrecho y sombrío alrededor del lugar donde se encontraban. A este cambio siguió otra hora terrible durante la cual parecía que la muerte se disponía a visitarles rodeada de todo lo que de sus horrores es más espantoso.

—¿Se aproxima el momento fatal? —preguntó mistress Wyllys con toda la entereza de que era capaz en una situación tan crítica.

—Sí. El barco ha hundido ya sus imbornales en el mar; algunas veces un barco

puede sobrenadar hasta que está totalmente cubierto de agua. Si el nuestro ha de irse a pique, decididamente eso ocurrirá muy pronto.

—¿Si debe irse a pique, dice usted? ¿Hay acaso alguna esperanza de que pueda permanecer a flote?

—Ninguna —dijo Wilder callándose para escuchar el sonido creciente y amenazador que salía de las profundidades del barco, mientras que el agua se abría paso por todas partes, y resonaba como el rugido de cualquier monstruo terrible en su última agonía—; ninguna ha perdido ya el equilibrio.

Sus compañeras notaron el cambio; pero por nada del mundo alguna de ellas hubiera proferido una palabra. Se oyó un sonido abajo, sordo y amenazador, y entonces el aire encerrado en el barco hizo saltar la parte delantera de la tilla con una explosión parecida a la de una descarga de artillería.

—¡Ahora, cojan los cabos que les he dado! —gritó Wilder jadeando.

Sus palabras se vieron ahogadas por el burbujeo, cada vez mayor, de las olas. El barco se sumergió como la ballena que expira, y levantando su popa por los aires, se hundió en las profundidades del mar como el leviatán que busca sus guaridas secretas. La chalupa, inmóvil, fue levantada con el barco al punto de encontrarse en una posición casi perpendicular.

Cuando el resto del barco descendió en el abismo, la proa de la chalupa encontró el elemento entreabierto y se sumergió casi hasta el punto de llenarse; pero sólida y ligera, volvió a salir, y gracias a la sacudida que recibió de la mole que se hundía, la barca fue lanzada a flor de agua. Sin embargo, la ola espumosa que se precipitaba en el torbellino arrastraba todo a su paso, y poco después, la chalupa descendió por la pendiente rápida, como si hubiera de seguir al enorme barco del que tanto tiempo había dependido; arrastrada hacia el mismo abismo que se abría ante ella, después se elevó de nuevo balanceándose en la superficie del agua y girando sobre sí un momento con una rapidez sorprendente. A continuación, el océano pareció exhalar una especie de lamento lúgubre, y todo volvió al reposo, los rayos de la luna corrían sobre su pérfido seno tan tranquilamente, que se reflejaban sobre la superficie límpida de un lago rodeado por un cinturón de montañas que le prestaban su sombra.

## Capítulo dieciocho

—¡Estamos salvados! —dijo Wilder, que había permanecido de pie, agarrado con todas sus fuerzas a un mástil para observar con mirada firme de qué manera escaparían a la muerte—. Estamos salvados, al menos por el momento.

Las mujeres se habían cubierto el rostro con los pliegues de sus vestidos, y ni la misma institutriz se atrevió a asomar la cabeza hasta que recibió dos veces de su compañero seguridades de que la inminencia del peligro había pasado. Transcurrió otro minuto durante el cual mistress Wyllys y Gertrudis expresaron sus acciones de gracias con un tono y términos menos equívocos que la expresión que acababa de salir de los labios del joven marino. Una vez cumplido este piadoso deber, se levantaron.

Por todas partes había una extensión de agua que parecía no tener límites. Una ligera y frágil barquichuela era para ellos todo el mundo. Durante el tiempo que el barco, aunque dispuesto a perecer, había estado bajo sus pies, les había parecido que existía una barrera entre sus vidas y el océano. Pero un solo instante acababa de privarles incluso de esa frágil esperanza.

Gertrudis habría dado la mitad de su vida solamente por vislumbrar ese continente vasto y casi deshabitado que se extendía al oeste en tantas millas, y bordeaba el imperio de los mares.

Pero sus pensamientos se cambiaron hacia el modo de procurarse su seguridad. Wilder, sin embargo, ya las había prevenido, y antes que mistress Wyllys y Gertrudis hubiesen recobrado sus sentidos, él se había ocupado, con ayuda de Casandra muy asustada pero no por ello menos activa, de disponer todo lo necesario sobre la chalupa de manera que estuviese en condiciones de dirigirse al agua con la menor resistencia posible.

—Con un barco bien equipado y una brisa favorable —exclamó nuestro aventurero con el entusiasmo propio del que ha terminado un trabajo que resultó fácil—, podemos todavía esperar llegar a tierra en un día y una noche.

Después de unos minutos de reflexión, extendió su mano abierta hacia el sudoeste, y la mantuvo algún tiempo expuesta al aire de la noche.

—No creo que haya nada peor que cruzarse de brazos —dijo—, cuando uno se encuentra en una situación como la nuestra. Hay algunos síntomas de que una brisa sople de costado. Tengo que prepararme para aprovecharla.

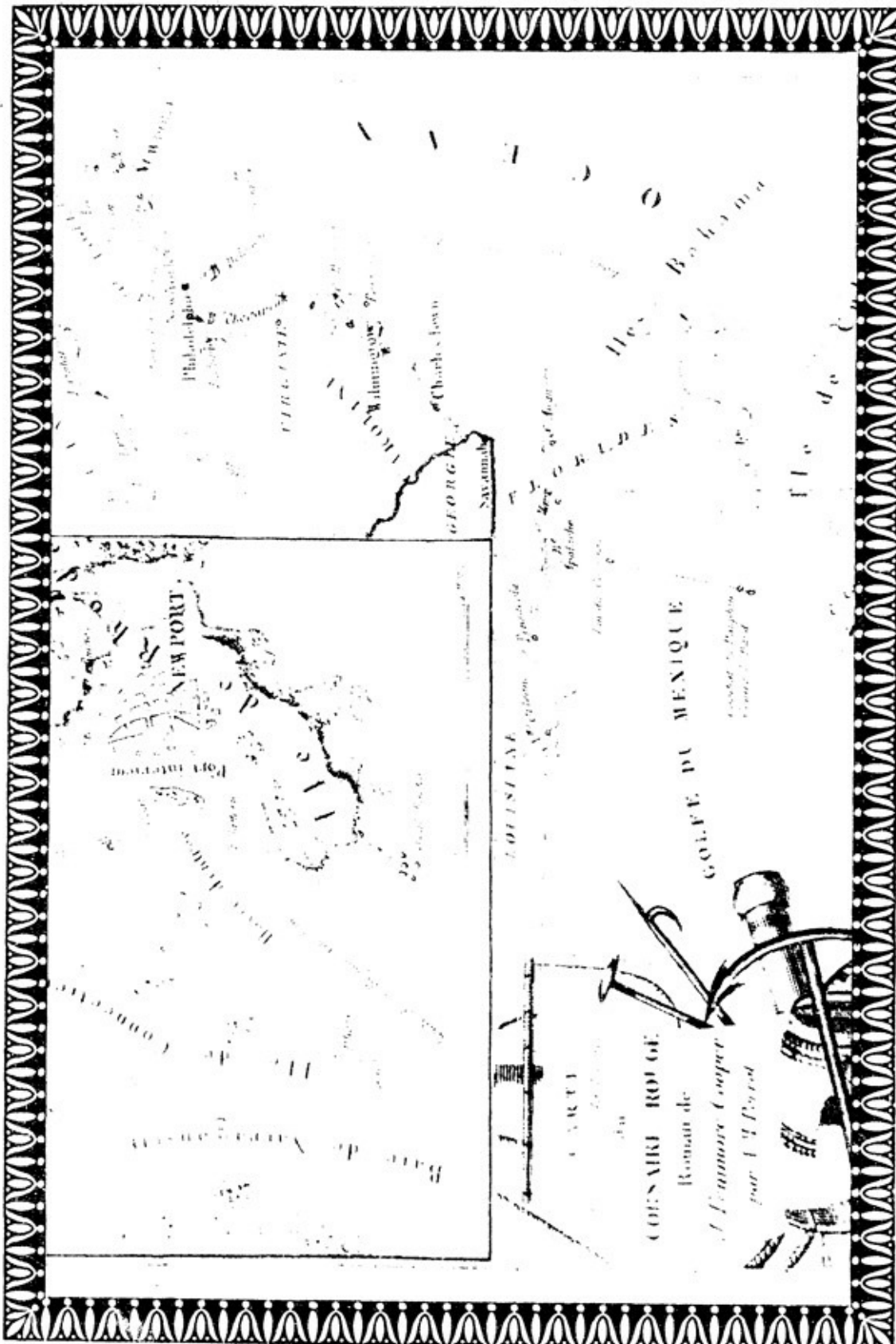
Desplegó entonces sus dos improvisadas velas, y largando las escotas, se puso al mando como quien sabía que sus servicios serían necesarios bien pronto. El acontecimiento no se desvió en absoluto de lo que él había previsto. No tardó mucho tiempo en ver hinchadas las ligeras velas de su chalupa, y entonces, cuando dio a la proa la dirección conveniente, la pequeña barca comenzó a seguir lentamente a través de las aguas su insegura ruta.

Luego el viento, cargado con la gran humedad propia de la hora tan avanzada de

la noche, se hizo más fresco y más fuerte. Wilder, por este motivo, insistió para que las damas se refugiasen a descansar bajo una pequeña tienda alquitranada que había tenido la previsión de echar en la chalupa.

Había alcanzado ya la noche la mitad de su curso sin que hubiera acontecido cambio material alguno en la posición de aquéllos cuya suerte dependía en tan alto grado de la variada influencia de la atmósfera. El viento cada vez más fresco, pasó a ser una brisa punzante, y según los cálculos de Wilder, habían avanzado ya varias leguas en línea recta hacia el extremo oriental de la isla larga y estrecha que separa el gran océano de las aguas que bañan la costa Conecticut. Los minutos transcurrían rápidamente, pues el tiempo les era favorable.

Miradas, dirigidas con rapidez, unas veces al cielo, otras a la brújula y otras con mayor atención a los rasgos pálidos y melancólicos de la luna, eran la dirección habitual que tomaban sus incansables ojos. Este astro estaba entonces a la mitad de su recorrido, y la frente de Wilder se oscureció de nuevo cuando vio que brillaba a través de una atmósfera árida y desprovista de nieblas. Habría preferido verla encerrada en círculos húmedos y siniestros que la rodearan estrechamente, y que, según se dice, presagian la tempestad. La humedad con la cual la brisa comenzara, había desaparecido también, y, en su lugar, los sentidos sensibles y penetrantes del joven marino notaron ese olor a tierra que frecuentemente resulta agradable, pero que en ese momento le era tan inoportuno. Había, no obstante, indicios de que los vientos del continente iban a prevalecer, y según creía por ciertas nubes largas y estrechas que se agolparen al oeste del horizonte, prevalecerían con una tuerza tal que podía esperarse un tiempo muy borrascoso.



Si en el animo de Wilder habían quedado algunas dudas sobre la exactitud de sus conjeturas, se disiparon al amanecer. A esta hora, la brisa inconstante cayó de nuevo, y antes de que se hubiera sentido el último soplo sobre la tela, ésta se vio hinchada por corrientes contrarias que venían del oeste. Nuestro aventurero reconoció en seguida que la lucha iba a empezar inevitablemente. Las improvisadas velas, que



habían estado tanto tiempo expuestas a las rachas del viento del sur, fueron reducidas a un tercio de su poder debido a los rizos que en ellas se hicieron, y también algunos de los paquetes más pesados, y al mismo tiempo menos útiles en semejante situación, fueron arrojados sin titubear al mar, sin que estas precauciones resultasen vanas. Luego el viento del nordeste sopló fuertemente hacia el mar, llevando consigo la fría aspereza de las comarcas salvajes del Canadá.

—¡Ah! ¡Yo os reconozco! —murmuró Wilder cuando la primera racha de este siniestro viento tocó las velas y obligó a la chalupa a someterse a su poder—, ¡yo os reconozco con vuestro sabor a agua dulce y vuestro olor a tierra!

—¿Habla usted? —dijo Gertrudis sacando la cabeza lacra de la tienda, y apresurándose a volverla a meter temblando al sentir el efecto del cambio de aire.

—Duerma, señora, duerma —respondió él como si no deseara ser interrumpido en semejante momento, con voz dulce y amable.

—¿Hay algún nuevo peligro? —preguntó la joven avanzando ligeramente para no turbar el reposo de su institutriz—. No trate de engañarme sobre lo que hemos de padecer, soy hija de un soldado.

Él, entonces le mostró las señales ante las cuales era imposible pensar en engaño, pero continuó guardando silencio.

—Noto que el viento es más fuerte de lo que era antes —dijo ella—, pero no veo ningún otro cambio.

—¿Y sabe a dónde va la chalupa?

—Hacia tierra, me imagino; usted nos lo ha asegurado y no creo que se propusiera engañarnos al decirlo.

—Usted me hace justicia, y para probárselo, le diré ahora mismo que está en un error.

—¿No estamos navegando hacia tierra?

—Si fuéramos siempre en esta misma dirección, podríamos atravesar todo el Atlántico antes de volver a ver tierra.

Gertrudis no respondió nada, pero se retiró triste y pensativa junto a su aya. Al mismo tiempo Wilder, se ensimismó de nuevo, y se puso a consultar su brújula y la dirección del viento. Dándose cuenta de que podría acercarse al continente de América cambiando la dirección del bote, volvió hacia el sudoeste todo lo que el viento le permitió.

Pero no tenía muchas esperanzas en este cambio de rumbo. La fuerza de la brisa aumentaba por momentos y más tarde llegó a ser tan punzante que se vio obligado a plegar las velas de popa. El adormecido océano no tardó en despertarse, y la chalupa con la vela aferrada se elevaba sobre las oscuras olas que engrosaban sin cesar, o se escondía entre profundos surcos de los que salía al recibir la fuerza de la brisa siempre creciente.

El día llegó y se acentuó aún más la perspectiva de angustia. Las olas aparecían verdosas y agitadas, y sus crestas comenzaban a cubrirse de espuma, señal segura de

que una lucha entre los elementos se iba a producir. Entonces el sol apareció en el extremo del horizonte al este, gravitando lentamente la bóveda azulada que se mostraba clara, distinta y sin una sola nube.

Wilder observó todos estos cambios con una atención que manifestaba con evidencia cuán crítica consideraba la situación. Tanto se le veía consultando el cielo como observando la agitación y el violento movimiento del agua que golpeaba los costados de su pequeño barco con una fuerza que, a los ojos de sus compañeras, parecía amenazarles con un fin trágico. Sabía que el principio del mal estaba en el aire, y que si ocurría alguna anomalía en las aguas sobre las que navegaba, la señal debía producirse a bordo por un elemento más temible.

—¿Qué piensa de nuestra situación actual? —preguntó mistress Wyllys a Wilder mirándole fijamente, como si se fiara más de la expresión de su rostro que de sus palabras para saber la verdad.

—Si el viento sopla así durante mucho tiempo, podemos esperar mantenernos en la ruta de los barcos que van hacia los grandes puertos del norte; pero si sobreviene un huracán y las olas rompen con violencia, dudo que la chalupa pueda mantenerse a flote.

—Entonces, ¿nuestro recurso estaría en intentar correr antes que venga un huracán?

—Sí, ése sería nuestro único recurso.

—¿Qué dirección deberíamos tomar en tal caso? —preguntó Gertrudis.

—En tal caso, —respondió Wilder, mirándola con un aire en el que la piedad y el delicado interés se confundían tan singularmente que la dulce mirada de Gertrudis se hizo tímida y furtiva—. En tal caso, nos alejaríamos de esta tierra que tanto nos interesa alcanzar.

—¿Qué ver yo allí? —exclamó Casandra cuyos ojos grandes y negros se paseaban por todas partes con una curiosidad tal, que no podían contener ninguna inquietud, ningún presentimiento de peligro.

—Yo ver especie de gran pescado sobre el agua.

—¡Es una chalupa! —gritó Wilder saltando a un banco para observar un objeto oscuro que flotaba sobre la brillante cresta de una ola, a un centenar de pasos del lugar en que su barca luchaba contra los elementos—. ¡Ah! ¡Eh!, ¡chalupa!, ¡a nosotros! ¡Ah! ¡Eh!, ¡chalupa!, ¡a nosotros! —En aquel momento el viento sopló con fuerza en sus oídos, pero ninguna voz humana respondía a sus gritos. Estaban ya metidos entre dos mares en un profundo valle de aguas, donde la vista no alcanzaba a ver más que sombras y ruidosas barreras que les rodeaban por todas partes.

—¡Providencia misericordiosa! —exclamó la institutriz—. ¿Hay alguien más desgraciado que nosotros?

—Es una chalupa, o mi vista no me responde como de ordinario —respondió Wilder, que permanecía en su puesto esperando el momento en que pudiera verla por segunda vez. Su deseo se vio cumplido. Había confiado por un instante el timón a

Casandra, que dejó que la barca se desviara un poco de su dirección. Estas últimas palabras estaban aún en sus labios cuando el mismo objeto negro que ya antes habían visto apareció sobre las aguas lanzándose desde lo alto de una ola, y la quilla invertida se pudo ver por encima del oleaje. De pronto la negra soltó un grito agudo, abandonó el timón, y cayendo de rodillas, se cubrió el rostro con ambas manos. Wilder tomó instintivamente el timón dirigiendo su mirada hacia el lado en que lo había hecho la atrevida mirada de Casandra. Se veía un cuerpo desfigurado, derecho y semidescubierto, avanzando en medio de la espuma que cubría aún la rápida pendiente. Cuando llegó a la parte baja de la impetuosa ola, pareció detenerse un momento, los cabellos empapados de agua, como un monstruo salido de las entrañas del mar para venir a presentar al espectador sus espantosos rasgos; después este insensible cadáver pasó cerca de la chalupa y poco más tarde se elevó en la cresta de una ola para caer de nuevo y no volver a aparecer más tan macabro espectáculo.

No solamente Wilder, sino también Gertrudis y mistress Wyllys habían tenido esta escalofriante visión lo suficientemente cerca para reconocer los rasgos de Nighthead, los más sombríos y repugnantes que jamás haya dejado la muerte; pero nadie habló ni dio señal alguna de que sabía quién era la víctima. Wilder pensaba que sus compañeras al menos, no habían tenido la desgracia de reconocerle y las mujeres veían en el deplorable destino del rebelde una imagen de lo que, más tarde, era probable que les estuviera también reservado a ellos. Durante un momento, no se oyó más que a los elementos que parecían tararear un siniestro canto de muerte por las víctimas en su lucha sangrienta.

—¡La barca se hundió! —dijo al fin Wilder, cuando vio los pálidos rostros y las miradas expresivas de sus compañeras a las que inútilmente trataba de ocultar la verdad—. La chalupa era endeble y estaba muy cargada.

—¿Cree que alguien haya logrado escapar? —preguntó mistress Wyllys con voz casi inarticulada.

—Nadie. Daría gustosamente un brazo por salvar al último de esos frustrados marineros que han llegado a tan desgraciado destino por su desobediencia y estúpida superstición.

—¡Así pues de todos los seres felices y despreocupados que abandonaron hace tan poco tiempo la bahía de Newport, a bordo de un barco que era el orgullo de los que en él embarcaban, nosotros somos los únicos que aún estamos con vida!

—Los únicos sin excepción. Esta barca y lo que contiene es todo lo que queda de *La Real Carolina*.

—¡Mire! —interrumpió Gertrudis apoyando la mano en el hombro de Wilder llevada por el impulso—. ¡Alabado sea Dios! Allí abajo hay algo que rompe la monotonía de las aguas.

—¡Es un barco! —exclamó la institutriz; pero una violenta ola elevó súbitamente su verdosa masa entre ellos y el objeto que habían divisado, y quedaron hundidos entre las aguas, y pareció como si aquella visión no hubiera tenido lugar y fuera tan

sólo fruto de una especie de alucinación que les produjo una vana esperanza. Mientras Wilder miraba al cielo para localizar el lugar en que aquello se había producido. Cuando la chalupa se levantó, su mirada tomó la dirección conveniente y pudo convencerse de que efectivamente, se trataba de un barco.

Se podía ver, ciertamente, a una milla de distancia, un barco que vagaba y maniobraba con gracia y sin esfuerzo alguno aparente sobre las olas contra las que la chalupa luchaba con tanta dificultad. Una sola vela tenía desplegada el barco para mantenerse, y aún había sido reducida por medio de los rizos, y tenía forma de una pequeña nube blanca en medio de la masa oscura de las vergas y aparejos.

Mistress Wyllys y Gertrudis, viendo que no se habían equivocado, se pusieron de rodillas, y expresaron su agradecimiento con secretas y silenciosas acciones de gracias. La alegría de Casandra fue más ruidosa y más visible. La criada negra reía a carcajadas, envuelta en lágrimas, y regocijándose de la manera más conmovedora ante la perspectiva que se ofrecía a su joven ama y a ella misma de escapar a una suerte que el espectáculo del que había sido testigo acababa de presentarle en la forma más terrible. Wilder era el único que, en medio de todas estas demostraciones, mostró siempre un aspecto sombrío e inquieto.

—Ahora —dijo mistress Wyllys tomando su mano entre las suyas—, podemos esperar nuestra salvación.

Wilder la dejó entregarse a la efusión de sus sentimientos con una especie de agitación contraída. Pero no respondió nada ni testimonió en modo alguno que participaba lo más mínimo de su alegría.

—Seguramente no se habrá enfadado, señor Wilder —dijo Gertrudis—, al ver lucir inoportunamente en nuestros ojos la esperanza de escapar a estas terribles olas, ¿no?

—Yo daría mil veces mi vida con tal de que estuvieran ustedes al abrigo de todo peligro —respondió el joven marino—, pero...

—Este es un momento en que no es posible pensar en otra cosa que no sea en dar gracias y estar alegres —interrumpió la institutriz—. No puedo soportar ahora frías restricciones. ¿Qué quiere decir con ese pero?

—Puede no ser tan fácil como cree alcanzar a ese barco. El huracán tal vez nos lo impida. En una palabra, es frecuente ver en el mar a más de un barco con el que no se puede hablar.

—Afortunadamente no será éste nuestro desgraciado destino. Le comprendo, sagaz y generoso joven, busca mitigar las esperanzas que quizá pudieran no verse cumplidas. Pero llevo demasiado tiempo confiada a este peligroso elemento para no saber que quien tiene a favor el viento puede hablar o no, según le apetezca.

—Tiene usted razón al decir que nosotros tenemos el viento a favor, señora, y si no estuviera en un barco, nada me sería más fácil que aproximarme lo suficiente para hacernos oír por el barco extranjero. Ese barco está en marcha, es cierto, pero el viento no es aún lo suficiente fuerte como para llevarnos hasta allí.

—¡Él está en marcha! Entonces es que nos ven y esperan nuestra llegada.

—¡No! ¡No! ¡Gracias a Dios aún no nos han visto! Esos pequeños andrajos de tela se confunden con la espuma. Lo tomarán por una gaviota o por cualquier otro pájaro de mar, en el momento en que lo vean.

—¿Y da gracias al cielo por eso? —exclamó Gertrudis mirando inquieta a Wilder con una extrañeza que su maestra más prudente tenía la obligación de ocultar.

—Se olvida de que a menudo se encuentran enemigos en nuestras costas. Ese barco podría ser francés.

—No temo a un enemigo generoso. Un pirata incluso, nunca rehusaría ayudar a unas mujeres que se encuentran en semejante desgracia.

—Vamos a dejarnos ir a la deriva —dijo él—, y como el barco marcha en sentido contrario, podremos ganar aún una posición que nos permita ser dueños de nuestros movimientos posteriores.

Sus compañeras no sabían qué responderle. Únicamente Casandra elevó la voz para protestar por el tiempo que estaban perdiendo, diciendo al joven marino que, empeñado en sus ideas, no escuchaba a nadie, que si en su obstinación ocurría alguna desgracia a su joven amita, el general Grayson se encolerizaría; y ella le invitaba a pensar en lo que podría desprenderse de la cólera del general Grayson. El resentimiento de un rey no era más temible a los ojos de la sencilla muchacha.

Indignada por el poco caso que hacía de sus palabras, la negra olvidando todo el respeto, en su ceguera por cuidar de aquélla a la que no solamente amaba sino que era para ella una especie de ídolo, cogió el bichero de la barca y ató sin que Wilder lo viera una de las telas que habían sido salvadas del naufragio y la mantuvo elevada durante uno o dos minutos por encima de la vela, sin que su actitud fuese percibida por ninguno de los que la rodeaban. Entonces, es cierto, a la vista de la frente sombría y amenazadora de Wilder empezó a bajar la señal. Pero por muy breve que fuera el triunfo de la negra, no se vio menos coronado por un completo éxito. Una nube de humo salió de los flancos del barco, en el momento que se elevaba en el borde de una ola, y entonces se oyó un disparo de cañón del cual el viento, que soplaba en sentido contrario, amortiguó el ruido.

—Ya es demasiado tarde para vacilar —dijo mistress Wyllys—, acerca de que el navío sea amigo o enemigo; nos han visto.

Wilder no respondió nada, pero continuó observando los movimientos del barco. Un instante después se vio a la proa del navío cambiar de dirección para avanzar hacia ellos. Cuatro o cinco amplias velas estaban desplegadas por diferentes lados.

—En efecto, ahora ya es demasiado tarde —murmuró nuestro aventurero dirigiendo el timón de su pequeña barca para ir hacia el barco, y dejando deslizarse los escuchas entre sus manos, hasta que la vela estuvo hinchada por el viento casi hasta el punto de reventar. La chalupa voló rápidamente sobre el mar, y antes de que los ojos de los amigos hubiesen tenido tiempo de mirarse, flotaba en la calma que produjo a su alrededor el cuerpo de un gran barco. Un hombre vivaz y activo estaba

sobre la tilla, dando las órdenes necesarias a una centena de marineros; y en medio de la confusión y alarma que tal escena producía, como es natural, en el corazón de una mujer, Gertrudis y mistress Wyllys fueron conducidas a bordo. Wilder y la negra las siguieron y, cuando sus cosas fueron transportadas, la chalupa fue abandonada a merced de los vientos, como un peso inútil. Entonces veinte marineros treparon por las cuerdas, las velas se vieron aumentadas una tras otra, y, cuando todas estuvieron desplegadas en todo su esplendor, el barco inició rápidamente su ruta.

## *Capítulo diecinueve*

Siete días después de la llegada de Gertrudis y de su maestra a bordo de un barco del que no es necesario ocultar la índole, el sol se alzó sobre las velas, las vergas simétricas y la figura sombría del barco, a la vista de algunas islas bajas, pequeñas y cubiertas de rocas. El viento había desaparecido por completo; el aire vacilante e incierto que de vez en cuando impulsaba un instante las velas más ligeras, no era, por decirlo así, más que la suave respiración de la aurora que parecía temer turbar el sueño del océano.

Todo cuanto tenía vida en el barco estaba ya en pie y en plena actividad. Cincuenta marineros vigorosos estaban encaramados por diferentes lados en los aparejos, unos riendo y bromeando entre ellos, otros cumpliendo sin dificultad la tarea fácil que les había sido encargada. Otros, en gran número, se divertían abajo en los puentes, tranquilamente, en alguna ocupación semejante. Todos en general tenían aspecto de gentes que hacen algo para no ser tachados de pereza más que por necesidad. La cubierta, esa parte sagrada de todo barco en que reina la disciplina, estaba ocupada por otro tipo de hombres que no manifestaban mayor actividad.

Tres o cuatro jóvenes, se mostraban bajo una especie de pequeño uniforme de mar para el cual no se había tenido en cuenta la moda de ningún pueblo en particular. A pesar de la aparente calma que reinaba en torno a ellos, cada uno de estos individuos tenía en su cintura un puñal corto y derecho. No había, sin embargo, ningún otro signo inmediato de desconfianza del que un observador pudiera deducir que esta precaución de llevar armas fuera algo más que la costumbre ordinaria del barco. Dos centinelas de mirada hosca y dura, vestidos y equipados como soldados de tierra, y que contra el uso habitual de la marina estaban situados en la línea de demarcación entre el lugar que ocupaban los oficiales y la parte delantera de la cubierta, anunciaban aún mayores precauciones. Pero, sin embargo, todo esto era visto por los marineros con indiferencia, prueba evidente de que la costumbre les había familiarizado con ello desde hacía mucho tiempo.

El individuo que ya fue presentado bajo el título de general, estaba en pie tan rígido como uno de los mástiles del barco, estudiando con intención de crítica el equipaje de sus dos mercenarios, y pareciendo inquietarse tan poco por cuanto pasaba a su alrededor como si se considerase, literalmente, una parte integrante y material del armazón del barco.

Había, no obstante, un hombre que se podía distinguir de cuantos le rodeaban por la dignidad de su figura y el aire de autoridad que respiraba incluso en la calma de su actitud: era el Corsario, que estaba a un lado, solo; nadie osaba aproximarse al lugar que él ocupaba. Su sutil mirada se paseaba incansablemente por todo el barco, como para pasarle revista; después, por unos momentos, quedó cautivado por una de esas ligeras y transparentes nubes que flotaban por encima de él en los azules cielos, y entonces se vio acumularse en su frente esas sombras espesas que parece cubrir

profundas reflexiones. Su mirada llegaba a ser a veces tan sombría y amenazadora que su hermosa cabellera, que se escapaba en rizos por su gorro de terciopelo, no podía conservar en sus rasgos la gracia que tan a menudo animaba su expresión. Como si desdeñara toda molestia y hubiera querido demostrar a la naturaleza su poder, llevaba sus pistolas al descubierto, colgadas de un cinturón de cuero que rodeaba su traje azul adornado con un galón de oro.

En el puente de popa y separadas de la gente, se encontraban mistress Wyllys y Gertrudis, que no presentaban en su aspecto o en sus miradas esa inquietud que, naturalmente, es de suponer en mujeres que se encuentran en una situación tan crítica como el estar en compañía de piratas son fe ni ley. Al contrario, mientras que la primera mostraba a su joven amiga el promontorio azul que se elevaba del agua como una nube y que se dibujaba en lontananza, la esperanza se mezclaba de manera impresionante con la expresión ordinariamente tranquila de sus rasgos. Luego llamó a Wilder con tono alegre, y el joven, que desde hacía mucho rato permanecía de pie al final de la escalera que llevaba a cubierta, acudió a su lado en un instante.

—Precisamente en un barco se me está yendo gran parte de mi existencia —dijo la institutriz que evidentemente se entregaba a sus recuerdos de otros tiempos—; ¡feliz y desgraciado a la vez ha sido el tiempo que he pasado en el mar!, y éste no es tampoco el primer barco a bordo del cual haya querido la fortuna dejarme.

Y sin embargo los aparejos parecen que han cambiado después de los días a que me refiero. ¿Es frecuente, señor Wilder, que se permita a un extranjero, como usted lo es en este barco, gobernar un barco de guerra?

—¡Ciertamente no!

—Y sin embargo, por lo que mi escaso juicio puede comprender, usted ha desempeñado funciones de primer lugarteniente desde que hemos sido recogidos en este navío.

Wilder volvió de nuevo los ojos, y pareció, con clara evidencia, que buscaba las palabras antes de responder:

—Un título de lugarteniente siempre es respetado. El mío me ha procurado la atención que han podido ver.

—Entonces, ¿es usted oficial de la corona?

—¿Ninguna otra autoridad sería respetada en un barco de la corona? La muerte ha dejado vacante el segundo puesto de este... barco. Afortunadamente para las necesidades del servicio, incluso tal vez para mí mismo, me he encontrado aquí para ocuparlo.

—Pero dígame también —continuó la institutriz que parecía dispuesta a aprovechar la ocasión de disipar una duda—, ¿es habitual que los oficiales de un barco de guerra aparezcan armados en medio de su tripulación de la forma en que se ve aquí?

—Es la voluntad de nuestro comandante.

—Este comandante es, evidentemente, un hábil marinero; pero al mismo tiempo



es un hombre cuyos caprichos y gustos son tan extraordinarios como aparentan. Ya le he entretenido bastante y me parece que no dispone de mucho tiempo.

Mistress Wyllys guardó silencio durante unos minutos, y sus ojos permanecieron fijos en el rostro del ser tranquilo e inmóvil que conservaba siempre la misma actitud, aislado de toda la gente que había adoptado la decisión de someterse por completo a su autoridad.

—¿Hace mucho tiempo que conoce al capitán Heidegger? —preguntó ella.

—Nos habíamos visto anteriormente.

—Parece un hombre de origen alemán, a juzgar por su acento. Estoy segura de que es nuevo para mí. He conocido aquel tiempo en que había pocos oficiales de ese rango al servicio del rey, que no me fuesen conocidos al menos de nombre. ¿Hace mucho que su familia vive en Inglaterra?

—Es una cuestión a la que podía responder mejor él mismo —dijo Wilder—, notando con placer que aquel que era el centro de su conversación se les acercaba.

Wilder se retiró con evidente desagrado, y si en el corazón de sus compañeras habían empezado las sospechas, notarían la mirada de desconfianza que dirigió a su comandante, cuando éste vino a saludarles y hacerles su visita de cada mañana. No había, sin embargo, nada en los modales del Corsario que pudiera revelar una celosa vigilancia. Al contrario, sus maneras eran indiferentes, frías y parecía preocupado. Se podría decir que vino a conversar con ellos mucho más por el sentimiento de los deberes de hospitalidad que por el placer que pudiera encontrar en hacerlo. A pesar de eso su aspecto era jovial, y su voz dulce como el aire de las islas florecientes que se ven en la lejanía.

—Miren qué paisaje —dijo indicando con el dedo las cimas azuladas de la tierra, que hace las delicias del habitante de las tierras y el terror del marino.

—¿Los marinos sienten tanta repugnancia al ver los países que tantos de sus semejantes encuentran placer en habitar? —preguntó Gertrudis con una franqueza que habría bastado para demostrar que su alma joven e inocente no tenía la menor sospecha del verdadero carácter de aquel que les hablaba.

—¿Su nombre es miss Grayson? —preguntó el Corsario con una sonrisa en que la ironía estaba quizá cubierta por la broma. Después del peligro que ha corrido hace tan poco tiempo, yo mismo, verdadero monstruo del mar tan testarudo y terco como soy, no tengo ningún motivo para enfadarme por su repugnancia hacia nuestro elemento. Y sin embargo, al menos así me lo parece, siente cierto placer. Tenemos regularmente nuestros bailes, por ejemplo, hay a bordo de este barco artistas que, si son incapaces quizá de formar con sus piernas un ángulo recto tan exacto como el primer bailarín de ballet, pueden, sin embargo, continuar con los mismos rostros en una borrasca, lo que es mucho más de lo que sabría hacer el mejor danzante de salones.

—Un baile sin mujeres debe ser una diversión poco agradable, al menos para nosotros, pobres habitantes sin gusto de tierra firme.

—¡Ejem!, no sería así, sin duda, si hubiera una o dos damas. Al momento

formamos nuestro teatro, la farsa y la comedia nos ayudan a pasar el tiempo, y nos calzamos el coturno.

—Todo eso es muy bonito pintado de esa forma —respondió mistress Wyllys—; pero el cuadro debe algo al mérito del poeta o del pintor, como quiera llamarle.

—No tengo más que una grave y verídica historia. Sin embargo, puesto que usted duda de ella...

Y se volvió hacia Wilder que se había situado en la puerta de entrada, y le dijo: «Estas damas dudan de nuestra jovialidad, señor Wilder; que el contramaestre deje oír su mágico silbato y haga circular el grito de: ¡A las farsas!, entre la tripulación».

Nuestro aventurero hizo ademán de que iba a obedecer, y a dar las órdenes necesarias. En pocos minutos el mismo individuo con quien había trabado conocimiento en la taberna de *El Ancla Levada* apareció en medio del barco cerca de la gran escotilla, con su cadena y su silbato de plata, y acompañado de dos ayudantes, alumnos más humildes de la misma extravagante escuela.

Entonces un silbato agudo y prolongado salió del instrumento de Nightingale, quien, cuando el sonido se extinguió, gritó con una voz aún más fuerte y menos sonora de lo normal:

—¡Eh!, ¡eh!, todo el mundo, ¡a las farsas!

Apenas había sonado el grito de: ¡A las farsas!, cuando un murmullo de voces bajas, que se escuchaba desde hacía bastante rato entre la tripulación, cesó de golpe, y una aclamación general salió a la vez de todas las bocas. En un instante, desapareció todo síntoma de letargo, para dar paso a una actividad general y extraordinaria. Los marineros de los mástiles se lanzaron como animales saltadores, en medio de los aparejos de sus berlingas respectivas, y se les vio trepar por las escaleras de cuerdas oscilantes como ardillas que se afanasen en ganar su agujero a la primera señal de alarma. Los marineros más viejos y menos ágiles del castillo de popa, los ayudantes de los cañoneros y los maestros cuarteros, personajes más importantes aún, todos se esforzaban, con una especie de instinto, en ocupar sus posiciones respectivas, los más ejercitados, en preparar *las farsas* a sus camaradas, concretaban los preparativos.

Había otro pequeño grupo de hombres que estaban reunidos, en medio de los clamores y de la confusión general, con un orden y diligencia que manifestaban a la vez que ellos sentían la necesidad de unirse a la circunstancia del momento: era la tropa guerrera, tan bien disciplinada, del general, entre la cual y los marineros más ampulosos existía una antipatía que se podría casi definir como instintiva, y que sobre todo, por razones fáciles de entender, había sido tan fuertemente alentada en el barco del que hablamos, que a menudo se había manifestado en querellas tumultuosas y otras veces, incluso, en una especie de combates. Bien podían llegar a una veintena; se reunieron rápidamente, y, aunque tenían que dejar sus armas de fuego antes de llegar, tomaron parte en la diversión general; había en el rostro de cada uno de estos héroes con bigotes una expresión sombría que mostraba el placer con que utilizarían la bayoneta colgada en sus espaldas, si la necesidad les obligase. Su comandante se

retiró con el resto de los oficiales al castillo de proa, para no importunar con su presencia los juegos y maniobras de aquéllos a quienes habían cedido el resto del barco.

Habían transcurrido un par de minutos en los acontecimientos que acabamos de hacer mención; pero antes los marineros que trepaban por los mástiles se aseguraron de que ningún peligro ocurriría a bordo, y de que no existía motivo para esperar ningún tipo de resentimiento por parte de los diferentes grupos situados en cubierta, luego se dispusieron a obedecer, al pie de la letra, la orden del comandante de comenzar sus *farsas*.

Un cierto número de cubos de cuero, de los cuales la mayor parte serían utilizados en caso de incendio, fueron colgados con igual número de palancas en la extremidad exterior de las diferentes vergas que bajaban hacia el mar. A pesar de la torpe oposición de los marineros de abajo, los cubos quedaron llenos. Más de un astuto marino, tuvo entonces con el elemento sobre el que flotaba un conocimiento más íntimo del que convenía a su humor. Tan pronto como estos ataques burlescos se cernieron sobre los individuos que aún no estaban más que seminiados en tales misterios, los marineros de los mástiles gozaron impunemente del resultado de tales astucias; pero desde el instante en que la dignidad de un ayudante artillero no fue respetada, toda la tropa de los suboficiales y de los hombres del castillo de popa se levantó en masa para vengar este insulto, con una prontitud y destreza que probaban cómo conocían los viejos marineros a fondo todo lo que formaba parte de su profesión. Una pequeña bomba fue dirigida contra el mástil más próximo como una batería colocada con arte para limpiar un campo de batalla. Los hombres de los mástiles se dispersaron en seguida riendo a carcajadas, unos subiendo lo suficiente para estar fuera del alcance de la bomba, otros se retiraron a la cofa más cercana, y lanzándose de cuerda en cuerda a grandes alturas, lo que hubiera sido imposible hacer a todo animal que no fuese una ardilla.

Los marineros triunfantes y maliciosos invitaron a los soldados marinos a aprovecharse de su ventaja. Empapados hasta los huesos y animados por su deseo de venganza, una media docena de soldados, conducidos por un cabo cuya polvorienta cabellera se había convertido en una especie de pasta por el contacto demasiado íntimo que había tenido lugar entre ella y un cubo repleto de agua, trataron de subir por los aparejos, tarea mucho más difícil para ellos que ir a la brecha.

Apenas pasó el último de la tropa, cuando veinte marineros se precipitaron desde lo alto de la cofa para saltar sobre su presa. En menos tiempo del que cabría esperar, este intento fue realizado. Dos o tres audaces aventureros fueron amarrados en el lugar en que se encontraban, totalmente incapaces de ofrecer la menor resistencia en un sitio donde el mismo instinto les obligaba a emplear sus dos manos para resistir, mientras que el resto de la tropa estaba alzada, por medio de poleas, tan fácilmente como se hubiera podido subir una verga o una vela ligera.

En medio de las ruidosas aclamaciones que siguieron a este suceso, un marinero

sobresalió por la gravedad y aplicada actitud con que desempeñaba su papel en esta comedia. Sentado en el extremo de una gran verga, con tanta seguridad como si hubiese estado tendido sobre un sofá, estaba muy ocupado en examinar el estado de un prisionero que había pasado de mano en mano hasta llegar a él, con orden del capitán de la tropa victoriosa, que dirigía desde lo alto de la cofa, de hacer con él una *gorra* y ponérsela.

—¡Muy bueno!, ¡muy bueno! —dijo nuestro marinero serio y acompasado, que no era otro sino Richard Fid—; las eslingas que se me han enviado con este valiente compañero no son de las mejores —y exclamó luego—, ¿qué pasará pues, cuando le icemos con una polea? ¡Pardiez!, señores, debíais haber suministrado a este muchacho un atavío más propicio para el ridículo, si queríais enviarle con mejor compañía; hay más agujeros en su vestido que portillas en el barco... ¡Eh! ¡Los de cubierta! Guinea, búscame un sastre, y envíale aquí para que ponga el trasero del camarada al abrigo del viento.

El africano de estatura atlética, que fue puesto en el castillo de proa por su prodigiosa fuerza, echó una mirada a lo alto, y con los brazos cruzados sobre el pecho, se puso a rondar por el puente con un aspecto tan serio como si hubiera sido encargado de una función de la mayor importancia. Oyendo todo este ruido por encima de su cabeza, un hombre que con aire de angustia y tristeza inspiraba verdaderamente piedad, había salido del retirado rincón en el que se encontraba para subir por la escalera de escotilla de delante, y pasando la mitad del cuerpo, con una madeja de grueso hilo en el cuello, un trozo de cera en una mano y una aguja en la otra, se puso a mirar atentamente a su alrededor. Detuvo su mirada en el pobre diablo de Escipión. Extendiendo el brazo, le tocó en el hombro, y antes de que su víctima estupefacta supiera en qué manos había caído, un garfio le sujetó por la cintura de su pantalón, y ya estaba a mitad del camino entre el mar y la verga para ir a reunirse con el viejo Richard.

—Cuida de que no caiga en el mar —gritó Wilder desde lo alto de la popa.

—Es el sastre, amo Harry —respondió el negro impasible—; si paño no ser bueno, él no tener otro.

Durante esta corta conversación, el buen Homespun había llegado sano y salvo al término de su vuelo aéreo. Fue atentamente recibido por Fid quien se levantó a su lado, y le hizo sitio cómodamente entre la verga y el extremo de la misma, le ató con una correa de forma que pudiera mover libremente las manos.

—Arregle un poco el pantalón de este pobre diablo —le dijo Richard después de tomar todas las precauciones para que el buen hombre no pudiera caerse—; vamos, cósame todo esto. Pero ¿por qué, compañero, abres ojos tan grandes como una porta? —dijo Fid—. Cuanto ve a su alrededor es agua, a excepción de ese punto azul del lado este que es una parte de las montañas de las Bahamas, ¿comprende?

## Capítulo veinte

Mientras ocurría el pequeño episodio que acabamos de contar, en uno de los extremos de la verga de trinquete del Corsario, escenas que tenían tanto de tragedia como de comedia se llevaban a cabo por otros rincones. La lucha entre los ocupantes de cubierta y los marineros de los mástiles, tan referida ya, estaba lejos de llegar a su fin. En más de una ocasión a los golpes siguieron las injurias, y como esta primera clase de chanza era de ésas a las que los soldados marinos se veían obligados por sus perseguidores más astutos, la lucha comenzaba a igualarse por parte de ambos bandos, y el resultado se presentaba muy dudoso. Sin embargo, Nightingale estaba siempre dispuesto para llevar a los combatientes según la conveniencia, tanto valiéndose del sonido bien conocido de su silbato como de su resonante voz. Un largo y persistente silbido acompañado de las palabras: «¡Eh!, ¡eh!, ¡dejemos la chanza!», habría bastado entonces para sofocar el resentimiento que estaba a punto de estallar de los distintos antagonistas, cuando la burla punzaba demasiado al arrogante soldado; pero la preocupación de aquel que observaba, en general, con ojos de vigilante los movimientos de todos sus subordinados, hacía esperar resultados mucho más serios.

Apenas la tropa comenzó los juegos más o menos groseros que acabamos de contar, cuando el arrebató de euforia que había llevado al Corsario a romper de esa manera momentáneamente las líneas de la disciplina, pareció desaparecer de pronto. El aire vivo y alegre que había mantenido en su conversación con las mujeres que eran pasajeras o prisioneras en su barco, según quisiera él considerarlas, había desaparecido bajo la sombría nube que cubría su pensativa frente. Sus ojos no brillaban con aquel fulgor y rareza con que él gustaba presentarse, sino que habían adoptado una expresión grave y austera. Era evidente que su ánimo había caído en uno de esos profundos ensueños que tan a menudo oscurecían sus alegres rasgos, como una nube que pasa ante el sol y extiende una oscura sombra sobre las doradas espigas que el viento balancea suavemente en la llanura.

Mientras permanecía así, absorto, los juegos seguían su curso, acompañados, a veces, de incidentes lo bastante cómicos para arrancar una sonrisa incluso de los labios de Gertrudis medio asustada, pero siempre con una tendencia cada vez más pronunciada a terminar decididamente de un momento a otro con la disciplina del barco.

De pronto, en medio del ruido y la confusión, se dejó oír una voz, que parecía salir del océano, y que llamaba al barco por su nombre, con ayuda de un portavoz aplicado a la circunferencia exterior de un escobén.

—¿Quién llama al *Delfín*? —respondió Wilder cuando se dio cuenta que aquella voz no podía haber sacado a su comandante de la profunda reflexión en que estaba sumido.

—El padre Neptuno está bajo la proa.

—¿Qué desea el dios?

—Tiene entendido que algunos extranjeros han entrado en sus dominios, y pide permiso para subir a bordo del atrevido *Delfín* para saber qué es lo que vienen a hacer aquí y examinar su diario secreto.

—Sea bienvenido; haced que suba el viejo a bordo y presentadle los debidos honores. Es un marinero demasiado experimentado para recibirle de cualquier manera.

En seguida se vio aparecer a un marinero de talla atlética, que parecía salir del elemento del que pretendía ser dios, con gruesas capas de lana; tenía los cabellos blancos, degustando agua de mar y hierbas salvajes, que cubrían la superficie del agua a una legua del barco, y le hacían una especie de sencillo abrigo. Llevaba en la mano un tridente hecho con tres punzones dispuestos de forma conveniente, y colocados en la punta de una lanza. Ataviado de esta manera, el dios del océano, que era nada menos que el capitán del castillo de proa, avanzaba, con toda la dignidad que la situación exigía, a lo largo del puente. Ya en cubierta frente a los oficiales, el dios les saludó bajando su cetro, e inició la conversación. Wilder se vio obligado, ya que la actitud de su comandante seguía siendo la misma, a formar parte del diálogo:

—Es un barco muy hermoso éste en el que usted ha venido, hijo mío, y me parece que lo ocupan los más selectos de mis hijos. Espero que no haya traído a muchos nuevos reclutas con usted, porque siento el bacalao a bordo de un barco del Báltico que llega con sus mercancías, y que no debe estar más que a unas cien leguas de aquí. No tendré apenas tiempo de examinar los papeles de la gente de toda su tripulación, para ver si están en regla.

—En seguida los tendrá todos ante usted. Un hombre tan hábil como Neptuno no tiene necesidad de que se le enseñe cómo se examina a un marino.

—Comenzaré, entonces, por este señor —respondió el sagaz capitán del castillo de proa volviéndose hacia el jefe de los soldados marinos que permanecía inmóvil—. Siento horror a la tierra y quisiera saber cuántas horas hace que él navega sobre mis dominios.

—Creo que ha hecho muchos viajes por mar, y me atrevería a decir que hace mucho que pagó el tributo acostumbrado a Su Majestad.

—Está bien, está bien; le creo. ¿Y estas damas?

—Ambas han estado antes en el mar, y están por consiguiente, dispensadas de toda interrogación —respondió Wilder apresuradamente.

—La más joven es muy bonita para haber nacido en mis dominios —dijo el galante soberano del mar—; pero nadie puede rehusar responder a una pregunta que salga directamente de la boca del viejo Neptuno. Así, pues, si esto es indiferente a Su Honor, yo rogaría a esta joven que me respondiera gustosamente ella misma.

Entonces, sin prestar la menor atención a la mirada furiosa que Wilder le echaba, el inflexible representante del dios se dirigió directamente a Gertrudis. «Si como han dicho, mi hermosa señorita, usted ha visto ya el mar antes de esta travesía, ¿podría,

quizá; darme el nombre del barco y algunas otras pequeñas particularidades del viaje?».

Nuestra heroína cambió de color tan rápidamente como se ve al cielo de la tarde enrojecer y perder su matiz plateado; pero tuvo el suficiente control de sí misma para responder con tranquilidad:

—Si entro en pequeños detalles, pasarán desapercibidas cosas mucho más dignas para Su Majestad. Quizás este certificado le convenza de que no soy novicia en el mar. —Mientras ella hablaba, una guinea pasó de su blanca mano a la que le presentaba el hombre que la interrogaba.

—No puedo concebir que no le haya reconocido, señora, y no puedo explicármelo más que por las muchas e importantes ocupaciones que tengo —respondió el audaz pirata inclinándose con grosera cortesía, y metiéndose la ofrenda en el bolsillo.

Después de repetir su saludo con un pie echado hacia atrás, se volvió hacia la institutriz a fin de continuar su examen.

—Y usted, señora —dijo—, ¿es la primera vez que viaja por mis dominios?

—No es ni la primera ni la veinteava vez; yo he visto muy a menudo a Su Majestad.

—¡Una antigua conocida!, ¿y a qué latitud nos encontramos por primera vez?

—Creo que fue en el Ecuador, hace ya treinta años bien cumplidos.

—Sí, sí, voy allá muy a menudo para vigilar a los barcos de la Compañía de las Indias, y a los mercantes del Brasil que vuelven a su país. Visité a muchos en el año que me dice, pero no puedo acordarme de sus rasgos.

—Me temo que treinta años hayan podido cambiarlos —respondió la institutriz con una sonrisa que, aunque melancólica, tenía mucho de dignidad para hacer pensar que lamentara una pérdida tan vana como es la de la belleza—. Yo estaba a bordo de un barco del rey, un barco de unas dimensiones extraordinarias; tenía tres puentes.

El dios recibió entonces la guinea que le fue ofrecida secretamente; pero parecía que el acontecimiento había aumentado su avidez; pues en lugar de mostrar su agradecimiento, pareció estar dispuesto a esforzarse nuevamente por obtener otra retribución.

—Todo esto puede ser tan cierto como dice la señora —exclamó—; pero el interés de mi reino, y la numerosa familia a la que he de alimentar, me obligan a mirar por mis derechos. ¿Tenía alguna bandera ese barco?

—Sí.

—¿Era posible izarla, como de ordinario, al extremo del pequeño bauprés?

—Se izaba, como es costumbre para un vicealmirante, en la proa.

—¡Bien respondido! —murmuró la divinidad un poco ofendida porque su artificio no marchaba mejor—; es rarísimo, salvo en lo que a usted respecta, que yo haya olvidado semejante barco. ¿Podría citarme alguna particularidad extraordinaria, algo de lo que siempre suele acordarse uno?

Los rasgos de la institutriz ya habían perdido su expresión forzada de broma para

adoptar la de una profunda reflexión, su mirada parecía estar fija en el espacio, mientras decía, con voz de quien trata de reunir recuerdos confusos:

—Me parece que veo aún el aspecto bribón y astuto con el que un joven travieso que no tenía más que ocho años se puso a jugar maliciosamente con un supuesto Neptuno, y supo arreglárselas para hacerle caer en el mayor ridículo ante toda la tripulación.

—¿No tenía más que ocho años? —preguntó una fuerte voz al lado de ella.

—No tenía más que ocho años; pero su suspicacia estaba muy por encima de su edad —respondió mistress Wyllys vacilando como quien se despierta de un sobresalto, y volviéndose para mirar al Corsario.

—Está bien, está bien —interrumpió el capitán del castillo de proa, que no se atrevía a continuar un examen en el que su temible comandante creía conveniente intervenir—, me atrevo a decir que todo está en regla.

Hablando así el dios pasó rápidamente ante los oficiales, y dirigió su atención a los soldados marinos que estaban en formación, sintiendo la necesidad de un mutuo apoyo para mantener un examen tan pormenorizado. Perfectamente conscientes de la carrera que cada uno había hecho, y temiendo ser despojado de su autoridad, el jefe del castillo de proa escogió entre toda la tropa a un novato, y ordenó a sus ayudantes que llevasen a la víctima a la proa del barco, donde creía que podría llevar a cabo las pesadas bromas con menos peligro de ser interrumpido. Enojados ya por haber servido de irrisión a toda la tripulación, y decididos a defender a su camarada, los soldados marinos se resistieron.

Tuvo lugar una larga disputa, ruidosa y animada, durante la cual cada una de las partes mantenía su derecho de persistir en la decisión que había tomado. No tardaron los combatientes en pasar de las palabras a demostraciones más hostiles. Esto fue en el momento en que la paz interior del barco se mantenía, por así decirlo, tan sólo por un hilo, del cual el general juzgó conveniente sacar el partido que se propuso desde el comienzo de las escenas en que la disciplina había sido tan severamente ultrajada.

—Protesto contra esos manejos licenciosos y antimilitares, —dijo, dirigiéndose a su superior que seguía tan absorto como antes en sus reflexiones—. He dado a mi gente, al menos así lo creo, el verdadero espíritu del soldado y no se puede hacer a ninguno de ellos objeto de una afrenta tan grande como poner las manos sobre él, a menos que eso se haga por vía de disciplina. Prevengo, pues, aquí, a cuantos me oyen, y les prevengo claramente: si alguien toca aunque sea solamente un dedo de uno de los míos, recibirá en el acto un golpe que le enseñará a respetar a mi tropa.

Como el general no había tratado de moderar su voz, fue perfectamente oída por sus soldados, y produjo el efecto que cabía esperar. Un vigoroso puñetazo, dirigido por el sargento, hizo brotar la sangre del rostro del dios del mar, e inmediatamente hizo ver su origen terreno.

Viéndose obligado a defender su frágil *humanidad*, el forzudo marino presentó sus saludos con los accesorios que la circunstancia parecía exigir.



Semejante intercambio de saluciones entre dos personajes tan eminentes fue la señal de las hostilidades generales entre sus respectivos subordinados. El tumulto que siguió al ataque había atraído la atención de Fid, que, desde que vio el giro que tomaban los juegos que se llevaban a cabo allá abajo en cubierta, abandonó a su compañero sobre la verga, y se deslizó con ayuda de un estay, casi con la misma agilidad que un mico, esa caricatura de hombre, habría podido ejecutar la misma maniobra. Su ejemplo fue seguido por los marineros de los mástiles, y en menos de un minuto todo hacía creer que los bravos soldados marinos iban a ser derrotados por la superioridad, en número, de los otros; pero firmes en su resolución y en su animosidad, estos aguerridos guerreros, llevados de su sed de venganza, en lugar de buscar un refugio para su huida, se replegaron unos contra otros con el fin de sostenerse. Se veían las bayonetas brillar al sol, mientras que algunos marineros separados del grupo llevaban ya en las manos las lanzas que habían cogido al pie del mástil.

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —gritó Wilder colocándose en medio de la multitud, y abriéndose paso con energía, quizá, por el recuerdo del peligro que corrían las mujeres sin su protección si las líneas de subordinación llegaban a romperse violentamente en una tripulación compuesta por semejantes individuos.

—¡Atrás! Si deseáis seguir viviendo, ¡obedeced! Y usted, señor, ya que le tiene por tan buen soldado, ordene a su gente que cumpla con su deber.

Por mucha repugnancia que hubiera podido inspirarle la escena anterior, el general estaba demasiado interesado por el mantenimiento de la paz interior del barco, como para esforzarse en responder a lo que le habían dicho. Fue secundado por todos los oficiales subalternos, que se percataban de que tanto su vida como su fortuna estaban en peligro, si no hacían detenerse el torrente desbordado de manera tan inesperada. Pudieron comprobar cuán difícil resulta sostener una autoridad que no está basada en ningún poder legítimo. Neptuno dejó su máscara, y sostenido por sus vigorosos camaradas del castillo de proa se preparaba evidentemente para un combate que podía proporcionarle títulos más grandes de inmortalidad que cuanto acababa de hacer.

Los soldados marinos estaban armados, y ya se habían formado, a cada uno de los lados del palo mayor, dos grupos de marineros, bien provistos de picas y de cuantas armas habían caído en sus manos. Dos o tres de ellos habían llegado, incluso, a hacerse de un cañón, y situarlo de manera que se pudiese barrer la mitad de la cubierta. En una palabra, la querrela había llegado a tal punto que un solo golpe más, dado por una u otra parte, habría sido el comienzo de una masacre y un pillaje general.

Durante los cinco minutos que transcurrieron en medio de estas señales de insubordinación tan amenazadoras como siniestras, el hombre más interesado en el mantenimiento de la disciplina había permanecido, de la manera más extraña, totalmente indiferente o demasiado ajeno a todo lo que estaba ocurriendo a su

alrededor.

Por el contrario, los otros oficiales se mostraron más activos. Wilder había hecho retroceder a los marineros más atrevidos, y las dos partes se encontraban entonces separadas por un espacio en que los oficiales subalternos se situaron con la diligencia de hombres que saben que en un momento como el que estaban viviendo era necesario exponer sus vidas. Este momentáneo éxito tal vez se llevó demasiado lejos; pues creyendo que el espíritu de sedición había sido dominado, nuestro joven aventurero acababa de coger al más audaz de los culpables, cuando el prisionero le fue arrebatado, de golpe, de sus propias manos por veinte de sus cómplices.

—¿Quién es este hombre que se da aires de un comodoro a bordo del *Delfín*? —exclamó una vez de entre la multitud, en un momento bastante desafortunado para la autoridad del nuevo lugarteniente—. ¿De qué manera ha llegado a bordo \ donde cumple su oficio?

—Sí, sí —añadió una siniestra voz—, ¿dónde está el barco mercante de Bristol que debía caer en nuestro poder y por el cual hemos perdido los mejores días de la estación, con el ancla echada y sin hacer nada?

Entonces estalló un murmullo general y simultáneo que bastó para demostrar que el desconocido oficial no era mucho más afortunado en su puesto actual que en el que había ocupado a bordo del barco naufragado. Las dos partes estaban de acuerdo en rechazar su intervención, y de ambos lados se oían proferir dudas ofensivas sobre su origen, mezcladas con enérgicos murmullos sobre su persona. Sin dejarse intimidar por pruebas tan palpables de lo peligroso de su situación, Wilder respondió a sus sarcasmos con la sonrisa más desdeñosa, desafiando a uno solo de entre ellos a que se atreviera a avanzar para sostener sus palabras con sus hechos.

—¡Escuchadle! —gritaron sus auditores.

—Habla como un oficial del rey a la caza de un contrabandista —exclamó uno.

—Sí, es valiente durante la calma —dijo otro.

—Es un Jonás que se ha introducido en el camarote por la escotilla —replicó un tercero—, y mientras este en el *Delfín*, la brújula nos dirigirá constantemente hacia nuestra desdicha.

—¡Al mar con el intrigante! ¡Que se le arroje al mar! Allí encontrará a un hombre mejor y más valiente que le ha precedido —exclamaron al unísono una media docena de voces, y algunos revoltosos testimoniaron de la manera menos equívoca su intención de llevar a cabo la amenaza. Pero dos hombres se salieron súbitamente fuera de la multitud y se colocaron como leones furiosos entre Wilder y sus enemigos. El primero en salir en su ayuda hizo frente a los marineros que avanzaban, y de un puñetazo dado con un irresistible brazo, hizo caer a sus pies al representante de Neptuno, como si hubiera sido un simple maniquí. Su compañero no tardó en seguir su ejemplo y a medida que la gente, estupefacta, se retiraba, el último, que era Fid, hacía ejercicios con su puño tan grande como la cabeza de un niño, y exclamaba a voz en grito:

—¡Atrás! ¡Bribones, atrás! ¿Seríais capaces de uniros todos contra un hombre solo; y más aún sobre este hombre; vuestro oficial, y un oficial tal como nunca habréis visto otro igual en vuestra vida?

—¡Retiraos! —exclamó Wilder poniéndose entre sus defensores y sus enemigos—, retiraos os digo, dejadme hacer frente a esos miserables.

—¡Al mar!, ¡al mar, él y esos dos malditos que le defienden! —gritaban los marinos—, ¡echémosles a los tres al mar!

—¿Va a permanecer callado, y dejará que se cometa ante sus propios ojos un asesinato? —exclamó mistress Wyllys abandonando el lugar en que estaba y poniendo la mano con vivacidad sobre el hombro del Corsario.

Él se turbó como quien sale repentinamente de un profundo sueño, y la miró fijamente.

—Mire —le dijo ella señalando a la multitud furiosa que se encontraba en cubierta, donde se podían ver todos los síntomas de un motín en vías de aumento—. Mire, van a matar a su oficial, y no hay nadie para impedirlo.

La palidez que desde hacía tanto rato cubría su rostro desapareció cuando, de un solo vistazo, se dio cuenta de lo que sucedía; comprendió en seguida lo que pasaba, y su rostro se enrojeció como si de pronto toda la sangre se le hubiera subido a él. Cogiendo una cuerda que colgaba de la verga que había sobre su cabeza, se deslizó desde la popa y cayó hábilmente en medio de la multitud. Las dos partes retrocedieron, mientras que un silencio súbito y profundo sucedía a los clamores que un momento antes habían parecido los ruidos de una catarata. Haciendo un gesto con el brazo, tomó la palabra, y lo hizo en un tono que, si en algo se diferenciaba de lo normal en él, era por ser bastante menos fuerte y mucho menos amenazador que de costumbre; sin embargo no hubo ni una sola de sus palabras que no llegara a oídos de los más alejados, y nadie podía dejar de entender cuanto quería decir: «¡Una sedición! —dijo con un tono que encerraba una mezcla muy peculiar de desdén e ironía—, ¡una sedición declarada, abierta, violenta, y que puede acabar con derramamiento de sangre! ¿Estáis cansados de la vida amigos míos? ¿Hay alguno entre vosotros que quiera servir de ejemplo a los demás?».

Se calló, y la especie de encantamiento que produjo su presencia fue tan general y tan profundo, que en toda aquella multitud de seres salvajes y encolerizados, no encontró a ninguno lo bastante atrevido que osase desafiar su cólera. Viendo que ni una sola voz respondía, que ningún miembro hacía ni el más mínimo movimiento, que incluso ningún ojo se atrevía a afrontar su mirada firme y chispeante, continuó en el mismo tono.

—¡Está bien! ¡La razón ha llegado algo tarde!; pero afortunadamente para todos, ha llegado. ¡Atrás!, oídmeme bien, desalojad la cubierta. —Los revoltosos retrocedieron uno o dos pasos a cada lado—. Poned esas armas en su sitio; ya habrá tiempo de sacarlas cuando hagan falta. ¡Habéis tenido la osadía de coger las lanzas sin que yo lo haya ordenado! Tened cuidado, no sea que se os quemem las manos. —Una docena de

lanzas cayeron a un mismo tiempo sobre la cubierta—. ¿Hay un tambor en este barco?, ¡que se presente!

Un personaje, todo él tembloroso, y que apenas tenía fuerzas para sostenerse se presentó después de coger su instrumento en una especie de instinto desesperado.

—Vamos, hágalo oír, para que yo compruebe en seguida si mando una tripulación de hombres bien disciplinados y obedientes, o un puñado de maleantes a los que he de purificar antes de poder fiarme de ellos.

Los primeros golpes de tambor bastaron para decir a la tripulación que se hiciera a la retirada. Sin vacilar un solo momento la multitud se disgregó, y cada uno de los culpables se retiró en silencio; los que habían puesto el cañón sobre cubierta, lo llevaron a su sitio con una destreza que les habría sido de insuperable utilidad en un combate.

—¡Que bajen los escuchas y las drizas! —dijo al primer lugarteniente que mostraba ahora un conocimiento tan profundo de lo militar de su profesión como lo había mostrado fuera de lo náutico—. Dé a esos hombres sus lanzas y sus hachas, señor; nosotros vamos a demostrar a estos bribones que no debemos entregarles armas.

Estas diferentes órdenes fueron cumplidas al instante, y en seguida reinó un profundo y solemne silencio que hizo ver a una tripulación preparada para un combate tan imponente, incluso para aquellos que estaban acostumbrados a ello desde su infancia. De esta manera fue como el hábil jefe de este grupo de hombres perversos supo hacer desaparecer la violencia bajo el freno de la disciplina. Cuando creyó que sus ideas habían tomado el curso ordinario y que habían sido comprimidas en sus límites por el estado de sujeción a que él las había sometido, estado que los suyos sabían que una palabra o incluso una mirada culpable sería seguida al momento de un castigo terrible, se apartó a un lado con Wilder, al cual pidió explicación de lo que había pasado.

Si no exageró nada en su relato, tampoco pretendió disminuir las faltas de los culpables. Fueron puestos en conocimiento del Corsario todos los hechos en un lenguaje franco y sin faltarle un ápice de verdad.

—Los muy astutos sabían que mi vista no estaba fija en ellos —respondió el Corsario—. Ya en otra ocasión, hicieron en mi barco la aplicación viviente de aquel pasaje del Nuevo Testamento que nos enseña la humildad diciéndonos: «Los últimos serán los primeros y los primeros postreros». Encontré a toda la tripulación bebiendo licores y golpeándose unos con otros, mientras que los oficiales estaban prisioneros en las bodegas; cosas, que como puede advertir, van en contra tanto de la decencia como del decoro.

—Me pregunto cómo pudo establecer la disciplina.

—Me puse en medio de ellos, solo, y sin otra ayuda que una barca. Pero no necesito más que un lugar donde poner mis pies y extender el brazo, para poner en orden a mil individuos de esa especie. Ahora, que ellos me conocen es raro que no

nos entendamos.

—¿Castiga severamente?

—Hago justicia. Temo, señor Wilder, que encuentre nuestro servicio algo irregular; pero un mes de experiencia le pondrá a nuestro mismo nivel y prevendrá todo peligro de escenas semejantes.

Cuando dijo estas palabras, el Corsario miró a su nuevo reclutado con un aire que se esforzaba en ser alegre, pero cuya alegría no podía ir más allá de un ligera sonrisa. «Venga, añadió rápidamente; esta vez, he sido yo el primero que ha estado al margen del tumulto, y como ve todo ha quedado en orden. No podemos permitirnos la indulgencia. Además —siguió diciendo mientras miraba al lugar en que mistress Wyllys y Gertrudis habían quedado, esperando con impaciencia su decisión en una gran incertidumbre—, no debemos olvidar que en este momento tenemos damas a bordo».

Dejando entonces a su lugarteniente, avanzó al centro de la cubierta, donde interrogó en seguida a los principales culpables. Ellos escucharon sus reproches a los que no olvidaba hacer severas advertencias para hacerles saber cuáles podían ser las consecuencias de una transgresión semejante. Aunque les habló con su habitual serenidad, las palabras que pronunciaba en un tono bajo llegaban a los oídos de los marineros más alejados. Entre todos ellos no hubo más que un marinero que, encolerizado quizá por sus anteriores actuaciones, se atrevió a pronunciar unas palabras para justificarse:

—Por lo que respecta a los soldados marinos —dijo—, Su Honor sabe que hay poca amistad entre nosotros, aunque fuera cierto que la cubierta no sea el lugar más conveniente para efectuar nuestras querellas. Pero en cuanto a la persona que se ha situado en el lugar...

—Espero que en él permanezca —interrumpió bruscamente el comandante—. Yo sólo puedo juzgar su valor.

—¡Bien!, ¡bien! Puesto que lo espera así, señor, nadie tiene, en verdad, nada que decir. Pero no se ha oído hablar del barco de Bristol que esperábamos con tanta impaciencia. Su Honor, que es una persona razonable, no se sorprenderá de que los que aguardan un navío de las Indias Occidentales ricamente cargado, tengan cierta repugnancia por aceptar en su lugar una chalupa vacía y deteriorada.

—Sí, señor, si yo quiero, usted aceptará una rama, una tabla, una clavija. Acabemos. Ha visto con sus propios ojos el estado de su barco; y ¿dónde está el marino que en un día de desdicha no se ha visto obligado a convenir que su arte no es nada cuando los elementos están en su contra? ¿Quién es el que ha salvado a este barco, en esta misma tempestad que hemos sufrido? Basta que yo le crea fiel. No es el momento de demostrar a vuestros groseros espíritus que todo lo hago buscando lo mejor. Iros, y enviadme a los dos hombres que tan valerosamente se han situado entre su oficial y la sedición.

Fid se presentó al momento, seguido del negro que frotaba su sombrero con una

mano, mientras que con la otra buscaba desmañadamente ocultarla en alguna parte de sus vestidos.

—Usted, usted ha procedido muy bien, muchacho, usted y su amigo.

—Sí, sí, señor, somos muy amigos por esto y por otros motivos, aunque de vez en cuando se produzca entre nosotros alguna borrasca. Su Honor sabe que no siempre es agradable para un blanco que un negro le haga perder su autoridad. Yo intento hacerle ver y eso no es conveniente. Sin embargo, en el fondo es muy buen muchacho, señor, y como es un verdadero africano de nacimiento, espero que usted sea lo suficientemente benévolo como para cerrar los ojos ante sus pequeños defectos.

—Incluso aunque yo no estuviera dispuesto a ello —respondió el Corsario—, la firmeza y energía que ha demostrado hoy hablarían en su favor.

Durante este tiempo el africano permaneció inmóvil, paseando sus grandes ojos negros en todas las direcciones, excepto hacia donde aquellos dos hablaban, y plenamente satisfecho de que su experto compañero le sirviese de intérprete. Entretanto, la energía que acababa de revelarse tan recientemente en el Corsario parecía haber desaparecido ya; su aire de desdén y de fiereza se había extinguido, y la expresión de su mirada anunciaba la curiosidad más que ningún otro sentimiento.

—¿Hace mucho que navegáis juntos, muchacho? —preguntó aunque sin dirigirse a ninguno de los dos en particular.

—Sí, sí, Su Honor; hace veinticuatro años en el último equinoccio en que el amo Harris ancló a nuestro lado, y entonces estuvimos tres años juntos a bordo del *Fulminante*, sin contar que dimos la vuelta al Cabo de Hornos a bordo de *La Bahía*.

—¡Ah!, ¡veinticuatro años con míster Wilder! No es de extrañar que pusierais precio a su vida.

—¡Yo no pienso poner ningún precio! —dijo el marinero adoptando una peculiar expresión—. Mire, señor, yo oí a los sublevados acordar entre ellos que nos arrojarían a los tres al mar, de manera que juzgamos que ya era hora de decir algo en nuestro favor; y como no siempre se encuentran las palabras adecuadas, el negro creyó que debía suplir de algún modo esas palabras que habrían hecho el efecto esperado. No, no, no hay tan buen orador como Guinea, y no puedo decir menos de mí mismo; pero dado que hemos tenido que reprimirnos, Su Honor convendrá en que hicimos tanto bien como si hubiésemos hablado con la sutileza del joven aspirante de marino recién salido de la escuela, que siempre está dispuesto para dirigir una maniobra en latín, a falta de conocer la lengua vernácula.

El Corsario sonrió y miró de reojo, probablemente para buscar a nuestro aventurero. No viéndole cerca de él, se vio tentado de llegar más lejos con sus preguntas; pero un instante de reflexión le hizo volver en sí mismo, y expresó este pensamiento un tanto inapropiado de su carácter.

—Vuestros servicios no serán olvidados jamás.

El Corsario les hizo señal de que se retirasen, y volviéndose se encontró frente a frente con Wilder. Sus miradas se encontraron y un ligero rubor manifestó la

turbación del primero; pero tomando al instante el dominio de sí mismo, habló sonriendo del carácter de Fid, y entonces, con un tono de autoridad, ordenó a su lugarteniente que se retirase.

Los cañones fueron retirados, las portas cerradas, así como también el pañol, y los miembros de la tripulación se fueron cada uno por su lado, como hombres cuya violencia ha sido totalmente dominada por la triunfante influencia de un espíritu superior. El Corsario desapareció entonces de cubierta, y la vigilancia de ésta fue encargada por el momento al oficial de turno.

## Capítulo veintiuno

La superficie del océano parecía lisa y brillante como un espejo, un lento movimiento, aunque bastante pronunciado por las olas, anunció la tormenta que se dejaba oír a lo lejos en el horizonte. Desde el momento en que abandonó el puente hasta que el sol extendió su disco semioscuro en el mar, no se vio más al que sabía también mantener su autoridad entre los seres indisciplinados a los cuales gobernaba. Satisfecho de su victoria tan sólo parecía temer que alguno pudiera haber sido lo bastante sagaz para atreverse a planear la caída de su poder.

Sin embargo cuando pasó la medianoche y reinando un profundo silencio en el barco, el Corsario apareció de nuevo en la popa. Solamente un hombre estaba de pie en cubierta, con la mirada alerta, y observándolo todo con mucha atención: era Wilder que hacía su turno de guardia, según la normal división de los servicios entre los oficiales.

Durante más de dos horas el Corsario y su lugarteniente no cambiaron ni una sola palabra. Al cabo de este tiempo, el primero se detuvo y permaneció un buen rato mirando a aquel que seguía inmóvil y en el mismo lugar, en el puente que había debajo de él.

—Señor Wilder —dijo al fin—, el aire es más fresco y mucho más puro sobre popa; ¿quiere subir?

El otro aceptó, y durante unos minutos se estuvieron paseando en silencio, llevando los dos el mismo paso, como acostumbran a hacerlo los marineros durante la noche.

—Hemos tenido una mañana muy agitada, Wilder —dijo el Corsario revelando muy a pesar suyo el objeto de sus pensamientos, y hablando siempre de tal manera que no pudiera oírle más que aquél a quien se dirigía—. ¿Había visto alguna vez tan de cerca ese hermoso precipicio llamado rebelión?

—El hombre contra el que arremete la ballena corre más peligro que aquel que la oye silbar de lejos.

—¡Ah! ¡Así pues usted ha sido ultrajado en su barco! No se inquiete por la agresividad personal que alguno de esos bribones se han permitido demostrar contra usted. Yo conozco hasta sus pensamientos más secretos, como ha podido comprobar.

—Confieso que yo en su lugar dormiría como en un colchón de espinas, con semejantes muestras ante los ojos del carácter de mis hombres.

—Falta de costumbre, eso es todo. El peligro siempre es peligro; ¿qué importa la forma en que se presente?; y además, el hombre puede conocer tan fácilmente las trampas ocultas como las que están a la vista. ¡Pero, silencio!, ¿son las siete o las ocho la hora que suena?

—Las siete. Mire cómo duermen esos hombres: el propio instinto les dirá si ya ha llegado su hora.

—Está bien. Me parecía que el tiempo no pasaba. Sí, Wilder, me gusta la



incertidumbre, impide el desarrollo de las debilidades, forma el carácter del hombre. Tal vez tenga un espíritu antojadizo, pero para mí supone un goce incluso cuando el viento me es contrario.

—¿Y cuando el viento está en calma?

—La calma puede tener sus encantos para los espíritus tranquilos; pero en tal situación no hay obstáculos que vencer. No se sabría poner en movimiento a los elementos, pero sí se puede luchar contra ellos y dominarlos.

—Usted no ha entendido su situación...

—¡Su situación!

—Ahora podía decir «nuestra situación», puesto que también yo soy ya un corsario.

—Usted aún está en las primicias —replicó el otro cuyo espíritu vivo y enérgico había sobrepasado ya el punto a que llegó la conversación—, y me siento encantado al saber que he sido buscado por usted para hacerme tal confesión. Ha demostrado, volviendo al asunto que pretendía sin tocarlo, una habilidad que me hace concebir la esperanza de hacer de usted un hábil discípulo.

—¿Un mártir?

—No sé. Nos encontramos en unos momentos de debilidad, cuando vemos la vida como se la pinta en los libros, y cuando consideramos como tiempo de prueba el que nos ha sido concedido para gozar. Sí, sí, le he pescado, y disfruto con su pesca, como el pescador disfruta con la trucha. No me hago ilusiones por el peligro que corro de ser traicionado; pero, después de todo, usted me ha sido fiel, aunque yo deba protestar contra las intrigas ilícitas que permitió para impedir que la pesca cayera en mis redes.

—¡Cómo! ¿Qué intrigas? Usted mismo ha reconocido...

—Que *La Real Carolina* estaba hábilmente gobernada, y que había naufragado porque fue voluntad del cielo. Pero, ahora hablo de presas más nobles que las que pueda hacer un vulgar halcón en su vuelo. Es enemigo declarado de las mujeres, ha utilizado todos los medios imaginables para impedir que la respetable dama y la bella jovencita, que en este momento se hallan en mi camarote, puedan gozar de su compañía.

—¿Es esto lo que le ha llevado a salvar a una mujer para que, como hoy mismo, por ejemplo, hayan sido amenazadas las dos? ¡Pues será tan respetada su autoridad en este barco, que no creo que corran algún peligro, incluso ni la que es tan encantadora!

—¡Por el cielo! ¡Wilder usted me hace justicia! ¡Nada más saber que se ha hecho el más mínimo mal a esa inocente mujer, sería capaz de prender fuego, yo mismo, al pañol, y enviaría, a ese ángel de pureza, al cielo del que parece haber descendido!

Nuestro aventurero escuchó atentamente estas palabras, aunque no fue muy de su gusto el lenguaje enérgico y de admiración en el que se expresaba el Corsario.

—¿Cómo ha podido adivinar el deseo que yo tenía de servirles? —preguntó después de un momento de silencio que ninguno de los dos parecía decidido a romper.

—¿Podría confundirme si me fiara de su lenguaje? Me pareció bastante claro, se lo aseguro.

—¡Mi lenguaje! —exclamó Wilder sorprendido—. Es evidente, entonces, que he hecho una parte de mi confesión sin darme cuenta de ello.

El Corsario no respondió, pero su compañero vio en su significativa sonrisa que había sido engañado con un hábil ardid que produjo el resultado esperado. Lleno de una especie de estupor al ver las trampas que le tendía por todas partes y en las cuales había caído ciegamente, un poco ofendido quizá por dejarse engañar tan fácilmente, dio varias vueltas por el puente antes de hablar de nuevo.

—Confieso que me ha sorprendido —dijo al fin— y desde este momento me someto a usted como a un maestro del cual se puede aprender, pero que no se extralimitará. Entonces, el viejo marinero, el posadero de *El Ancla Levada*, ¿también representaba un papel?

—¡El honrado Joe Joram! Es un hombre inapreciable para un marino en peligro, puede estar seguro de ello. Y el piloto de Newport ¿cómo lo ha encontrado?

—¿Era también actor?

—¡Oh!, solamente de circunstancia. No confío en esos bribones.

El Corsario guardó silencio y dio varias vueltas por el puente antes de volver a despegar los labios. Cuando habló, lo hizo con una voz tan suave y agradable que sus palabras parecían las de un amigo que da buenos consejos.

—Está aún en la entrada de la vida, señor Wilder —dijo—, y depende de usted el sentido que ésta pueda seguir. Hasta el momento no ha visto transgredir nada de lo que el mundo llama sus leyes, y aún no es demasiado tarde para decir que no lo verá nunca. Yo puedo haber sido egoísta en el deseo que tenía de acercarle a mí; pero póngame a prueba y verá que este egoísmo, del que no siempre puedo contener las primeras manifestaciones, no ejerce ni ejercerá jamás un gran dominio sobre mi alma. Dígame sólo una palabra, y será libre; es fácil destruir hasta la más ligera señal que pudiera demostrar que usted ha salido de mis dominios. La tierra no está más allá de ese rayo luminoso que se debilita cada vez más en el horizonte; mañana antes de que el sol se oculte puede desembarcar allí.

—Entonces, ¿por qué no ellas dos? Si esta vida irregular es una desdicha para mí, también lo es para usted. Si pudiera esperar que...

—¿Qué quiere decir? —preguntó el Corsario con calma después de haber oído lo suficiente como para asegurarse de que su compañero dudaba si debía continuar o no—. Explíquese libremente, habla con un amigo.

—¡Muy bien!, como amigo, con el corazón abierto le hablo. Dice que la tierra queda allí, al oeste, nos sería fácil a los dos, que nos hemos criado en el océano, botar esta lancha y aprovechar la oscuridad para alejarnos. Mucho antes de que se puedan dar cuenta de nuestra ausencia, estaremos fuera del alcance de los que intentaran buscarnos.

—¿Y a dónde iría usted?

—A América, en donde podríamos encontrar un refugio seguro y apacible en algún lugar retirado.

—¿Cree que un hombre que lleva tanto tiempo como príncipe entre los suyos va a mendigar en tierra extranjera?

—Pero usted tiene oro. ¿No somos aquí los dueños? ¿Quién osaría vigilar nuestros movimientos y despojarnos de nuestra autoridad? Podríamos prepararlo todo antes de un minuto.

—Conoce poco el carácter del hombre, tiene que aprender aún que lo expone todo por mantener la reputación que ha adquirido aunque sea a fuerza de vicios, cuando estos vicios le hayan sido reconocidos. Además no estoy hecho para el mundo, tal como es entre sus colonos.

—¿Tal vez pertenece usted a la metrópoli?

—No soy nada más que un pobre provinciano, un humilde satélite del sol todopoderoso. Ya ha visto mis banderas, señor Wilder; pero hace falta aún una más..., sí, y una bandera que, si hubiera existido, habría puesto mi orgullo y mi gloria por defenderla incluso al precio de mi propia sangre.

—No sé qué quiere decir.

—Es inútil hablar a un marino como usted. Qué nobles son los ríos que llevan sus aguas al mar, a lo largo de esa costa de la que hablo..., qué puertos amplios y cómodos se encuentran en ella, qué velas, dirigidas por hombres que han nacido bajo ese sol espacioso y apacible, blanquean el océano.

—Seguramente conozco las ventajas del país a que hace usted alusión.

—No lo creo —replicó vivamente el Corsario—: si usted lo conociera, y los demás como usted, se vería en seguida la bandera de la que he hablado ondear por todos los mares; y los habitantes de nuestro país se verían reducidos a no ser más que mercenarios al servicio de un príncipe extranjero.

—No me sentiría afectado si no le comprendiera; porque yo he conocido a otras personas que alimentaban, como usted, la idea de que tal acontecimiento se pudiera producir.

—¡Se pudiera producir!... Se producirá, Wilder, se producirá; tan seguro como este astro se ocultará en el océano, o que el día sucederá a la noche. Si esta bandera hubiera sido desplegada ya, señor Wilder, jamás se habría oído hablar del Corsario Rojo.

—El rey tiene su servicio en él, y todos son igualmente libres de entrar allí.

—Yo podría ser siervo de un rey, ¡pero de otro siervo...! No, Wilder, no tendría paciencia para ello. Yo he estado en uno de sus barcos; casi podría decir que he nacido en él; y que más de una vez se me ha hecho saber que un océano separa mi país natal de los peldaños del trono. ¿Me cree, señor? Uno de sus comandantes se atrevió a darle un nombre a mi patria que no repetiré por no ofender sus oídos.

—Espero que haya aprendido de ese miserable a ser más circunspecto.

—Nunca se repetirá esa ofensa. Era necesario derramar su sangre o la mía, y pagó

muy cara su osadía.

—¿Se batió con ese hombre y la fortuna favoreció al que había sido insultado?

—Sí, nos batimos... pero ¡tuve la audacia de levantar la mano contra un habitante de la isla privilegiada!... Esto fue suficiente, señor Wilder; el rey expulsó a un fiel servidor suyo, y se ha arrepentido de ello. Pero ya es bastante por hoy; en otra ocasión podré contarle más detalles... Buenas noches.

Wilder vio a su compañero descender la escalera que conducía a cubierta, y se quedó solo entregado a sus pensamientos durante el resto de su guardia que se le hizo interminable.

## Capítulo veintidós

El Corsario había codicio su camarote a mistress Wyllys y a Gertrudis, desde el momento en que llegaron al barco. No hace falta decir el efecto que produjeron los acontecimientos de aquel día en ellas. Por lo que decimos a continuación se verán las conjeturas y suposiciones que se hicieron. La lámpara de plato maciza que colgaba del techo esparcía por el camarote una luz tenue y dulce que caía oblicuamente sobre los rasgos de la institutriz que aparecía pensativa e inquieta, mientras que a Gertrudis, la luz le daba de lleno en el rostro que no parecía estar entregado a pensamientos tan serios. Al fondo, dormía Casandra, su tez morena daba sombra a este cuadro. La joven hablaba a su institutriz y trataba de leer en sus ojos una respuesta a sus preguntas, que aquélla parecía querer eludir.

—Repito, mi querida señora —dijo Gertrudis—, que la forma y el material de estos ornamentos son extraordinarios en un barco...

—¿Y qué quiere decir con ello?

—No sé... Pero me gustaría que estuviésemos ya en casa de mi padre.

—¡Válgame Dios! Tal vez sea imprudente permanecer calladas más tiempo... Gertrudis, horrorosas, horribles sospechas han aparecido en mi pensamiento a causa de todo lo que hemos presenciado hoy.

La jovencita palideció, y sus rasgos expresaron una inquietud mortal, al mismo tiempo que intentaba leer en los ojos de su compañera la explicación de su pensamiento.

—Hace mucho tiempo que conozco las costumbres de los barcos de guerra —continuó la institutriz, que no se había detenido más que para repasar en su interior las causas de sus suposiciones—; pero nunca he visto nada parecido a lo que está pasando cada momento en este barco.

—¿Qué supone usted?

—Desconfío de este barco y de cuantos individuos forman parte de él.

—¿De todos? —repitió su pupila lanzando a su alrededor una mirada temerosa y casi extraviada.

—Sí, de todos. Me reme que los seres que nos rodean no reconocen otras leyes que las que ellos dictan, ni otra autoridad que la suya.

—Pero si esto es así, ¡serán piratas!

—Eso me temo.

—¡Piratas! ¡Cómo!, ¿todos?

—Sí, todos. Si uno es culpable de semejante crimen, está claro que sus compañeros no pueden estar libres de sospechas.

—Pero, mi querida señora, sabemos que al menos uno de ellos es inocente, puesto que ha venido con nosotras, y en circunstancias que no pueden hacernos temer nada al respecto.

—Es imposible que me equivoque en lo que concierne a míster Wilder, pero es

importante que sepamos a que atenernos. Pero callemos, mi buena amiga; espera que se vaya el que se ha encargado de servirnos; quizá podamos aclarar algo.

Mistress Wyllys hizo a su pupila una señal para decirle que cambiase su expresión tranquila y pensativa que habría engañado a una persona con mucha más experiencia que el muchacho. Gertrudis se cubrió el rostro con una mano, mientras que su institutriz se dirigió al que acababa de entrar, con cierta bondad e interés.

—Roderick, hijo mío —dijo empezando a hablar—, tus ojos parece que se quieren cerrar. Este tipo de trabajo debe ser nuevo para ti.

—Es muy antiguo para que yo haya aprendido ya a no ceder al sueño cuando estoy trabajando —respondió el muchacho.

—A tu edad tienes más necesidad de una tierna madre que de las lecciones del contra maestre. ¿Qué edad tienes, Roderick?

—Tengo bastante edad para ser más listo y mejor de lo que soy —respondió pensativo—: dentro de un mes tendré quince años.

—Te creo, ¿y cuántos de esos años has pasado en el mar?

—Dos, en verdad, aunque a veces me parece que he pasado diez; y sin embargo hay momentos en que no me parecen todos esos días más de un día.

—Eres muy romántico, hijo mío, ¿y cómo puede gustarte el oficio de las armas?

—¡Armas!

—Sí, armas. Este barco ¿no se ha batido desde que estás a su servicio? ¿Tiene la tripulación a menudo muchos botines que repartir?

—¡Oh!, muy a menudo; eso no falta nunca.

—Entonces todos deben estar muy unidos a su navío y a su capitán. El marino ama al barco y al comandante que le hacen llevar una vida muy ajetreada.

—Sí, señora. Llevamos aquí una vida muy activa, y efectivamente hay entre nosotros quienes aman al barco y al comandante.

—Roderick —continuó ella que temía revelar sus sospechas al remarcar el estado en que se encontraba—, háblame de la vida que llevas. ¿La encuentras agradable?

—La encuentro triste.

—Es extraño. Los jóvenes son los más alegres de los hombres. ¿Acaso tu oficial te trata con demasiada severidad?

—Se equivoca, jamás me ha dirigido una palabra dura o severa...

—¡Ah! ¿Es un hombre dulce y bueno? Eres, entonces, muy feliz, Roderick.

—¿Yo... feliz, señora?...

—Creo que me expreso claramente, y en buen inglés... sí, feliz.

—¡Oh!, sí, todos somos aquí muy felices.

—Está bien. Pues un barco donde reina el descontento no es precisamente un paraíso. ¿Y entras a menudo en los puertos para gozar los placeres de tierra firme?

—Me preocuparía poco la tierra, señora, si tuviera en este barco amigos que me apreciaran.

—¿No los tienes? ¿Míster Wilder no te aprecia?

—Le conozco muy poco. No le había visto antes...

—¿Antes de qué?... continúa Roderick.

—Antes del día que nos encontramos en Newport.

—¿En Newport?

—Tal vez usted no sepa que venimos uno y otro de Newport, a fin de cuentas.

—¡Ah, ya comprendo! Entonces, ¿tu primer encuentro con míster Wilder tuvo lugar en Newport? Estaba entonces tu barco anclado fuera de la entrada del puerto.

—Sí, yo tenía que comunicarle la orden de que tomara el mando del barco mercante de Bristol; él no estuvo entre nosotros hasta después del anochecer.

—¡Vaya!, es una nueva noticia; pero presumo que su comandar te conocerá sus méritos.

—Así se cree entre la tripulación; pero...

—¿Decías algo, Roderick?

—Nadie de aquí se atreve a preguntar al capitán sus razones; yo mismo me veo obligado a permanecer callado.

—¿Rehusarías respondernos a nosotras?

El muchacho vaciló, y cuando pareció volver en sí, sus ojos se fijaron en el rostro dulce y expresivo de Gertrudis.

—Aunque esta joven señorita es de una extraordinaria belleza —respondió vivamente—, que no cuente demasiado con su poder; una mujer no sabría ejercer su dominio sobre él.

—¿Tiene duro el corazón? ¿Crees que rehusaría responder a una pregunta hecha por esta hermosa joven?

—Escúcheme, señora —dijo con una vivacidad que no era menos significativa que el sonido dulce y placentero de su voz—. He visto más cosas en estos dos últimos años que las que muchos hombres hayan podido ver a lo largo de su vida. ¡No es este lugar propio para la belleza y la decencia! ¡Oh!, ¡abandonen este barco, abandónenlo sin pérdida de tiempo!

—Tal vez sea demasiado tarde para hacer caso a tus advertencias —replicó gravemente mistress Wyllys volviendo los ojos hacia Gertrudis que miraba en silencio—; pero háblame más acerca de este extraordinario barco, Roderick: ¿Has nacido para este lugar en que estás?

El joven movió la cabeza, pero permaneció con los ojos bajos, no parecía dispuesto a responder a semejante pregunta.

—¿Cómo se explica que el *Delfín* lleve hoy colores diferentes a los que llevaba ayer?, y ¿por qué la bandera de ayer ni la que ondea hoy son como la que mostraba el negrero en la bahía de Newport?

—Y ¿por qué —dijo el muchacho con una astuta sonrisa mezclada a la vez de tristeza y amargura— nadie puede leer en el fondo del corazón de aquel que hace estos cambios por su propia voluntad? Si no hubiera en este barco nada más que las banderas que hasta ahora ha cambiado, se podría aún estar contento.

—Así, pues, Roderick, tú no eres feliz; ¿quieres que yo interceda en tu favor al capitán Heidegger para que te permita marchar?

—Jamás quisiera servir a ningún otro.

—¡Cómo! ¿Te quejas y no quieres abandonar tu situación?

—Yo no me quejo.

La institutriz le miró fijamente, y después de unos minutos de silencio continuó diciendo:

—¿Se suelen ver a menudo escenas de desórdenes como las que hemos podido presenciar hoy?

—No, no tiene nada que temer de ninguno de los que componen la tripulación; el que los tiene bajo su poder, sabe cómo mantenerlos en su deber.

—¿Crees, Roderick —respondió la institutriz—, que no conviene adoptar las mismas reservas para con tus respuestas que para con lo que ocurre en general?; ¿crees, Roderick, que el Cor..., es decir, que el capitán Heidegger nos permitiría desembarcar en el primer puerto que encontráramos?

—No hemos encontrado muchos desde que están ustedes en este barco.

—Sí, muchos pero muy peligrosos; pero ¿cuándo veremos uno en el que el barco pueda entrar sin inconvenientes?

—Semejantes lugares no son frecuentes.

—Pero si se encuentra, ¿crees que se nos permitirá desembarcar? Tenemos oro para recompensar su acción.

—El no necesita oro. No hay una vez que yo le pida y no me llene las manos.

—El oro apacigua la crueldad.

—¡Jamás! —replicó Roderick con tanta rapidez como energía—. Si yo tuviera lleno de oro este barco, lo daría gustoso con tal de obtener de él una mirada de bondad.

Las palabras de Roderick y el calor con que se había expresado, sorprendieron a mistress Wyllys. Se levantó y se acercó a él de manera que podía distinguir perfectamente sus rasgos a la luz de la lámpara. Vio salir gruesas lágrimas a través de sus pestañas y deslizarse por sus mejillas que, aunque muy morenas por el sol, se cubrían con un vivo rubor a medida que ella le miraba más fijamente. Sus penetrantes ojos recorrieron después la figura del joven, hasta sus delicados pies que apenas parecían capaces de sostenerle. La fisonomía ordinariamente pensativa y dulce de la institutriz adoptó de pronto una expresión fría y severa, y se dirigió a él con dignidad:

—Roderick —dijo con voz firme—, ¿tienes madre?

—No lo sé —respondió entreabriendo con dificultad los labios para dejarse oír.

—Es suficiente por hoy, en otra ocasión seguiremos hablando. Casandra hará en el futuro el servicio de este camarote; cuando te necesitemos, haremos sonar el gong.

Roderick dejó caer la cabeza en su pecho. Se retiró turbado ante la mirada fría y escudriñadora que se fijaba en él.

Mientras que las reflexiones inundaban el alma de mistress Wyllys, llamaron



suavemente a la puerta, y antes de que ella hubiera podido comunicar sus ideas a su pupila, el Corsario entró.

Las damas recibieron al huésped con cierta reserva. Gertrudis había caído en un profundo abatimiento, pero su aya, más dueña de sí misma, conservaba su aspecto sereno y frío. Sin embargo, había una viva expresión de ansiedad en la atenta mirada que dirigió al Corsario, como si pretendiera leer el motivo de su visita en el movimiento rápido de sus ojos, antes incluso de que sus labios se hubieran abierto para hablar.

El Corsario aparecía pensativo y serio. Se inclinó aproximándose, y murmuró en voz baja y precipitada algunas palabras que apenas pudieron ser oídas por las que le escuchaban. Estaba totalmente distraído con sus pensamientos, cuando se iba a echar en el diván, sin dar explicaciones ni excusarse, como quien tomaba posesión de algo propio; pero se dio cuenta lo bastante a tiempo para no llegar a cometer tal imprudencia. Sonrió, y repitió su saludo haciendo una inclinación aún más profunda que la primera. Entonces con una firme seguridad se aproximó a la mesa ante la cual ellas estaban sentadas, y tuvo el presentimiento de que mistress Wyllys no consideró su visita oportuna, o quizá como no anunciada con la suficiente ceremonia. Durante esta breve introducción su voz era suave como la de una mujer, y sus modales afables y pulidos, como si no se le mirase como a un intruso en el camarote de un barco en el que era, realmente, su soberano.

—Por muy inoportuna que sea la hora —continuó él—, habría estado intranquilo durante toda la noche por no haber cumplido todos los deberes hacia mis huéspedes atenta y respetuosamente, y olvidar venir a asegurarles la tranquilidad que reina en el barco, después de la escena que ustedes han presenciado hoy. Estoy encantado de poder decir que la pequeña humorada de mi gente ya ha pasado.

—Afortunadamente —exclamó la prudente institutriz—, la autoridad que tan rápidamente extingue el desorden está siempre presente para protegernos; confiamos por completo en su prudencia y generosidad.

—No se arrepentirán de ello. Están ustedes, al menos, libres del peligro de una insurrección.

—Y de cualquier otro, espero.

—Vivimos sobre un elemento terrible y muy poco constante, —respondió inclinándose para agradecer a la institutriz el asiento que le ofrecía—; pero ustedes lo conocen, y no tengo que decirles que nosotros los marineros raramente podemos contar por adelantado con cualquier cosa. Yo mismo he rebasado hoy los límites de la disciplina —añadió tras un momento de silencio—, y he provocado, en cierto modo, el desorden que ha tenido lugar. Pero ya ha pasado como el huracán o la borrasca, y el océano no está ahora más en calma que mis alborotadores.

—He visto frecuentemente escenas semejantes en el barco del rey; pero no recuerdo que ninguna de ellas tuviera otro resultado que el de llegar a la conciliación de la antigua querrela, o el de decir algunos chistes de marina, casi todos tan

inocentes como ingeniosos.

—Sí, pero el navío que corre a menudo por entre los escollos, acaba por encallar —murmuró el Corsario entre dientes—. Raramente abandono la cubierta quitándole a la tripulación el ojo de encima; pero... hoy...

—Hablemos de hoy.

—Neptuno y su grosera mascarada no le eran desconocidos, señora.

—Hace tiempo trabé conocimiento con ese dios.

—Es que yo creía... ¿en el cabo?

—Y en otra parte.

—¡En otra parte! —repitió el Corsario sorprendido—. Sí, se encuentra al terrible déspota en todos los mares, y se le ve en centenares de barcos, y son barcos de gran envergadura, bajo los fuegos y entre las llamas del ecuador.

—¿El señor Wilder es tan dado como usted a la clemencia? —preguntó la dama—. Sería un gran mérito de su parte, si se mostrara indulgente, después de haber sido objeto particular de la pasión de los sublevados.

—No obstante usted ha podido ver que no le faltaron amigos. ¿Han visto el arrojado de esos dos hombres que se expusieron para defenderle?

—Sí, y me parece muy significativo que hayan querido enfrentarse hasta ese punto a personas de semejante fiereza.

—En veinticuatro años no pasa lo que puede pasar en un día.

—¿Tanto tiempo hace que existe amistad entre ellos?

—Así se lo oí decir. Ciertamente aquel joven está muy unido a ellos por algo extraño; quizá no sea el primer favor que le hayan hedió.

Mistress Wyllys estaba afligida. Aunque tenía el presentimiento de que Wilder era un agente secreto del Corsario, se esforzaba en imaginar que su unión con los piratas debía tener una explicación más favorable para su persona; aunque fuera cómplice de un crimen del que se había acusado al destino de aquel barco proscrito, era evidente que tenía un corazón demasiado bondadoso para desear verla a ella y a su joven e inocente amiga, víctimas de la actitud de sus compañeros. Sus repetidas y misteriosas advertencias no tenían necesidad de explicación. Todo cuanto le había parecido oscuro e inexplicable en los avisos a los que no había hecho el menor caso, así como en la extraña conducta de los hombres de la tripulación, le pareció cada vez más claro. Reconoció entonces en la persona del Corsario los rasgos del individuo que había hablado al barco mercante de Bristol desde lo alto de los aparejos del negrero, rasgos que, desde que subió a su barco, le habían parecido conocidos, y le traían a la mente una imagen confusa y lejana que no acertaba a reconocer. Comprendió, entonces, por qué Wilder mostraba tanta repugnancia a revelar un secreto que no solamente debía guardar porque le iba en ello la propia vida, sino que también, para un alma que no había sido instruida en el vicio, entrañaba una perdición no menos cruel, la de su estimación.

—Es sorprendente —replicó al fin mistress Wyllys—, que unos seres tan groseros

estén bajo la influencia de los mismos lazos de unión que los que se dan entre personas que tienen educación.

—Es sorprendente, tiene usted razón —respondió el Corsario, como saliendo de un sueño—. Daría gustosamente mil de las más hermosas guineas que hayan podido ser acuñadas con la efigie de Jorge II por conocer la historia de la vida de ese muchacho.

—¿Se trata, entonces, de un extraño para usted? —preguntó apresuradamente Gertrudis.

El Corsario le dirigió una mirada que mantuvo fija un momento, pero en la que el sentimiento y la expresión eran totalmente insensibles, de tal manera que produjo un temblor nervioso en todos los miembros de la institutriz.

Mistress Wyllys y su pupila se retiraron en seguida a su dormitorio, y después de dedicar unos minutos a sus piadosos deberes, que ninguna circunstancia podía impedir que los cumplieran, se durmieron presas de su inocencia y con la esperanza de una protección poderosa; y ningún otro ruido, que no fuese el del reloj del barco que daba regularmente las horas en el silencio de la noche, turbaba la calma que reinaba, al mismo tiempo, en el océano y en cuanto flotaba en su superficie.

## Capítulo veintitrés

La inactividad de los piratas no sería de muy larga duración; al salir el sol una brisa procedente de tierra se hizo sentir en el mar, y puso al barco en movimiento. Durante toda esta jornada las velas estuvieron desplegadas, el barco se dirigía hacia el sur. Las horas se sucedieron unas a otras, y la noche reemplazó al día en el cual el rumbo no había sufrido ningún cambio. Al fin se fueron descubriendo una a una las azuladas islas en el horizonte. Las prisioneras del Corsario, pues como tales se veían obligadas a considerarse las mujeres, observaban silenciosamente cada montículo, cada roca desnuda y estéril, y cada flanco de montaña ante el que pasaba el barco, hasta que, según los cálculos de la institutriz, se encontró en medio del archipiélago occidental.

Durante todo este tiempo ninguna pregunta se hizo que pudiera producir en el Corsario la menor sospecha de que sus huéspedes sabían muy bien que no se les llevaba al puerto que deseaban. Gertrudis lloraba pensando en el sufrimiento de su padre cuando creyera que ella había seguido la misma suerte que el barco mercante de Bristol. Ella evitaba a Wilder, en la idea de que él había querido persuadirla; pero ante todos los ocupantes del barco se esforzaba por conservar una aparente serenidad y normalidad. Por otra parte el comandante del barco y su lugarteniente procuraban no tener con las damas otra relación diferente a la que la cortesía parecía exigirles.

Durante varios días el barco luchó contra los estables vientos de estas regiones. Una vez que hubo pasado por los lugares que dividían la cadena de las Antillas, llegó al vasto océano que les separaba del continente español. Desde el momento en que este paso se realizó, y que un vasto y claro horizonte se extendía por todas partes, se produjo un cambio muy marcado en los rasgos de todas las personas de la tripulación. Incluso la frente del Corsario perdió su severidad; su inquietud y reserva fueron desapareciendo, y adquirió ese aspecto fantástico de indiferencia del que ya hemos hablado. También los marineros, cuya vigilancia no había necesitado acicate para pasar por estos parajes frecuentados por numerosos cruceros, parecieron respirar un aire más libre, y las notas de alegría sucedieron a las de tristeza y de desconfianza que habían imperado durante tanto tiempo en el barco.

Por otra parte la institutriz vio un nuevo motivo de alarma en la dirección que tomaba el navío. Todas las gratas esperanzas que se había forjado desaparecieron al ver desaparecer la última isla por detrás de ella en el mar, y al barco navegar solo en un océano que no mostraba ningún otro objeto en su superficie. Como si estuviera ahora dispuesto a quitarse la máscara, el Corsario ordenó cargar las velas, aprovechando la brisa favorable. En efecto, del mismo modo que si no fueran necesarios los cuidados de la tripulación, el *Delfín* quedó inmóvil en medio del agua, y los oficiales y marineros se entregaron a sus placeres y recreos, según sus gustos o caprichos.

—Esperaba que nos permitiera desembarcar en una de las islas de Su Majestad — dijo mistress Wyllys hablando por primera vez desde que sus sospechas se habían

despertado en ella acerca de su situación, y dirigiéndose a aquel que se hacía llamar capitán Heidegger—. Espero que no encuentre incómodo estar tanto tiempo privado de su camarote.

—No puede estar mejor ocupado —respondió él de una manera evasiva, aunque el ojo inquieto y observador de la institutriz creyó ver en su aspecto más osadía y menos contenido que cuando abordó en otra ocasión el mismo tema—. Si la costumbre no exigiera que un barco llevara un determinado color de alguna nación, el mío sería siempre el representativo de la belleza.

—¿Y ahora?

—¡Oh!, ahora izo los emblemas que requiere el servicio en que me encuentre.

—Hace ya quince días que estoy importunándole, y nunca hasta ahora he visto ondear esos colores.

—¿No? —dijo el Corsario fijando en ella su mirada, como queriendo penetrar en lo más profundo de sus pensamientos—; entonces el día que haga el dieciséis cesará su desconocimiento. Pero ¿quién es ése?

—Ni más ni menos que Richard Fid —respondió el individuo en cuestión asomando la cabeza por la escotilla como si buscara algo, y añadiendo—: Siempre a las órdenes de Su Honor.

—¡Ah! ¡Es el amigo de *nuestro* amigo! —dijo el Corsario a mistress Wyllys, en un tono que ella comprendió perfectamente—. Me servirá de intérprete. Venga aquí, amigo mío; he de decirle algo.

—Mil veces a su servicio, señor —replicó Richard obedeciendo al momento—; bueno, no soy un gran orador, tengo siempre algo dando vueltas por mi mente pero no soy capaz de expresarlo cuando me encuentro en la necesidad de hacerlo.

—Espero que su estancia en este barco le parezca agradable.

—No digo que no, Su Honor; sería difícil encontrar un navío mejor, estoy seguro de ello.

—¿Y el viaje?, espero que también sea de su gusto.

—Mire, señor, he salido de mi casa sin saber gran cosa; por ello no siempre me es posible adivinar las órdenes que pretende dar el capitán.

—A veces son de su gusto ¿no? —dijo mistress Wyllys con firmeza y resuelta a llevar el interrogatorio mucho más allá de lo que el Corsario había pretendido.

—No digo que me falte un sentimiento que es natural a todos los hombres, señora —respondió Fid esforzándose en poner de manifiesto su admiración por el sexo débil con el saludo que hizo a la institutriz—, aunque haya encontrado gran número de adversidades y otro tanto de contratiempos. Creía que Catherine Whiffle y yo estábamos atados juntamente con un nudo tan fuerte como jamás haya podido hacerse en un cable de escota, cuando la ley se presentó con sus reglamentos y artículos de policía, se interpuso ante mi felicidad, y se vinieron abajo todas las esperanzas de la pobre chica a la que obligaban a tener un solo...

—¿Se supo que ella tenía otro marido? —dijo el Corsario moviendo la cabeza de

un modo significativo.

—Cuatro, Su Honor. A la chica le gustaba la compañía, y nada le afligía más que encontrarse en casa sola; pero entonces, como era raro que pudiera haber más de uno de nosotros a la vez en el mismo puerto, no había por qué hacer tanto ruido por tan pequeña bagatela.

—¿Y desde esa desafortunada aventura, desconfía usted del matrimonio?

—¡Desde entonces, Su Honor! ¡Oh!, se lo aseguro —respondió Fid.

—¿Y todo eso ha ocurrido después de haber conocido a míster Wilder?

—Antes, Su Honor, antes. Yo era aún un muchacho en aquel tiempo, tenga en cuenta que hará veinticuatro años el próximo mes de mayo que el amo Harry me lleva a remolque. Pero desde entonces he tenido algo muy parecido a una familia, no he tenido necesidad de ir a deslizarme a la cama de nadie más, ¿comprende?

—¿Dice usted —interrumpió mistress Wyllys—, que hace veinticuatro años que conoció a míster Wilder?

—¡Conocerle!, señora, en aquel tiempo yo no sabía apenas lo que era conocer. Pero si esta señora y Su Honor tienen deseos de conocer el caso tal como fue, no tienen más que decirlo, y yo les contaré todo lo que sé con palabras claras y honorables.

—¡Ah! Me parece una proposición muy razonable —respondió el Corsario haciendo a mistress Wyllys una señal para que le siguiera a un lado de popa donde se encontrarían menos a la vista de probables curiosos.

—Ahora explíquenos el asunto claramente, y puede estar seguro de que al final le daremos nuestra opinión.

—Mi padre me envió, por cierto muy joven, al mar, Su Honor, —dijo Fid, después de pronunciar aquellos pequeños preliminares—. Era, igual que yo, un hombre que pasaba más tiempo en el agua que en tierra firme, aunque no era más que un pobre pescador. Cuando yo me eché a la mar, y doblé el Cabo de Hornos en mi primer viaje, lo que no era poca cosa para un principiante, entonces, como sólo tenía ocho años...

—¡Ocho años! ¿Habla de su edad en ese momento? —interrumpió la institutriz con gran sorpresa.

—Ciertamente, señora, y se podría hablar de otras personas de aquella época que son mucho más importantes. He comenzado mi historia por uno de sus extremos; pero como he creído que la señora no quería perder el tiempo oyendo lo que a mi padre y madre se refiere, he considerado oportuno ir al grano a partir de los ocho años, dejando a un lado lo que afecta a mi nacimiento y nombre, y otros mil detalles de este tipo que se suelen intercalar generalmente, sin ton ni son, en todas las historias de hoy.

—Siga —replicó la institutriz con una resignación muy forzada.

—Bien, pues, como decía, yo había doblado el Cabo de Hornos. Esto me llevó cuatro años de travesías entre las islas y los mares de esos parajes que no eran muy

conocidos entonces, y que tampoco ahora podemos decir que lo sean. Después de esto, serví en la flota de Su Majestad durante toda una guerra, y adquirí allí tanto honor como pude. Entonces fue cuando encontré a Guinea, ese negro, señora, que ha visto allá abajo moviendo una polea para la vela de proa.

—Muy bien; entonces se encontró usted con el africano —dijo el Corsario.



—Sí, entonces nos conocimos; y aunque su color no sea más blanco que el lomo de una ballena, no me importa, que digan de ello lo que quieran, para mí después del amo Harry no hay otro hombre sobre la tierra al que yo tenga más afecto. Guinea y yo nos hicimos compañeros y muy buenos amigos; hacía más de cinco años que



estábamos juntos cuando se produjo el naufragio en las Indias Occidentales.

—¿Qué naufragio? —preguntó su comandante.

—Ruego a Su Honor que me perdone; yo nunca he izado una vela sin asegurarme antes de que está en buenas condiciones, es preciso que ordene mis ideas para que no se me olvide nada de lo que deba ser mencionado.

El Corsario que notó la impaciencia de la institutriz por lo que tardaba en llegar el final de un relato que marchaba tan lentamente, y como se impacientaba aún más al hacerse alguna interrupción, le hizo una señal para que dejara al prolijo relator contar a su manera la historia, como único modo de hacerle llegar a los hechos que con tanta impaciencia deseaban conocer ambos. Hecho de esta manera, Fid repasó, como había dicho, las diversas circunstancias, y viendo que, afortunadamente, nada que considerase inherente a su historia se le había pasado por alto, empezó la parte del relato que más interesaba a sus auditores.

—Así pues, como le decía a Su Honor —continuó diciendo—, Guinea era entonces un marinero del palo mayor, y yo estaba destinado en el mismo lugar a bordo de *La Proscrpina*, cuando nos encontramos con un barco contrabandista entre las islas y el continente español. El capitán consiguió su presa, y detuvo a parte de la tripulación para llevarla hasta el puerto, lo que estaba de acuerdo con las instrucciones, al menos así lo he supuesto yo siempre, puesto que pude comprobar que era un hombre con gran sentido de la responsabilidad. Pero que esto fuera así o no, poco importa, lo cierto es que, el navío había llegado a su fin, y que corría hacia un terrible huracán que se produjo quizá cuando estábamos a unos dos días de nuestro puerto. Era un barco pequeño, créame; y como le pareció bien ponerse de costado antes de irse a dormir para toda la eternidad, el contramaestre y otros tres cayeron por encima del puente y fueron a parar al fondo del mar, según he creído siempre, y puedo asegurar que jamás oí a nadie-decir lo contrario. Fue en esta ocasión cuando Guinea me dio su mano por primera vez; habíamos pasado juntos momentos de hambre y sed, era la primera vez que se tomó la libertad de golpearme para impedir que bebiera agua salada como un pescado.

—¿Él impidió que usted se ahogara como los demás?

—Yo no diría tanto, Su Honor; pues quién sabe si algún feliz acontecimiento no habría llevado al mismo resultado. Cualquiera que sea la razón, yo siempre he preferido dar el mérito al negro, aunque hayamos hablado de ello en muy pocas ocasiones, por la sencilla razón, y así lo creo, de que el día de ajustar ciertas cuentas no ha llegado aún. Así pues, nos dispusimos a botar la barca y a depositar en ella algunas provisiones, lo necesario para impedir al alma y al cuerpo que tirasen cada uno por su lado, y nos dirigimos hacia tierra, ya que según creíamos no teníamos otra alternativa.

—Pero ¿qué tiene que ver su naufragio con míster Wilder? —preguntó la institutriz incapaz de seguir oyendo por más tiempo las prolijas explicaciones del marinero.

—Una relación muy simple y natural, señora, como podrá comprobar cuando haya oído la parte conmovedora de mi historia. Así pues hacía dos noches y un día que Guinea y yo recorriamos el océano, desprovistos de todo, excepto de trabajo, y nos dirigíamos hacia las islas; pues bien, aunque nosotros no seamos grandes navegantes, vislumbramos la tierra, y remamos vigorosamente como quien siente que está haciendo un recorrido en el que le va la propia vida, entonces una mañana, me parece como si estuviera viéndolo ahora mismo, descubrimos hacia el sudoeste un navío, si es que se le puede dar el nombre de navío a una cosa en la que no quedaba expuesto al aire más que el armazón de sus tres mástiles, sin aparejos, sin cuerdas, sin un pequeño pabellón que anunciara a qué nación pertenecía. Sea lo que fuere, echando una mirada a estos tres palos desguarnecidos, le tuve por un barco de alto rango, y cuando estuvimos lo suficientemente cerca para mirar con detenimiento el armazón, no dudé en afirmar que era de construcción inglesa.

—¿Subió a bordo? —preguntó el Corsario.

—No fue cosa difícil, Su Honor, pues toda la tripulación se componía tan sólo de un perro hambriento. Era un espectáculo impresionante, nos acercamos a sus puentes, —continuó diciendo Fid que adoptaba cada vez un aire más serio—; un espectáculo que me estremece aún el corazón cada vez que pienso en él.

—¿Estaba, pues, el barco abandonado?

—Sí, señor; la tripulación lo había abandonado, o había sido aniquilada por la tempestad que le hizo zozobrar. No he podido saber nunca la verdad acerca de ello. El perro sin duda había sido muy travieso por cubierta pues se veía que tuvieron que amarrarlo a un piquete; lo que le salvó la vida, puesto que afortunadamente para él se encontró en la parte a salvo del barco cuando éste se inclinó poco después que todos se marcharan. Así pues, señor, como le digo, tan solamente había un perro, y por lo que nos parecía, ninguna otra cosa, aunque estuvimos todo el día buscando por todas partes, por ver si encontrábamos algo que pudiera sernos útil; pero como la entrada del fondo de la bodega y la del camarote estaban cubiertas por el agua, no conseguimos buenos resultados en nuestra búsqueda.

—¿Y abandonaron ustedes entonces el barco naufragado?

—No, aún no, Su Honor. Cuando estábamos atareados buscando con gran interés por todas partes, dijo Guinea: «Señor Dick, parecer oír alguien quejarse allá abajo». Ha de saber, señor, que también a mí me había parecido oír esos quejidos, pero los tomé en un principio, por los gemidos de los espíritus de la tripulación, y no quise decir nada, por temor a acrecentar la superstición del negro; porque estos negros son todos muy supersticiosos, señora; de tal manera que consideré oportuno guardar silencio y no decir nada acerca de lo que había oído hasta que fuera él mismo quien empezara a hablar de ello. Entonces ambos nos pusimos a escuchar con gran atención, y los gemidos no tardaron en parecernos que procedían de un ser humano. Lo mejor era hacer un agujero en la popa para asegurarme si algún desgraciado había sido sorprendido en la cama en el momento en que se produjo el fatal desenlace. Y

así, con buena voluntad y una hacha, pudimos saber de dónde venían esos lamentos.

—¿Encontraron ustedes a un niño?

—Y a su madre, señora. Afortunadamente, estaban en buen lugar, y el agua aún no había llegado hasta ellos; pero la falta de aire y alimentos pudo serles fatal. La dama estaba agonizando cuando la sacamos de allí; y en cuanto al niño, que puede usted ver allí abajo junto a aquel cañón, tan robusto y soberbio, en aquel entonces estaba en un estado tan triste, señora, que no nos importó en absoluto darle el poco de vino y agua que el Señor nos había dejado, para que, como he pensado después tan frecuentemente, llegara a ser lo que es actualmente, ¡el honor del océano!

—Pero ¿y la madre?, hambre y sed, era la primera vez que se tomó la libertad de golpearme para impedir que bebiera agua salada como un pescado.

—¿Él impidió que usted se ahogara como los demás?

—Yo no diría tanto, Su Honor; pues quién sabe si algún feliz acontecimiento no habría llevado al mismo resultado. Cualquiera que sea la razón, yo siempre he preferido dar el mérito al negro, aunque hayamos hablado de ello en muy pocas ocasiones, por la sencilla razón, y así lo creo, de que el día de ajustar ciertas cuentas no ha llegado aún. Así pues, nos dispusimos a botar la barca y a depositar en ella algunas provisiones, lo necesario para impedir al alma y al cuerpo que tirasen cada uno por su lado, y nos dirigimos hacia tierra, ya que según creíamos no teníamos otra alternativa.

—Pero ¿qué tiene que ver su naufragio con míster Wilder? —preguntó la institutriz incapaz de seguir oyendo por más tiempo las prolijas explicaciones del marinero.

—Una relación muy simple y natural, señora, como podrá comprobar cuando haya oído la parte conmovedora de mi historia. Así pues hacía dos noches y un día que Guinea y yo recorríamos el océano, desprovistos de todo, excepto de trabajo, y nos dirigíamos hacia las islas; pues bien, aunque nosotros no seamos grandes navegantes, vislumbramos la tierra, y remamos vigorosamente como quien siente que está haciendo un recorrido en el que le va la propia vida, entonces una mañana, me parece como si estuviera viéndolo ahora mismo, descubrimos hacia el sudoeste un navío, si es que se le puede dar el nombre de navío a una cosa en la que no quedaba expuesto al aire más que el armazón de sus tres mástiles, sin aparejos, sin cuerdas, sin un pequeño pabellón que anunciara a qué nación pertenecía. Sea lo que fuere, echando una mirada a estos tres palos desguarnecidos, le tuve por un barco de alto rango, y cuando estuvimos lo suficientemente cerca para mirar con detenimiento el armazón, no dudé en afirmar que era de construcción inglesa.

—¿Subió a bordo? —preguntó el Corsario.

—No fue cosa difícil, Su Honor, pues toda la tripulación se componía tan sólo de un perro hambriento. Era un espectáculo impresionante, nos acercamos a sus puentes, —continuó diciendo Fid que adoptaba cada vez un aire más serio—; un espectáculo que me estremece aún el corazón cada vez que pienso en él.

—¿Estaba, pues, el barco abandonado?

—Sí, señor; la tripulación lo había abandonado, o había sido aniquilada por la tempestad que le hizo zozobrar. No he podido saber nunca la verdad acerca de ello. El perro sin duda había sido muy travieso por cubierta pues se veía que tuvieron que amarrarlo a un piquete; lo que le salvó la vida, puesto que afortunadamente para él se encontró en la parte a salvo del barco cuando éste se inclinó poco después que todos se marcharan. Así pues, señor, como le digo, tan solamente había un perro, y por lo que nos parecía, ninguna otra cosa, aunque estuvimos todo el día buscando por todas partes, por ver si encontrábamos algo que pudiera sernos útil; pero como la entrada del fondo de la bodega y la del camarote estaban cubiertas por el agua, no conseguimos buenos resultados en nuestra búsqueda.

—¿Y abandonaron ustedes entonces el barco naufragado?

—No, aún no, Su Honor. Cuando estábamos atareados buscando con gran interés por todas partes, dijo Guinea: «Señor Dick, parecer oír alguien quejarse allá abajo». Ha de saber, señor, que también a mí me había parecido oír esos quejidos, pero los tomé en un principio, por los gemidos de los espíritus de la tripulación, y no quise decir nada, por temor a acrecentar la superstición del negro; porque estos negros son todos muy supersticiosos, señora; de tal manera que consideré oportuno guardar silencio y no decir nada acerca de lo que había oído hasta que fuera él mismo quien empezara a hablar de ello. Entonces ambos nos pusimos a escuchar con gran atención, y los gemidos no tardaron en parecernos que procedían de un ser humano. Lo mejor era hacer un agujero en la popa para asegurarme si algún desgraciado había sido sorprendido en la cama en el momento en que se produjo el fatal desenlace. Y así, con buena voluntad y una hacha, pudimos saber de dónde venían esos lamentos.

—¿Encontraron ustedes a un niño?

—Y a su madre, señora. Afortunadamente, estaban en buen lugar, y el agua aún no había llegado hasta ellos; pero la falta de aire y alimentos pudo serles fatal. La dama estaba agonizando cuando la sacamos de allí; y en cuanto al niño, que puede usted ver allí abajo junto a aquel cañón, tan robusto y soberbio, en aquel entonces estaba en un estado tan triste, señora, que no nos importó en absoluto darle el poco de vino y agua que el Señor nos había dejado, para que, como he pensado después tan frecuentemente, llegara a ser lo que es actualmente, ¡el honor del océano!

—Pero ¿y la madre?

—La madre había dado el único pedazo de pan que tenía a su hijo, y moría tratando de prolongar la existencia de aquel ser al que ella un día diera la vida. Estaba allí, blanca como la vela que durante mucho tiempo se ha visto azotada por la tempestad, con su brazo desvalido puesto alrededor del cuello de su hijo, e intentando hacerle vivir algún tiempo más.

—¿Qué hizo ella cuando la sacaron fuera?

—¡Lo que ella hizo! —repitió Fid con voz que se le había tornado ronca y oprimida—; hizo algo endiabladamente extraño: dio al niño la mitad de una galleta, y

nos hizo una señal, lo mejor que pudo dado su estado, con la que nos daba a entender que cuidásemos de él hasta que fuera capaz de valerse por sí mismo.

—¿Y eso fue todo lo que dijo?

—Creo que luego rezó; porque se oyó hablar algo entre ella y alguien que no podía ser visto, que parecía ser una plegaria, a juzgar por la manera en que ella elevaba los ojos al cielo y movía los labios. Me pareció que, entre otras cosas, dijo una palabra en favor de un tal Richard Fid; pues es seguro que no tenía necesidad de pedir por sí misma. Por lo demás, nadie sabrá jamás lo que ella dijo, pues desgraciadamente su boca se cerró entonces para no volver a abrirse nunca más.

—¿Murió?

—Murió, sí; la pobre dama estaba ya casi muerta cuando la tomamos en nuestros brazos, y nosotros no teníamos ayuda alguna que ofrecerle. Un poco de agua, una pinta, más escasa, de vino, una galleta y un puñado de arroz, no eran gran cosa para dos hombres vigorosos que tenían que hacer setenta leguas en una barca, a través de los trópicos. Sea lo que fuere, cuando vimos que no podíamos coger nada del barco, y que el navío se hundía cada vez más, consideramos que lo mejor era emprender la marcha, y lo hicimos a tiempo, pues el barco se hundió, justamente en el momento en que pusimos el pie en nuestra barca.

—¿Y el niño?... ¿el pobre niño abandonado?... —preguntó con gran interés la institutriz, con los ojos llenos de lágrimas a punto de salir y correr por sus mejillas.

—Se equivoca, señora. En lugar de abandonarlo lo llevamos con nosotros, así como a la otra criatura viviente del barco naufragado; pero teníamos aún que hacer un largo viaje, y lo que es peor no estábamos en la ruta de los barcos mercantes. Por ello nos reunimos en consejo, el negro y yo, pues el niño estaba demasiado débil como para hablar, y además, ¿qué habría podido decir él de la situación en que nos encontrábamos? Entonces comencé yo: «Guinea, le dije, es preciso que nos comamos al perro o al niño. Si nos comemos al niño, nos pondremos a la misma altura de los hombres de tu país»; como usted sabe, señora, son caníbales; «en cambio si nos comemos al perro, por muy delgado que esté, podremos sostener nuestros cuerpos y almas, y dar al niño parte de la víctima». Entonces Guinea respondió: «Yo, dijo, no tener necesidad de comer todo; tú dar al niño, porque él ser pequeño y tener necesidad de fuerza». No sé por qué el amo Harry no le gustó la carne de perro, nosotros comimos de él y le obligamos a comer, aunque se acabó pronto dado que estaba muy delgado. Después de esto aún tuvimos tiempo de pasar hambre.

—¿Y alimentaron, pues, al niño a pesar de que ustedes entre tanto se morirían de hambre?

—No, nosotros no nos quedamos sin nada, y además aún nos quedaba la piel del perro, pero no me atreveré a decir que sea, precisamente, una de las comidas más sabrosas. Y después, como no teníamos ocasión para entretenernos nadando, siempre estábamos dándole a los remos y a pesar de eso no avanzábamos muy de prisa. Por fin llegamos a una de aquellas islas, después de algún tiempo; y, ni el negro ni yo,

podíamos vanagloriarnos de tener mucha fuerza ni de contemplar el paisaje cuando caímos sobre nuestra posible primera comida.

—¿Y el niño?

—¡Oh!, iba muy bien; como nos dijeron en seguida los médicos, la dieta a que se había visto sometido no le había hecho ningún daño.

—¿Buscó usted a sus parientes?

—¡Oh!, en cuanto a esa señora, puede estar segura de que él había encontrado a sus mejores amigos. No teníamos ninguna referencia con la que ponernos a buscar su familia. Él nos dijo que se llamaba amo Henry; está claro, después de esto, que era de buena cuna, como se puede comprobar con nada más que mirarle; pero no pude saber ni una palabra más de su familia o de su patria, excepto que hablaba inglés y que había sido encontrado en un barco de esa nación, naturalmente es evidente que él fuese también inglés.

—¿No ha podido saber el nombre del barco? —preguntó el Corsario que escuchaba el relato con la mayor atención que se pueda imaginar.

—¡Oh!, en cuanto a esto, Su Honor, las escuelas eran escasas en mi país; y en África, como usted sabe, no hay una gran instrucción. Así pues, había un cubo de cuero en el puente, afortunadamente lo habíamos encontrado amarrado a las bombas, de tal manera que no pudo caer al mar y lo trajimos con nosotros. Había un nombre escrito en ese cubo, y cuando tuvimos tiempo, ordené a Guinea, que tiene un talento muy peculiar para tatuar, que lo incrustara en mi brazo con pólvora, como el mejor medio de consignar estos pequeños detalles. Su Honor podrá comprobar por sí mismo lo bien que el Negro cumplió con lo que le había mandado.

Diciendo esto, Fid se quitó la chaqueta tranquilamente, y descubrió hasta el codo uno de sus vigorosos brazos, en el que el tatuaje impreso aún era bastante visible. Aunque las letras estuviesen groseramente imitadas no era difícil leer en la piel estas palabras: *El Arca de Linn-Haven*.

—De esta manera tuvo usted un medio para encontrar la familia del niño —dijo el Corsario después de haber descifrado estas letras.

—No lo crea, Su Honor; pues tomamos al niño con nosotros a bordo de *La Proserpina*, y nuestro digno capitán puso todas las velas al viento para tratar de encontrar cuanto antes algunos datos sobre este particular; pero nadie de a quien se le preguntó había oído hablar nunca de un navío que llevara el nombre de *El Arca de Linn-Haven*, y después de un año, sobre poco más o menos, nos vimos obligados a abandonar la búsqueda.

—¿El niño no pudo dar ninguna referencia acerca de sus parientes? —preguntó la institutriz.

—Bien poco, señora, por la sencilla razón de que no sabía gran cosa de ellos, como podrá ver por lo que ahora le diré. Lo cierto es que abandonamos la búsqueda por completo; Guinea y yo, así como también el capitán, nos cuidamos de educar al niño. Aprendió el oficio de marino a través de mí y del negro. En cuanto al latín que

era necesario para la navegación, el capitán se encargó de enseñárselo, ¡era un hombre muy instruido!, y demostró ser un buen amigo hasta que el pequeño estuvo en situación de empezar a aprender por sí mismo, lo que ocurrió unos años más tarde.

—¿Y cuánto tiempo permaneció míster Wilder en la marina real? —preguntó el Corsario fingiendo adoptar un aire de indiferencia.

—El tiempo suficiente para saber cuanto allí podía aprender,

—Su Honor —respondió Fid eludiendo muy hábilmente la pregunta que se le había hecho.

—Si no se quedó allí, ha sido el rey quien ha salido perdiendo. Pero ¿qué veo allí abajo entre el estay y la berlinga? Se diría que es una vela; ¿o acaso no es más que una gaviota que bate sus alas antes de tomar el vuelo?

—¡Eh!, ¡una vela! —gritó el marinero que estaba en el puesto de vigía en lo alto del palo mayor—. ¡Eh!, ¡una vela! —se repitió por todas partes, desde lo alto de las gaviotas hasta el puente; pues a pesar de la sutileza de ella al avanzar, la vela había sido descubierta al mismo tiempo por una docena de hombres. El Corsario por tal motivo se vio obligado a prestar atención a un grito tan frecuentemente repetido, y Fid aprovechó esta circunstancia para abandonar la popa con la precipitación propia de un hombre que no se ha ofendido por una interrupción de este tipo. La institutriz se levantó a continuación, y se marchó muy triste y pensativa a su camarote.

## Capítulo veinticuatro

La presencia de una vela en un mar tan poco frecuentado como aquél donde se hallaba el Corsario, reanimó a la tripulación. Según sus cálculos, varias semanas había perdido ya totalmente su jefe en planes quiméricos y sin resultado. No eran gentes que pensarán que la fatalidad les había arrebatado el barco de Bristol; bastaba a sus espíritus groseros que ese rico botín se les había escapado. Se presentaba al fin una ocasión para reparar sus pérdidas. El extraño barco iba a su encuentro en una parte del océano en la que era imposible que pudiesen encontrar ayuda, y donde los piratas tendrían tiempo de aprovecharse completamente del triunfo que pudieran obtener.

Incluso el Corsario mostraba más satisfacción que de costumbre por la idea de hacer esta captura. Sentía la necesidad de alguna hazaña brillante o provechosa para mantener a la tripulación en la obediencia, y una larga experiencia le había enseñado que no podía estrechar los lazos de la disciplina en ningún momento mejor que en aquellos que parecían exigir más su valor y su habilidad. En consecuencia se puso en medio de sus marineros, con aire desenvuelto y natural, hablando a varios que llamaba por sus nombres, y a los que no desdeñaba incluso preguntarles su opinión sobre la naturaleza de la vela que había sido divisada. Después de darles a entender directamente de esta forma, que sus últimas ofensas habían sido perdonadas, convocó a Wilder, al general y a uno o dos de los otros oficiales superiores, y subió con ellos a la popa, donde se dispusieron a hacer las observaciones más particulares y más reales, con ayuda de media docena de magníficos anteojos.

Se pasaron unos minutos examinando en silencio y con atención el objeto que tenían a la vista. El día era claro, el viento fresco, sin ser duro, el mar estaba en calma, y el horizonte descubierto por todas partes. En una palabra, todo se reunía no solamente para facilitar su observación, sino también para favorecer las maniobras que, según toda probabilidad, serían necesarias.

—¡Es un barco! —dijo el Corsario bajando sus anteojos, y comunicando de este modo el primer resultado de su largo y atento examen.

—¡Es un barco! —repitió el general, cuyos impasibles rasgos parecían tratar de horadar un rayo de satisfacción.

—Un barco con todos sus aparejos —prosiguió un tercero volviendo a elevar la cabeza.

—Hace falta algo para mantener todas esas palanquetas —respondió el comandante—. Debe llevar un cargamento valioso. ¡Pero no dice nada, señor Wilder! Es, según usted...

—Un barco de alta borda —respondió nuestro aventurero que, aunque había guardado hasta entonces silencio, no hacía sus observaciones con el menor interés—. Pero mis anteojos me engañan, o...

—¿O qué, señor?



—Le veo venir de proa.

—Yo también. Es un gran barco que se deja ir a una bolina y que está preparado para marchar con rapidez, y se dirige hacia este lugar. Acaba de izar sus velas en cinco minutos.

—Eso me ha parecido. Pero...

—¿Pero qué? No hay duda de que se dirige hacia el noroeste. Puesto que quiere evitarnos el trabajo de darle persecución, procuraremos no precipitar nuestros movimientos. Dejémosle venir tranquilamente. ¿Qué le parece la marcha que desarrolla en estos momentos ese barco, general?

—¡Nada de militar, pero muy atractivo! Hay en él, incluso en sus masteleros, algo que lo da a entender.

—Y usted, señor, ¿cree también que se trate de un galeón por sus gavias?

—Podría creerlo —respondió un oficial—. Según se dice los españoles toman con frecuencia esta ruta, a fin de evitar todo trato con aquéllos cuya misión es, como la nuestra, piratear.

—¡Ah!, ¡ese español es el príncipe de la tierra! Sería una obra de caridad liberarle de su rico cargamento, ya que se podría ir a pique con tal carga al igual que ese romano que pereció aplastado bajo el peso de los escudos de las sabinas. Creo que no ha notado algo extraño en esos vivos colores, señor Wilder.

—¡Es un navío de grandes dimensiones!

—Razón de más para creer que lleva un rico flete. Aún es usted novato en este oficio, señor, o no sabe que la dimensión es una característica que tenemos en cuenta en los barcos que visitamos. Si están cargados de bolas, les dejamos caminar a su gusto; pero si su cargamento consiste en un metal tan precioso como el de Potosí, van por lo general más rápidos, después de pasar algunas horas en nuestra compañía.

—¿No hace señales el barco? —preguntó Wilder pensativo.

—Es muy pronto para que nos vea. Es preciso que vigile muy bien para ver desde tan lejos a un barco que utiliza tan sólo sus velas de estay. La vigilancia es un índice infalible de un rico cargamento.

Hubo entonces un momento de silencio durante el cual los anteojos, por iniciativa de Wilder, se dirigieron de nuevo hacia el navío extranjero. Las opiniones no estaban de acuerdo, unos afirmaban, otros negaban que hubiera señales. El Corsario guardó silencio, aunque observaba con una atención continua.

—Hemos terminado por tener la vista enturbiada a fuerza de mirar —dijo—. Siempre me ha parecido bien emplear unos ojos que tuviesen aún todo su poder cuando los míos no pueden prestarme su servicio. Ven aquí —prosiguió dirigiéndose a un hombre que estaba ocupado en algún trabajo en la popa, a poca distancia del lugar en que estaba el grupo de oficiales—; ven aquí: dime lo que piensas de la vela que vemos al suroeste.

Este hombre resultó ser Escipión, que había sido elegido a causa de su destreza para el trabajo en cuestión. Poniendo su gorro sobre el puente, con un respeto todavía

más profundo que el que el marinero acostumbra a mostrar a su superior, levantó los anteojos con una mano, mientras con la otra tapaba el ojo que no le era de utilidad por el momento. Sin embargo tan pronto vio el lejano objeto, cuando volvió a bajar el instrumento y fijó los ojos sobre Wilder con una especie de asombro estúpido.

—¿Has visto la vela? —preguntó el Corsario.

—Patrón, poder verlo con los ojos.

—Sí, pero ¿qué ves con la ayuda de los anteojos?

—Ser un barco, señor.

—Eso es cierto. ¿Pero tiene arboladas señales externas?

—El tener tres velas nuevas en el mástil de juanete, señor.

—¿Has visto su pabellón?

—El no tener.

—Eso es lo que yo creo. Es suficiente... Un momento... Se encuentra con frecuencia una buena idea si se busca allí donde parece que no existe. ¿Qué dimensiones crees que tiene ese barco?

—El ser aproximadamente de setecientas cincuenta toneladas, patrón.

—¡Pues sí!, la lengua de su negro, señor Wilder, es tan exacta como la regla de un carpintero. El bribón habla del tamaño de un barco que apenas se ve con tanta seguridad como un aforador de la aduana real que le hubiera medido.

—Tenga cuidado con la ignorancia de este negro; los hombres de su clase raramente pueden responder a ciertas preguntas.

—¡Ignorancia! —repitió el Corsario llevando sus miradas de uno a otro con esa vivacidad que le era peculiar, y volviéndolas a dirigir a continuación sobre el objeto que se divisaba en el horizonte—. No lo sé muy bien, pero me parece que la opinión de este hombre no ofrece la menor duda. ¿Crees que su tonelaje es precisamente el que me has dicho?

Escipión miró con sus grandes ojos negros a su nuevo comandante y a su antiguo patrón, y durante un momento pareció haber perdido el uso de sus facultades; pero esta incertidumbre no duró nada más que un instante. Tan pronto vio fruncir el ceño a este último, cuando la confianza con la que había emitido su primera opinión dio lugar a una estupidez tan marcada, que parecía imposible que a un ser así pudiera jamás ocurrírsele una idea.

—Te pregunto si ese barco no puede ser una docena de toneladas más grande o más pequeño que lo que has dicho —continuó el Corsario, cuando vio que no era posible que de inmediato diera una respuesta a su pregunta anterior.

—El ser exactamente como patrón quiera —respondió Escipión.

—Yo quisiera que fuese de mil, pues la presa sería más rica aún.

—Yo creer él ser de mil.

—Un bonito barco de trescientas toneladas también nos satisfaría si está bien provisto de oro.

—El parecer de trescientas.

—Me parece que es un gran bergantín.

—El parecer también un gran bergantín para mí.

—Puede ser, después de todo, nada más que una goleta con muchas velas.

—Una goleta tener frecuentemente una vela de juanete —respondió el negro decidido a consentir todo lo que el otro decía.

—Quién sabe si será incluso una vela. ¡Eh!, es bueno tener varias opiniones sobre un asunto de esta importancia. ¡Eh!, que se haga venir al marinero Fid. Sus compañeros son tan inteligentes, señor Wilder, que no debe sorprenderle si experimento tanto placer interrogándoles.

Wilder se mordió los labios, y los demás del grupo mostraron una gran extrañeza; pero estos últimos estaban desde hacía mucho tiempo acostumbrados a los caprichos de su comandante, y el primero era demasiado prudente para hablar en un momento en que el Corsario parecía querer mantener solo la conversación.

Sin embargo, el viejo marinero no tardó en aparecer, y el jefe rompió de nuevo el silencio.

—¿Y tú pones en duda que aquello sea incluso una vela? —prosiguió.

—Yo ponerlo —dijo el negro obstinado.

—Oyes lo que dice tu amigo, Fid; él cree que ese objeto que se dirige tan veloz hacia nosotros no es una vela.

Como Fid no vio razón para ocultar su asombro al oír esta singular opinión, manifestó con todos los embellecimientos que él acostumbraba a revestir las impresiones que experimentaba para hacerlas más sensibles.

Después de mirar un momento en la dirección de la vela para asegurarse de que no se equivocaba, volvió los ojos con desprecio hacia Escipión, como para disculparse de tenerlo por compañero mostrando la equivocación que le causaba su ignorancia.

—¿Y por qué diablos tomas eso, Guinea?, ¿por una iglesia?

—Sí, mí creer ser una iglesia —respondió el negro complaciente.

—¡Buen Dios!, ¡el imbécil del negrillo! Vuestro Honor sabe que la conciencia es una cosa excesivamente olvidada en África y el negro podía equivocarse en cuanto a religión; pero él es un buen marinero, y debe saber distinguir una vela de juanete de un cataviento. Entonces, veamos, Escipión, por el honor de tus amigos, si no tienes amor propio, di a su...

—Es inútil —interrumpió el Corsario—. Toma estos anteojos tú, y dime tu opinión sobre la vela que se ve.

Fid hizo una profunda inclinación para agradecer la atención; y depositando a continuación sobre el puente su pequeño gorro embreado, se dispuso con mucha tranquilidad, y como él se preciaba, capaz, para hacer lo que se le pedía. El viejo marinero estuvo mucho más tiempo mirando del que había estado el Negro, su compañero, y sus observaciones debieron ser en consecuencia mucho más precisas. Sin embargo en vez de dar a continuación su opinión, cuando se cansó de mirar, bajó

los anteojos y al mismo tiempo la cabeza, y quedó en la actitud del que está coordinando sus ideas.

—Espero tu opinión —dijo su comandante atento, cuando creyó que Richard Fid había tenido tiempo para madurar su opinión.

—¿Vuestro Honor quiere decirme el día que hoy es del mes, así como el de la semana, si no le supone mucha molestia?

Tuvo en seguida respuesta a sus dos preguntas.

—Tuvimos el viento del sureste el primer día de navegación; después cambió en la noche y sopló con fuerza al noroeste, y así continuó durante una semana. Después hubo una borrasca importante que nos agitó durante un día; a continuación llegamos a estos parajes, que desde entonces han permanecido siempre tan en calma como el capellán de un barco sentado ante un tazón de ponche.

—¿Pero qué piensas de ese barco? —preguntó el Corsario con un poco de impaciencia.

—No es una iglesia, eso es bien cierto, Vuestro Honor —dijo Fid muy decidido.

—¿Muestra algunas señales?

—Es posible que hable con sus velas, pero sería necesario uno más sabio que Richard Fid para saber lo que quieren decir. Veo tres velas nuevas en su mastelero mayor, pero eso es todo.

—El barco es dichoso por tener tan buen velamen. Y usted, señor Wilder, ¿ve también las velas más oscuras en cuestión?

—Hay ciertamente algo que podría tomarse por lona más nueva que las demás. Creo que como el sol se refleja sobre las velas, es eso lo que tomé primero por las señales de que le hablé.

—Entonces no se nos ve, y podemos permanecer todavía algún tiempo tranquilos, mientras tenemos la ventaja de poder examinar ese barco en todas sus partes, hasta las velas nuevas que lleva en su mastelero.

El Corsario hablaba en un tono que tenía parte de sarcasmo y parte de reflexión. Entonces hizo señas a los marineros impacientes para que se retiraran. Cuando estuvieron solos, se volvió hacia sus oficiales que guardaban un respetuoso silencio, y dijo dulce, grave y al mismo tiempo afectuosamente:

—Señores, el tiempo de descanso ha pasado, y la suerte nos ofrece al fin la ocasión de ejercitar nuestro valor. No sabría decir si el navío que está a la vista es exactamente de setecientas toneladas, pero hay una cosa que todo marino puede ver: la anchura de sus altas vergas, la simetría con la que están dispuestas y la fuerza de la tela que presenta al viento, por todo ello digo que es un barco de guerra. ¿Alguien difiere de mi opinión? Hable, señor Wilder.

—Noto que su observación es justa, y pienso como usted.

La especie de desconfianza que se había extendido sobre la frente del Corsario durante la escena anterior se disipó un poco cuando oyó la confesión franca y directa de su lugarteniente.

—¿Cree que se trate de un barco del rey? Quiero sinceridad en esta respuesta. Le preguntaré otra cosa: ¿le atacamos?

No era tan fácil dar una respuesta decisiva. Los oficiales trataban de leer unos en los ojos de los otros, lo que pensaban sus compañeros, cuando al fin su jefe creyó conveniente hacer la pregunta de forma más directa.

—¡Y bien!, general —dijo—, usted que es un hombre inteligente, ahí tiene una pregunta que le espera: ¿libramos batalla con un barco del rey, o desplegamos nuestras velas para huir?

—Mis valientes no han sido formados para la retirada. Dígales cualquier cosa para que la hagan, y yo respondo de ellos.

—¿Pero nos vamos a aventurar sin estar seguros de que haya un motivo para ello?

—El español envía frecuentemente sus lingotes a España bajo la protección de los cañones de un barco de guerra —dijo uno de los subordinados que no encontraba inoportuno el peligro cuando se veía compensado por alguna esperanza de provecho—. Podemos tantear al extranjero: si lleva otra cosa además de sus cañones, se verá por su repugnancia en respondernos; pero si es pobre, le hallaremos tan terrible como un tigre hambriento.

—Su advertencia es sabia, Brace, y se tendrá en cuenta. Vamos, señores, que cada uno ocupe su puesto. Pasaremos la media hora que tardemos en divisarle bien, examinando nuestras armas y subiendo los cañones. Como el combate no está decidido, que todo se haga sin ruidos. La tripulación no debe ver que se retrocede ante una decisión apresurada.

El grupo se separó entonces y cada uno se dispuso a cumplir la tarea que le había sido encomendada según el puesto que ocupara en el barco. Wilder fue a retirarse al igual que los demás; pero una señal le retuvo cerca de su jefe que quedó solo en la popa con su nuevo compañero.

—La monotonía de nuestra clase de vida va, probablemente, a ser interrumpida, señor Wilder —dijo el primero después de mirar a su alrededor para asegurarse de que estaban solos—. He estudiado bastante su carácter y su valor para estar seguro de que si algún accidente me aparta de mi tripulación, mi autoridad caerá en unas manos firmes y hábiles.

—Si tal desgracia ocurre, deseo que su esperanza no se vea decepcionada.

—Tengo confianza en usted; y cuando un valiente pone su confianza en alguien, tiene derecho a esperar que no se equivocará. ¿Tengo razón?

—Sin duda.

—Hubiera querido, Wilder, que nos hubiéramos conocido antes; pero ¿de qué sirven unos lamentos! ¿Sus bribones tienen la vista lo suficientemente aguda para haber visto esas velas?

—Es la observación de los hombres de su clase. Las señales más astutas que demuestran que es un barco de guerra las hemos obtenido de usted.

—¿Y las setecientas cincuenta toneladas del negro?... era emitir una opinión con

mucha confianza.

—Es propio de la ignorancia opinar de todo.

—Tiene razón. Mire un poco ese barco, y dígame cuál es su ruta.

Wilder obedeció, encantado, evidentemente, de librarse de una conversación que podía ser embarazosa. Permaneció unos instantes examinándolo con los anteojos, y durante ese tiempo su compañero no dijo una palabra. Sin embargo, cuando Wilder se volvió para darle cuenta del resultado de sus observaciones, se encontró que sus miradas, fijas en él, parecían penetrar hasta el mismo fondo de su ser. Molesto por la desconfianza que esta conducta demostraba, su rostro se ruborizó vivamente, y entreabriendo los labios, continuó guardando silencio.

—¿Y el barco? —preguntó el Corsario con marcada intención.

—El barco ha aumentado ya de velas; en pocos minutos veremos el casco.

—Es un excelente velero; se dirige directamente hacia nosotros.

—No lo creo; su popa está dirigida más hacia el este.

—Será conveniente asegurarse de eso. Tiene usted razón —continuó después de examinar el barco—; tiene usted razón. Hasta la presente no nos ha visto. ¡Eh!, cargad esa vela de estay de proa; mantendremos el barco con sus vergas. Ahora que nos miran con sus ojos, será preciso que los tengan bien abiertos para que vean las berlingas desguarnecidas a tal distancia.

Nuestro aventurero no respondió, y se contentó con hacer una simple inclinación de cabeza para reconocer la veracidad de lo que había dicho su compañero. Empezaron a continuación su paseo a lo largo y ancho de tan estrechos límites, sin mostrar, sin embargo, impaciencia por reanudar la conversación.

—Estamos tan preparados para la huida como para el combate —dijo al fin el Corsario dirigiendo una mirada rápida hacia los preparativos que se habían hecho en secreto desde el momento en que los oficiales se dispersaron—. Le confesaré, Wilder, que experimento un oculto placer al pensar que ese audaz navío pueda estar al servicio de Alemania y que lleva la corona de Inglaterra. Si es demasiado fuerte para que se pudiese pensar en atacarlo, tendría al menos el placer de provocarle, puesto que la prudencia prohibiría ir más lejos; y si estamos en igualdad de fuerza, ¿no sería un espectáculo agradable ver a san Jorge ir al fondo del agua?

—Yo creo que los hombres de nuestra profesión dejan el honor para los imbéciles, y que nosotros damos un golpe que raramente no cae sobre un metal más precioso que el hierro.

—Ese es el carácter que la gente nos atribuye; pero en cuanto a mí, preferiría humillar el orgullo de los favoritos del rey Jorge antes que poseer la llave de su tesoro. ¿Pero qué quiere decir esto? ¿Quién se ha atrevido a desplegar esa vela de juanete?

El cambio repentino que se produjo en la voz del Corsario hizo estremecerse a todos los que le oían. El descontento y la amenaza estaban en su acento, y todos levantaron los ojos para ver sobre la cabeza lo que provocaba la indignación del jefe.

Como nada impedía la vista más que los mástiles desguarnecidos y las cuerdas replegadas, todos se dieron cuenta de lo que ocurría. Fid estaba de pie en lo alto del mástil que pertenecía a la parte del barco donde estaba su puesto, y la vela en cuestión flotaba a capricho del viento: todas las drizas habían sido desatadas. El ruido que hacía la vela probablemente le impedía oír la voz del capitán, pues en lugar de prestar atención y responder al grito del que acabamos de hablar, parecía contemplar su obra muy complacientemente sin mostrar ninguna inquietud por el efecto que producía sobre los que estaban debajo de él; pero a pesar de toda su preocupación, le fue imposible no oír una segunda pregunta pronunciada con una voz demasiado terrible como para que no llegara hasta él.

—¿Por orden de quién te atreves a desplegar esa vela? —preguntó el Corsario.

—Por orden del viento, que es un rey al que el mejor marinero debe obedecer cuando una borrasca empieza a ganar terreno.

—¡Plégala! ¡Subid todos y que se recoja al momento! —gritó el jefe encolerizado—. ¡Que se recoja y se haga bajar al bribón que se ha atrevido a reconocer otra autoridad que la mía en este barco, aunque fuese la de un huracán!

Una docena de ágiles marineros subieron para ayudar a Fid. En un instante la vela fue plegada y Richard Fid se dirigía hacia la popa. Durante ese corto intervalo, la frente del Corsario aparecía sombría y terrible como la superficie del elemento sobre el que vivía cuando se veía agitado por la tempestad. Wilder, que hasta entonces no había visto nunca a su nuevo comandante con gran cólera, temió por su viejo compañero, y se dispuso, al ver aproximarse a este último, a interceder en su favor si las circunstancias parecían exigir su mediación.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el jefe al culpable en tono severo—. ¿Cómo se explica que tú, a quien yo he estado a punto de felicitar, te hayas atrevido a desplegar una vela en un momento en el que es tan importante dejar al barco sin ninguna?

—Si he soltado la cuerda, Su Honor —respondió Richard de forma resuelta—, es una falta que estoy dispuesto a expiar.

—Dices la verdad, pagarás cara tu falta. ¡Que le lleven a la tilla y se le ponga en contacto directo con el látigo!

—¿Me está permitido interceder por el culpable? —interrumpió Wilder apresuradamente—. A veces comete equivocaciones, pero se equivocaría difícilmente, si tuviera algunos conocimientos en vez de tanta buena voluntad.

—No diga nada sobre este punto, amo Harry —dijo Richard con un guiño de ojo muy peculiar—. La vela ha sido totalmente puesta al viento, y ahora es demasiado tarde para negarlo; así que el castigo debe recaer sobre la espalda de Richard Fid, y eso es todo.

—Quisiera obtener su perdón. Puedo prometer, en su nombre, que ésa será la última ofensa que haga.

—Bien, olvidémoslo todo —respondió el Corsario haciendo un esfuerzo violento

para vencer su cólera—. No quiero en un momento como éste turbar la buena armonía que reina entre nosotros, señor Wilder, rehusando a una petición tan pequeña; pero no creo que sea necesario decirle las desgracias que podría acarrear semejante negligencia. Dadme los anteojos; quiero ver si esa vela desplegada ha escapado a la vista del barco extranjero.

Richard lanzó a hurtadillas una mirada de triunfo sobre Wilder, que le hacía señas para que se alejara rápidamente.



## Capítulo veinticinco

La aproximación de la vela desconocida era cada vez más manifiesta. El pequeño punto blanco que se veía apenas visible en el horizonte, semejante a una gaviota flotando sobre la superficie de una ola, se iba casi imperceptiblemente acrecentando y después de media hora presentaba sobre el agua una pirámide elevada de tejidos y aparejos. Mientras que Wilder contemplaba este objeto que engrosaba a cada instante, el Corsario le puso unos anteojos en la mano, mirándole de una forma que parecía querer decir: «¡Puede ver que la negligencia de su hombre nos ha traicionado!».

—Nuestro vecino está al acecho, como puede ver —dijo el Corsario—. Ha virado viento adelante, y se dirige directamente hacia nosotros. ¡Bien!, dejemos que se aproxime; vamos a dejarle que nos muestre su batería, y entonces podremos decidir cómo habrá de ser la conferencia que tengamos con él.

—Si deja que se aproxime más, podríamos vernos en serias dificultades y no poder impedir que nos den caza, en caso de que nos veamos en la necesidad de evitarlo.

—Hace falta que un barco esté bien hecho para que pueda igualar al *Delfín* en la carrera.

—No lo sé; la vela que tenemos a la vista va de prisa. Raramente he visto a un barco agrandarse tan rápidamente como éste desde que lo hemos visto.

El joven hablaba con tanto ardor, que su compañero desvió los ojos el objeto que estaba examinando, para fijarlos sobre él.

—Querido Wilder —dijo vivamente y con tono muy decidido—, ¿conoce ese barco?

—Tengo un presentimiento: si no me equivoco, será demasiado fuerte para el *Delfín*, y además es un barco que no debe tener a bordo nada que nos pueda interesar.

—¿Su dimensión?

—El negro se la ha dicho.

—¿Sus hombres le conocen también?

—Sería difícil que se equivocara un viejo marino en la forma y arranque de sus velas entre las cuales ha pasado meses e incluso años.

—Lo comprendo, y ello explica que las *velas nuevas* estén en el gran mastelero de juanete. Amigo Wilder, su marcha de ese barco ¿tuvo lugar hace mucho tiempo?

—No más que el que hace de mi llegada a éste.

El Corsario quedó durante algunos minutos sin pronunciar una sola palabra; parecía reflexionar profundamente. Su compañero no intentó interrumpirle, aunque le lanzaba a menudo miradas furtivas de reojo para tratar de leer en sus ojos el motivo que había de conducirle a conocer el resultado de sus reflexiones.

—¿Y cuántos cañones tiene? —preguntó al fin bruscamente el comandante.

—Cuatro veces más que el *Delfín*.

—¿El metal?

—Es aún más pesado. En todos los sentidos es un barco más grande que éste.

—¿Pertenece al rey?

—Ciertamente.

—¡Muy bien!, ese barco cambiará de dueño. ¡Por el cielo que será mío!

Wilder movió la cabeza, contentándose con responder con una sonrisa de incredulidad.

—¿Lo duda? —replicó el Corsario—. Venga aquí, y mire sobre el puente. Ese que tan recientemente ha abandonado ¿tiene a sus órdenes tales hombres que estén dispuestos a hacer todo lo que se les mande? Wilder, vamos ahora a mostrar nuestras velas.

El comportamiento del Corsario cambió tan pronto como su lenguaje. Perdiendo el tono sarcástico y de ligereza que había tomado para adoptar un aire más en armonía con el cargo que ocupaba, se puso a pasear solo, y mientras su lugarteniente daba las órdenes necesarias para poner en práctica la voluntad del jefe Nightingale, dio la señal acostumbrada y su ronca voz dejó oír el grito de: «¡Eh!, ¡a toda vela!».

Las órdenes se sucedieron unas a otras con extraordinaria rapidez dadas por Wilder que, en virtud del puesto que ocupaba en ese momento, tenía el poder ejecutivo.

Como lugarteniente y tripulación parecían animados por un mismo espíritu, no pasó mucho tiempo antes de que los mástiles desnudos del *Delfín* fuesen cubiertos por un vasto volumen de tela tan blanca como la nieve. Las velas fueron desplegadas rápidamente y las vergas izadas a lo más alto de los mástiles. El barco empujado por la brisa era balanceado hacia uno y otro lado, pero no avanzaba todavía a causa de la posición de sus vergas. Cuando estuvo todo preparado para la marcha, y en la dirección que se juzgó conveniente seguir, Wilder subió de nuevo a la popa para dar consejo a su superior. Encontró al Corsario ocupado en mirar atentamente el barco cuyo casco sobresalía entonces del mar y presentaba una larga línea amarilla y saliente, que todos reconocieron en las portas por donde salían los cañones que constituían su poder. Mistress Wyllys, acompañada de Gertrudis, estaba cerca de él, pensativo como de ordinario, pero demasiado al acecho para dejar escapar la menor ocasión.

—Estamos preparados para marchar —dijo Wilder—, esperamos tan sólo la indicación de la ruta.

El Corsario se estremeció y se aproximó más a su lugarteniente antes de responder. A continuación le miró de frente, y con una expresión muy peculiar, le preguntó:

—¿Está usted seguro de que reconoce a ese barco, señor Wilder?

—Estoy seguro —respondió éste con calma.

—Es de la marina real —dijo en seguida la institutriz.

—Sí, ya lo he dicho.

—Señor Wilder —respondió el Corsario—, pondremos a prueba su rapidez.

Disminuya las velas bajas y exponga las velas de proa.

El joven marino hizo una señal con la cabeza para indicar que iba a obedecer, y se apresuró en ir a ejecutar la voluntad de su comandante. Había cierto ardor y quizá también una especie de temblor en la voz de Wilder al dar las órdenes oportunas, que ofrecía un notable contraste con la calma que caracterizaba al Corsario. Estas inflexiones desacostumbradas no escaparon a los oídos de algunos de los más viejos marineros; y éstos cambiaron entre sí unas miradas muy significativas; pero sus palabras no se vieron seguidas de una obediencia menos rápida que la que producían las palabras que salían de la boca de su temido jefe. Las velas de proa que estaban ya preparadas, fueron hinchadas por el viento, y esta mole, que había estado durante tanto tiempo inerte, empezó a cortar las aguas. El barco alcanzó pronto toda su rapidez, y la lucha entre los dos navíos rivales cobró el más vivo interés.

El otro barco se hallaba entonces a una distancia de media legua, exactamente a sotavento del *Delfín*. Un examen más preciso y más detallado no había dejado duda a ninguno acerca de la fuerza y naturaleza de ese barco. Los rayos de un sol brillante caían de lleno sobre su borda, mientras que la sombra de sus velas se reflejaban a lo lejos sobre las aguas en dirección opuesta a las suyas. Había momentos en los que la vista con la ayuda de los anteojos podía penetrar a través de las portas en el interior del barco, y tener una idea segura de los movimientos que allí se llevaban a cabo. Se distinguían algunas formas humanas en diferentes partes de sus aparejos; pero por lo demás todo estaba en calma y tranquilo, todo indicaba mucho orden y una perfecta disciplina.

Cuando el Corsario oyó el ruido que hacían las olas al cortar las aguas y vio a la espuma surgir a todo su alrededor, llamó a su lugarteniente para que se reuniera con él en la popa. Durante algunos minutos sus ojos permanecieron fijos sobre el barco, como si toda su atención estuviera concentrada en examinar su poder.

—Señor Wilder —dijo al fin con voz como de quien acaba de esclarecer sus dudas sobre algo que le preocupa—, he visto ya este barco.

—Es probable, ha recorrido casi todas las aguas del Atlántico.

—¡Sí, no es la primera vez que nos lo encontramos! Un poco de pintura le ha cambiado el exterior, sin embargo creo reconocer la forma en que los mástiles están dispuestos.

—Es cierto que hacen más la cuesta que lo normal.

—Sí, es notable. ¿Ha servido mucho tiempo a bordo de él?

—Varios años.

—Y lo abandonó...

—Para unirme a usted.

—Dígame, Wilder, ¿se le ha tratado como a una persona de clase inferior? ¡Ejem, ejem!, ¿consideraban su mérito provinciano?, ¿decían que todo lo que usted hacía olía a América?

—Yo lo abandoné, capitán Heidegger.

—¡Ah!, ellos le dieron motivos. Es por eso por lo que estoy obligado con ellos. ¿Pero estaba usted en él durante el equinoccio de marzo?

Wilder hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Es lo que pensaba. ¿Y combatió un barco extranjero en la tempestad? ¿Los vientos, el océano y el hombre estaban todos juntos en disputa?

—Es verdad. Le habíamos reconocido, y creímos por un momento que la hora de usted había llegado.

—Me gusta su sinceridad. Hemos combatido valientemente uno contra otro, y seremos amigos muy fieles, ahora que la amistad se ha establecido entre nosotros. No le interrogaré más sobre este punto, Wilder; pues no se traiciona a los que se ha abandonado cuando se gana mi favor. Basta que esté ahora enrolado bajo mi pabellón.

—¿Cuál es ese pabellón? —preguntó una voz suave pero firme cerca de él.

El Corsario se volvió en seguida, y vio a la institutriz cuyos ojos tranquilos y escrutadores estaban fijos en él. Su rostro expresaba a la vez diversas pasiones que parecían contradecirse en su espíritu; después de repente tomó ese aire rebuscado de cortesía que le afectaba siempre cuando se dirigía a sus prisioneros.

—¡Es una mujer que recuerda a los marineros su obligación! —dijo—. Hemos faltado a la cortesía al no mostrar al barco extranjero nuestro pabellón. Levantémosle, señor Wilder, para no faltar a ninguna de las etiquetas náuticas.

—El barco que vemos no lo lleva.

—No importa, nos adelantaremos a él.

Wilder abrió el pequeño armario que encerraba los pabellones más usados, pero dudó sobre el que debía escoger entre una docena que estaban enrollados en los diferentes compartimientos.

—No sé cuál de estos emblemas le gustará a usted mostrar —dijo dando a entender que esperaba una respuesta.

—Pruebe con el pabellón holandés. El comandante de tan hermoso barco debe conocer todas las lenguas de los pueblos cristianos.

El lugarteniente hizo una señal al segundo contramaestre de servicio; y poco después el pabellón de las Provincias Unidas ondeaba en lo alto del *Delfín*. Los dos oficiales observaron atentamente el efecto que produciría al barco extranjero, que se negó sin embargo a responder a la falsa señal que acababan de enarbolar.

—Se dan cuenta de que tenemos un barco que no ha sido hecho para los bajos fondos de Holanda. ¿Nos habrán reconocido? —dijo el Corsario pareciendo interrogar con el ojo a su compañero.

—No lo creo. Se utilizan demasiados colores en el *Delfín* para que incluso sus amigos estén seguros de reconocerle.

—Es un barco que tiene coquetería, de acuerdo —respondió el Corsario sonriendo—. Probemos con el pabellón portugués: veamos si los diamantes del Brasil son agradables a sus ojos.

El primer pabellón fue bajado, y en su lugar se puso al viento el emblema de la casa de Braganza. Sin embargo el extranjero proseguía su ruta sin al parecer, prestarle atención, persiguiendo cada vez más el viento, para disminuir en la medida de lo posible la distancia que existía entre él y el navío al que trataba de alcanzar.

—Un aliado no conocería la excitación —dijo el Corsario—. ¡Pues bien!, hagámosle ver la bandera blanca.

Wilder obedeció en silencio. El pabellón portugués bajó al puente, y el pabellón de Francia ondeó en los aires. Apenas había alcanzado lo alto del mástil cuando grandes y resplandecientes blasones se elevaron, parecidos a un enorme pájaro que toma su vuelo, del puente del otro navío, y se esparcieron por encima de las aguas. Al mismo tiempo una columna de humo salió del costado del barco, y ya había sido despedido hacia atrás por el viento, cuando el ruido de los cañones llegó a los oídos de la tripulación del *Delfín*.

—He aquí una prueba de la amistad de dos naciones —dijo secamente el Corsario—. ¡Guarda el silencio para el holandés y para la corona de Braganza; pero toda su cólera está en movimiento a la vista de una simple tela blanca! Dejémosle contemplar este pabellón que le gusta tan poco, señor Wilder; cuando nos cansemos de enseñárselo, nuestros armarios podrán proveer otros.

Parecía en efecto que la vista del pabellón que el Corsario había enarbolado producía en aquel barco el mismo efecto que la *muleta* produce en el toro enfurecido. Una multitud de pequeñas velas que no podían ser de gran utilidad, pero que servían al menos como para querer acelerar su velocidad, fueron desplegadas rápidamente en su borda; y no había ni un brazo ni una bolina que no tratara de coger ventaja. Los dos barcos desplegaban toda la fuerza de sus velas, sin que la ventaja pareciera ser notable ni para uno ni para otro. Si bien el *Delfín* era famoso por su rapidez, su rival no parecía desmerecerle en nada. El barco del pirata se inclinaba al viento, y la espuma resplandeciente que despedía por delante de él se elevaba cada vez más; sin embargo cada impulso de la brisa era igualmente notado por el otro navío, cuyos movimientos sobre el mar turbulento parecían tan rápidos y tan graciosos como los del *Delfín*.

—Ese barco corta el agua como la golondrina corta el aire —dijo el jefe de los piratas al joven lugarteniente que estaba aún a su lado y que trataba de ocultar una inquietud que aumentaba a cada instante—. ¿Es célebre por su rapidez?

—El chorlito apenas vuela más rápido que él. ¿Estamos ya lo suficientemente cerca de unos hombres que navegan tan sólo por placer?

—¡Que iguale al águila en su vuelo elevado y rápido —gritó él—, y no nos dejará aún atrás! ¿Por qué esa repugnancia suya a encontrarse a media milla de distancia de un barco de la corona?

—Porque conozco su poder y sé que no se puede tener ninguna esperanza de atacar con éxito a un enemigo tan superior —respondió Wilder con seguridad—. Capitán Heidegger, usted no puede combatir ventajosamente contra ese barco; y a

menos que no aproveche la distancia que nos separa, no podrá escapar de él; no sé si ya incluso sería demasiado tarde para hacer esto último.

—Esa opinión, señor, es la de un hombre que valora demasiado la fuerza de su enemigo, porque con tanto oír hablar de él se ha acostumbrado a mirarle como algo sobrenatural. Señor Wilder, no hay nadie más atrevido ni más modesto a la vez que aquellos que se han habituado durante mucho tiempo a confiar en ellos mismos. No es la primera vez que me aproximo a un pabellón del rey, y sin embargo, ya lo ve, estoy aún en mi barco.

—¡Escuche!, es el tambor, preparan sus cañones.

El Corsario prestó atención un momento y pudo distinguir el redoble que llamaba a la tripulación de un barco de guerra a sus puestos. Después de mirar primeramente a sus velas, y dar una mirada a todo lo que le rodeaba, respondió con serenidad:

—Nosotros imitaremos su ejemplo, señor Wilder. Dé la orden.

Hasta entonces toda la gente de la tripulación del *Delfín* había estado ocupada, bien cumpliendo los deberes que les habían sido asignados a cada uno de ellos, bien observando con curiosidad el barco que intentaba con tanto apresuramiento aproximarse a ellos. El murmullo bajo, pero continuo, de sus voces sofocadas indicaba solamente el interés que se tomaban por este espectáculo; pero desde el momento que el primer sonido del tambor se oyó, cada hombre ocupó su puesto rápidamente. Todo esto sucedió en un instante, y poco después reinó en todas partes ese silencio profundo del que ya hemos tenido ocasión de hablar en unas circunstancias parecidas. Los oficiales solamente se movían para ir a recibir las órdenes que les concernían, mientras que las municiones para la guerra eran sacadas del almacén anunciando unos preparativos más importantes de lo ordinario. El Corsario había desaparecido, pero no tardó en mostrarse de nuevo en la popa, equipado para el combate que parecía aproximarse, y ocupado, como siempre, en estudiar el poder y los cambios de su contrincante. Aquellos que le conocían mejor decían que la gran cuestión aún no estaba decidida; y sus miradas ávidas se dirigían hacia su jefe como para descubrir el misterio con el que él gustaba envolver sus deseos. Había arrojado el gorro de marino, y sus cabellos iban al capricho del viento sobre una frente que parecía hecha para dar nacimiento a pensamientos mucho más nobles que los que parecían haber ocupado su vida, mientras que una especie de casco de cuero estaba depositado a sus pies. Poco después de que se pusiera el casco, sería la señal de que el momento del combate había llegado; sin embargo hasta entonces nada anunciaba que él se preparase a darla.

## Capítulo veintiséis

Como se ha visto, la actitud de Wilder no era precisamente la que concernía a un oficial de su categoría en un momento semejante.

La vista aguda y celosa del Corsario había estudiado su comportamiento varias veces, sin poder explicárselo totalmente. El joven aventurero tenía unos colores tan vivos en las mejillas, una forma de andar tan segura como en sus momentos de total tranquilidad; pero sus miradas errantes, la duda e indecisión que se veía en su cara en la que hubieran debido dominar sentimientos tan opuestos, daban a su comandante serios motivos de reflexión. Como para hallar explicación al enigma en el comportamiento de los compañeros de Wilder, las miradas del Corsario buscaron a Fid y al Negro.

Estaban colocados uno y otro tras el cañón más próximo al lugar donde él estaba, el primero desarrollando las funciones de capitán del cañón.

El barco no estaba más firme sobre su quilla que el viejo marinero sobre sus piernas, mirando de reojo por el tubo de hierro macizo que se hallaba bajo su comandante, y las cosas que hacía no estaban desprovistas de ese interés paternal que el marinero manifiesta por el objeto especial que le ha sido confiado. Sin embargo un aire de sorpresa inexplicable se había posesionado de sus groseros rasgos, y cuantas veces sus ojos se apartaban de Wilder hacia el barco enemigo, no era difícil darse cuenta de que se asombraban de verle en oposición. No se permitía sin embargo quejas ni comentarios sobre unas circunstancias que le parecían evidentemente tan extraordinarias, y todo demostraba lo contrario de lo que estaba establecido para no compartir nada de esa obediencia pasiva que caracteriza al marino. En cuanto al negro, todos sus miembros estaban enteramente inmóviles; sus ojos, como los de su compañero, iban continuamente de derecha a izquierda, llevándolos primero sobre Wilder, después sobre la vela extranjera, y expresaban un asombro cada vez mayor.

Impresionado por estas señales evidentes, de extraordinaria sensación, y común a ambos, que le inquietaban, el Corsario se aprovechó de su situación y de la distancia en que se encontraba su lugarteniente para dirigirles la palabra. Apoyándose sobre la pequeña barandilla que separaba la popa de la tilla, dijo, en ese tono familiar que el comandante tiene por costumbre tomar con sus inferiores cuando le son muy necesarios sus servicios:

—Espero, maestro Fid, que se haya colocado junto a un cañón que sepa hablar.

—No hay en todo el barco, Su Honor, una boca más bella y más grande que la del Brillante Billy —respondió el viejo marinero pasando la mano sobre el cañón como para acariciar el objeto de sus elogios—. Todo lo que exijo, es un escobillón limpio y un taco que ajuste bien. Guinea, haz una cruz, a tu manera, sobre una media docena de balas; y cuando el asunto esté concluido, los que aún vivan podrán ir al barco enemigo y ver la forma en que Richard Fid sembró su grano.

—¿No es ésa tu prueba, maestro Fid?

—¡Que el cielo bendiga a Su Honor!, mi nariz está tan acostumbrada al tabaco seco como a la pólvora de cañón, aunque, a decir verdad...

—¡Bien!, continúa.

—Es que a veces toda mi filosofía cae por tierra por efecto del razonamiento en encuentros como éstos —respondió el viejo marinero llevando los ojos primero sobre el pabellón francés, y a continuación, alejándolos, sobre las armas de Inglaterra—; supongo que el amo Harry tiene todo esto en su bolsillo en negro y en blanco; pero todo lo que yo puedo decir, es que cuando tengo que arrojar piedras, prefiero que quiebren los cristales de un vecino, y no los de mi madre. ¡Eh! Guinea, marca dos o tres balas más, muchacho; ya que si es necesario ir a las demostraciones, quiero que el Brillante Billy mantenga su buena fama.

El Corsario se retiró pensativo y callado. Sorprendió entonces una mirada de Wilder, al que hizo algunas señas para que se aproximase.

—Señor Wilder —dijo afectuoso—, comprendo su pensamiento. Todos los que están en ese barco no le han ofendido por igual, y usted preferiría que el rencor que le lleva a ese pabellón altanero se señalara primeramente sobre cualquier otro barco. Por otra parte en el combate sólo hay honor sin provecho. En consideración a usted, lo evitaré.

—Es demasiado tarde —dijo Wilder moviendo tristemente la cabeza.

—Reconocerá su error. La prueba puede costarnos una descarga, pero saldrá bien. Baje un instante cerca de nuestras invitadas, y a su regreso la escena habrá sufrido un gran cambio.

Wilder descendió rápidamente al camarote al que mistress Wyllys se había retirado con Gertrudis, y después de comunicarles la intención de su comandante de evitar la acción, las llevó a la bodega del barco para que estuviesen aún más resguardadas de todo accidente. Después de cumplir con este deber con tanta prontitud como atención, nuestro aventurero subió precipitadamente a la tilla.

Aunque su ausencia no duró nada más que un momento, la escena estaba efectivamente bastante cambiada, toda apariencia de hostilidad había desaparecido. En lugar del pabellón de Francia ondeaba el pabellón de Inglaterra en el palo mayor del *Delfín*, y se hacía un rápido cambio de señales entre los dos barcos. De todo ese nubarrón de velas que cubría tan recientemente el barco del Corsario, no quedaban desplegadas nada más que las gavias; las demás colgaban en festones o se apretaban alrededor de las vergas por la brisa que había. El barco se dirigía directamente hacia el otro navío, que por su parte ataba tristemente sus velas altas, como si sintiera decepción al ser privado de una ocasión que buscaba con ardor.

—Los bribones se enfadan cuando aquellos con los que se vanaglorian en luchar, resultan ser amigos —dijo el Corsario haciendo ver a su lugarteniente que con aquella confianza sus vecinos se dejaban engañar por unos signos con los que él había sabido sorprenderles—. Es una acción muy tentadora; pero sabré resistirla Wilder, por consideración hacia usted.



El lugarteniente parecía casi no dar crédito a sus oídos, pero no respondió nada. No era momento, es cierto, de distraerse prolongando la conversación. El *Delfín* continuaba rápidamente su carrera, y la niebla que ocultaba los objetos a bordo del navío extranjero, se esclarecía a medida que se aproximaba. Los cañones, las cuerdas, los hombres, los rasgos incluso de la cara podían distinguirse, y se vio pronto al barco ponerse en dirección al viento, después colocar sus velas de popa en cuadro para recibir la brisa sobre su superficie interior, y permanecer inmóvil en su sitio.

Los marineros del *Delfín*, imitando la confianza de la tripulación engañada del barco de la corona, habían también plegado las velas altas, descansaban totalmente en la prudencia y en la audacia del ser singular que sentía placer en aproximarse con semejante temeridad a un enemigo tan temible; cualidades que las habían visto con la más extraña dicha en unas circunstancias incluso más delicadas que aquellas en las que se encontraban.

Fue con aspecto franco y abierto como el temido Corsario se dirigió hacia su desconfiado vecino, hasta que tan sólo a unos cien pies del otro, el barco se encauzó contra el viento y permaneció también en una situación estática. Pero Wilder que observaba todos los movimientos de su superior con un mudo asombro, se dio cuenta de que la proa del *Delfín* estaba en distinta dirección a la del otro barco, y que su marcha había sido detenida por la disposición en sentido inverso de sus vergas de proa, circunstancia que permitía maniobrar más fácilmente al navío, si era necesario utilizar de pronto las baterías.

El *Delfín* navegaba todavía lentamente a consecuencia del movimiento que le había sido dado, cuando un grito ronco y apenas claro, atravesando la distancia que les separaba, se oyó, según la costumbre, preguntando su nombre. El Corsario, después de mirar a su lugarteniente significativamente, puso la bocina en sus labios y dijo el nombre de un barco al servicio del rey que sabía que era del poder y del volumen de su barco.

—Sí, sí —respondió una voz que salía del otro navío—, era ése el que yo reconocí por vuestras señales.

El *Delfín* pronunció a su vez, el *quién vive*; se respondió diciendo el nombre del crucero real, y esta respuesta fue seguida de una invitación de su comandante al capitán del *Delfín* de ir a ver a su superior.

Hasta aquí, no sucedió nada que no fuera acostumbrado entre marinos de la misma nación, pero la cosa llegaba rápidamente al punto en que parecía bien difícil llevar aún más adelante el ardid. Sin embargo la mirada atenta de Wilder no descubrió ninguna señal de duda o de indecisión en el comportamiento de su jefe. El redoble del tambor a bordo del crucero anunció la retirada y el permiso acordado a la gente de la tripulación de abandonar el puente en el que habían estado colocados para el combate. Con una sangre fría imperturbable el Corsario hizo la misma señal a los suyos; y en menos de cinco minutos todo parecía indicar una perfecta inteligencia entre los dos barcos que estuvieron a punto de librar un combate a muerte, si la

verdadera identidad del uno hubiera sido desconocida del otro. Fue en esta situación crítica, y en el momento en que la invitación de ir a bordo resonaba aún en los oídos de Wilder, cuando el Corsario llamó a su lugarteniente junto a él.

—Usted sabe que me han dicho que vaya a rendir visita a ése que es más antiguo que yo al servicio de Su Majestad —dijo con una sonrisa de ironía y de desprecio—: ¿le gustaría a usted tomar parte?

El estremecimiento con que Wilder recibió esta arriesgada proposición era demasiado natural para provenir de una simulada emoción:

—¿Está lo suficiente loco para correr ese riesgo? —gritó cuando recobró la voz.

—Si teme por usted, puedo ir solo.

—¡Si temo! —repitió el muchacho, y un fuego nuevo asomó también a sus ojos ya centelleantes—. Eso no es temor, capitán Heidegger, es la prudencia quien me dice que me oculte. Mi presencia traicionaría el secreto de este barco. Usted olvida que soy conocido por todos los que están a bordo de ese crucero.

—Olvidaba en efecto esa parte del enredo. Quédese pues, mientras que yo voy a divertirme a expensas de la credulidad del capitán de Su Majestad.

Sin esperar la respuesta, el Corsario hizo señas a su compañero de que le siguiera a su camarote. Pocos minutos fueron suficientes para peinar los bellos rizos de sus cabellos, para dar a su rostro aspecto de vivacidad y de juventud. El pequeño traje de fantasía que llevaba corrientemente fue desplazado por un uniforme completo de oficial de la graduación que él había tomado, uniforme que había sido hecho con el mayor cuidado y que servía para hacer resaltar las gracias verdaderamente notables de su persona. El resto de su vestimenta estaba de acuerdo con el papel que quería desempeñar. Apenas se realizaron los cambios, tan rápidos y precisos que demostraban suponer unos artificios que le eran familiares, cuando se dispuso a marchar.

—Ojos mejores que los que adornan la cara del capitán Bignall se han fijado en él —dijo tranquilamente apartando sus miradas del espejo en que se arreglaba y llevándolas sobre su lugarteniente.

—¡El capitán Bignall! ¿Le conoce?

—Señor Wilder mi situación me impone la obligación de saber muchas cosas que otros hombres desconocen. Nada es más simple y más fácil, por ejemplo, que esta visita que, lo veo en sus ojos, le hace a usted pensar que todo está perdido. Estoy convencido de que ninguno de los oficiales o marineros que están a bordo del *Dardo* jamás han visto el barco del que me ha placido dar el nombre; ha salido hace demasiado poco tiempo de los astilleros para eso. Además hay pocas probabilidades de que no me reconozcan como si fuera el otro, pues sabe muy bien que han transcurrido algunos años desde que su antiguo barco estuvo en Europa; y con una mirada a estos papeles, podrá ver que soy un mortal con suerte —el hijo de un lord— y que no soy capitán, y podría decir incluso hombre, después de mi partida de Inglaterra.

—Son ciertamente unas circunstancias que le favorecen, y que no había tenido la sagacidad de descubrir; ¿pero por qué se expone a ese peligro, cualquiera que sea?

—¿Por qué?, quizás es un proyecto profundamente complejo para saber si hubiera sido una brillante captura; quizás... es un capricho. Hay un terrible atractivo para mí en esta empresa,

—Y el peligro no es menos terrible.

—No calculo nunca el precio de estos goces. Wilder —añadió mirándole sinceramente y lleno de confianza—, pongo mi vida y mi honor bajo su cuidado, pues sería una infamia para mí comprometer los intereses de mi tripulación.

—Ese depósito será respetado —repitió nuestro aventurero con voz tan baja que apenas se oyó.

Después de mirar un instante con atención a su compañero que parecía menos comunicativo, el Corsario sonrió, como si estuviera contento por esta seguridad, movió la mano en señal de adiós, e iba a salir de su camarote cuando apareció un tercer personaje que se mantenía inmóvil en la puerta. Pasando ligeramente la mano sobre el hombro del niño que se hallaba en su camino, le preguntó con cierta brusquedad:

—¿Roderick, por qué esa vestimenta?

—Para seguir a mi patrón en la barca.

—Muchacho, tus servicios no son necesarios.

—Raramente lo son desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué habría de exponer una vida más, cuando no se puede esperar ningún beneficio?

—Al arriesgar la suya, lo arriesga todo para mí —dijo Roderick con una voz tan suave, y tono tan resignado, que las palabras llegaron tan sólo a los oídos de aquél para quien habían sido pronunciadas.

El Corsario esperó algún tiempo antes de responder; con su mano siempre apoyada sobre el hombro del niño, y sus ojos fijos en su fisonomía con la expresión que éstos toman generalmente cuando se esfuerzan en penetrar en el misterio profundo del corazón humano.

—Roderick —dijo con voz más dulce y afectuosa—, tu suerte será la mía, marcharemos juntos.

Entonces, pasando rápidamente la mano sobre su frente, subió la escalera, acompañado del niño, y seguido de aquél en quien tenía tanta confianza. El paso con que el Corsario caminaba sobre la tilla era firme y seguro, como si no corriera ningún riesgo en lo que iba a hacer. Siempre ocupado por los deberes de su cargo, paseaba sus miradas de vela en vela, de verga en verga, antes de dirigirse hacia el costado del barco en que había ordenado ya preparar la barca. Un poco de desconfianza y nerviosismo apareció por primera vez en sus rasgos viriles y decididos, y su pie se detuvo un momento en la escalera.

Permaneció un instante en actitud de profunda reflexión, después su frente se

despejó totalmente, y más abierto y confiado añadió:

—¡Wilder, adiós!, le hago capitán del barco y dueño de mi suerte; estoy seguro de que lo uno y lo otro no podrían estar en manos más dignas.

Sin esperar respuesta, como si desdeñara inútiles protestas, bajó lentamente a la barca, que poco después se dirigía descaradamente hacia el barco enemigo. El Corsario subió a bordo en medio de los honores de su imaginaria categoría, con una gracia y una soltura que no podían dejar de causar impresión. La acogida que recibió del viejo y valiente marino, cuyos largos y penosos servicios no habían sido nada más que pobremente recompensados por el mando del barco que se le había entregado, fue sincera y cordial; y después de los saludos acostumbrados, llevó a su huésped a su camarote.

—Tome el asiento que le plazca, capitán Howard —dijo el viejo marino, sentándose sin ceremonia e invitando a su compañero a que siguiera su ejemplo—. A un hombre de mérito tan extraordinario no le debe gustar perder el tiempo con palabras inútiles, aunque usted sea bastante joven, ¡bastante joven seguramente para el mando honorable que debe a su dichosa estrella!

—¡Muy joven! Le aseguro lo contrario ya que me parece que soy del tiempo de Matusalén —respondió el Corsario sentándose tranquilamente al otro extremo de la mesa, de donde podía ver de frente la cara poco satisfecha de su compañero—. ¿Lo creería, señor?, alcanzaré la edad de veintitrés años si paso de este día.

—Le hubiera echado algunos años más, muchacho; pero Londres puede ennegrecer el rostro tan rápidamente como el Ecuador.

—Lo que dice usted es muy cierto, señor. ¡De todos los cruceros, que el cielo me libre sobre todo del de San Jaime! Le aseguro Bignall, que el servicio es suficiente para minar la constitución más robusta. ¡Hubo momentos en que creí honroso morir bajo los vestidos de ese pobre diablo llamado lugarteniente!

—Hubiera sido necesario que su enfermedad le consumiese muy activamente —murmuró el viejo marino indignado—. Han terminado por darle un hermoso barco, capitán Howard.

—Sí, pasable, pero extremadamente pequeño. Dije a mi padre que si el gran almirante no regeneraba rápidamente el servicio construyendo barcos más cómodos, pronto la marina sólo-tendrá marinos vulgares. ¿No encuentra el movimiento excesivamente desagradable en el puente de estos barcos, Bignall?

—Cuando un hombre ha sido traqueteado por los mares durante cuarenta y cinco años, capitán Howard —respondió pasando la mano sobre sus cabellos canosos para tratar de contener su indignación—, le es bastante indiferente que su barco tenga un pie de más o de menos.

—¡Ah!, eso es lo que llamo longanimidad muy filosófica, aunque haya poca en mi carácter; pero en cuanto a este crucero es totalmente necesario que yo lo arregle; utilizaré mis recomendaciones para que me den un barco guarda-costas en el Támesis!, pues, como usted sabe, todo se hace actualmente a base de

recomendaciones, Bignall.

El valiente marino disimuló su mal humor lo mejor que pudo, e intentó cambiar de conversación, como medio más adecuado para poder mantenerse en situación de cumplir los deberes de la hospitalidad.

—Espero que entre las nuevas corrientes que hay hoy día, capitán Howard —dijo—, el pabellón de la vieja Inglaterra continúe ondeando en el Almirantazgo. Llevó usted tanto tiempo los colores de Luis esta mañana, que, ¡por mi fe!, un cuarto de hora más, y las balas rojas le hubieran comenzado a llover.

—¡Oh!, ¡es una excelente astucia militar!, y quisiera describir los detalles al Almirantazgo.

—¡Maravilloso, señor!, tal hazaña puede valerle el título de caballero.

—¡Oh, no!, ¡horror! Bignall. Mi noble madre se sentiría desgraciada sólo por esta idea. Eso estaba bien para los tiempos en que la caballería era algo necesario; pero en la actualidad, le aseguro que nadie de mi familia...

—Basta, basta, capitán Howard... Pero ¡pardiez!, es una suerte para los dos que su fantasía haya desaparecido rápidamente; pues un instante después le hubiera soltado toda mi descarga. ¡Por el cielo, señor, los cañones de este barco se hubieran disparado solos!

—Sí, como bien dice, ha sido una suerte. Pero ¿cómo emplea el tiempo en esta insípida parte del mundo, Bignall? —preguntó el Corsario burlándose.

—A fe mía, señor, entre los enemigos de Su Majestad, el cuidado de mi barco y la compañía de mis oficiales, es raro que me sobre tiempo.

—¡Ah! ¡Sus oficiales! Es cierto, usted debe tener oficiales a bordo, aunque su edad debe impedir que su compañía sea bastante agradable para usted. ¿Me permite ver la lista?

El comandante del *Dardo* se la puso en las manos sin ni siquiera dignarse a dirigir una mirada a un ser que no le inspiraba más que desprecio.

—¿Qué es lo que veo?, ¡todos se llaman Yarmouth, Plymouth, Portsmouth o Exmouth! ¡Ah!, ahí tenemos alguno que podría ser muy útil en un diluvio. ¿Quién es Enrique Arca, que veo como su primer lugarteniente?

—Un muchacho al que no le haría falta nada más que unas gotas de la noble sangre de usted, capitán Howard, para ser algún día el jefe de la flota de Su Majestad.

—Si es un oficial de un mérito tan distinguido, ¿sería demasiado atrevido pedirle a usted, capitán Bignall, que me lo presentara? Podemos recibirle sin inconveniente. Concedo siempre a mi lugarteniente media hora todas las mañanas, si es un hombre noble.

—¡Pobre muchacho! ¡Dios sabe dónde estará ahora! Este noble joven se ofreció él mismo para una misión bastante peligrosa, e ignoro tanto como usted si ha tenido éxito. Mis advertencias e incluso mis ruegos han sido inútiles. El almirante necesitaba un oficial de confianza; estaba en juego el bienestar de la nación; y además como usted sabe los que no son nobles deben, para ascender, contraer méritos... el valiente

muchacho, recogido en un naufragio, debe a esa circunstancia el nombre que usted encuentra tan singular.

—Sin embargo aparece siempre en sus libros como primer lugarteniente.

—Y espero que siempre será así hasta que obtenga el navío que tanto merece. ¡Santo cielo!, ¿le parece mal, capitán Howard? Grumete, trae un vaso de ponche.

—Se lo agradezco, señor —respondió el Corsario sonriendo tranquilamente y rechazando la bebida que se le ofrecía, mientras que la sangre se le subía a la cabeza, tanto que parecía que iban a reventar sus venas—. ¿Así que, ese Arca no es nada, después de todo?

—No sé a lo que llama nada, señor, pero si un verdadero valor, un conocimiento profundo de su profesión y una firmeza leal cuentan para algo en los últimos viajes de usted, capitán Howard, Enrique Arca tendría pronto el mando de una fragata.

—Puede ser, si sabe exactamente sobre qué apoyar sus recomendaciones —prosiguió el Corsario con una sonrisa tan suave y una voz tan insinuante que el efecto de su falsa apariencia se hallaba medio deshecho—, se podría decir en una carta a Inglaterra una palabra que no perjudicara al muchacho.

—¡No quiera el cielo que yo me atreva a revelar la naturaleza del secreto que le ocupa! —gritó vivamente y con voz animada el viejo marino, olvidando tan rápidamente su disgusto como tardó en concebirlo—. Puede usted decir con toda seguridad, además de su carácter normal, que ese servicio es honorable, arriesgado, y no tiene otras miras que el bienestar de los súbditos de Su Majestad. En efecto, hace apenas una hora que creía que había tenido un éxito total. ¿Acostumbra, capitán Howard, a desplegar sus velas altas, mientras que las demás están enrolladas alrededor de las vergas? Un barco dispuesto de esa manera me recuerda al hombre que se pone el traje antes de meter las piernas en los pantalones.

—¿Hace usted alusión al accidente ocurrido a mi vela del mastelero mayor que se desató cuando nos divisó?

—Exactamente. Habíamos visto sus aparejos por medio de los anteojos; pero le habíamos perdido de vista, cuando esa vela ondeando en el aire, fue divisada por un vigía. Por no decir nada más, eso ya era notable, y hubieran podido ocurrir consecuencias lamentables.

—¡Ah!, hacía esas cosas con el fin de ser original. La originalidad es señal de talento, como usted sabe. Pero también yo he sido enviado a estos mares con una misión especial.

—¿Y cuál es la misión? —le preguntó sin desviarse su compañero, cuyo ceño fruncido demostraba una inquietud que su franqueza no le permitía ocultar.

—Buscar un barco que me proporcionará bastante trabajo, si tengo la suerte de encontrarlo. Durante algún tiempo, le he creído a usted precisamente el objeto del viaje; y si no hubiera sido por las señales que nos hizo, le aseguro que algo serio habría sucedido entre nosotros.

—Se lo ruego, señor, ¿con quién me confundió?

—Pues nada menos que con ese famoso malvado del Corsario Rojo.

—¡Qué diablos! ¿Y supone, capitán Howard, que existe en la superficie de los mares un pirata en su sano juicio que tenga las velas que hay a bordo del *Dardo*; con aparejos tan bien preparados, y con mástiles de tales carlingas? Por el honor de su barco, señor, espero que solamente el capitán tenga esa equivocación.

—Hasta que no distinguiamos las señales, por lo menos la mitad de los más instruidos de mi tripulación estaba predispuesta totalmente contra usted, Bignall. En efecto, el *Dardo* tiene en el mar toda la apariencia de un corsario. Usted no se puede dar cuenta, pero yo se lo garantizo, tan sólo a título de amigo.

—Y puesto que me hace el honor de confundir mi barco con el de un pirata —respondió el viejo marino, sofocando su cólera para tomar un aire de ironía chistosa que cambió el gesto de la expresión habitual de su boca—, ¿no se ha imaginado también que el honrado hombre que está viendo sea nada menos que Belcebú?

Al hablar así, el comandante del barco cargado de una imputación tan odiosa dirigió los ojos desde su compañero hacia un tercero que había entrado en el camarote con la libertad de un ser privilegiado, pero con un paso tan ligero que no se le había oído. Cuando las miradas vivas e impacientes del pretendido oficial de la corona recayeron sobre este individuo, llegado tan inesperadamente, se levantó con un movimiento involuntario, y durante medio minuto ese imperio admirable que tenía de nervios y músculos, y que le había sido tan útil para sostener su personalidad, pareció abandonarle totalmente. Sin embargo, sólo perdió el control de sí mismo durante unos instantes en los que nadie reparó, y devolvió con mucha sangre fría, y con la cortesía y amabilidad que sabía tan bien tomar, el saludo que le hizo un anciano que por su aspecto exterior parecía agradable y sosegado.

—Señor, ¿es su capellán?, a juzgar por su vestimenta, lo parece —dijo después de cambiar algunos saludos con el extraño.

—Sí, señor. Un valiente y honrado hombre que no me avergüenzo de tenerle por amigo. Después de una separación de treinta años, el almirante ha querido que me acompañe en este viaje, y aunque mi barco no sea de primera clase, creo que se encuentra tan bien como si se hallase en el barco de un almirante. Doctor, el señor es el *honorable* capitán Howard, manda el barco de Su Majestad el *Antílope*. No creo necesario hablar de sus notables méritos; la graduación que le ha sido dada a su edad es testimonio suficiente sobre ese particular.

Había en los ojos del capellán sorpresa e incluso miedo cuando su primera mirada recayó sobre el supuesto vástago de una familia noble; pero la expresión era menos sorprendente que la que había puesto el individuo que estaba delante de él, y duró todavía menos tiempo. Saludó nuevamente, muy agradable, y con ese profundo respeto que una antigua costumbre hace nacer incluso en los espíritus mejor organizados cuando se hallan ante la superioridad ficticia de un rango hereditario; pero no parecía creer que la ocasión exigiera que dijera otra cosa más que la fórmula de cortesía ordinaria. El Corsario se volvió tranquilamente hacia su viejo compañero,

y continuó la charla.

—Capitán Bignall —dijo volviendo a tomar los ademanes graciosos que le iban tan bien—, mi deber es seguir sus movimientos en esta entrevista. Ahora voy a regresar a mi barco; y si, como empiezo a sospechar estamos en estos mares para la misma misión, podemos concertar con tiempo un sistema de cooperación que, siendo adecuadamente madurado por su experiencia, podía servir para conducirnos al objeto común al que tendemos.

Considerablemente adulado por esta concesión hecha a su edad y a su categoría, el comandante del *Dardo* hizo a su huésped proposiciones hospitalarias y terminó sus cumplimientos invitándole a compartir una comida de marino un poco más tarde ese mismo día. El supuesto Howard rechazó todas las demás proposiciones, pero aceptó la última invitación, y de esta manera tuvo un pretexto más para regresar a su barco, con el fin de escoger a aquellos de sus oficiales que juzgara más dignos para ser admitidos al banquete que le era prometido. El viejo Bignall, oficial realmente de mérito, a pesar de su carácter brusco y áspero, había vivido mucho tiempo en la pobreza y casi en la oscuridad para no experimentar deseos de la naturaleza humana con vistas a un ascenso que tenía bien merecido y que jamás obtuvo. En medio de toda su honradez natural y sincera, no perdía de vista los medios que podrían valerle para conseguirlo. Así que no es de sorprender que el final de su entrevista con el supuesto hijo de un individuo tan poderoso en la corte, fuese más amistoso que el comienzo.

El Corsario fue llevado desde el camarote hasta la tilla con grandes reverencias, y con la apariencia al menos de un afecto renaciente. Al llegar al puente, sus ojos siempre en acción, miraban a la ligera, con desconfianza y quizás inquieto, todas las caras reunidas alrededor del pasamanos, por el que iba a abandonar el barco; pero por las expresiones de esos individuos recuperó en seguida la tranquilidad e incluso un poco de orgullo a fin de desempeñar bien su papel en la comedia que le gustaba jugar en ese momento. Apretando entonces con cordialidad la mano del viejo y digno marino que era totalmente su víctima, tocó su sombrero para saludar a los oficiales subalternos, de una forma mitad orgullosa, mitad condescendiente.

Iba a bajar a la chalupa cuando vio al capellán decir de prisa algunas palabras al oído de su capitán. Este se dispuso rápidamente a volver a llamar a su huésped que se iba, y le rogó con seria inquietud le concediera aún un momento de atención especial. Dejándose llevar a parte, el Corsario quedó de pie entre el capellán y el capitán, esperando con sangre fría que en las circunstancias en que se encontraba haría honor a la firmeza de sus nervios.

—Capitán Howard —preguntó Bignall—, ¿tiene usted algún religioso a bordo?

—Tengo dos, señor.

—¡Dos! Es extraño hallar un sacerdote supernumerario en un barco de guerra. Pero supongo que con su influencia en la corte podría tener un obispo si quisiera —murmuró entre dientes—. Es usted afortunado por ello, muchacho, ya que yo debo al



afecto más que a la práctica la compañía de éste mi digno amigo. Sin embargo él desea particularmente que incluya en mi invitación a su religioso, o mejor dicho a sus reverendos capellanes.

—Bajo mi palabra, usted tendrá toda la teología que haya en mi barco.

—Creo no haber olvidado nombrar especialmente a su primer lugarteniente.

—¡Oh! ¡Muerto o vivo, ciertamente, formará también parte! —respondió el Corsario con una vivacidad y una vehemencia que hicieron estremecerse de sorpresa a sus dos auditores—. No es el *arca* que usted precisa para descansar; pero tal como es, está totalmente a su servicio. Y ahora le renuevo mi adiós.

Saludando nuevamente, avanzó tomando su aspecto deliberado hacia el pasamanos; y bajando del barco, sus ojos quedaron fijos sobre la tripulación del *Dardo*, con la misma expresión que la de un petimetre que examina el corte de los vestidos de un recién llegado de provincia. El capitán le reiteró su invitación con ardor, e hizo un gesto con la mano para darle el adiós momentáneo, dejando así, sin la menor idea de lo que hacía, escapar de sus manos al hombre cuya captura le hubiera al fin valido ese ascenso tan aplazado, y que deseaba ocultamente con todo el ardor de una esperanza tantas veces decepcionada.

## Capítulo veintisiete

—¡Sí! —murmuró el Corsario con amarga ironía, mientras que su chalupa pasaba bajo la popa del crucero de la corona—; sí, mis oficiales y yo gustaremos de su banquete, pero los manjares serán tales que no agradarán mucho a esos esclavos pagados por el rey. Remad, mis amigos, coraje, remad; en menos de una hora tendréis como recompensa todo aquello que hay en los pañoles de ese viejo loco.

Los ávidos piratas que manejaban los remos, apenas pudieron evitar el dar gritos de alegría; tan sólo les contuvo la necesidad de conservar la moderación que la política les exigía todavía, pero su ardor se notó al aumentar los esfuerzos para hacer avanzar a la lancha. Un minuto después nuestros aventureros estaban seguros bajo la protección de los cañones del *Delfín*.

Por los rasgos de soberbia que brillaban en los ojos del Corsario cuando puso el pie de nuevo en el puente de su barco, toda la tripulación dedujo que en ese momento se tramaba algo importante. Permaneció un instante en el castillo de popa, examinando con una especie de satisfacción y de orgullo todo cuanto estaba bajo sus órdenes; después, sin decir nada a nadie, bajó precipitadamente a su camarote, ya sea porque olvidara lo que había prometido a los otros, ya porque en el estado de exaltación de su espíritu, se inquietaba poco. Las damas, en razón a las relaciones amistosas que parecían reinar entre los dos barcos, se atrevieron a salir de su oculto refugio, cuando un imprevisto golpe de gong les anunció no solamente la presencia del Corsario, sino también su humor.

—Que se comunique al primer lugarteniente que le espero —dijo con voz severa al hombre que llegó para ponerse a sus órdenes.

Durante el corto espacio de tiempo que transcurrió antes de que hubieran podido obedecer este mandato, el Corsario pareció luchar contra una emoción que le agobiaba. Pero cuando la puerta de su camarote se abrió y Wilder apareció delante de él, el observador más suspicaz y penetrante hubiera buscado en vano algún síntoma de la viva cólera que su corazón había experimentado. Recobrando el control de sí mismo se acordó de la forma en que acababa de entrar en un lugar que él mismo había ordenado que se considerara como privilegiado. Fue entonces cuando sus ojos buscaron a las dos damas asustadas, y se apresuró a calmar el terror que estaba impreso visiblemente en la fisonomía de ambas, dirigiéndoles algunas palabras de excusa y explicación.

—Apremiado porque tenía una visita con un amigo —dijo—, había olvidado que tengo en mi casa a unas damas que me alegra recibir, aunque no pueda darles una acogida tan digna como merecen.

—Ahórrese las excusas, señor —dijo mistress Wyllys con dignidad—. Y para que esta interrupción no nos sorprenda, tenga la bondad de comportarse aquí como dueño.

El Corsario rogó a las damas que se sentaran; y a continuación, pensando que la ocasión podía permitir prescindir un poco de las formas del trato social, hizo señas a

su lugarteniente con una agradable sonrisa, para que las imitara.

—Los empleados de Su Majestad no han lanzado al océano peor barco que el *Dardo*, Wilder —dijo con una mirada expresiva como para advertirle de que su inteligencia debía suplir lo que sus palabras no expresaran suficientemente—; pero sus ministros podían haber elegido mejor observador a quien dar el mando.

—El capitán Bignall tiene reputación de hombre valiente y honrado.

—Sí, y realmente la merece; pero quítele esas dos cualidades, y lo que le quedará será poca cosa. Me ha dado a entender que ha sido enviado especialmente a estos parajes en busca de un navío del que todos hemos oído hablar, ya para bien, ya para mal, ¡quiero decir el Corsario Rojo!

El que así hablaba vio sin ninguna duda a mistress Wyllys estremecerse involuntariamente, y a Gertrudis coger con una emoción repentina el brazo de su institutriz; pero su comportamiento no dio de ninguna manera a conocer lo que había visto. Su control sobre sí mismo fue admirablemente imitado por su compañero, quien respondió con una tranquilidad que ninguna sospecha hubiera podido creer que era supuesta:

—Su viaje será peligroso, por no decir que realmente no tendrá éxito.

—Podrá suceder lo uno y lo otro; y sin embargo tiene grandes esperanzas de triunfar.

—Comparte, quizás, el error general sobre el carácter del hombre que busca.

—¿En qué se equivoca?

—Suponiendo que encontrara a un pirata corriente, grosero, rapaz, ignorante, inflexible como los otros...

—¿Qué otros, señor?

—Iba a decir los otros individuos de su clase; pero un marino como ése al que nos hemos referido es el cabecilla de su profesión.

—Le daremos, pues, el nombre bajo el cual es conocido, señor Wilder, el de Corsario. Pero, dígame, ¿no es extraño que un capitán tan mayor, tan experimentado, venga a navegar a estos mares casi desiertos para buscar un barco que por su oficio debe estar en otros parajes más frecuentados?

—Puede haberle visto a través de los estrechos que separan las islas, y haberse dirigido a continuación tras la ruta que le haya visto tomar.

—Es posible —respondió el Corsario con profunda reflexión—. Los excelentes marinos de usted saben calcular las probabilidades de los vientos y de las corrientes, tan bien como el pájaro encuentra su camino en el aire; pero todavía les falta la descripción del navío que él persigue.

—Es posible que haya obtenido esa información.

En tanto que Wilder daba esta respuesta, bajó los ojos a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, al no poder soportar la mirada penetrante que encontraron.

—Muy posible —dijo el Corsario—. En efecto, no sólo me ha dado a entender que tiene un agente que sabe los secretos del enemigo, sino que ha ido más lejos aún,

pues prácticamente me lo ha confesado, y ha reconocido que su esperanza de triunfo depende del talento de ese individuo y de las informaciones que recibe; ya que tiene, sin duda, medios especiales por los que sabe acerca de todos y cada uno de sus movimientos y por los que se vale igualmente para comunicarse.

—¿Ha dicho su nombre?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Enrique Arca, de otro modo sería Wilder.

—Es inútil tratar de negarlo —dijo nuestro aventurero levantándose con un aire de soberbia bajo el que trataba de ocultar la sensación poco agradable que realmente experimentaba—, veo que usted me conoce.

—Como un traidor, señor.

—Capitán Heidegger, está seguro aquí valiéndose de esos términos injuriosos.

El Corsario hizo un violento esfuerzo para dominar la cólera que se levantaba en él, y este esfuerzo tuvo resultado, pero no sin que salieran de sus ojos al mismo tiempo exhalaciones del más amargo desprecio.

—Comunicaré también este hecho a sus superiores —dijo con una insultante ironía—. Les diré que el monstruo de los mares, el que saquea a los pescadores sin defensa, quien devasta las costas sin protección y que huye al pabellón del rey Jorge, como las serpientes se refugian en sus guaridas al oír los pasos del hombre, puede decir su forma de pensar con seguridad en su propio camarote, a la cabeza de ciento cincuenta piratas. Quizá sepa también cómo respira en el ambiente de mujeres pacíficas y amigas de la paz.

Pero el primer movimiento de sorpresa del objeto de sus sarcasmos había pasado, y ni la cólera podría hacerle replicar con aspereza, ni el temor le hacía bajar a los ruegos. Cruzando los brazos con calma, Wilder respondió sencillamente:

—He corrido ese riesgo con el fin de librar el océano de un azote que ha hecho fracasar todas las otras tentativas que se han llevado a cabo para exterminarle. Sabía a lo que me exponía, y la suerte que me espera no me hace temblar.

—Muy bien, señor —respondió el Corsario golpeando de nuevo el gong con un dedo que parecía tener la fuerza de un gigante—. Que el negro y su compañero sean encadenados, y que no se les permita, bajo ningún pretexto, tener comunicación de viva voz o por signos con el otro barco. —Después de la marcha del verdugo que llegó al primer sonido de una llamada que conocía perfectamente, se volvió hacia el individuo firme e inmóvil que se mantenía de pie ante él—. Señor Wilder —prosiguió—, la sociedad en la que he sido tan traidoramente insinuado está sometida a una ley que le condenaría, a usted y a sus miserables cómplices, a ser ahorcados en el palo mayor en el instante en que su perfidia fuese conocida por los míos. No tengo nada más que abrir esta puerta y proclamar la naturaleza de su traición, para ponerle a merced de mi tripulación.

—¡Usted no hará nada!, ¡no, usted no hará nada! —gritó a su lado una voz que

hizo vibrar todos sus nervios—. Usted ha roto todos los lazos que unen al hombre con sus semejantes, pero la crueldad no es un sentimiento innato en su corazón. En nombre de los recuerdos de los tiempos más felices de su juventud, en nombre del cariño y de la piedad que vigilaron su infancia, en nombre de ese ser poderoso que lo sabe todo y que sufre si se le arranca impunemente un solo cabello a un inocente, yo le suplico que reflexione antes de que se exponga usted a tan terrible responsabilidad. ¡No, usted no será tan cruel, no podrá, no se atreverá a serlo!

—¿Qué suerte nos esperaba a mí y a mis compañeros, cuando terminase ese pérfido proyecto? —preguntó el Corsario con voz ronca.

—Las leyes de Dios y la de los hombres están para eso —respondió la institutriz que bajó los ojos al encontrarse con la mirada severa del Corsario, quien la sostuvo con intrepidez—; es la razón la que le habla por mi voz, y sé que la gracia intercede por él en su corazón. La causa, el motivo, justifica la conducta de este hombre, y la suya no puede encontrar excusas en ninguna de las leyes divinas ni humanas.

—Basta, señora, mi decisión fue tomada desde el primer instante, y ni las advertencias ni el temor por lo que sucediera pueden hacer que la cambie. Señor Wilder, es usted libre. Si no me ha servido con tanta fidelidad como yo esperaba, al menos me ha dado en el arte de la fisonomía una lección que me hará más sabio para el resto de mi vida.

Wilder continuó de pie, humillado, y condenado por su propia conciencia. El dolor de su alma se notaba fácilmente en sus rasgos, que no trataban de disimularlo, y que expresaban la vergüenza y el disgusto más profundo. Sin embargo su lucha interior duró muy poco.

—Tal vez usted no conoce en toda su extensión mi plan, capitán Heidegger —dijo—; comprendía la pérdida de su vida, y la destrucción o la dispersión de su tripulación.

—Obrar así es conforme a los usos establecidos entre esos hombres que, investidos del poder, se complacen en oprimir a los demás. Váyase, señor; vaya a bordo del barco que le conviene, le respeto como si fuera libre.

—No puedo abandonarle, capitán Heidegger, sin unas palabras con las que me justifique su postura.

—¡Qué!, ¿el pirata perseguido, denunciado, condenado, puede dar una explicación? ¿Su opinión es necesaria a un virtuoso servidor de la corona?

—Utilice todos los términos de triunfo y de reproche que le plazca, señor —dijo Wilder ruborizándose—, sus palabras no pueden ahora ofenderme; sin embargo no quisiera quitarle la carga de todo el desprecio que usted cree que merezco.

—Hable libremente, señor; actualmente es usted mi huésped.

—No le enseñaré sin duda nada nuevo —dijo—, al decirle que el ruido general dado a su conducta y a su carácter tiene un color que no puede asegurarse la estima de los hombres.

—Puede encontrar placer en oscurecer los matices —dijo el Corsario, aunque su

voz temblorosa por la emoción anunció evidentemente cuán sensible era la herida que le producía la opinión de la gente, que él trataba de menospreciar.

—Si se me obliga a hablar, capitán Heidegger, mis palabras serán la verdad; pero ¿encuentra sorprendente que lleno de ardor para una misión que incluso usted en otras circunstancias hubiera encontrado honorable, haya estado dispuesto a arriesgar mi vida e incluso a tomar la máscara de la duplicidad para realizar un plan que, si hubiera tenido éxito, hubiese sido no solamente recompensado, sino también unánimemente aprobado? Fue con tales sentimientos como me encargué de esta misión; pero pongo al cielo por testigo de que su confianza y su franqueza me habían medio desarmado casi antes de poner los pies en su barco.

—Y sin embargo usted persistió.

—Podía tener poderosas razones —respondió Wilder mirando casi involuntariamente a las dos damas—; tuve que darle mi palabra en Newport, y si mis dos compañeros no hubieran sido retenidos en su barco, nunca hubiera regresado.

—Quiero creerle, muchacho, y creo que adivino sus razones. Usted ha jugado un juego muy delicado, y en vez de apenarse por perder la partida, se alegrará algún día. Márchese, señor, una barca le llevará a bordo del *Dardo*.

—¿No se equivoca, capitán Heidegger?; no crea que un acto de generosidad por su parte pueda cerrarme los ojos sobre lo que exige mi deber. En cuanto llegue a presencia del comandante del barco que acaba de nombrar, comunicaré quién es usted. Y mi brazo no permanecerá ocioso durante el combate que debe producirse. Puedo morir aquí, víctima de mi misión; pero tan pronto como sea liberado, me convierto en su enemigo.

—¡Wilder! —dijo el Corsario cogiéndole la mano con una sonrisa análoga a la singularidad extraña de ese gesto—, ¿deberíamos habernos conocido antes! Pero las lamentaciones son inútiles. ¡Márchese! Si los míos llegan a conocer la verdad, todas mis advertencias serían como palabras pronunciadas en voz baja en medio de un huracán.

—Cuando llegué a bordo del *Delfín*, no venía solo.

—¿No es suficiente —dijo el Corsario con frialdad y dando un paso hacia atrás—, que le haya ofrecido la libertad y la vida?

—¿De qué utilidad pueden ser unas desgraciadas mujeres sin fuerzas, sin valor, a bordo de un navío dedicado a las aventuras y que busca el *Delfín*?

—¿Y debo verme privado para siempre de toda relación con lo mejor que hay de los seres humanos? Márchese, señor, y déjeme al menos la imagen de la virtud, ya que estoy privado de su esencia.

—Capitán Heidegger, en el calor de un sentimiento loable me hizo una promesa en favor de estas dos damas, y espero que le haya salido del corazón.

—Le entiendo, señor; lo que le dije entonces no lo he olvidado, ni lo olvidaré; pero ¿a dónde llevará a sus compañeras?, ¿no están tan seguras aquí como en cualquier otra parte de la superficie de los mares?, ¿debo ser despojado de todos los

medios para hacer amigos? Déjeme, señor, márchese: por poco que tarde, la licencia que le doy podría no serle de ninguna utilidad.

—No abandonaré jamás el depósito del que estoy encargado —respondió Wilder con firmeza.

—Señor Wilder, o mejor debería, según creo, decir, lugarteniente Arca —replicó el Corsario—, puede jugar con mis buenas intenciones hasta que sea demasiado tarde para aprovecharse de ellas.

—Haga conmigo lo que quiera: muero en mi puesto, o marchó con aquéllas a las que he acompañado hasta aquí.

—Señor, su amistad con ellas, esa amistad a la que es tan fiel, no es más antigua que la mía. ¿Cómo sabe si ellas prefieren su protección? Me equivoco mucho o he expresado muy mal mis intenciones, tal vez ellas tengan aunque sea una sola queja que hacer desde que me encargué de cuidarlas y protegerlas: Hablad, bellas señoras, ¿a quién queréis por protector?

—¡Déjeme!, ¡déjeme! —gritó Gertrudis llenándosele los ojos de terror, como si hubiera evitado la mirada mortuoria de un basilisco, cuando le vio aproximarse con una sonrisa malévol—. ¡Oh!, si su corazón es asequible a la piedad, permítanos abandonar su barco.

Una sonrisa glacial y forzada se dibujó en los rasgos del Corsario, y mientras se volvía hacia mistress Wyllys, murmuró con una voz que trataba en vano de suavizarse.

—He comprado el odio de todo el género humano, y el precio debe ser pagado muy caro. Señora, usted y su amable pupila son dueñas de sus actos. Este barco, este camarote, están a su disposición; o si por el contrario desean abandonarlo, otros les recibirán.

—Las mujeres no pueden hallarse seguras nada más que bajo la protección bienhechora de las leyes —respondió mistress Wyllys—. Ruego al cielo...

—Basta —dijo el Corsario—, acompañarán a su amigo. Este barco estará tan vacío como mi corazón cuando me abandonen ustedes.

—¿Ha llamado, señor? —preguntó una voz suave junto a él, tan dulce y tan quejumbrosa que no podía dejar de llegar a sus oídos.

—Roderick —respondió de prisa—, tienes trabajo. Déjanos, mi buen Roderick, déjame unos minutos.

Como si le urgiera terminar con esta situación lo más rápidamente posible, dio un nuevo golpe de gong, y dio la orden de que bajaran Fid y el negro a una barca a la que hizo llevar también el poco equipaje de las dos damas. Cuando hubieron terminado estos preparativos preliminares, dio la mano a la institutriz con una estudiada cortesía, la llevó a través del puente por entre su asombrada tripulación, y se quedó en la borda del barco hasta que la vio sentarse en la lancha con Gertrudis y Wilder. Dos marineros manejaban los remos, el Corsario dio su adiós en silencio con la mano, y desapareció ante los ojos de aquéllas a las que costaba trabajo creer en su

liberación como les había costado creer en su cautividad.

Sin embargo la amenaza de la intervención de la tripulación del *Delfín* resonaba aún en los oídos de Wilder. Dijo a los marineros que remasen con fuerza, y procuró maniobrar de forma que pudiera poner la barca lo más rápidamente posible fuera del alcance de los cañones de los piratas, al pasar bajo la popa del *Delfín* vio que se llamaba al *Dardo*, y la fuerte voz del Corsario atravesó las aguas dirigiéndose al comandante de este última barco.

—Le envío parte de los convidados que usted ha invitado —gritó sarcásticamente—, y además todo lo que tengo de divino en mi barco.

La travesía fue muy corta, y ninguno de los que habían sido puestos en libertad tuvo tiempo de coordinar las ideas, cuando llegó el momento de subir a bordo del crucero de la corona.

—¡Que el cielo nos proteja! —gritó Bignall al ver a las mujeres en la barca—; ¡que el cielo nos proteja a los dos, padre! ¡Ese joven loco nos envía a bordo una pareja para el baile!, y ¡he ahí lo que el impío llama sus divinidades! Se puede fácilmente adivinar de dónde ha sacado a semejantes criaturas.

La sonrisa graciosa del viejo comandante del *Dardo* demostraba que estaba medio dispuesto a excusar la presunción audaz de la que creía poder acusar a un oficial de grado inferior, dando de esta forma a todos los que le oían una garantía de que ningún escrúpulo fuera de lugar perjudicaría a la alegre reunión. Pero cuando Gertrudis, con el rostro aún encendido a consecuencia de lo que había sucedido, y resplandeciente por una belleza que hacía subir el encanto de su inocencia, estuvo sobre el puente, el viejo marino se frotó los ojos con una sorpresa que no hubiera podido ser más grande, si uno de los seres celestiales que el Corsario había nombrado cayera del cielo sobre cubierta.

—¡El miserable no tiene ni corazón ni alma —gritó el digno marino—; haber pervertido a una criatura tan joven y tan amable! ¡Eh!, ¡por mi vida, aquí también está mi lugarteniente! ¿Qué quiere decir esto, señor Arca? ¿Ha llegado la época de los milagros?

Una exclamación que salió del corazón de la institutriz, y un grito ahogado y lúgubre saliendo de los labios del capellán, para responder, interrumpieron las expresiones de su indignación y de su asombro.

—Capitán Bignall —dijo el capellán señalando a la dama que apenas podía mantenerse y que se apoyaba en el brazo de Wilder—; ¡por mi vida se equivoca usted sobre el carácter de esta dama! ¡Hace más de veinte años que no nos hemos visto; pero puedo garantizar por mi honor que tiene derecho a nuestros respetos!

—Lléveme al camarote —murmuró mistress Wyllys—. Gertrudis, mi querida amiga, ¿dónde estamos? Lléveme a algún lugar apartado.

Se cumplieron sus deseos, y este pequeño grupo desapareció a los ojos de los espectadores que llenaban el puente. Una vez en el camarote, la institutriz se recobró en parte, y sus ojos errantes buscaron el rostro dulce y compasivo del capellán.





—¡Es un encuentro muy tardío y muy conmovedor! —dijo ella besando la mano que éste le presentaba—. Gertrudis, ve, en el señor, al sacerdote por el que fui unida en otra época al hombre que fue el orgullo y la dicha de mi existencia.

—No llore su pérdida —dijo el reverendo padre inclinándose sobre su asiento con

un interés paternal—; murió pronto, puro murió como todos los que le querían hubieran podido desear.

—¡Y nadie quedó para transcribir a la posteridad su nombre glorioso y el recuerdo de sus cualidades! Dígame, mi buen Merton, ¿la mano de la Providencia no es visible en este juicio? ¿No debo humillarme por ese castigo que bastante he merecido al desobedecer a un padre cariñoso aunque demasiado severo? ¿Y a usted, digno y buen Merton, qué tal le ha ido desde la última vez que nos vimos?

—Tan sólo soy un humilde y pobre pastor de un rebaño poco sumiso —respondió el capellán suspirando—. He recorrido mares lejanos, y he visto en mis viajes muchas cosas nuevas y caracteres que lo eran todavía más para mí. De las Indias orientales he regresado hace poco al hemisferio donde nací, y por autorización de mis superiores he venido a pasar un mes al barco de un antiguo compañero; ya que la amistad que me une al capitán Bignall se remonta aún más atrás que la nuestra.

—Sí, sí señora —respondió el digno Bignall que no pudo impedir emocionarse un poco durante esta escena—; hace casi medio siglo que el reverendo y yo éramos compañeros del colegio; y hemos renovado muchos antiguos recuerdos durante este viaje. Soy dichoso de que una dama dotada de cualidades tan notables haya venido a embellecer nuestra reunión.

—Esta dama es la hija del capitán, y la viuda del hijo de nuestro antiguo comandante, el contraalmirante de Lacey —respondió de prisa el capellán, como si supiera que podía contar con el honor y las buenas intenciones de su amigo más que con su discreción.

—Los he conocido y los dos eran valientes y excelentes marinos. Señora, sea bienvenida al igual que su amigo Merton; pero ella lo es por dos veces como hija y como viuda de los dos oficiales que acaba de nombrar.

—¡De Lacey! —dijo una voz inquieta al oído de la institutriz.

—La ley me da derecho a llevar ese nombre —dijo la dama a la que continuaremos llamando con el nombre que se había dado, y apretando contra su pecho con afecto a su pupila desecha en lágrimas—. El velo ha sido desgarrado de manera inesperada, y no trataré de ocultarme más. Mi padre era capitán del barco almirante. La necesidad le obligó a dejarme en la compañía de su joven pariente más veces que si lo hubiera hecho previendo las consecuencias. Pero yo conocía demasiado bien su pobreza y su orgullo para atreverme a hacerle juez de mi suerte, cuando mi imaginación y mi falta de experiencia me presentaron la alternativa como más temible que su misma cólera. Nos casamos en secreto, y ninguno de nuestros familiares supo de este matrimonio. La muerte...

La voz faltó a la viuda, e hizo señas al capellán, para que continuase el relato.

—El señor de Lacey y su suegro perecieron en la misma acción un mes después de la ceremonia —añadió Merton con voz temblorosa—. Usted incluso, señora, nunca ha sido instruida en los tristes detalles de la muerte de ellos. Yo fui el único testigo, pues estuvieron confiados a mis cuidados en la confusión del combate. Sus

sangres se mezclaron, y su padre dio su bendición al joven héroe y no cabe duda de que la daba a su yerno.

—¡Oh!, ¡no comprendí la nobleza de su alma, y he sido cruelmente castigada por ello! —gritó la viuda—. Dígame, Merton, ¿llegó a saber mi matrimonio antes de morir?

—No, señora. El señor de Lacey murió primero, con la cabeza echada sobre el pecho de su padre que lo había querido siempre como a un hijo.

—Gertrudis —dijo la institutriz como arrepentida—, tan solamente hay paz para nuestro débil sexo en la sumisión; sólo se puede esperar la dicha con la obediencia.

—Todo ha terminado por el momento —dijo Gertrudis llorando—; todo ha terminado y se ha olvidado. Yo soy su niña, su Gertrudis, la criatura que usted ha educado.

—¡Harry Arca! —gritó Bignall después de aclararse la voz por un ejem, ejem, tan fuerte que el ruido se oyó hasta en el puente.

Y cogiendo del brazo a su lugarteniente que parecía absorto en sus reflexiones, le llevó fuera del camarote, diciéndole: ¿En qué diablos piensa usted? Olvida que durante todo este tiempo he sabido tanto de sus aventuras como el primer ministro de Su Majestad sabe de navegación. ¿Qué ha sucedido para que llegue aquí en un crucero de la corona, mientras que le creía disfrazado de pirata a bordo de un barco pirata? ¿Y con qué noble vástago se encuentra a la cabeza de tan buena tripulación y de tan hermoso barco?

Wilder suspiró profundamente como quien despierta de un sueño agradable, y se dejó llevar sin resistencia fuera del lugar donde hubiera permanecido siempre.

## Capítulo veintiocho

El capitán del *Dardo* y su lugarteniente, todavía distraído, llegaron al castillo de popa antes de que volvieran a hablar. El barco del Corsario aún estaba a la vista, mostrando sus bellas y admirables proporciones. Pero en vez de reinar la quietud que había en él cuando lo abandonó, las vergas de proa habían cambiado, y el viento hinchaba las velas, ese barco majestuoso comenzaba a moverse sobre las olas, aunque lentamente. No parecía por sus maniobras que intentase escapar de una persecución. Por el contrario, las velas más altas y más ligeras estaban plegadas, y la tripulación se ocupaba activamente en ese momento de enviar al puente las pequeñas palanquetas que eran absolutamente necesarias con el fin de extender las velas que se necesitarían para la marcha del navío Wilder volvió los ojos de ese espectáculo casi temblando, pues sabía muy bien que esos preparativos eran los que acostumbraban a hacer los marinos hábiles cuando se preparan para un combate determinado.

—¡Pues bien! —dijo Bignall descontento—, he ahí a su marino cortesano con sus tres velas de gavia desplegadas y también la de mesana, como si hubiera ya olvidado que tiene que cenar conmigo, y que su nombre está escrito al comienzo de la lista de los comandantes y el mío al final; pero supongo que le veremos llegar en el momento oportuno, cuando su apetito le recuerde que la hora de cenar ha llegado. Podría también arbolear su pabellón en presencia de un oficial que tiene sobre él el grado de antigüedad; no degradará por eso su nobleza. ¡Por el cielo! Harry Arca, ¡maneja sus vergas a las mil maravillas! Le aseguro que tiene en su borda al hijo de algún hombre valiente que se ha visto frustrado bajo la forma de primer lugarteniente, y le veremos vanagloriarse durante toda la cena, diciéndonos: «¡Cómo mi barco hace esta maniobra!» y «Yo no permito eso en mi barco». ¿No es así? Sí, sí, hay en él oculto un excelente marino.

—Pocas personas conocen mejor nuestra profesión que el capitán de ese barco —respondió Wilder.

—¡Qué demonio! ¿Le ha dado usted algunas lecciones a ese respecto, señor Arca?, ha imitado algunas maniobras del *Dardo*. Descubro un misterio con la misma rapidez que cualquier otro.

—Le aseguro, capitán Bignall, que sería una gran equivocación considerar ignorante a un hombre tan extraordinario.

—Sí, sí, empiezo a adivinar su carácter. El joven perro es un guasón, y quiso divertirse a costa de un marino de esos que se consideran de la vieja escuela. ¿Me equivoco, señor? ¿Este viaje no es el primero que hace por el mar?

—Puede considerarse como hijo del mar, ya que en él ha pasado más de treinta años de su vida.

—En ese caso, Harry Arca, le ha tomado el pelo pues él me ha dicho que mañana cumple veintitrés años.

—Palabra, señor, le ha engañado.

—Dudaba de que los tuviera, señor Arca; es más fácil decirlo que tenerlos. Sesenta y cuatro años hacen que un hombre no sea tan ingenuo como para creerse ciertas cosas. Podría equivocarme menospreciando el talento de un muchacho; pero en cuanto a su edad, no puedo cometer semejante error. ¡Pero dónde diablos va! ¿Necesita ir a pedir un comicalla a milady su madre para venir a cenar a bordo de un barco de guerra?

—¡Mire!, ¡se aleja realmente de nosotros! —dijo con una vivacidad y un placer que hubieran hecho sospechar a cualquier mejor observador que su comandante.

—Si sé distinguir la popa de la proa de un barco, lo que usted dice es cierto —respondió el capitán amargamente—. Escúcheme, señor Arca, me propongo dar una lección a ese presumido sobre el respeto que debe a sus superiores, le dejaré que camine para aguzar el apetito. ¡Por el cielo, que lo haré!, y en sus primeros partes que lo comunique a Inglaterra si quiere. Guarnezcan las vergas de popa, señores, guarnézcanlas. Puesto que ese *honorable* muchacho quiere divertirse haciendo una regata, no le puede parecer mal que los demás tengamos los mismos gustos.

El lugarteniente de guardia, a quien iba dirigida esta orden, obedeció en seguida, y un minuto después el *Dardo* empezaba a caminar, pero en dirección opuesta a la que tomaba el *Delfín*. El viejo estaba satisfecho por la decisión que había tomado, y hacía ver lo contento que estaba de sí mismo por su aspecto de triunfo y de alegría. Estaba muy ocupado en la maniobra que acababa de ordenar para recordar en ese momento lo que había pensado instantes antes, y no reanudó la conversación hasta que los dos navíos tuvieron entre sí un espacio bastante considerable, cada cual navegando continuamente, aunque sin prisa, en sentido opuesto.

—Que anote esto en su diario, señor Arca —dijo el viejo marino irritado regresando al lugar que Wilder no había abandonado durante todo este tiempo—; aunque mi cocinero no sepa cocinar para tal señor, es preciso venir a buscarle si se quiere juzgar su talento. ¡Por el cielo!, Harry, le costará trabajo si intenta reunirse con nosotros. ¿Pero cómo ha sido que usted se hallara en ese barco? No me ha dicho nada aún sobre esta parte de su viaje.

—Naufragué, señor, después de la última carta que le escribí.

—Así que fue recogido por el barco de Su Majestad el *Antílope*. Sí, sí, ya comprendo. Dé, solamente, a un viejo lobo de mar la ruta y la brújula, y sabrá entrar en el puerto la noche más oscura. ¿Pero cómo ha sido que míster Howard no le haya conocido, cuando vio la lista de mis oficiales?

—¡No se dio cuenta! ¿No pareció conocerme? Quizás...

—¡No diga nada más, mi valiente Harry, no diga nada más! —dijo el comandante—. Incluso yo he experimentado semejantes mortificaciones. Pero nosotros estamos por encima de ellos, señor, muy por encima de ellos y de sus impertinencias. Nadie debe avergonzarse por haber hecho su encargo al igual que usted y yo lo hemos hecho en la calma y la tempestad. ¡Por mil diablos!, Harry, alimenté una semana entera a uno de esos individuos, y cuando me lo encontré por las calles de Londres, le

vi volver la cabeza hacia otro lado para mirar una iglesia, para hacer creer a un hombre sencillo que sabía por qué hacía aquello. No piense más en ello Harry; he sufrido su insolencia aún más que usted, puede estar bien seguro.

—Yo era conocido en ese barco —añadió Wilder sobreponiéndose—, bajo el supuesto nombre con que me hacía llamar. Estas damas, compañeras de mi naufragio, no me conocían tampoco por otro.

—¡Ah!, era prudente; y después de todo, ese muchacho no tenía por qué conocerle. ¡Oh! Fid, sea bienvenido a bordo del *Dardo*.

—Eso es lo que me he tomado la libertad de decirme yo mismo, Su Honor —respondió el marinero que estaba cerca de los dos oficiales, de forma que parecía atraer la atención de éstos—. Es un excelente barco ese que vemos allí, y tiene un famoso comandante y una valiente tripulación; pero por lo que a mí respecta, teniendo una reputación que cuidar, prefiero navegar en un barco que puede decir su misión cuando se le pregunte adecuadamente.

Wilder palideció y enrojeció a continuación, como se ve en la noche el firmamento adornado de colores que cambian de matices a cada instante, y sus ojos se volvieron hacia todas partes, excepto hacia donde hubiera encontrado las miradas asombradas de su viejo amigo.

—No estoy muy seguro de entender lo que quiere decir ese bribón, señor Arca —dijo el capitán—. Todo oficial, desde el capitán hasta el contramaestre, en las flotas del rey, es decir todo hombre en su juicio, lleva con él la orden que le autoriza a ir por los mares, sin que pueda encontrarse en una situación tan embarazosa como un pirata.

—Eso es exactamente lo que yo decía, señor —respondió Fid—; pero Su Honor ha estado en la escuela y tiene más experiencia, y eso hace que sepa hablar mejor. Guinea y yo frecuentemente hemos hablado sobre este particular, y hemos tenido que hacer más de una vez serias reflexiones, capitán Bignall. «Supon —decía yo al negrito—, que uno de los cruceros de Su Majestad se encuentre con este barco, y que se envíe un cañonazo, decía yo; ¿qué podrían hacer dos hombres como nosotros en semejante situación? ¡Pues bien! —dijo el negro—, nosotros servir nuestros cañones al lado del patrón Harry», y yo no tuve nada que oponer a eso; pero yo me he tomado la libertad de añadir que en mi pobre opinión sería más agradable morir a bordo de un barco del rey que en el puente de un corsario.

—¡Un corsario! —repitió el comandante abriendo al mismo tiempo los ojos y la boca.

—Capitán Bignall —dijo Wilder—, puedo haber cometido una falta que no admite perdón, al guardar durante tanto tiempo silencio; pero cuando oiga mi relato, encontrará algunos incidentes que constituirán mi excusa. El barco que usted ve es el del famoso Corsario Rojo. Escúcheme primero, se lo suplico por todas las atenciones que usted ha tenido conmigo durante tanto tiempo, y repréndame después si lo cree conveniente.

Las palabras de Wilder, unidas a su aspecto viril y serio, retenían la indignación

que se producía en el espíritu del veterano irritable. Escuchó seriamente y con atención el relato que su lugarteniente se apresuró a hacerle con tanta precisión como claridad, y antes de que éste terminase de hablar, comprendía los sentimientos de gratitud y, ciertamente, de generosidad que habían inspirado al joven marino tanta repugnancia para dar a conocer el verdadero carácter de un hombre que se había portado tan lealmente con él. Algunas exclamaciones de sorpresa interrumpieron de tiempo en tiempo la narración; pero en general Bignall reprimió su impaciencia de forma notable para un hombre de su carácter.

—¡Es ciertamente extraordinario! —dijo cuando Wilder hubo terminado su historia—; y es una lástima que tan valiente hombre sea tan gran bribón. Pero a pesar de todo, Harry, no podemos permitir que se nos escape; nuestra lealtad y nuestra religión nos lo prohíben. Hay que virar y darle alcance; y si buenas palabras no le hacen entrar en razón, no veo otro remedio que utilizar la fuerza.

—Creo que con eso cumpliremos con nuestro deber, señor —dijo el muchacho suspirando.

—Es un caso de conciencia. Así que el joven charlatán que me ha enviado a bordo no es capitán, después de todo. Sin embargo tenía el aspecto y las maneras de un noble; es imposible equivocarse a este respecto. Creo que debe ser algún joven réprobo de buena familia. Es preciso tratar de ocultar su nombre, señor Arca, a fin de no deshonorar a su familia. Nuestros colonos autócratas, aunque un poco degradados y deteriorados, son sin embargo, todavía, los pilares del trono, y no nos conviene permitir a los ojos del pueblo que se den cuenta de su poca solidez.

—El individuo que ha venido al *Dardo* era el mismo Corsario.

—¡Qué!, ¡el Corsario Rojo en mi barco y en mi propia presencia! —gritó el viejo marino con horror—. Usted quiere, señor, jugar con mi credulidad.

—Olvidaría todo lo que le debo a usted, si pudiera permitirme tal atrevimiento. Le juro solemnemente que era el Corsario en persona.

—¡Es inconcebible, extraordinario, milagroso!, su disfraz era perfecto, y debo reconocerlo, ya que ha engañado a tan buen fisonomista. No me ha parecido exagerado su bigote, señor; no he visto que su voz sea brutal; no me he dado cuenta de ninguna de esas deformidades monstruosas que le caracterizan, según he oído decir de él.

—Es que eso son sólo exageraciones que se le atribuyen por rumores populares, señor. Con respecto a los vicios, mucho me temo que los más grandes y más peligrosos estén frecuentemente ocultos por la más agradable apariencia.

—Pero si ni siquiera es un hombre muy alto, señor.

—Su cuerpo no es grande, pero encierra el alma de un gigante.

—¿Y cree usted, señor Arca, que haya sido ese navío contra el que luchamos en el equinoccio de marzo?

—Ciertamente.

—Escuche, Harry, en consideración a usted obraré generosamente con el bribón.

Antes se me ha escapado, por culpa de la caída del mastelero de gavia y del mal tiempo, pero hoy tenemos el mar muy tranquilo y una buena brisa que puede ayudarnos. El barco será mío cuando quiera, ya que no parece tener intención seria de huir.

—Temo que no la tenga —dijo Wilder descubriendo sus pensamientos por sus palabras, sin darse cuenta de ello.

—No puede luchar con nosotros pensando que va a salir victorioso; y como parece ser un individuo muy distinto de como yo lo suponía, trataremos de hacer una negociación. ¿Se encargará usted de llevarle mis proposiciones? Sin embargo podría arrepentirse de su generosidad, y en ese caso se expondría usted a...

—Garantizo su buena fe —dijo Wilder con vivacidad—. Haga disparar un cañonazo a favor del viento. Piense, señor, que todas nuestras señales deben ser pacíficas. Haga enarbolar en el palo mayor un pabellón parlamentario, y me expondré a todos los peligros para llevarle a la sociedad.

—¡Por el cielo!, eso sería al menos actuar como cristianos —dijo el comandante después de unos instantes de reflexión—, y aunque nuestro éxito pudiese hacernos perder los honores de la caballería en este mundo, obtendremos con toda seguridad un camarote mejor allá en lo alto.

Cuando el capitán del *Dardo*, que tenía un gran corazón, aunque la cabeza un poco extraña, y su lugarteniente Henry Arca, estuvieron decididos a tomar esas medidas, los dos se ocuparon seriamente de los medios para asegurar el éxito. El timón del barco fue dirigido para recibir la ayuda del viento, y mientras que su proa giraba para tomar el viento, una llamarada salía de la porta de proa, enviando a través de las olas el aviso pacífico de costumbre, para hacer ver que aquellos que dirigían los movimientos del barco, querían ponerse en comunicación con los patrones del que estaba a la vista. Al mismo tiempo un pequeño pabellón blanco fue desplegado en el mástil más elevado, y el pabellón de Inglaterra fue bajado. Medio minuto de inquietud profunda sucedió a estas señales en el corazón de aquellos que las habían ordenado; pero la incertidumbre no duró mucho tiempo. El viento llevó hacia adelante una nube de humo que salía del barco del Corsario, y el ruido de la explosión del cañonazo que respondía, llegaba sordamente a sus oídos. Se vio ondear un pabellón semejante al de ellos, como una paloma que extiende sus alas en lo más alto de sus mástiles pero ningún emblema de ninguna clase hacía ver los colores que anuncian generalmente a qué nación pertenece un barco.

—El bribón es bastante modesto para no enarbolar pabellón en nuestra presencia —dijo Bignall haciendo notar esta circunstancia a su compañero como si fuera un augurio favorable de su triunfo—. Avancemos hacia él hasta que estemos a una distancia razonable, y entonces usted cogerá la chalupa.

Debido a esta determinación, el *Dardo* viró de borda, y desplegó varias velas para acelerar la marcha. Cuando estuvo a medio tiro de cañón, Wilder dijo a su oficial superior que no era conveniente avanzar más a fin de evitar toda apariencia de



hostilidad. Se botó una chalupa, y bajaron los que iban a remar, se puso un pabellón parlamentario en la proa, y se comunicó que todo estaba preparado para que embarcase el portador del mensaje.

—Le puede decir el estado de nuestras fuerzas, señor Arca; como es un hombre razonable, se dará cuenta de nuestra supremacía sobre él —dijo el capitán después de darle múltiples instrucciones y repetirlas varias veces—. Creo que puede ir hasta él para prometer amnistía con respecto al pasado, siempre que acepte mis condiciones; pero en todo caso dígame que toda mi influencia será utilizada para obtener el perdón total, al menos para él. ¡Que Dios le proteja Harry! Tenga cuidado de no decirle nada de las averías que sufrimos en nuestro encuentro de marzo último, ya que... si... el viento del equinoccio era furioso en esa época. ¡Adiós, que tenga éxito!

La chalupa se alejó del barco cuando terminó de hablar, y al cabo de unos instantes Wilder estaba fuera del alcance de la voz del capitán. Nuestro aventurero tuvo bastante tiempo para reflexionar sobre la extraña situación en que se hallaba, durante el trayecto que había de hacer para llegar al otro navío. Una o dos veces su espíritu se vio agitado por un ligero movimiento de inquietud y de desconfianza, y apenas sabía si las gestiones que estaba haciendo serían muy prudentes; pero el recuerdo del elevado espíritu del hombre en cuyas manos se iba a poner se presentó siempre ante él para impedir sus temores de vencer.

Las miradas feroces y amenazadoras que Wilder encontró desde el momento en que puso los pies sobre el puente, fueron la causa de que se detuviera un instante; pero la presencia del Corsario de pie en el castillo de popa, con el aspecto imponente de autoridad que le era tan peculiar, le animó a continuar su marcha, después de un instante de indecisión demasiado corto para ser notado. Iba a abrir la boca cuando un signo del Corsario le hizo guardar silencio hasta que estuvieron en el camarote.

—Corren sospechas entre mi gente, señor Arca —dijo el Corsario cuando llegaron, remarcando notablemente el nombre que le daba—. Estas sospechas se propagan entre ellos, aunque apenas saben aún lo que deben creer. Las maniobras de nuestros dos barcos no son muy corrientes que se hagan; y las voces no faltan para cuchichear a los oídos de los demás cosas que no son favorables para los intereses de usted. Ha sido un error, señor, el que haya vuelto aquí.

—He venido por orden de mi comandante, y bajo la protección de un pabellón parlamentario.

—Nosotros no entramos fácilmente en razonamientos sobre las distinciones legales del mundo, y podríamos equivocarnos en cuanto a los privilegios del nuevo carácter bajo el cual llega usted. Pero —añadió él en seguida dignamente—, si es portador de un mensaje ¿puedo presumir que es para mí?

—Y para ningún otro más. Nosotros no estamos solos capitán Heidegger.

—No preste atención a este niño; es sordo cuando yo quiero.

—Desearía comunicar solamente a usted las ofertas que tengo que hacerle.

—Le digo que Roderick no oye más que ese mástil —replicó el Corsario con

calma, pero con tono decidido.

—Es preciso pues que hable, a pesar de todo. El comandante de ese barco, portador de una misión de Su Majestad Jorge II, nuestro dueño, me ha ordenado someter a sus reflexiones las proposiciones siguientes: bajo la condición de que le entregue usted este barco con todos sus aprovisionamientos, toda su artillería y todas sus municiones, sin que se estropee nada, se contentará con tomar como rehenes a diez hombres de su tripulación sacados a suerte, usted y uno de sus oficiales; pondrá a los demás al servicio de Su Majestad, o les permitirá dispersarse para que se dediquen a un trabajo más honorable, y menos peligroso.

—¡Es una generosidad de príncipe! ¡Debería arrodillarme y besar con la boca ante el que pronuncia tales palabras de merced!

—No hago más que repetir las de mi superior. En cuanto a usted personalmente, le prometo, por otra parte, utilizar todo su crédito para obtenerle el perdón total, con la condición de que abandonará el mar y que renuncie para siempre al nombre de inglés.

—Esta última condición es fácil de cumplir; ¿pero puedo saber por qué razón se muestra tan indulgente con un hombre cuyo nombre ha sido proscrito hace ya mucho tiempo?

—El capitán Bignall se ha enterado de la forma generosa con que usted ha tratado a uno de sus oficiales, y la delicadeza de su proceder con respecto a la viuda y a la hija de dos de sus antiguos hermanos de armas; y está de acuerdo en que lo que cuenta la gente, no hace justicia totalmente a su persona.

—Y no tiene otro motivo que su voluntad para que yo me decida a cambiar de una forma tan radical todas mis costumbres; para que abandone el mar que ha llegado a ser para mí tan necesario como el aire que respiro.

—Hay otros. Sus poderes, que usted es libre de examinar con sus propios ojos, si lo desea; debe convencerse de que toda resistencia sería inútil, y usted decidirá, por lo que él cree, aceptar sus ofertas.

—¿Y cuál es la opinión de usted? —preguntó el Corsario con una expresiva sonrisa, y con gran énfasis, avanzando la mano para coger lo que le era ofrecido.

—Reconozca nuestra superioridad de fuerzas; ¿pensaba que sería como yo le había dicho?

—Estoy de acuerdo.

—¿Puedo preguntarle ahora, cuál es su respuesta a las proposiciones del capitán Bignall?

—Dígame primero lo que me aconseja su propio corazón. Estas proposiciones no son nada más que el lenguaje de otro.

—Capitán Heidegger —respondió Wilder ruborizándose—, no trataré de ocultarle que si este mensaje no hubiera dependido nada más que de mí, podría haber sido concebido en términos diferentes. Pero como hombre que conserva profundamente el recuerdo de su generosidad, como hombre que no quisiera llevar a un enemigo a

cometer un acto deshonesto, yo le ruego que acepte las condiciones que se le ofrecen. Me perdonará si le digo que, a causa de las relaciones que he tenido con usted, he llegado a creer que se daba cuenta ya de que ni la reputación que podía usted desear ni la satisfacción, que es el objeto de los deseos de todos los hombres, pueden encontrarse en la vida que usted lleva.

—No creía tener en mi barco, en el señor Wilder, un casuista tan profundo. ¿No tiene usted nada más que decirme por el momento?

—No, no tengo nada más —respondió el enviado del *Dardo* con tristeza y decepción—. Puesto que he venido aquí como mensajero de otro, capitán Heidegger, es a usted a quien le corresponde decirme la respuesta que debo llevar a las proposiciones que le he transmitido.

El Corsario cogiéndole del brazo le llevó a un lugar desde el que se podía ver todo el exterior del barco. Mostrándole entonces los mástiles, y haciéndole ver las pocas velas que había desplegado, se limitó a decirle:

—Señor, es usted marino, y creo que esta vista le debe ser suficiente para hacerle ver mis intenciones. Yo por mi parte, no buscaré ni tampoco evitaré a vuestro tan alabado navío del rey Jorge.

## Capítulo veintinueve

—¿Me trae la sumisión del pirata?, ¿acepta mis proposiciones con agradecimiento? —dijo el comandante del *Dardo*, sin dudar un instante del éxito de la negociación, cuando su enviado estuvo en el barco.

—Sólo traigo una negativa, capitán.

—¿Le ha hecho ver el estado de mis fuerzas? —preguntó Bignall, que no esperaba semejante respuesta—. ¿Se habrá olvidado usted, señor Arca, de hacerle ver una cosa tan importante?

—No he olvidado nada de lo que podía ser vital para su seguridad, capitán Bignall; y sin embargo, el jefe de ese barco se niega a aceptar sus condiciones.

—Quizá piense que hay algunas faltas en los aparejos del *Dardo* —respondió el viejo marino apretando los labios con aspecto de nobleza ofendida—. ¿Cree acaso que se nos va a escapar largando todas sus velas?

—¿Es que da la impresión de que va a huir? —preguntó Wilder señalando con la mano hacia los mástiles casi desnudos del barco del Corsario—. Todo lo que puede obtener, es la seguridad de que él no comenzará el combate.

—¡Por el cielo!, ¡es un muchacho lleno de sentimientos, y merece elogios por su prudencia! ¡No lanzará a su tripulación de bribones al abordaje ante los cañones de un barco inglés, porque tiene respeto al pabellón de su señor! Escuche, señor Arca, tendremos en cuenta estos hechos cuando se le procese y seamos interrogados. Mande a los nuestros a los cañones, señor, y haga que el barco vire para poner fin a esta fanfarronada, o le veremos pronto enviar una barca con la intención de poder examinar nuestras comisiones.

—Capitán Bignall —dijo Wilder—, puedo atribuirme un poco de mérito por los servicios que he hecho ante sus propios ojos al obedecer sus órdenes. Si mi comportamiento precedente puede permitirme el que me atreva a advertir a un hombre que tiene la experiencia de usted, le diría que esperase un poco.

—¡Esperar! ¿Henry Arca, vacila cuando su deber le obliga a atacar a los enemigos de su rey, los enemigos del género humano?

—Me ha entendido mal, señor. Si vacilo, es para poner a resguardo de todo peligro al pabellón en el cual navegamos, y no con el propósito de evitar el combate. Nuestro enemigo, mi enemigo, sabe que no puede ya esperar otra cosa de mí por la generosidad que me ha demostrado más que unas atenciones si le hacemos prisionero. Lo que le pido, capitán Bignall, es el tiempo necesario para preparar al *Dardo* a un combate en el que necesitará utilizar todas sus fuerzas, y para asegurar una victoria cuyo precio será elevado.

El veterano dio su consentimiento con cierto pesar, y no sin murmurar algunas palabras sobre la vergüenza a la que se exponía un barco de guerra inglés al no presentar en seguida combate al más atrevido pirata que ha circundado los mares, y al no disparar una sola andanada de su artillería. Wilder se ocupó de las cosas que sabía

que eran de la mayor importancia, y de las obligaciones de las que él estaba especialmente encargado, debido a la graduación que ostentaba.

La orden de que se prepararan para el combate fue dada a la tripulación. Por lo demás, había poco que hacer, pues la mayor parte de los preparativos previos estaban hechos desde la primera vez que se vieron los dos barcos. Cuando todo estuvo en orden, el navío se puso en movimiento.

Durante este corto espacio de tiempo, el barco del Corsario se mantuvo a una media milla de distancia; en una situación totalmente estática, no pareciendo prestar ninguna atención a los preparativos de guerra del crucero real. Sin embargo cuando se vio que el *Dardo* cedía a la brisa y aumentaba gradualmente la velocidad de su marcha, y cortaba las olas, levantando pequeñas olas de espuma, la proa del *Delfín* se desvió de la dirección del viento, la vela de gavia fue desplegada, y se puso a su vez en marcha. El *Dardo* enarboló entonces en lo más alto de sus mástiles el gran pabellón que había sido bajado durante la entrevista, y que había ondeado triunfalmente en medio de los riesgos y peligros de mil combates; pero ninguna insignia semejante apareció en el barco de su adversario.

El cielo había estado hasta entonces sin nubes durante todo el día, pero como si pareciera que la naturaleza tuviese horror a los proyectos sanguinarios que se forjaban, una masa de nubes, negras y amenazadoras, unía al océano con el firmamento por el lado opuesto a aquél por donde el viento había estado soplando constantemente. Estas señales bien conocidas, y de malos augurios, no escaparon a la vigilancia de los marinos que gobernaban los dos barcos enemigos.

—Tenemos un huracán que se avecina por el oeste —dijo el prudente y experimentado Bignall a su lugarteniente, haciéndole ver los síntomas enojosos—, pero podemos castigar al pirata y ponerlo todo en orden antes de que la tempestad llegue a nosotros ya que esta brisa le pondrá algún obstáculo.

Wilder hizo un signo de aprobación.

—El Corsario no utiliza ni siquiera sus mástiles más pequeños, —dijo— parece desconfiar bastante del tiempo.

—No seguiremos su ejemplo —dijo Bignall—; y le pesará cuando le tengamos bajo el fuego de nuestra batería. ¡Por nuestro rey Jorge!, tiene un barco que navega bien. Haga desplegar la vela mayor, señor, para que no llegue la noche antes de que estemos junto a ese bribón.

Se ejecutó esta orden, y el *Dardo*, cediendo a un nuevo y poderoso impulso, aumentó su velocidad como un ser vivo que siente temor o esperanza. Había acortado la distancia que le separaba de su enemigo, sin que éste hiciera el menor esfuerzo por impedir que obtuviera una ventaja tan importante. Por el contrario, mientras que el *Dardo* llevaba la misma cantidad de velas, el *Delfín*, no cesaba de disminuir el número de las suyas más elevadas, tratando de aligerar el peso de lo alto de sus grandes mástiles para garantizar mejor la seguridad del casco del navío. Sin embargo Bignall hallaba la distancia que les separaba todavía demasiado considerable para

comenzar el combate, mientras que la facilidad con que avanzaba su enemigo amenazaba retardar demasiado tiempo tan importante momento, o de obligarle a llevar tantas velas, que podrían ser embarazosas cuando se encontrara envuelto en una nube de humo y apurado por las dificultades de un combate.

—Le picaremos su amor propio, señor, ya que usted cree que es un hombre de corazón —dijo Bignall a su fiel ayudante—. Dispárele un cañonazo a sotavento, y déle otra prueba de su señor.

La explosión producida por la pieza de artillería y la vista de otros tres pabellones ingleses que fueron rápidamente enarbolados en diferentes partes del *Dardo*, no parecieron producir la menor sensación a bordo de su enemigo aparentemente insensible. El *Delfín* continuó su rumbo, ya levantándose con gracia para picar el viento, ya apartándose de su ruta para ponerse a favor de él; al igual que se ve a la marsopla cambiar de dirección para respirar la brisa, mientras que juega perezosamente sobre la superficie del mar.

—No se dejará llevar por ninguno de los medios ordinarios de una guerra leal —dijo Wilder.

—Trate de enviarle una bala.

Un cañonazo llevando una bala salió del costado del barco cercano al *Delfín*, que se alejaba cada vez más. Se vio al mensajero de hierro saltar sobre la superficie del océano, pasar suavemente de ola en ola, salpicar el agua del mar sobre el barco enemigo al pasar por encima y caer al agua al otro lado, sin causar ningún destrozo. Otras dos balas siguieron a ésta sin obtener del Corsario ninguna señal, ninguna prueba de atención.

—¿Qué quiere decir esto? —dijo Bignall desesperado en su esperar—. ¿Tiene algún sortilegio su barco, dado que nuestros disparos sirven tan sólo para echar unas gotas de agua sobre su borda? Maestro Fid, ¿no puede usted hacer nada por el honor de estos honrados marinos y por el de este pabellón? Háganos oír a su antigua favorita; recuerdo los tiempos en que sus palabras no se perdían en el aire.

—Sí, sí —respondió el complaciente Richard, que en los cambios repentinos de su suerte se hallaba en ese momento encargado de hacer funcionar una pieza de artillería hacia la que demostraba desde mucho tiempo atrás un cariño especial—; la bauticé con el nombre de mistress Whiffle, Su Honor, porque tan sonora era la voz de una como la de la otra. Póngase de lado, y deje a la charlatana Catalina entrar en la conversación.

Richard, que mientras hablaba de esta forma había apuntado con mucha sangre fría, aproximó con su mano el fuego a la mecha, y con notable destreza hizo lo que él llamó atrevidamente un *camino recto* a través del océano, en la dirección de aquellos que habían sido, hacía poco tiempo, sus compañeros. Como es normal, unos momentos de incertidumbre siguieron a la explosión, y entonces los fragmentos arrancados que se vieron saltar por los aires anunciaron que la bala había atravesado algunas maderas del *Delfín*. El efecto que produjo sobre el navío del Corsario fue

repentino y casi mágico. Una larga franja de lona blanca que había sido extendida con mucho arte desde proa hasta popa desapareció tan rápidamente como un pájaro plegaría sus alas, dejando en su lugar un ancho cinturón de color rojo sangre, cubierto por la artillería del barco. Al mismo tiempo un pabellón del mismo color siniestro se elevó por su popa, y después de ser agitado un instante con aire sombrío y amenazador, fue izado a lo más alto del mástil.

—¡Ahora te reconozco, bribón! —gritó Bignall—. ¡Mire!, se ha desenmascarado, y muestra ese color de sangre por el que ha recibido su nombre. ¡A vuestros cañones, amigos míos!, el pirata comienza a tomar la cosa en serio.

Hablaba todavía cuando una llamarada brilló en toda esa línea roja que era tan apropiada para inspirar el terror a unos marineros supersticiosos, y se oyó a continuación la explosión simultánea de una docena de grandes cañones. Este paso súbito de inatención e indiferencia a un acto de hostilidad tan audaz y preciso, produjo gran impresión en los corazones más valientes que se encontraban a bordo del crucero real. Durante el intervalo momentáneo de la espera, cada uno permaneció inmóvil, prestando la más profunda atención, y se oyó silbar la lluvia de hierro que llegaba por los aires. Poco después el crujido de las maderas atravesadas, los gritos de algunos heridos, el ruido de los maderos arrancados, y los fragmentos de madera y de las cuerdas saltando por los aires, proclamaron con aquella destreza esta descarga fatal que les había sido dirigida. Pero la sorpresa y la confusión que siguieron no duró nada más que un instante. Los ingleses dieron grandes gritos, recuperaron todo su valor, y volviendo en sí, respondieron violentamente a este ataque.

Siguió el cañoneo habitual y regular de un combate naval. Con el propósito de acelerar los acontecimientos para llegar al fin, los dos barcos se aproximaban insensiblemente uno al otro, y al cabo de unos instantes las dos nubes de humo blanco que se elevaban en torno a los mástiles de cada navío no formaron nada más que uno, indicando el lugar solitario de un combate encarnizado, en medio de un paraje de tranquilidad perfecta. Las descargas de artillería eran apasionadas y se sucedían sin interrupción.

El ruido y la agitación de esta escena hicieron pronto hervir en las venas del viejo Bignall esa sangre que la edad empezaba a hacer circular más lentamente.

—El bribón no ha olvidado su oficio —gritó cuando las pruebas de la habilidad de su enemigo se manifestaron evidentemente por las velas deshilachadas, las cuerdas rotas, las vergas dañadas y los mástiles inseguros de su propio barco—. Si tuviera en su poder una misión imposible del rey, se le podría llamar héroe.

—Mire —dijo Wilder—, las velas golpean ya contra los mástiles, como si fueran jirones colgados. Las explosiones de la artillería han abatido el viento.

—¡Escuche! —gritó Bignall cuya experiencia era más consumada—, la artillería del cielo zumba todavía más que la nuestra; la tempestad que esperaba ha llegado. A babor el timón en seguida, señor; a babor el timón, le digo.

Pero, el movimiento lento del barco no respondía a la impaciencia del que daba

esta orden y de aquellos que la ejecutaban, y no se prestaba a la maniobra con la rapidez que exigía la necesidad del momento. No obstante, los marineros que estaban en la batería continuaban su fuego mortal. El ruido de los cañones se oía sin interrupción y era atolondrador, aunque había momentos en que el ruido siniestro del trueno resonaba de tal manera que hacía todo lo demás despreciable. Un rayo vivo y brillante penetró a través de las nubes espesas que rodeaban por encima al barco de forma extraordinaria, seguido de un trueno, después del cual la explosión simultánea de cincuenta cañones no hubiera parecido casi nada.

—¡Llame a los nuestros de las baterías! —gritó Bignall con ese tono retenido en el que la tranquilidad forzada y poco natural producía una profunda impresión—. ¡Llámeles en seguida, señor, y haga que se replieguen las velas!

Wilder, más sorprendido por la súbita llegada y por la evidencia de la tempestad, que por un lenguaje al que estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo, tardó poco en dar una orden que parecía tan urgente.

—¡Apresúrense, compañeros! —gritó Bignall en la situación peligrosa en que se encontraba su barco—; ¡plieguen las velas, pliéguenlas todas; no dejen al viento ni un solo guiñapo! ¡Por el cielo!, ¡señor Wilder, ese viento no es un juego; dé ánimos a los nuestros en el trabajo; hábleles, señor, hábleles!

—¡Plegad las velas! —gritó Wilder—. Si es demasiado tarde cortadlas. Valeos del cuchillo y de los dientes. ¡Bajad todos! ¡Rápido! ¡Bajad! ¡Va en ello la vida!

Había en la voz del lugarteniente algo que a la tripulación le parecía sobrenatural. Este, recientemente había visto una calamidad parecida a la que en esos momentos les amenazaba, por lo que ese recuerdo daba quizás a su voz un acento de horror. Descendieron rápidamente unos veinte marineros a través de una nube de humo tan espesa que parecía que podría cogerse con las manos. Podría decirse que una banda de pájaros volaban para llegar a su nido. La precipitación de ellos no fue sin embargo inútil. Privado de todos sus aparejos, y tambaleándose ya, por lo muy dañados que estaban los mástiles más altos que se encontraban demasiado cargados, cedieron al furor del huracán, cayeron consecutivamente, y no quedaron en pie nada más que los tres mástiles más grandes, pero desnudos y casi inútiles. Casi todos los que estaban subidos en los aparejos bajaron a cubierta con el tiempo suficiente para ponerse a salvo; sin embargo, hubo algunos demasiado obstinados, o todavía demasiado sorprendidos por el combate para oír las advertencias de su lugarteniente. Se vieron a éstos víctimas de su obstinación flotando un instante sobre la superficie de las olas, enganchándose a los trozos rotos de los mástiles, mientras que el *Dardo*, rodeado de una nube de espuma e impulsado por un viento impetuoso, se fue alejando con una rapidez que le hizo perder de vista pronto a estos individuos y a sus miserias.

Afortunadamente la lucha con los elementos fue de corta duración. Las olas del huracán les llevaron muy lejos, dejando a los vientos alisios reemprender su rumbo ordinario; y como la influencia de estos vientos combatía el impulso dado a las olas por el huracán, el mar parecía entonces más tranquilo que agitado.



Pero en tanto que un peligro desaparecía a lo lejos de los marinos del *Dardo*, otro, que no era menos terrible, atraía profundamente su atención. El barco del Corsario había desplegado ya varias de sus grandes velas; y como el retorno de la brisa le daba la ventaja del viento, su acercamiento era rápido e inevitable.

—¡Por el cielo!, señor Arca, toda la suerte es para los bribones hoy día —dijo el veterano cuando se dio cuenta de las maniobras del *Delfín* para reanudar, probablemente, el ataque—. Vuelva a enviar a los nuestros a las baterías, señor, y que preparen sus cañones, pues seguramente tendremos que vérnosla con esos bribones nuevamente.

—¡Fuego!, ¡compañeros, fuego! ¡Sacad a esos miserables de sus baterías! ¡Hacedles saber que es peligroso aproximarse a un león, incluso cuando está herido!

Una nueva descarga salió al mismo tiempo del *Dardo*, para hacer olvidar al Corsario las intenciones optimistas que pudiera haber concebido. El *Delfín* recibió esta lluvia de hierro mientras avanzaba, y desvió hábilmente su rumbo, para impedir que se repitiera. Fue a colocarse a continuación frente a la proa del crucero del rey, casi indefenso, y se oyó sobre su borda una voz ronca ordenar al comandante del *Dardo* que bajasen el pabellón.

—¡Venid, malvados!, ¡venid! —gritó Bignall inflamado de cólera: ¡que vuestras propias manos traten de realizar esa orden!

El barco lleno de gracias, como si hubiera sido sensible al sarcasmo del enemigo, picó el viento todavía más, y soltó una andanada hacia la popa del *Dardo*, con fuego graneado, y con una destreza tranquila y fatal, contra la parte menos defendida de este barco. Se oyó al mismo tiempo un crujido parecido al que produce el choque de dos cuerpos pesados, y se vio a unos cincuenta rostros bárbaros entrar en la escena de la matanza con las armas necesarias para un combate cuerpo a cuerpo. El impacto de una andanada disparada tan de cerca, y con efecto tan fatal, paralizó por un momento los trabajos de los defensores del *Dardo*; pero cuando Bignall y su lugarteniente vieron los sombríos rostros salir del humo en su propia cubierta, llamaron a los suyos que no habían perdido en absoluto sus fuerzas; a la cabeza de un pequeño grupo, se precipitaron por los dos lados de la galería para detener el torrente que se les echaba encima. El primer encuentro fue terrible y mortal, y los dos bandos retrocedieron algunos pasos para esperar refuerzos y tomar aliento.

—¡Venid, bandidos!, ¡venid, asesinos! —gritó el intrépido veterano que estaba a la cabeza de su pequeño grupo, y que se distinguía por los cabellos canosos que flotaban sobre su cabeza desnuda—; ¡malvados, habéis de saber que el cielo está de parte de la justicia!

Los piratas que tenía en frente, hicieron un movimiento repentino y se entreabrieron. Se vio entonces salir una llamarada de los costados del *Delfín*, llevando en su centro un centenar de instrumentos mortales que pasaron a través de una parte vacía. Bignall blandía también la espada sobre su cabeza con furor, y se le oyó gritar hasta que la voz murió en su garganta:

—¡Adelante!, ¡miserables, venid! ¡Henry! ¡Henry! ¡Oh Dios!

Cayó como un árbol que se corta, y, murió, sin saber cómo terminaría esta misión para la que había trabajado durante toda una vida pasada entre fatigas y peligros. Hasta entonces, Wilder mantuvo su posición sobre el puente aunque sitiado por un grupo tan intrépido y tan osado como el suyo; pero en este momento de tan terrible confusión, se oyó elevarse en la pelea una voz que hizo vibrar todos sus nervios, y que pareció incluso ejercer su poderosa influencia en el espíritu de los defensores del *Dardo*.

—¡Sitio!, ¡hacedme sitio! —gritaba con voz sonora, retumbante y llena de autoridad—; dejadme pasar, y seguidme: ninguna otra mano que no sea la mía bajará ese orgulloso pabellón.

—¡Valor!, ¡amigos míos, manteneos firmes! —gritó Wilder por su parte. Los gritos, los juramentos, las imprecaciones y los gemidos formaban el acompañamiento de este terrible combate, que se libraba con demasiada violencia para que pudiese durar mucho tiempo. Wilder vio con desesperación que su gente no podría resistir al número y la impetuosidad de los asaltantes, pero no cesó ni un momento de animarlos con su voz y de estimularlos con su ejemplo.

Vio caer a sus pies, uno tras otro, gran número de los que combatían con él, y se encontró finalmente rechazado hasta el extremo opuesto del puente. Allí, reunió a un pequeño grupo que atacó varias veces en vano.

—¡Ah! —gritó una voz que reconoció—, ¡muerte a todos los traidores! ¡Abríos paso entre ellos, mis valientes!, ¡ensartarle como si fuera un perro! ¡Arrojad una alabarda al héroe que le atraviese el corazón!

—¡Cállese, charlatán! —replicó la voz firme del valiente Richard—; aquí tiene a un blanco y a un negro a su servicio, si tiene necesidad de un asador.

—¡Otros dos de la misma banda! —prosiguió el general levantando su sable para dar al que hablaba un sablazo que hubiera terminado con sus días.

Un cuerpo negro y medio desnudo, avanzó para recibir la hoja que descendía, y que cayó sobre el mango de una lanza, a la que cortó como si hubiera sido una caña. Aunque se encontró sin defensa, Escipión no se asustó; se abrió paso para llegar ante Wilder, y con el cuerpo desnudo hasta la cintura, combatió sin otra arma que sus brazos nervudos, menospreciando los golpes de toda clase con su cuerpo atlético sin defensa.

—¡Duro, Guinea! —gritó Fid, golpeando a derecha y a izquierda—; aquí hay alguien que te ayudará, cuando haga tragar su ponche a ese borracho soldado de marina.

Las exhibiciones y la ciencia del desgraciado general no le valieron en ese momento para nada contra un sablazo de Richard que, cayendo sobre su armadura defensiva, atravesó su casco y le rajó la cabeza hasta la mandíbula.

—¡Atrás, asesinos! —gritó Wilder que vio cómo abundantes golpes se dirigían hacia el cuerpo indefenso del negro que continuaba combatiendo— ¡atacad hacia este

lado, y no atacéis a un hombre desarmado!

La vista de nuestro aventurero se nubló cuando vio caer al negro, arrastrando en su caída a dos de los que le atacaban; y en ese momento una voz tan fuerte como la emoción que le podía causar tal escena gritó casi a su oído.

—¡El combate ha terminado! Cualquiera que dé un golpe más será mi enemigo.

## Capítulo treinta

El huracán que amenazó con hacer desaparecer el barco no fue más terrible ni más imprevisto que los hechos que acabamos de relatar; y el riente aspecto del cielo tranquilo y del brillante sol de las Caribes, producía un contraste extraño con los horrores que siguieron al combate. El momento de confusión ocasionado por la caída de Escipión cesó pronto, y Wilder pudo contemplar los nobles restos del *Dardo* tan mutilado, y sus cadáveres esparcidos, triste resultado de la horrorosa lucha que había tenido lugar.

A unos pasos de donde se hallaba Wilder, estaba de pie el Corsario, inmóvil. Fue a la segunda mirada, cuando notó su presencia con el casco que utilizaba para el abordaje del cual ya hemos hablado y que le daba un aspecto insociable a sus rasgos generalmente dulces y tranquilos. Paseando sus miradas sobre esta tilla en la que todo respiraba el orgullo del triunfo, Wilder apenas tuvo tiempo de imaginarse que el Corsario se había crecido repentinamente, de forma tan rápida como inexplicable. Una mano apoyada sobre el puño de un *yatagán* en el que las gotas rojizas que cubrían la hoja curva atestiguaban que había prestado funestos servicios en la pelea, en tanto que su pie estaba colocado, y parecía pisar con fuerza sobrenatural, sobre ese emblema nacional que tuvo el bárbaro placer de derribar por sí mismo. Cerca de él, y casi debajo de su brazo, estaba Roderick, inclinado, sin armas, con la ropa llena de sangre, la mirada fija y huraña, y la cara pálida al igual que los que habían perecido en el combate.

Se veían por aquí y por allá a los prisioneros heridos, tristes pero no abatidos, mientras que gran número de sus enemigos, apenas menos desgraciados, estaban tendidos sobre su sangre en el puente, con una expresión de ferocidad en sus rostros que indicaba claramente que en sus sufrimientos tan sólo tenían un pensamiento, el de la venganza. Aquéllos de ambas partes que no habían recibido ninguna herida o que las que tenían eran leves, se ocupaban en lo que más les interesaba, unos saqueando, otros ocultándose.

Pero tal era la disciplina establecida por el jefe de los piratas, tal era el respeto por su poder absoluto, que ni una sola gota de sangre había sido derramada, ni un golpe había sido dado después del momento en que su retumbante voz se oyó. Sin embargo, había suficientes muertos para saciar sus ávidos deseos, en el caso de que no hubieran tenido nada más que sed de sangre. Wilder experimentaba agudos dolores a medida que los rostros inanimados de un amigo querido o de un fiel servidor se presentaban a su vista; pero el golpe más sensible lo recibió cuando sus ojos se posaron sobre el rostro siempre severo y amenazador de su viejo comandante.

—Capitán Heidegger —dijo esforzándose por mostrar la seguridad que necesitaba en un momento semejante—, la suerte ha estado de su parte: solicito la gracia para los que sobrevivan.

—Y la gracia será concedida para los que la merezcan: quisiera que todos

podrían hallarse comprendidos en esta promesa.

La voz del Corsario era solemne, y parecía expresarse con ella mejor que con el sentido literal de las palabras. Wilder hubiera podido reflexionar mucho tiempo sobre esta respuesta equívoca sin llegar a comprenderla, si la proximidad de parte de la tripulación enemiga, en la que reconoció al momento a los amotinados que más habían destacado en la rebelión de la que fue víctima a bordo del *Delfín*, no le hubiese explicado tal vez demasiado claramente lo que su jefe había querido dar a entender.

—¡Reclamamos la ejecución de nuestros antiguos compañeros!, —dijo el jefe del grupo dirigiéndose a su capitán con un tono fiero y decidido que no sólo el ardor del combate podía explicar, sino excusar totalmente.

—¿Qué queréis?

—¡La vida de los traidores! —fue la lúgubre respuesta.

—Conocéis los reglamentos de nuestra profesión. Si están en nuestro poder, que sufran su suerte. Os comprendo. ¡Así sea, están a vuestra merced!

A pesar de los horrores de lo que acababa de ocurrir, a pesar del estado de exaltación y de efervescencia que había mantenido durante el combate, el tono grave y solemne con que su juicio pronunció una sentencia que le llevaba a una muerte violenta e ignominiosa, hizo temblar a nuestro aventurero hasta el extremo de volverle casi insensible. Toda su sangre se heló en sus venas, y la impresión que notó trastornó su razón; pero esto fue cosa de un segundo, y pasada la sacudida, se mostró tan orgulloso, tan intrépido como nunca, no dejando que se le escapase ningún síntoma de debilidad que las miradas de los hombres pudiesen descubrir.

—Para mí no pido nada —dijo con admirable firmeza—; sé que sus leyes, esas leyes que ha hecho usted mismo, me condenan a un terrible fin; pero para mis compañeros que han obrado por ignorancia, y que su único delito ha sido que me han permanecido fieles, pido, ¿qué digo?, imploro su perdón: ellos no sabían lo que hacían, y...

—¡Hable a esos hombres! —dijo el Corsario señalando con el dedo sin mirar hacia el grupo insociable que le rodeaba—. Ellos son vuestros jueces; es a ellos a quienes ha de hablar.

Un malestar violento y casi insuperable se manifestó en los modales de Wilder; pero sobreponiéndose a sí mismo, se dominó, y dirigiéndose hacia la tripulación:

—¡Pues bien! —dijo—, recurriré incluso a ellos. Sois hombres, sois marinos...

—¡Abajo! —gritó la voz ronca de Nightingale—. ¡Quiere echarnos un sermón!, ¡que sea colgado de una verga!

El sonido prolongado y sonoro del silbato que el inexorable contramaestre hizo oír por burla, como para llamar a la tripulación al trabajo, fue seguido de prolongados gritos, y más de veinte voces en las que se confundían los acentos de tantos pueblos diferentes, todas en discordancia, repitieron al mismo tiempo:

—¡Abajo!, ¡abajo!, ¡los tres a la verga!

—¡Un pabellón amarillo en señal de castigo! —gritó el capitán vengativo del castillo de proa—; ¡que ese valiente señor salga para su última expedición bajo la bandera que merece!

Afortunadamente nuevos gritos que se oyeron por una de las escotillas suspendieron la ejecución.

—¡Un religioso!, ¡un religioso! —gritaba otra partida de miserables—, les va a rezar sus plegarias antes de que comiencen la danza.

La grosera risa con que los piratas acogieron esta ocurrencia fue reprimida tan repentinamente como si a los que hablaban con tanta impiedad les hubiera respondido desde lo alto de su trono de misericordia, una voz sonora y amenazadora que pronunció entre ellos las siguientes palabras:

—¡Por el cielo!, ¡si una mirada, un gesto demasiado injurioso se le hace a un prisionero en este barco, el culpable tendrá que afrontar mi cólera! Alejaos, os lo ordeno, haced paso al capellán.

Las manos que fueron atrevidamente levantadas bajaron al instante, las bocas profanas se cerraron, dejando al santo ministro, objeto de sus burlas y de sus injurias, aproximarse lentamente al funesto lugar.

—Veamos —dijo el Corsario con voz más tranquila, pero siempre imperiosa—; usted es ministro de Dios, y su obligación es la caridad: si tiene consuelos que puedan mitigar los últimos momentos de sus semejantes, prodigúeselos a éstos.

—¿Qué crimen han cometido? —preguntó el pastor cuando le dejaron hablar.

—¿Qué importa? Le basta con saber que les ha llegado su hora.

—¿Su suerte es irrevocable?

—¡Sí!

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó una voz suave, que, al golpear el oído del Corsario, pareció producir un escalofrío mortal hasta en lo más profundo de su ser. Pero este temblor de debilidad cesó con la sorpresa que le ocasionó, y respondió con calma y casi al mismo instante:

—¡La ley!

—¡La ley! —repitió la institutriz—. ¿Cómo aquellos que lo trastornan todo, que menosprecian todas las instituciones de los hombres, pueden hablar de ley? Diga, si quiere, que es una implacable, una terrible venganza, pero no profane el buen nombre de la ley. Me asombro por lo que me atrae: se me ha hablado del horrible espectáculo que se prepara y vengo a ofrecerle el rescate de los culpables. Fíjelo usted mismo; que sea digno del que rescatamos. Un padre agradecido daría con agrado toda su fortuna si con ello salva a su hijo.

—Si el oro puede rescatar su vida —interrumpió el Corsario con la rapidez del pensamiento—, aquí hay un montón y dispuesto para entregarlo. ¿Qué dicen mis gentes?, ¿quieren aceptar un rescate?

Una corta pausa siguió; después un murmullo bajo y siniestro se elevó en la multitud, indicando el disgusto que se experimentaba a renunciar a la venganza. El

Corsario dirigió una mirada despectiva a los rostros atroces que le rodeaban, sus labios se apretaron fuertemente, pero como si desdeñara interponerse por más tiempo, no dijo nada; después se volvió hacia el pastor, y dijo con la sangre fría asombrosa que le caracterizaba:

—No olvide sus santas funciones: el tiempo es precioso.

Cuando dijo estas palabras, se puso aparte, imitando a la institutriz que bajó su velo para no ver un espectáculo tan indignante, entonces Wilder le dirigió la palabra:

—Le agradezco en lo más profundo de mi ser lo que ha intentado hacer por mí —le dijo—; pero si quiere que nada perturbe mis últimos instantes de vida, hágame una promesa solemne antes de morir.

—¿Cuál?

—Prométame que las personas que llegaron conmigo a su barco puedan abandonarlo sin que se les haga ningún daño.

—Promételo, Walter —dijo una voz solemne en medio de la multitud.

—Lo prometo.

—No pido nada más. Ahora, digno ministro del cielo, cumpla con los deberes de su sagrado ministerio con mis compañeros. La ignorancia de ellos necesita de sus cuidados. En cuanto a mí, abandono este mundo tranquilo con el más vivo agradecimiento al Ser que, como espero humildemente, me llama para una vida mil veces más preciosa, mi ceguera será voluntaria y mi muerte sin remisión. Pero esos desgraciados hallarán algún consuelo en las plegarias que usted haga por ellos.

En medio de un profundo silencio, casi sorprendente, el capellán se aproximó a los dos marineros. La poca importancia que se les dio hasta entonces era debida a que no habían sido observados durante la mayor parte de los acontecimientos precedentes, y cambios materiales se habían efectuado, sin que se les prestara atención, en sus respectivas posiciones. Fid estaba sentado en el puente, con el cuello desabrochado, y rodeado por la cuerda fatal, sostenía la cabeza del negro casi insensible que puso sobre sus rodillas con ternura y cuidado muy especiales.

—Este hombre por lo menos engañará la malicia de sus enemigos —dijo el pastor cogiendo la mano áspera del negro entre las suyas—. Su fin está próximo. ¿He de ofrecer una plegaria para la salvación de su alma que se va a marchar?

—Yo no sé, yo no sé —respondió Fid, tragándose sus palabras y pronunciando un «¡jem!» sonoro y vigoroso, como en los mejores días de su juventud—. Cuando le queda tan poco tiempo a un pobre diablo para decir lo que encierra en su corazón, lo mejor es seguramente dejarle hablar, si le es posible. Podría recordar alguna cosa que sería fácil de decir a sus amigos de África; en ese caso habría que buscar al mensajero apropiado. ¡Ah!, ¿qué deseas, mi valiente?, si quieres puedes exponer algunos de tus pensamientos.

—Maestro Fid, tomar el collar —dijo el negro esforzándose por articular las palabras.

—Sí, sí, —dijo Richard aclarándose nuevamente la garganta, y mirando

fieramente a derecha y a izquierda, como si buscara algún objeto con el que pudiera realizar su venganza—. Sí, sí, Guinea, puedes estar tranquilo sobre ese particular, y, además, también por todas las otras cosas.

El negro se esforzaba inútilmente para levantarse, y su mano buscaba la de su compañero, mientras que decía:

—¡Señor Fid pedir perdón para pobre negro! Señor del cielo perdonar todo, señor Richard; no pensar en nada más.

—Si es como dices, eso será lo que yo llamo una cosa maravillosamente generosa —respondió Richard cuya conciencia y sentimientos se hallaban agitados de forma que no era corriente en él—. Está el asunto de haberme sacado tan valientemente del fondo del agua, que jamás ha sido tratado por nosotros; y un montón de otros pequeños servicios por el mismo estilo, mira, no me molesta el agradecértelo durante el tiempo que nos quede de vida todavía. ¿Pues, quién sabe si nuestros nombres estarán escritos en los registros del mismo barco?

Una débil señal que su compañero trató de hacer, fue la causa de que el viejo marino se detuviera para tratar de entenderle mejor. Gracias al conocimiento que tenía del carácter del individuo, parecía que le entendía sin dificultad, pues añadió casi repentinamente, como si le respondiera:

—¡Está bien!, ¡está bien!, es posible que lo estén. Supongo que en el cielo colocan a la gente poco más o menos en el mismo orden en que se encuentran aquí abajo; de tal manera, que si esto es así, podríamos hablarnos uno a otro con la bocina. Nuestro orden de partida está señalado para los dos, aunque parezca que tú te debes largar antes de que esos bribones estén dispuestos a izarme a lo alto, y que por consiguiente tendrás sobre mí la ventaja del viento. No diré gran cosa sobre las señales que tendremos que hacer para reconocernos, creo que estoy bien seguro de que no se olvidará señor Harry, a causa de la pequeña ventaja que tenga por partir el primero; y como estoy totalmente decidido a seguir tan cerca como sea posible su estela, tendré la doble ventaja de saber que estoy en el buen camino, y de encontrarle...

—¡Silencio! —dijo Wilder—, el negro quiere hablarme. Escipión había vuelto los ojos hacia su oficial, y hacía de nuevo un débil esfuerzo para extender la mano. Wilder le acercó la suya, el negro la llevó a sus labios, después se puso rígido y por un movimiento convulsivo, ese brazo de Hércules que utilizó tan recientemente y con tan buenos resultados para la defensa de su patrón, pronto cayó pesadamente, aunque su mirada buscaba aún el rostro del que él había amado durante tanto tiempo, y que, en medio de todos sus sufrimientos, no le había negado nunca una mirada de afecto o de compasión. Apagados murmullos siguieron a esta escena, después lamentos menos disimulados, hasta que varios expresaron en voz alta su disgusto por que se aplazaba la venganza tanto tiempo.

—Es menester acabar con ellos —gritó una voz de malvado presagio—. ¡Al mar el cadáver, y a la verga con el que aún está vivo!



—Ciertamente —gritó Fid con voz tan enérgica como la más audaz de aquella multitud en esos momentos—; ¿quién se atrevería a arrojar un marino al mar antes de que sean cerrados sus ojos, cuando sus últimas palabras aún resuenan en los oídos de sus compañeros? ¡Ah! ¡Creéis sujetarnos tan fácilmente, sois unos torpes desmañados! ¡Tomad, esto para vuestros nudos y para vuestras cuerdas al mismo tiempo!

Y diciendo estas palabras, el viejo marinero reuniendo todas sus fuerzas, rompió aquello con que le habían atado los brazos, y apretó el cuerpo del negro contra el suyo con tanta rapidez y agilidad que sus palabras no pudieron ser interrumpidas.

—Y ahora lanzad la cuerda, y dad gracias al cielo de que las personas honradas están ocupando el lugar que vosotros deberíais ocupar, ¡que sois unos bribones!

—¡Acabemos con él! —gritó Nightingale acompañando su voz con un agudo silbido—; ¡que tomen el pasaporte para la otra vida!

—¡Deteneos! —gritó el capellán cogiendo afortunadamente la cuerda antes de que ésta hubiese realizado su fatal misión—; cualquiera de los más endurecidos de vosotros puede necesitar algún día también implorar el perdón, acordaos por un momento. ¿Qué quieren decir esas palabras?, ¿no me engañan mis ojos? *Arca de Lynn-Haven*.

—Sí, sí —dijo Richard aflojándose un poco la cuerda a fin de hablar más libremente, llevando de su caja a la boca lo que le quedaba de tabaco de mascar, y añadió—: usted que es un sabio consumado, no es extraño que lo haya averiguado tan fácilmente, aunque están escritas por una mano que no es muy versada en la escritura.

—Pero ¿a qué vienen esas palabras?, ¿y por qué han sido escritas de esa manera con signos indelebles en su piel? ¡Paciencia, hombres!, ¡monstruos!, ¡diablos!, ¿queréis arrebatar a un hombre que va a morir incluso un minuto de ese tiempo precioso que nos es tan valioso a todos, en el momento que nos van a quitar la vida?

—¡Conceded un minuto! —dijo una sorda voz por detrás.

—¿A qué vienen esas palabras?, le pregunto, —repitió el capellán.

—No es ni más ni menos que la forma en que fue puesto en el diario un acontecimiento que ahora no viene al caso, puesto que aquéllos a quienes concierne principalmente van a partir para su último viaje. El negro habló del collar; porque entonces pensaba que tal vez yo podría permanecer en el puerto, mientras él navegaba entre el cielo y la tierra, para buscar afanosamente su último fondeadero.

—¿Qué debo pensar? —gritó la voz temblorosa y ahogada de mistress Wyllys—. ¡Oh Merton!, ¿por qué esas preguntas?, ¿mi desesperación era pues profética?, ¿da a conocer la naturaleza tan misteriosamente sus derechos?

—¡Tranquilícese, mi querida señora!, tengamos cuidado para no dejarnos confiar en simples apariencias. *Arca de Lynn-Haven* era el nombre de una propiedad en las islas perteneciente a uno de mis mejores amigos, y fue allí donde recibí y llevé a bordo de un barco el precioso depósito que usted misma confió a mis cuidados, pero...

—¡Hable! —gritó la dama corriendo hacia Wilder con una especie de frenesí; y aflojando la cuerda que poco antes fue apretada alrededor de su cuello, la desató con destreza casi sobrenatural—. ¿Era ése el nombre de algún barco?

—¡De un barco! No, ciertamente. ¿Pero por qué esos temores, esas esperanzas?

—¡El collar!, ¡el collar!, ¿qué me dice del collar?

—¡Oh!, eso no puede servir de gran cosa por el momento, —respondió Fid, que seguía con mucho valor el ejemplo de Wilder, y aprovechando que sus brazos estaban libres para quitarse la cuerda que le molestaba la respiración, sin prestar atención al movimiento que varios de sus verdugos hicieron para impedirlo, pero que fueron contenidos por una mirada de su jefe—, empezaré por deshacerme de esta cuerda, porque no es ni seguro ni decente para un ignorante como yo embarcarse en un mar desconocido ante su oficial. El collar no es más valioso que el de un perro, y pueden verlo en el brazo de Guinea, era guardado por un hombre del que difícilmente podría pensarse que lo tuviera.

—Lea —dijo la institutriz cuyos ojos se cubrían por una nube de lágrimas—, lea —añadió mostrándole con mano temblorosa al capellán la inscripción que había marcada en la placa.

—¡Dios santo!, ¡qué veo! ¡*Neptuno, pertenece a Pablo de Lacey!*

Un grito agudo escapó de los labios de la institutriz; sus manos se elevaron un instante hacia el cielo, como para dirigir a él el tributo de agradecimiento que oprimía su corazón; después volviendo en sí, apretó cariñosamente a Wilder contra su pecho, mientras que gritaba con el sentimiento irresistible de la naturaleza:

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío!, ¡no queráis, no os atreváis a arrancar de una madre tanto tiempo desgraciada a su único hijo. Devolvedme a mi hijo, mi noble hijo!, y cansaré al cielo con mis oraciones por vosotros. Sois valientes, no podréis permanecer sordos a la voz de la piedad. Sois unos hombres que siempre habéis vivido en presencia de la majestad de Dios, y es imposible que no veáis aquí su mano. Dadme a mi hijo, y os daré todo lo demás. Es de una familia que se ha hecho célebre en los mares, y no habrá ni un solo marino que no se interese por él. La viuda de Lacey, la hija de..., implora vuestra piedad. ¡La sangre corre en sus venas, y no la derramaréis! Una madre se inclina ante vosotros en el polvo para pedir os la gracia de su hijo. ¡Oh!, ¡entregadme a mi hijo!, ¡mi hijo!

Cuando las últimas palabras de la que suplicaba se disiparon en los aires, reinó en el barco un silencio que se hubiera podido comparar con la calma religiosa que se apodera del alma del pecador cuando ésta se abre a mejores sentimientos. Los huraños piratas se miraron unos a otros indecisos, la naturaleza se manifestaba hasta en sus rasgos duros e insensibles. Sin embargo, el deseo de venganza estaba demasiado fuertemente arraigado en sus corazones como para desaparecer a las primeras palabras, y el resultado hubiese sido dudoso, si un hombre no hubiera dicho en medio de ellos, que nunca había dado una orden inútilmente, y que sabía calmar o excitar el furor de ellos a voluntad. Durante medio minuto miró a su alrededor, el

círculo se ensanchaba cada vez más ante una mirada que tenía una expresión como nunca habían visto aquellos que estaban bajo sus órdenes. Sus rasgos eran tan pálidos como los de la desesperada madre. Tres veces sus labios se abrieron sin que saliera ninguna palabra de su boca. Finalmente la multitud atenta y sin apenas resollar, oyó una voz en la que al tono del comandante se mezclaba una profunda emoción.

—¡Dispersaos! —dijo haciendo con la mano un gesto que no daba lugar a dudas —; conocéis mi justicia, pero sabéis también que quiero ser obedecido. ¡Mañana conoceréis mi voluntad!

## Capítulo treinta y uno

El día siguiente llegó y trajo consigo un espectáculo muy diferente a aquellos que hemos descrito. El *Delfín* y el *Dardo* navegaban juntos, verga con verga, el *Dardo* llevaba nuevamente el pabellón de Inglaterra, mientras que el *Delfín* no portaba ninguno. Las averías causadas por el huracán y por el combate fueron reparadas lo suficientemente bien para que los dos barcos pudiesen parecer, a ojos de cualquiera, igualmente dispuestos a afrontar los peligros del océano o los de la guerra. Un largo surco azul de nubes que se hallaban al norte, anunciaban la proximidad de la tierra; y tres o cuatro pequeños barcos costeros del país que navegaban a poca distancia atestiguaban que no había nada hostil en los proyectos actuales de los piratas.

¿Cuáles eran esos proyectos? Eran aún un secreto oculto en el pecho del Corsario. La duda, la sorpresa, la desconfianza reinaban alternativamente no sólo en los prisioneros, sino también en los hombres de su tripulación. Durante la interminable noche que siguió a los acontecimientos de la importante jornada que acababa de transcurrir, se le había visto caminar por la popa en profundo silencio.

Las únicas palabras que había dicho fueron para dirigir los movimientos del barco y cuando alguien se atrevía con otro motivo a aproximarse a él, un gesto, al que nadie se arriesgaba a desobedecer, le hacía ver la soledad que deseaba tener. Una o dos veces el joven Roderick se le acercó; pero hacía tan poco ruido, retenía con tanto cuidado su respiración, que se hubiera podido creer que era el ángel de la guarda que vigilaba a su protegido.

Sin embargo, cuando el sol salió brillando y radiante del seno de las aguas de Oriente, se dio un cañonazo para llamar a un barco costero y atraerlo hacia el *Delfín*; y entonces todo hizo creer que el telón iba a levantarse para la última escena del drama.

Situada la tripulación sobre el puente, el Corsario, estando junto a él en la popa los principales de sus prisioneros, habló a los suyos en estos términos:

—Hemos corrido la misma suerte durante muchos años, y estamos desde entonces sujetos a las mismas leyes. Si he sido presto para castigar, también he estado siempre dispuesto a obedecer. No me podéis acusar de injusto. Pero el pacto se deshace por la presente; tomo mi palabra y os devuelvo la vuestra. ¡Ni una palabra!, ¡ni un murmullo! Nuestra asociación cesa y nuestras leyes quedan derogadas para siempre. Esas eran nuestras condiciones. Os doy vuestra libertad, y lo que pido a cambio es poca cosa. Para que no os quejéis, os dejo mis tesoros. ¡Mirad —añadió—, mirad!, todo esto era mío; ahora es vuestro. Estas riquezas serán llevadas a bordo de ese barco costero; allí lo repartiréis entre vosotros como creáis conveniente; yo os hago los dueños. Iros, la tierra está próxima. Dispersaos, por vuestro propio interés. No lo dudéis; pues sin mí, vosotros bien sabéis que ese crucero real os haría prisioneros. El barco, por lo tanto, me pertenece; por todo lo restante, no os pido más que a todos estos prisioneros como parte que me corresponde. ¡Adiós!

Un mudo estupor siguió a estas inesperadas palabras. Durante un momento hubo disposiciones a la rebelión; pero el Corsario había tomado muy bien sus precauciones para que le fuera posible resistir esos conatos. El *Dardo* estaba de costado junto a su barco, todos los cañones en sus puestos y con la mecha preparada. Sorprendidos, no estando preparados, sin jefe que les condujera, toda oposición hubiera sido una locura. Apenas volvieron en sí de su asombro, cada uno de los piratas corrió a reunir sus efectos personales para transportarlos a bordo del barco costero. Cuando todos, a excepción de la tripulación de una chalupa, abandonaron el *Delfín*, el oro que les había sido prometido les fue enviado, y entonces el barco atestado de oro se alejó precipitadamente para buscar el abrigo de alguna ensenada oculta. Mientras duró todo esto, el Corsario guardó un silencio de muerte. Se volvió después hacia Wilder, y haciendo un esfuerzo para dominar sus sentimientos, le dijo:

—Ahora es preciso que nos separemos. Recomiendo mis heridos a sus cuidados; tienen necesidad de sus médicos. Sé que usted no abusará de mi confianza.

—Mi palabra es la garantía de ellos —respondió el joven de Lacey.

—Le creo. Señora —añadió aproximándose a la de más edad de las dos damas con una mezcla singular de amistad e incertidumbre—, si un hombre proscrito y culpable puede aún dirigirle la palabra, concédame un favor.

—¿Cuál?, una madre no puede negarle nada al que perdona a su hijo.

—¡Pues bien!, ¡cuando ruegue al cielo por su hijo, no olvide que hay otro a quien esas oraciones le pueden ser igualmente muy útiles! Eso es todo. ¡Ahora, tenemos que separarnos! La barca les espera.

Wilder llevó rápidamente a su madre y a Gertrudis a la barquichuela; pero permaneció en cubierta.

—¿Y usted, —dijo al Corsario—, qué hará?

—Seré pronto... olvidado. ¡Adiós!

El Corsario le hizo muestra de retirarse, y el muchacho después de apretar su mano, subió a la barca.

Cuando Wilder se halló nuevamente en su barco, al morir Bignall él era el comandante, rápidamente dio la orden de desplegar las velas y de dirigirse al puerto más cercano de su país. Mientras que fue posible distinguir los movimientos del hombre que se quedaba en el *Delfín*, ninguno pudo apartarse del barco que permanecía siempre inmóvil en el mismo lugar, al igual que si hubiera sido puesto en ese lugar por algún hada como modelo perfecto de construcción. Una figura humana caminaba ligeramente sobre la popa, y cerca de ella se veía otra que parecía como la sombra comprimida de la primera. Finalmente, la distancia hizo desaparecer estas imágenes indistintas, y la vista trató de ver en vano, lo que pasaba en el interior del barco.

Pero las dudas desaparecieron pronto; una llamarada salió de repente de la cubierta, avanzando ferozmente de vela en vela. Una espesa nube de humo salió de los costados del barco, después se oyó el ruido terrible de los cañones. Entonces

sucedió el espectáculo horrible, y sin embargo atractivo, de un barco que ardía en plena mar. Todo terminó con una capa de humo que se elevó majestuosamente hacia el cielo, y con una explosión, que a pesar de lo lejos que había tenido lugar, hizo temblar las velas del *Dardo*, al igual que si los constantes vientos alisios abandonasen su dirección eterna.

Cuando la nube desapareció del océano, no se vio sobre el agua más que un espacio vacío, y nadie hubiera podido decir el lugar en que esa obra de arte había estado flotando tan recientemente. Algunos marineros encaramados en lo alto de los mástiles, y valiéndose de anteojos, creyeron distinguir una especie de mancha sobre el agua; pero si era una chalupa, eso nunca podré saberlo.

A partir de ese momento la historia del temible Corsario Rojo se perdió gradualmente entre los incidentes más recientes de esos mares tan fecundos en recuerdos; pero mucho tiempo después, los marineros, para abreviar las largas guardias de la noche, contaban empresas todavía de una audacia increíble que decían haber sido realizadas bajo sus auspicios. El rumor público no dejaba de adornarlas y desfigurarlas, hasta que el carácter e incluso el nombre del Corsario fueron confundidos con los de los autores de atrocidades semejantes.

Se hablaba también de cosas de interés más noble y más relevante en el continente occidental, muy propias para borrar el recuerdo de una leyenda que a los ojos de muchas personas pasaba por rara e improbable. Las colonias de América septentrional se habían levantado contra la metrópoli, y después de una larga guerra, la cuestión se iba a decidir a favor de ellas. Newport, donde ocurrió el primer incidente de este relato, había sido ocupado sucesivamente por las tropas del rey y por las de aquel monarca que envió lo más escogido de sus caballeros para tratar de despojar a su rival de sus vastos dominios.

Este hermoso puerto recibió flotas enemigas, y las apacibles casas de campo lo habían celebrado frecuentemente con los gritos de alegría de los jóvenes oficiales. Más de veinte años transcurrieron después de los acontecimientos que hemos relatado en este volumen cuando Newport celebró un día más de fiesta y de nuevos regocijos. Las fuerzas combinadas de los aliados obligaron al jefe más atrevido de las tropas inglesas a rendirse, él y su ejército. Se creyó que la lucha había terminado, y los dignos habitantes, siguiendo sus costumbres, manifestaron su alegría con las demostraciones más palpables. Sin embargo las celebraciones cesaron con el día, y cuando empezó a anochecer, el pequeño pueblo volvió a tomar su tranquilidad provinciana. Una hermosa fragata que estaba en el mismo lugar que estuvo por primera vez la del Corsario, había bajado ya las numerosas banderas con las que adornó sus mástiles para celebrar la fiesta. Un pabellón de colores diversos y llevando una constelación de estrellas nuevas y resplandecientes, ondeaba en lo más alto de sus mástiles. Precisamente en ese momento, otro crucero, pero mucho más pequeño, entró en la rada, llevando también los colores de los nuevos Estados. Con la marea en contra, y cediendo a la brisa, ancló en el lugar que hay entre Connecticut y

Rhodes, y se vio una barca conducida por seis vigorosos remeros que se dirigían hacia el puerto interior. Cuando se aproximó a uno de aquellos muelles retirados y solitarios, el que se encontraba solo observando sus movimientos, pudo darse cuenta de que en ella había una litera cubierta por unas cortinas y una mujer. Ante la curiosidad que semejante espectáculo producía en el espíritu del espectador del que estamos hablando, éste tuvo tiempo de hacer sus suposiciones, puestos los remos dentro de la barca que había tocado los pilares, los marineros cogieron la litera, y juntamente con la dama, se pararon ante él.

—Dígame, por favor —dijo una voz en la que se mezclaba el dolor y la resignación—, ¿el capitán de marina Henry de Lacey tiene una casa en Newport?

—Sí, tiene una —respondió el viejo a quien la dama se había dirigido—, tiene una, aunque podría decirse incluso que tiene dos, ya que esa fragata no es menos para él que la casa que hay en esa colina cercana.

—Usted es ya muy mayor para acompañarnos hasta ella, pero si alguno de sus hijos o algún muchacho que conozca pudiera conducirnos a ella, le pagaría sus servicios.

—¡El señor le proteja, milady! —le respondió mirando de reojo a la dama, como para asegurarse si ella tenía derecho a ese título que le daba, y metiendo cuidadosamente en su bolsillo la pequeña moneda de plata que le ofrecía—. Con todo lo viejo que soy, y aunque un poco cansado por las continuas aventuras y desdichas de toda clase, tanto en el mar como en la tierra, estaría encantado si pudiera hacer alguna cosa por una persona de su condición. Sígame, y comprobará que su guía conoce bien el camino.

Diciendo estas palabras el anciano tomó la delantera y los marineros le siguieron, la dama caminaba siempre al lado de la litera, triste y abatida.

Todo esto sucedía en un profundo silencio cuando los extranjeros llegaron a la puerta de la casa que buscaban.

Era entonces de noche, el ligero crepúsculo de la estación había desaparecido cuando los portadores de la litera alcanzaron la colina. El guía golpeó varias veces la puerta, y entonces se le comunicó que podía retirarse.

La puerta se abrió y un hombre apareció en el umbral, con una luz en la mano. Su aspecto no era de los más animados. Un cierto aire que es tan difícil fingir como tomar, hacía ver en él a un hijo del océano, mientras una pierna de madera que mantenía parte de un cuerpo robusto y vigoroso, demostraba que no era sin exponer su vida como había adquirido la experiencia de su penosa situación. Tenía en el rostro, según se vio cuando levantó la luz para examinar al grupo que estaba fuera, algo de dogmático, de mal genio, e incluso un poco orgulloso: sin embargo no fue muy largo el reconocimiento del viejo cojo, y preguntó sin cumplidos el motivo de lo que llamó semejante borrasca nocturna.

—Es un marino herido —respondió la dama con voz tan dolorida y temblorosa que ablandó al momento el corazón del cancerbero marítimo—, que viene a pedir

hospitalidad a uno de sus hermanos. Quisiéramos hablar unas palabras con el capitán Henry de Lacey.

—Entonces ha echado usted la sonda en buen lugar, señora —respondió el viejo marinero—, el amo Pablo puede saber quién es por el nombre de su padre, o también por el de su querida madre, sin olvidar a su abuela, que es una buena mujer.

—Estarán encantados de recibirles —dijo un apuesto muchacho que tendría alrededor de diecisiete años, cuya ropa demostraba que había empezado ya su educación de marino, y que miraba con curiosidad por encima del hombro del viejo marinero—; voy a advertir a mi padre, y usted, Richard, prepare sin demora un alojamiento adecuado para nuestros huéspedes.

Esta orden, dada con la seguridad de alguien que estaba acostumbrado a obrar por sí mismo y a hablar con autoridad, fue realizada al instante. El alojamiento escogido por Richard, era la sala de visitas ordinaria de la casa. En poco tiempo la litera fue puesta allí, los portadores se marcharon, y la dama quedó sola con el marino que no dudó en hacerle un recibimiento muy cordial. Este se dedicó a encender luces y a hacer un buen fuego con madera, procurando no dejar ningún vacío en la conversación, para hacer más corto el tiempo que tardaran en llegar sus señores.

De pronto, una puerta del fondo se abrió, y el muchacho del que ya hemos hablado entró seguido de tres importantes moradores de la casa.

El primero era un hombre de mediana edad, que llevaba el uniforme de la marina de los nuevos Estados. Su mirada era tranquila y su paso firme, aunque el tiempo y las fatigas hubiesen empezado a salpicar su cabeza de canas. Llevaba un brazo sostenido con un cabestrillo, herida que había recibido muy recientemente; en el otro se apoyaba una dama cuyas mejillas frescas y sonrojadas, y mirada viva y brillante le daban aún derechos indiscutibles de belleza. Detrás de ellos venía otra dama cuyos pasos eran menos seguros, pero sus rasgos tranquilos y dulces hacían ver una noche apacible en un día de tempestad. Los tres saludaron cortésmente a la dama extranjera, teniendo la delicadeza de no apresurarse a preguntarle el motivo de su visita. Esta reserva era necesaria, pues por la excitación extraordinaria que demostraba y que le hacía temblar todos sus miembros, era evidente que necesitaba un poco de tiempo para poner en orden y reunir sus pensamientos.

—Esta visita les debe parecer extraña —dijo ella—; pero alguien cuya voluntad ha sido siempre para mí una ley, ha querido ser traído hasta aquí.

—¿Por qué? —preguntó el capitán con dulzura, haciendo ver que la voz le faltaba ya.

—¡Para morir!

A esta respuesta pronunciada con voz desfalleciente, todos los que la escucharon se estremecieron. El capitán, se aproximó a la litera, y levantó suavemente la cortina, viendo todos los que estaban en la habitación los rasgos de la persona que estaba encerrada en ella. Un rayo de inteligencia pareció animar la mirada de quien respondió a su pregunta, aunque la palidez de la muerte estaba demasiado



visiblemente impresa en la cara del herido. Su mirada parecía lo único que le asía a la tierra; mientras que todos sus órganos parecían ya estar fríos y helados, su mirada conservaba todavía alguna fuerza, algún sentimiento e incluso cierto ardor.

—¿Hay alguna cosa que nosotros podamos hacer para proporcionarle algún alivio? —preguntó el capitán de Lacey después de una pausa larga y solemne, durante la cual todos los que rodeaban la litera contemplaban tristemente el lúgubre espectáculo de la vida que se apagaba.

La sonrisa del que se estaba muriendo era asombrosa, aunque en ella se mezclaba una rara expresión de ternura y dolor. No respondió nada, pero sus ojos recorrieron continuamente todas las caras, hasta que se quedaron fijos, como por encanto, en la mayor de las dos damas. Ellos se encontraron con una mirada no menos fija, no menos animada; y la simpatía poderosa que existía entre los dos era tan evidente, que no pudieron pasar desapercibidos para el capitán y su esposa.

—¡Madre! —dijo el capitán con voz de cariñosa inquietud—, ¡madre!, ¿qué te ocurre?

—¡Henry!, ¡Gertrudis! —gritó la respetable madre extendiendo los brazos hacia sus hijos como para pedirles que la sostuvieran—, hijos míos, las puertas de vuestra casa han sido abiertas a una persona que tiene derecho a entrar en ellas. ¡Oh!, es en estos momentos terribles, cuando las pasiones están apagadas y cuando nuestra debilidad aparece en todo su esplendor, en estos momentos de agonía y sufrimientos, cuando la naturaleza se hace oír con tanta fuerza, que es imposible negar su voz. ¡Ella me habla por esa voz casi extinguida, por esos rasgos casi desfigurados, sobre los que tan sólo queda un pequeño parecido de familia!

—¡De familia! —gritó el capitán de Lacey—, nuestro huésped es pariente nuestro...

—¡Es mi hermano! —respondió la dama dejando caer la cabeza sobre su pecho, como si ese pariente no le produjera más pena que placer.

El extranjero, demasiado agobiado incluso para hablar, hizo un signo de asentimiento, pero sin desviar un solo momento los ojos que parecían haber quedado fijos en el mismo lugar, en tanto que le quedara un soplo de vida.

—¡Tu hermano! —gritó su hijo con una sorpresa que no tenía nada de fingida—. Sabía que tenías un hermano, pero creía que lo habías perdido hacía mucho tiempo.

—Así lo he creído siempre, aunque con frecuencia, terribles presentimientos contrarios a lo que creía me han asediado. Pero ahora esas mejillas hundidas, ese rostro apagado me hablan en una lengua que es imposible no comprender. La pobreza y el infortunio nos han separado en la vida, y supongo que el error que me engañaba nos era común.

El enfermo herido trató de hacer un signo con la cabeza para expresar que no se equivocaba.

—¡No hay duda alguna! ¡Henry, el extranjero es tu tío, mi hermano!

—Hubiera querido verle en otras circunstancias más agradables —respondió el

oficial con la franqueza de un marino—; pero, en todo caso, tu hermano es bienvenido a esta casa. La pobreza no os separará por más tiempo.

—¡Mira Henry! ¡Gertrudis! —añadió la madre llevando la mano a su cara mientras que hablaba—. Estos rasgos no os serán desconocidos. ¿No os recuerdan a algunos que habéis temido mucho, que habéis amado?

Sus hijos quedaron mudos de sorpresa, y los dos miraron tanto tiempo al herido que la vista terminó por nublárseles, se oyó una voz baja pero clara que les estremeció, y todas sus dudas desaparecieron al instante.

—Wilder —dijo el herido reuniendo las pocas fuerzas que parecían quedarle—, he venido a pedirle el último favor.

El oficial gritó:

—¡Capitán Heidegger!

—¡El Corsario Rojo! —murmuró la joven mistress de Lacey, retrocediendo involuntariamente un paso con asombro.

—¡El Corsario Rojo! —repitió su hijo, aproximándose por el contrario a la litera en un movimiento de curiosidad irresistible.

—¡Al fin encerrado! —dijo descaradamente Richard avanzando hacia el grupo, sin abandonar las tenazas con las que había estado atizando el fuego, pretexto por el que había permanecido en la habitación.

—¡He ocultado durante mucho tiempo mi vergüenza, mi arrepentimiento! —dijo el agonizante cuando pasó la primera sorpresa—, pero esta guerra me ha hecho salir de mi retiro. Nuestro país tenía necesidad de nosotros dos, y los dos lo hemos servido. Tú le has podido ofrecer abiertamente tu brazo; pero una cosa tan sagrada no debía ser manchada por un nombre como el mío. ¡El bien que he hecho quiero que no sea olvidado cuando el mundo hable de mis fechorías! ¡Hermana mía!, ¡amiga mía!, ¡perdón!

—¡Quiera Dios misericordioso, al ver su arrepentimiento, perdonar su vida tempestuosa! —dijo mistress de Lacey hincándose de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas, y levantando sus manos al cielo.

—¡Oh, hermano mío!, ¡mi hermano!, ¡conoces el santo misterio de nuestra redención, y no es necesario que te recuerde sobre qué has de poner tus esperanzas de perdón!

—Si yo no hubiese olvidado nunca esos principios, mi nombre podría ser pronunciado con honor; pero ¡Wilder!, —añadió con una energía sorprendente—, ¡Wilder!

Todas las miradas se volvieron ávidamente hacia él. En su mano tenía un rollo que le había servido como almohada. Haciendo un esfuerzo sobrenatural e incorporándose en la litera, lo desplegó, y se vio esa bandera de la independencia en la que se veían los colores nacionales, un marco azul sembrado de estrellas, en tanto que un destello de triunfo se notaba hasta en los menores rasgos de su rostro como en los mejores días de su vida.

—¡Wilder! —repitió con una sonrisa convulsiva—, ¡hemos triunfado!

Con estas palabras cayó inmóvil. La expresión del triunfo se confundía con la de la muerte, como una nube que oscurece el resplandor de los rayos del sol.



JAMES FENIMORE COOPER (1789 - 1851). Fue un novelista, autor de libros de viajes y crítico social estadounidense, considerado como el primer gran autor de la narrativa de su país. Es famoso por sus historias repletas de acción y por su vívida e idealizada descripción de la vida en los bosques y montañas de Estados Unidos. Nació en Burlington (Nueva Jersey), el 15 de septiembre de 1789, pero creció en Cooperstown, una ciudad en el interior del estado de Nueva York, fundada por su padre. Muchos de los conocimientos del autor sobre los bosques y la vida de los indios de los Estados Unidos proceden de sus propias experiencias dado que pasó una larga temporada en esa región, aún poco explorada. Después de estudiar tres años en la Universidad de Yale, Cooper se alistó en la Marina de su país. Abandonó su servicio a la Armada en el año 1811, para casarse y se dedicó a administrar durante unos años sus propiedades en el condado de Wetchester (Nueva York).

Su primer libro, *Precaución* (1820), que imitaba las obras de Jane Austen, fue ignorado. El segundo, que se basaba en otro modelo británico, el *Waverley* de sir Walter Scott, *El espía* (1821), obtuvo un notable éxito. En 1823 escribió *Los pioneros*, la primera de cinco novelas que se hicieron muy populares, y que forman los *Leatherstocking Tales*. Los otros cuatro, *El último mohicano* (1826), *La pradera* (1827), *El explorador* (1840) y *The Deerslayer* (1841), continúan narrando las aventuras en los bosques del explorador Natty Bumppo, uno de los personajes más famosos de la literatura estadounidense. *El piloto* (1823) fue el primero de una serie de cuentos ambientados en el mar. Durante los siete años (1826-1833) que pasó fuera de su país como cónsul en Lyon (Francia), continuó escribiendo, y publicó varias

novelas, entre las que se cuentan *El bravo* (1831), *Los Heidenmauer* (1832) y *El verdugo* (1833), que forman una trilogía con un nexo común: el retrato del feudalismo en la Europa medieval.